

**la segunda internacional
y el problema
nacional y colonial
(segunda parte)**

**richard calwer
karl kautsky
otto bauer
josef strasser
anton pannekoek**

74

**CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE**

edición al cuidado de José Aricó

primera edición, 1978

© Cuadernos de Pasado y Presente

publicado y distribuido por Siglo XXI Editores, S. A.

ave. Cerro del Agua 248 - México 20, D. F.

ISBN 968-23-0237-4 (obra completa)

ISBN 968-23-0263-3 (segundo volumen)

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en México / printed and made in Mexico

ÍNDICE

LA POLÍTICA COLONIAL, <i>por</i> RICHARD GALWER	9
HENRI VAN KOL	21
SOBRE LA POLÍTICA COLONIAL, <i>por</i> HENRI VAN KOL	22
SOCIALISMO Y POLÍTICA COLONIAL, <i>por</i> KARL KAUTSKY	39
Prólogo, 39; 1. Introducción, 40; 2. Política colonial positiva, 46; 3. Ética de la política colonial, 55; 4. Colonias de poblamiento, 61; 5. Colonias de explotación al viejo estilo, 66; 6. Colonias de explotación de nuevo estilo, 73; 7. Civilización pacífica o violenta, 84; 8. El pasaje obligado por el capitalismo, 94; 9. La recaída en la barbarie, 193; Apéndice, 119	
NACIONALIDAD E INTERNACIONALIDAD, <i>por</i> KARL KAUTSKY	121
OTTO BAUER	169
OBSERVACIONES SOBRE LA CUESTIÓN DE LAS NACIONALIDADES, <i>por</i> OTTO BAUER	172
1. El concepto de nación, 121; . La consolidación de la nación, 130; 3. Los círculos culturales internacionales, 136; 4. El estado nacional, 142; 5. El estado de nacionalidades, 149; 6. El futuro de Austria, 152	
1. La nación, 172; 2. El estado, 182	
JOSEF STRASSER	187
EL OBRERO Y LA NACIÓN, <i>por</i> JOSEF STRASSER	189
I. La cuestión, 189; II. La grandeza y el poder de la nación, 194; III. La lengua, 200; IV. El terruño patrio, 205; V. El carácter nacional, 213; VI. El sentimiento nacional, 217; VII. La autonomía nacional, 222; VIII. El internacionalismo, 228; IX. La lucha contra el	

nacionalismo, 232; Apéndice: El centro marxista contra la extrema izquierda, 238	
EL OBRERO Y LA NACIÓN, <i>por</i> OTTO BAUER	248
ANTON PANNEKOEK	257
LUCHA DE CLASE Y NACIÓN, <i>por</i> ANTON PANNEKOEK	259
Prefacio, 259; i. La nación y sus transformaciones, 260; ii. La nación y el proletariado, 272; iii. La táctica socialista, 289	

LA POLÍTICA COLONIAL Y LA SOCIALDEMOCRACIA

Mi artículo *El 25 de enero*, publicado en el número anterior de esta revista, ha sido reiteradamente objetado en la prensa partidaria, por haber sido escrito y publicado inmediatamente después de la derrota electoral. Contra esto sería preciso elevar *la más firme protesta*. En todo caso, los órganos partidarios que así se han manifestado respecto de la publicación de mi artículo han perdido de vista u olvidado cómo intentó desacreditarme el Órgano Central del partido durante la campaña electoral. En ese momento a ningún órgano partidario, a ninguna instancia partidaria, se le ocurrió elevar la más firme protesta contra la polémica del *Vorwärts*, pese a que entonces hubiera sido muy indicado hacerlo. Por eso seguí guardándome mi respuesta a los ataques del Órgano Central durante el transcurso de la campaña electoral. Pero después de las elecciones, ya no me quedaba motivo para seguir callando. De ahí que si algunos órganos partidarios pretenden reprocharme el haber provocado la polémica a destiempo, debe ser por su desconocimiento de las circunstancias, ya que de otro modo su objeción formal a mi artículo me resultaría completamente incomprensible. Incluso en la réplica a mi artículo, el *Vorwärts* continúa empleando un tono que no responde en absoluto a la exhortación del Comité Central de resolver las divergencias de opinión con objetividad. Esto no me ha de impedir abordar con calma las objeciones del *Vorwärts* a mi concepción. Lo que parece haber causado mayor desagrado al *Vorwärts* es mi posición frente a la política colonial, pese a que nunca la he ocultado. Quiero precisar y fundamentar más detalladamente aquí esta posición mía.

El *Vorwärts* deduce un argumento fundamental contra una política colonial alemana del hecho de llamar la atención sobre el poderoso desarrollo económico alemán durante un pasado sin colonias. El capitalismo alemán, pues, podría continuar desarrollándose muy bien sin colonias. Esta postura anticolonial podría comprenderse si, a diferencia del de otros países, sola y únicamente el capitalismo alemán practicara una política colonial. Pero en realidad la situación es la siguiente: precisamente los países de mayor potencia industrial practican una política colonial, y Alemania cojea con bastante retraso tras los demás con su política internacional. Ahora bien, Alemania realmente no goza en el mercado mundial de una posición cómoda: de un lado está Inglaterra

que, próspera en colonias, se aproxima cada vez más a la meta de una unión aduanera imperial; del otro lado está la Unión Norteamericana que no sólo considera dominio suyo a Sudamérica, sino que nos supera y amenaza en muchos sentidos por razones naturales, técnicas y de historia económica. A Japón y Rusia podemos, por el momento, dejarlos fuera de nuestras combinaciones. Pero en el medio se encuentra Alemania, que libra un combate extremadamente arduo no sólo por la *conservación y ampliación de sus mercados, sino también para asegurar y abaratar la adquisición de sus materias primas*. Tanto los Estados Unidos como Inglaterra manifiestan la ostensible aspiración de construir una unidad económica cerrada sobre sí misma y autosuficiente si fuera posible. Es frecuente burlarse de la seriedad de tales tendencias, perdiendo totalmente de vista los éxitos ya alcanzados sobre la marcha. Inglaterra ha llegado ya al dichoso punto de que en casi todas sus colonias le está reservado un lugar de privilegio frente a otros países. La industria inglesa se procura de este modo un mercado más provechoso que el que tiene nuestra industria; pero merced a las colonias, también dispone de una profusión de materias primas industriales que, en lo que a la adquisición de materias primas respecta, beneficia ampliamente a la metrópoli. Indudablemente, los Estados Unidos obtienen todas sus materias primas industriales a un precio mucho menor que nosotros, disponen para su desarrollo industrial de un mercado interno con un poder de absorción en rápido y constante crecimiento y, además, procuran ganar sobre todo a Centro y Sudamérica para la ampliación de su mercado. No obstante, el desenvolvimiento de la industria en los Estados Unidos, y en Inglaterra, no tiene por qué producirse en una progresión similar a la de Alemania. El crecimiento demográfico en Inglaterra es relativamente bajo respecto de Alemania; en cambio en los Estados Unidos el desarrollo de la industria no causa inquietud, puesto que inmensas extensiones están en condiciones de ser habitadas, y las que ya lo están pueden ser pobladas más densamente. En Alemania ocurre algo muy distinto. Tenemos un incremento anual de población de aproximadamente 900 000 personas. La agricultura no está en condiciones de sustentar este incremento, y por tanto es necesario derivarlo hacia el mercado de trabajo fabril. La producción fabril alemana crecerá, y tiene que hacerlo con más vigor que en cualquier otro país industrial que podamos considerar. Pero es preciso buscar y hallar un mercado, de ser posible un mercado más ventajoso, para esta creciente producción; igualmente, hay que tomar en consideración un abastecimiento abundante de materias primas. ¿Cómo solucionar estos dos problemas? Confieso: no existe una receta universal; el empresariado alemán, es decir, el estado en su nombre, debe seguir ante todo una serie de caminos para alcanzar la meta con cierta probabilidad. Y el capitalismo

alemán considera que la obtención y explotación de colonias es uno de esos medios.

Como representante de los intereses del mercado de trabajo alemán, me pregunto ahora si la población obrera gana o pierde con la política colonial. No encaro aquí la pregunta desde el punto de vista político o desde el del contribuyente, sino con un criterio netamente económico. Considero imposible que las colonias alemanas aporten ya, próximamente, algún beneficio digno de mención al mercado de trabajo alemán. Pero considero igualmente equivocado ver en nuestras colonias un objeto sin valor. ¡Cuán bajo aquilataron los romanos a Alemania, y qué fue sin embargo de esta *terra vasta*! En estas cosas hay que cuidarse de las exageraciones en cualquiera de los sentidos. Pero algo puede afirmarse ya hoy: en nuestras colonias, varios cultivos permiten augurar éxito, y las riquezas del subsuelo tampoco deben ser estimadas como insignificantes. Organizar las colonias de manera tal que produzcan ganancias costará dinero, mucho dinero sin duda alguna. Primero hay que invertir mucho capital en el negocio antes de poder contar con un ingreso para la economía de toda la nación. Tomemos ahora el caso de que en nuestras colonias obtuviéramos algodón, por ejemplo, en una escala digna de mención; entonces ese sólo éxito ya influiría indirectamente sobre nuestro mercado de trabajo en forma provechosa. Dos años atrás reinaba una intensa agitación a causa del escaso abastecimiento de algodón en el mercado mundial. A mi juicio, la así llamada *pobreza de algodón* fue exagerada por los círculos interesados; sin embargo, algo se demostró entonces con plena evidencia: el cultivo de algodón necesita ampliarse. Porque precisamente el principal proveedor, los Estados Unidos de Norteamérica, requieren de un porcentaje cada vez mayor de su cosecha de algodón para su reelaboración en el propio país. Pero además, aprovechan del modo más inaudito la reducida oferta para especular con algodón en escala gigantesca, y los costos correspondientes deben ser pagados, en primer lugar, por la industria algodонера continental. Si Alemania logra cultivar algodón en una colonia propia no sólo gana influencia dentro del mercado del algodón en rama en calidad de vendedora, sino que también podrá comprar más barata su materia prima. Pero esto constituiría un beneficio considerable, aunque por el momento indirecto, para el mercado de trabajo de los obreros textiles alemanes, porque una materia prima más barata implica un descenso de los costos de producción, lo cual, con una organización obrera fuerte, implica a su vez la posibilidad de salarios más elevados, mientras que a lo largo de los últimos años las movilizaciones salariales en la industria algodонера tenían forzosamente que brindar escasas posibilidades de éxito, debido a las intensas fluctuaciones en los precios del algodón. Para el mercado de trabajo alemán

resulta así muy probable que nuestras colonias le brinden apreciables ventajas indirectas. De todos modos, esta probabilidad es más verosímil que la contraria, según la cual las colonias carecerían de todo valor. Si el empresariado alemán es de la opinión que las colonias le son necesarias para el incremento de las ventas y para asegurarse sus adquisiciones de materias primas, los trabajadores no podrán oponer ningún reparo a la política colonial, en tanto y en cuanto los costos de la misma sean cubiertos con los ingresos del capital y los intereses políticos de los obreros no sean tocados. Al fin y al cabo, dada su actual ubicación en el proceso de producción, el empresariado tiene el deber de encargarse de la obtención de las materias primas, así como de la salida de los productos. No podemos trazarle al empresariado reglas arbitrarias en la ejecución de este deber, tanto menos cuando vemos que las medidas aplicadas por el empresariado alemán son empleadas desde tiempo atrás por otros países industriales.

Este es el modo en que analizo económicamente la colonización desde el punto de vista del mercado de trabajo industrial. Pero como *soy socialista* me pregunto también cómo repercutirá la actual política colonial sobre el desarrollo de la economía mundial. Si como representante de los intereses del mercado de trabajo soy hasta cierto punto escéptico, admito que en cuanto socialista saludaré siempre, por una cuestión de principios, como un progreso en dirección al socialismo toda colonización capitalista de un país, aunque ésta se realice por medio de las formas más reprobables. En el partido hemos olvidado casi totalmente que, junto a sus proyectos tenebrosos, el capitalismo ha aportado, y aún aporta, los mayores avances económicos. Ignorar sus facetas progresistas, querer incluso negarlas, constituye un alto grado de miopía. Por cierto que a un socialista le resulta muy natural seguir con gran complacencia, pese a sus aspectos negativos, el desarrollo del capitalismo extranjero, y en cambio ver primordialmente los aspectos tenebrosos del empresariado del propio país, y combatir en consecuencia la acción política internacional de ese empresariado. Esta actitud que se precia de sus puntos de vista internacionalistas es absolutamente errónea. Por lo pronto, vivimos aún dentro de un marco nacional al que tampoco puede sustraerse la clase obrera. Tenemos que otorgarle a nuestro capitalismo la misma libertad de movimientos para su ulterior desenvolvimiento que la que goza el capitalismo extranjero; es más, tenemos que desear que nuestro capitalismo nacional desarrolle su esfera de influencia de ser posible con mayor fuerza y poder que el capitalismo extranjero, porque del nivel de ese desarrollo no sólo depende muy estrechamente la suerte relativa de toda la clase obrera, sino que con él toda la disposición de la estructura económica sufre un viraje en un sentido socialista. Alguien podría replicarme y

plantear: ¿Para qué una política internacional y colonial si ésta entraña enredos internacionales que deben ser evitados en cualquier circunstancia? Si nuestra industria no pudiera avanzar sin una política internacional, bien; pues entonces deberá emigrar el material humano superfluo. Al fin y al cabo, en el transcurso del último siglo hemos cedido bastante material humano superfluo a América, y sin embargo hoy nos alzamos en toda nuestra estatura. Por supuesto, Alemania también puede subsistir sin colonias, sin política internacional; pero retrocedería en su desarrollo económico. Grandes pérdidas en hombres implican un estancamiento del desarrollo económico, en tanto que, por el contrario, la necesidad de sustentar dentro de un marco nacional determinado a una población en rápido crecimiento impulsa vigorosamente el desarrollo capitalista. Exactamente como ocurre con el material humano, ocurre también con el capital. *Vorwärts* menciona que hemos colocado 25 000 millones de marcos en el exterior. Es verdad, pero esos 25 000 millones están, hasta cierto punto, tan perdidos para la economía nacional alemana como los centenares de miles de hombres que hemos cedido a América. En todo caso no constituyen ningún fermento para el desarrollo de nuestro capitalismo nacional, y se hallan sustraídos a la influencia de la política económica alemana. Pero crecientes masas de hombres y de capital dentro de una unidad económica nacional no solamente hacen avanzar el desarrollo económico a máxima velocidad, sino que chocan con fuerza contra la estrechez de las actuales barreras nacionales y obligan a una ampliación de las fronteras nacionales por sobre el territorio ahora cercado por ellas. De ahí que el socialista deba actuar dentro del marco de la estructura económica nacional si no quiere permanecer en las etéreas alturas de la teoría pura. Debe luchar para que, de acuerdo al imperativo de las exigencias económicas, el mercado nacional se amplíe permanentemente, sea por medio de uniones aduaneras, sea por medio de colonias, sea por ambas. Precisamente esta ampliación de las áreas económicas nacionales, a la cual la competencia internacional nos obliga cada vez más multiplica las fuerzas productivas y garantiza una organización cada vez más elevada de la producción en su conjunto, de un modo satisfactorio para el socialismo, mientras que el desperdicio de hombres y capitales en otras economías competidoras entorpece y lentifica el desarrollo capitalista del propio país. El capitalismo nacional alemán tiene que desplegarse plenamente antes de que el socialismo pueda crecer y fortalecerse. En cuanto socialista, querría ver, de ser posible, a Alemania ocupando no el segundo, ni el tercer lugar, sino el primero cuando llegue el momento de crear las formas básicas de una organización económica mundial para la producción y la distribución. Es que los antagonismos nacionales aún subsisten, no los podemos negar ni

con la mejor buena voluntad, y se simplificarán con la extensión de los mercados unificados, pero subsistirán hasta que se haya configurado una verdadera economía mundial, en el sentido estricto de la palabra, y con ella también el socialismo.

En calidad de representante de los intereses del mercado de trabajo, veo la probabilidad de un beneficio indirecto por parte de nuestras colonias para la clase obrera alemana, pero como socialista puedo saludar con convicción la expansión del capitalismo alemán dentro del marco nacional. Ahora bien, en mi calidad de *socialdemócrata*, ¿cómo me ubico frente a las exigencias propias de la política colonial? Ya he señalado un criterio que como socialdemócrata me impide votar en favor de una política colonial y de sus exigencias. Los *gastos* para las colonias no deben ser cubiertos en ningún caso a partir de ingresos salariales, sino de los ingresos del *capital*. Reproduzco nuevamente un párrafo con el que hace poco fundamenté esta concepción en mi *Wirtschaftliche Wochenschau*: “La estructura de nuestra economía actual se fundamenta en que el vendedor de la mercancía *fuerza de trabajo* no tiene una influencia directa sobre el proceso de producción en su conjunto, ni sobre la distribución de las mercancías, y tampoco puede ni debe tenerlo a juicio de los empleadores. El obrero vende su fuerza de trabajo y a cambio recibe su salario; todo lo demás no es de su incumbencia. Cómo produce cada empleador, de dónde y a qué precios obtiene sus materias primas y otros materiales, qué formas de administración establece, con qué medios técnicos trabaja, a qué precios decide vender la mercancía elaborada, dónde busca y logra su colocación: todo ello es cosa del empleador; en estas cuestiones el obrero no debe inmiscuirse; son, por el contrario, dominio exclusivo de los empleadores, y ¡pobres los obreros que no quieran respetar esta autoridad del empleador! Serían despachados con viento fresco inmediatamente, el empleador pronunciaría un claro *aquí el que manda soy yo*. Porque éste, a cambio de ser dueño y señor de la producción y distribución, carga con todos los riesgos en cuanto a los resultados de los negocios: por una parte, la posibilidad de grandes éxitos; por otra parte, la de pérdidas más o menos considerables. En término medio prevalece el éxito. El conjunto de los empleadores y del capital que los respalda obtienen de esta posición dominante en la vida económica todos los beneficios, los cuales pueden resumirse bajo la denominación de *ganancia del empresario*. De esta ubicación de obreros y empleadores resulta sin más ni más que no es tarea de los obreros preocuparse por el incremento de las ventas, sino que esta tarea le corresponde al empresariado en virtud de su ubicación en el proceso de producción. En realidad, ningún empleador piensa de otra manera, y considera obvio que es él quien debe preocuparse por la ampliación de las ope-

raciones. Si un empleador, por ejemplo, ha recibido un pedido importante, éste no le tocará en suerte, por regla general, sin gastos considerables. Tiene que mantener viajantes, representaciones, agentes, etc., que conquistan nuevos mercados, y ganan nuevos clientes, y él carga con los gastos correspondientes, sin que se le pudiera ocurrir querer hacer a sus obreros, con los cuales todo queda saldado definitivamente mediante su salario, tributarios de gastos extraordinarios. Sin embargo, es indudable que, en forma indirecta, al mercado de trabajo le afecta considerablemente la magnitud de los pedidos que afluyen hacia los fabricantes. Un aumento importante de las ventas acrecienta las fuentes de trabajo, y eventualmente eleva a continuación el nivel de los salarios. Pero pese a este beneficio indirecto, a nadie se le ocurre cubrir con los salarios obreros los gastos de ampliación del mercado. Generalizando, lo que vale para cada establecimiento, vale también para la gran política económica. ¿Por qué el empresariado y el gran capital necesitan colonias? Por una serie de razones. La industria alemana quiere extraer materias primas de ellas, quiere acrecentar su venta de mercancías, y por este medio quiere influir en su beneficio en el nivel de precios de las mercancías; en suma, quiere proporcionarle al capital nuevas y mejores posibilidades de explotación. Todas éstas son metas y tareas que, de acuerdo a nuestra actual estructura económica, están a cargo del capital, a cargo del empresariado, pero nunca jamás a cargo del mercado de trabajo. Los gastos generales para la obtención de materias primas y la apertura de nuevos mercados, en caso de ser hechos, deben ser arrancados no del monto de los salarios, sino de los beneficios del capital. Así como cada fabricante se hace cargo por su cuenta, de estos gastos para su establecimiento, del mismo modo tiene que hacerse cargo el conjunto de los capitalistas y empresarios, ya que a ellos afluye la totalidad de los beneficios del capital, de aquellos gastos generales hechos por el estado en beneficio del conjunto de los capitalistas y empresarios, con el fin de ampliar el mercado para sus productos y obtener materias primas. Esto es tan claro y resulta tan evidente dada la actual estructura económica que entraña una exigencia inaudita querer pagar la mayor parte de los gastos para las colonias a partir del monto de los salarios obreros."

A este motivo, resultante de la posición económica del obrero en el actual proceso de producción, se agregan otros motivos *políticos generales*, que, en cuanto socialdemócrata, me impiden defender hoy las exigencias de una política colonial. El estado está asociado a la política colonial; hasta tiene que asumir la conducción de ésta. Pero la socialdemocracia no puede apoyar al estado mientras a la clase obrera todavía le sean retaceados derechos elementales, máxime en tanto no se lleve a cabo un desarrollo democrático de nuestras condiciones polí-

ticas. En la mayor parte de Alemania los obreros aún no están en condiciones de hacerse valer políticamente, ya que los gobiernos los privan de la igualdad de derechos políticos con otros ciudadanos. Un sector sumamente numeroso de los obreros alemanes, el ejército de obreros rurales, carece todavía de libertad de asociación, y la servidumbre se encuentra sujeta a una anticuada legislación inhumana. La opinión preponderante en el seno de la policía, la administración y aun los tribunales, es que las leyes han de ser interpretadas e implementadas de un modo diferente frente a los obreros y sus representantes políticos y económicos que frente a otras capas de la población, aunque la igualdad ante la ley constituya una burla en tanto la administración y la justicia tengan el derecho y el poder de trastocar esa igualdad en flagrante desigualdad. Un gobierno que tolera e intenta justificar esta discriminación política, que efectivamente aún subsiste, contra las capas más poderosas del pueblo alemán, tendrá que renunciar, mientras perdure este estado de cosas, a toda participación del partido obrero en cualquiera de sus decisiones. Quien le proponga otra política al partido obrero, le está pidiendo que reconozca su inferioridad política con relación a las capas políticamente privilegiadas. La capa más poderosa de nuestro pueblo puede y debe esperar con su colaboración política hasta que se la necesite. Se la va a necesitar, y entonces no se le van a poder seguir negando sus reclamos de igualdad de derechos políticos. Éstas son, en lo fundamental, las razones económicas y políticas que hacen necesario que la representación política de la clase obrera mantenga una actitud de rechazo frente a las exigencias de una política colonial.

Vorwärts quiere preservar a Alemania de la política colonial porque ésta puede provocar conflictos internacionales, porque puede amenazar la posición de Alemania como gran potencia. Esta posibilidad sin duda que no puede ser negada, pero, por el contrario, también puede afirmarse que ante una no participación de Alemania en la política internacional, ésta podrá perder y perderá su prestigio de gran potencia. Si junto a los Estados Unidos e Inglaterra pretendemos mantenernos al frente del mercado mundial, tenemos que poder competir con nuestros rivales, no sólo económica, sino también políticamente. Por eso aquí todavía dedico algunas palabras a la *política naval*; estrechamente ligada a la política colonial. Se dice: Alemania no requiere una marina de guerra poderosa pues de ese modo sólo se hace peligrar la paz. En términos generales, indudablemente esta sencilla frase no puede ser puesta en tela de juicio, pero no vale solamente para Alemania, sino que es igualmente válida para el extranjero. Sin duda, las grandes flotas de guerra no constituyen una muestra alentadora del desarrollo cultural de la humanidad, pero existen, se las construye en el extran-

jero, y no puede discutirse que en la resolución de todas las cuestiones económicas acerca de si se llega o no a una guerra, la influencia real de un país se mide por la magnitud de su poderío naval. ¿Qué debe hacer, pues, la Alemania capitalista en vista de este estado de cosas? ¿Debe renunciar a toda influencia política internacional? ¿Puede renunciar a ella? ¿Sería esta renuncia deseable desde el punto de vista de los intereses del mercado de trabajo, o acaso Alemania, acorde con su desarrollo industrial, debería prepararse igualmente para lo peor, mediante una poderosa flota? Ciertamente, el socialismo combate ahora y siempre, la resolución de cualquier conflicto político por medio de las armas, pero no puede cerrarse al hecho de que, tal como están las cosas hoy día, cada país se halla sometido a una situación de fuerza. Si nosotros, los socialdemócratas, llegáramos hoy a tener el timón del estado en nuestras manos, ¿qué podríamos hacer en cuanto socialistas? Podríamos lanzar propuestas de desarme internacional, pero dudo bastante de que con ello obtuviéramos éxito en muchos países. Entonces, ¿qué? ¿Tendríamos el arrojo de desarmarnos unilateralmente y privarnos de nuestro poderío frente al extranjero? No, ni como socialistas trataríamos de hacerlo. Por nuestra parte, tenemos realmente suficientes motivos de otra índole para poder justificar de manera plenamente satisfactoria nuestro rechazo y oposición a los proyectos navales. Puedo repetir aquí lo que dije más arriba: el trato político a los obreros por parte del gobierno, la administración y los tribunales, la posición del obrero, carente de toda influencia en el proceso de producción, y finalmente la cuestión de la cobertura de los gastos, bastan plenamente para justificar un criterio de radical rechazo a los proyectos navales. Si en cambio, como quiere y debe hacerlo el socialismo, ha de obrarse en el sentido de una disminución del armamento pesado, tórnense entonces caminos transitables. Procúrese un acercamiento entre los estados centroeuropeos. Una vez que se haya alcanzado esta meta, la disminución de armamentos de guerra —acuáticos y terrestres— se dará por sí misma en los países comprendidos. Así como cada estado de los Estados Unidos no necesita erigir ejércitos ni flotas contra los demás, así también para los estados centroeuropeos podría quedar abolida, excepto en mínima parte, la carga que representan un ejército y una flota en caso de que configuraran una gran unidad económica. Pues hacia allí empuja el desarrollo económico, y en el logro de esa meta reside la posibilidad realizable de una reducción de los altos gastos de defensa contra ataques desde el exterior.

Con esto, mi posición ante la política colonial e internacional quedaría más rigurosamente circunscrita y fundamentada. Me resta aún considerar algunas objeciones del *Vorwärts*, cuya mención no hallaba cabida en el contexto anterior. *Vorwärts* intenta utilizar cifras extraídas

de las estadísticas comerciales en contra de la necesidad de colonias. Esto es impropio, ya que el valor de las colonias no necesita reflejarse en modo alguno en el intercambio de mercancías con la metrópoli y a menudo no se refleja en absoluto allí. Luego considero totalmente desacertado colocar a Alemania, en lo que respecta a política colonial, en un mismo plano con Bélgica, Holanda, España e incluso Francia. Para asegurarse materias primas y mercados exteriores, el enorme desarrollo de las fuerzas productivas alemanas requiere procedimientos completamente diferentes a los necesarios en el caso de estados más pequeños o con menores afanes de progreso industrial. Que las colonias no le brindan a los obreros alemanes ninguna fuente de trabajo directa es algo que por cierto nadie puede discutirle al *Vorwärts*. Pero con la comprobación de este hecho se demuestra tan poco en contra de la necesidad de una política colonial alemana, como mediante la afirmación de que en las colonias se promueven terratenientes y potentados coloniales. En la era del capitalismo, ¿no es ése acaso, para el mundo entero, el único camino hacia el desarrollo económico? ¿No constituye el crecimiento más acelerado posible del capital productivo la condición ineludible para una situación pasable de los obreros? Y ¿acaso los capitalistas no extraen abundante capital productivo, precisamente de las colonias? Siguiendo así, pronto arribaremos a que para el *Vorwärts* el despliegue del capitalismo a escala internacional constituye una aberración a combatir, cuando en realidad presenta una doble faz: en uno de sus aspectos genera las condiciones para una organización económica socialista, y por ello implica, de cualquier modo, una manifestación progresista. Que este progreso, por otra parte, también tiene sus contrapartidas —sociales, políticas y económicas— tenebrosas es algo que por cierto no debemos perder de vista; pero estos aspectos tenebrosos no deben ser inflados de manera tal que ya no quede modo de reconocer el carácter progresista de todo el desarrollo.

Finalmente, otra observación. Concluyendo su exposición, *Vorwärts* cree que, merced a su superioridad numérica la clase desposeída ya no podría conquistar hoy mismo el poder político. Ciertamente la clase desposeída siempre ha sido, desde que hay luchas de clases, numéricamente superior a la respectiva clase dominante. Con la comprobación de la superioridad numérica no se adelanta gran cosa; de lo contrario, la sociedad humana debería presentar ya hoy un rostro muy diferente. Precisamente las últimas elecciones parlamentarias han demostrado suficientemente que la comprobación del *Vorwärts* no significa nada. De toda la población alemana, unos 15 millones se han declarado partidarios nuestros, en tanto que 45 millones aún se ubican enfrente. Ante lo cual el *Vorwärts* dice: debemos despertar la conciencia de clase en el proletariado. Bien. Pero proletariado, en el sentido

moderno de la palabra no es equivalente a clase desposeída. El proletariado tiene, mayoritariamente, intereses económicos y políticos comunes, pero esto no vale en modo alguno para el conjunto de la clase desposeída. Ésta solamente adoptará los intereses proletarios cuando se haya convertido en proletariado. Pero el ulterior crecimiento del proletariado es solamente consecuencia del despliegue de la gran industria, del gran capitalismo. Erramos totalmente el camino si, por una parte, declaramos la guerra a la era de la política internacional del capitalismo, pero creemos, por la otra, poder conquistar el poder con la masa no homogénea de la clase de los desposeídos. Si una táctica semejante pudiera tener éxito, ya viviríamos desde hace tiempo en el mejor de los mundos.

[De Richard Galwer, "Kolonialpolitik und Sozialdemokratie", en *Sozialistische Monatshefte*, marzo de 1907. Traducción de Conrado Ceretti.]

Fue uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata Holandés, surgido en 1894 sobre el modelo de la socialdemocracia alemana y con un programa trazado en base a las formulaciones del de Erfurt.

En 1903, a continuación de una grave derrota en el terreno de las luchas obreras, el partido sufrió la ruptura con los sindicalistas, que hasta ese entonces habían condicionado fuertemente su línea política. Desde ese momento en adelante, la tensión se desplazó hacia el interior de las filas socialdemócratas, entre reformistas y socialrevolucionarios, y el partido se fue desviando cada vez más hacia la derecha, especialmente después de la expulsión de la izquierda radical "tribunista" en 1908. En su nueva orientación gradualista, legalista y, finalmente, ministerialista, el partido tuvo en Van Kol una de sus figuras más importantes.

Gracias a su viaje por las Indias holandesas, Van Kol fue el único de los socialistas de su país, y uno de los pocos de la Segunda Internacional (junto con Hyndman y Vandervelde), que tuvo una experiencia directa de la realidad de los pueblos coloniales y del régimen imperialista. Por esta razón, se le atribuyó una competencia sobre problemas del colonialismo que explica su papel de informante sobre este tema en los congresos socialistas internacionales de París (1900) y de Amsterdam (1904). En dichos congresos Van Kol planteó la equívoca propuesta de la condena del colonialismo en cuanto burgués, que contenía una evidente reserva mental sobre las posibilidades de otra política colonial distinta, no burguesa sino socialista, susceptible de un juicio completamente distinto.

Pero fue sobre todo en el congreso de Stuttgart (1907) donde el pensamiento de Van Kol, una vez más informante sobre la cuestión colonial, tuvo oportunidad de revelarse enteramente en la propuesta de una política colonial socialista "positiva", que debía ser contrapuesta a la "barbarie" del colonialismo capitalista. A partir de la discusión de su informe se opera en el congreso una división: mientras la izquierda, encabezada por Kautsky, adopta una firme posición en contra de las tesis de Van Kol, toda la derecha revisionista se alinea detrás de él, desde Vandervelde a Jaures y Bernstein, es decir, todos aquellos que por las amplias concesiones que hacían a las justificaciones burguesas del imperialismo fueron designados polémicamente con el rótulo de "social-imperialistas".

SOBRE LA POLÍTICA COLONIAL

Para el punto *política colonial* del Congreso Socialista Internacional, una comisión creada por el Partido Obrero Socialdemócrata de Holanda formuló la siguiente resolución, cuya adopción se recomienda al congreso:

El Congreso Socialista Internacional de Amsterdam declara que es conveniente que los socialdemócratas tomen posición ante la cuestión de la política colonial, y esto por las siguientes razones:

1. El desarrollo histórico ha acarreado el hecho de que varios países entrasen en posesión de colonias que económicamente tienen muy estrechas conexiones con la metrópolis, pero que políticamente no están habituadas a autogobernarse de ninguna manera, y a las que, por ende, uno no podría abandonar a su propio destino, ya sea por la simple razón de que las condiciones internacionales no lo permiten.

2. El capitalismo moderno impulsa a los estados civilizados a agrandar continuamente su territorio para abrir a sus productos nuevos mercados de consumo y descubrir nuevas comarcas donde los capitales puedan ser favorablemente colocados. Debido a que esta política de conquistas, frecuentemente acompañada de crímenes y saqueos, no tiene ningún otro fin que el de satisfacer la insaciable sed capitalista de oro, y como además obliga a gastos militares en permanente ascenso, debe ser combatida sin cesar. Dicha política empuja a los pueblos al proteccionismo y al chovinismo, que representan una fuente nunca exhausta de conflictos internacionales, magnifica la gravosa carga del proletariado y retarda la liberación del mismo.

3. Las nuevas necesidades que se plantearán tras la victoria de la clase obrera y tras su liberación económica exigirán posesiones coloniales incluso bajo el régimen socialista del futuro. Las naciones modernas no podrán prescindir de ningún enclave que provea ciertas materias primas y productos ultramarinos necesarios para la industria así como para el consumo de la humanidad, mientras éstos no se puedan conseguir por intercambio con productos nativos.

El Partido Socialdemócrata —que en su accionar hace hincapié en el desarrollo social y en la lucha de clases y, de acuerdo a sus postulados, metas y tendencias, condena rigurosamente toda explotación y opresión de personas, clases y pueblos— levanta como base de su política colonial las siguientes pautas:

Dado que el capitalismo constituye una fase ineludible del desarrollo económico que también deberán atravesar las colonias, el despliegue del capita-

lismo industrial debe ser posibilitado, si es necesario, con el sacrificio de las formas anticuadas de propiedad (comunales o feudales).

Pero al mismo tiempo la socialdemocracia tiene que luchar con todas sus fuerzas contra la perniciosa influencia que ejerce el desarrollo capitalista en el proletariado colonial, tanto más cuanto que este último todavía no será previsiblemente capaz de librar por sí mismo semejante lucha.

Tanto para mejorar la situación de los obreros como para impedir que se lleve todo el patrimonio de las colonias, que de tal modo empobrecerían, será provechosa e indispensable, junto a la explotación privada, la explotación estatal de aquellas empresas apropiadas para ello, y esto tanto para acelerar el proceso de desarrollo capitalista como también para elevar la situación económica de los obreros locales.

Por lo tanto, la tarea de la socialdemocracia en todas las colonias donde surja un proletariado moderno será fomentar la organización del mismo para aumentar su capacidad de resistencia en la lucha con el capitalismo, y eliminar, mediante mejoras salariales, el peligro que representa para los viejos países capitalistas la mortífera competencia de las baratas fuerzas de trabajo de esos pueblos primitivos.

Educar a los aborígenes en el autogobierno democrático tiene que ser la meta más enjundiosa de nuestra política colonial, cuyos pormenores deberán exponerse al detalle en un *programa nacional* para cada grupo colonial especial.

Partiendo de estas ponderaciones, el Congreso de Amsterdam estima que la tarea de los partidos socialistas de todos los países consiste en:

1. Combatir con todos los medios a su alcance la política capitalista de conquista, y
2. Consignar en un programa los postulados a seguir en su política colonial socialista, que descansan en la base expresada más arriba.

Procuraré aclarar al detalle esta resolución mediante los siguientes argumentos, que constituyen mi informe al Congreso de Amsterdam.

La política colonial estampa su impronta en la historia de nuestra época. En estrecha vinculación con la organización social del siglo xx, será un factor decisivo en el futuro de la humanidad. La propensión que por doquier se muestra hacia la extensión de las colonias es una consecuencia del desarrollo de nuestra sociedad capitalista, y la socialdemocracia deberá participar desde ahora en la solución de esta cuestión sumamente importante. Deberá tomar posición ante esta lucha por la conquista de la tierra y al hacerlo se dejará determinar cabalmente por los diferentes motivos formulados en la resolución antes citada.

El desarrollo histórico ha acarreado el hecho de que varios países entrasen en posesión de colonias que económicamente tienen muy estrechas co-

nexiones con la metrópolis, pero que políticamente no están habituadas a autogobernarse de ninguna manera, y a las que, por ende, uno no podría abandonar a su propio destino, ya sea por la simple razón de que las condiciones internacionales no lo permiten.

Colonias¹ hay y habrá durante muchos siglos todavía; su existencia está indisolublemente entretrejida con la historia mundial. En cada caso particular, habrá que decidir si un país dado ha de quedarse o no con sus posesiones de ultramar. Las relaciones existentes entre la metrópolis y las colonias, que resultan de la historia y de su desarrollo económico y político, son las que tienen la última palabra. En la mayor parte de los casos, no se podrá renunciar a las antiguas colonias porque éstas no resultan capaces de autogobernarse y, debilitadas por una centenaria tutela, caerían en la anarquía y la miseria. Abandonar totalmente al niño débil e ignorante, que no puede prescindir de nuestra ayuda, equivaldría a hacerlo víctima de una explotación sin barreras o entregarlo a otros dominadores. La historia que tenemos detrás nos obliga a vigilar con concienzudo cuidado los intereses de los aborígenes, que ya hace demasiado tiempo explota el capitalismo más inescrupuloso. Sólo el socialismo creará las condiciones bajo las cuales el estado más o menos bárbaro cederá a una cultura superior, a una real civilización.

En ciertos casos hay que cumplir un deber moral, sagrado; hay que saldar una deuda. Tal el caso con la colonia holandesa de Java, que salvó a Holanda de una bancarrota y de donde cientos de millones, fruto del trabajo y de las prestaciones personales, ingresaron en el erario; colonia a la que Holanda debe la mayor parte de su patrimonio nacional, una buena porción del desarrollo de su comercio y de su navegación y en gran medida las entradas de su industria. Hay que reducir a Java la significación de Holanda; esta colonia ayudó a que Holanda ocupase su importante lugar en las filas de las naciones. Java fue la única colonia del mundo entero que durante más de tres siglos regaló sus gigantescas ganancias a la metrópolis, quien allí sólo dejó a cambio decadencia y pobreza. Esta explotación sin barreras pide retribución a gritos. Holanda, por lo menos en parte, tiene que cancelar la deuda de honor, fortalecer al débil, ayudar a que el oprimido se levante, crear prosperidad allí donde sembró miseria. La vergüenza del pasado no puede ser ni será extinguida antes de que hayamos asegurado a esos millones de desheredados un futuro más feliz, de modo que el día que el niño se haga hombre, Java pueda vivir libre y gozar del autogobierno.

¹ Bajo esta designación usual no entenderemos en lo que sigue ni la colonización propiamente dicha o asentamiento, ni las colonias castrenses o penales: sólo emplearemos la palabra *colonias* en el sentido de posesiones en las regiones tropicales.

El capitalismo moderno impulsa a los estados civilizados a agrandar continuamente su territorio para abrir a sus productos nuevos mercados de consumo y descubrir nuevas comarcas donde los capitales puedan ser favorablemente colocados. Como esta política de conquistas, frecuentemente acompañada de crímenes y saqueos, no tiene ningún otro fin que el de satisfacer la insaciable sed capitalista de oro, y como además obliga a gastos militares en permanente ascenso, debe ser combatida sin cesar. Esa política empuja a los pueblos al proteccionismo y al chovinismo, que representan una fuente nunca exhausta de conflictos internacionales, magnifica la gravosa carga del proletariado y retarda la liberación del mismo.

El moderno sistema capitalista de producción y, en conexión con él, el rápido crecimiento de las fuerzas productivas, el continuo mejoramiento de las máquinas, el empleo del vapor y la electricidad al servicio de la industria, los enormes avances de las comunicaciones y el progresivo desarrollo del sistema crediticio conducen inevitablemente a la más gigantesca de las sobreproducciones. Los países capitalistas producen mucho más de lo que pueden vender, y las riquezas se incrementan a más velocidad que la posibilidad de hacer uso de ellas: la anarquía de nuestra organización social se muestra con más nitidez que nunca. El mundo civilizado se ha vuelto demasiado pequeño; existen demasiados obreros y máquinas como para que todos puedan hallar lugar. Dinero y mercancía buscan un expediente en países lejanos para huir de las crisis que amenazan constantemente. Las fábricas se ven compelidas a producir, aunque sea con pérdida, para no engrosar de manera peligrosa el ejército de los desocupados y provocar la revolución violenta. "¡La revolución social o el imperialismo: ésta es la única opción que nos queda!", declaró el canciller de los Estados Unidos de Norteamérica al Senado el 14 de junio de 1898. Y Cecil Rhodes barruntaba lo mismo cuando una noche de 1897, al regresar de una asamblea de desocupados en Londres Oeste, exclamó: "¡Para ahorrarles la guerra civil a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido, debemos abrir nuevos países!" O sea que las colonias tienen que servir de válvula de seguridad contra la presión del proletariado: al capitalismo le hace falta espacio para no reventar. A la industria le hacen falta nuevos mercados de consumo, al capital nuevos campos de actividad, y uno espera encontrar todo eso en los países tropicales. Sólo que se exagera la importancia de las posesiones coloniales; es correcto que las colonias pueden constituir un mercado para los productos industriales que en Europa no tengan salida, pero esta salida será cada vez más exigua en proporción, y el comercio mundial ya no sigue a la bandera.

Del conjunto del comercio mundial de importación, América (aparte de los Estados Unidos) no recibe más que el 6,6%; Asia (incluida china), el 9%; Australia el 2,9% y África el 3,7%, y de aquí,

nuevamente, sólo una parte va a las colonias. En 1901 se evaluaba en 115 000 millones de francos² el comercio global mundial, y de él participaban las colonias holandesas con sólo 950 millones, las francesas con 911 y las alemanas con 71 millones. Sólo Inglaterra posee colonias que pesan considerablemente en el platillo de la balanza: en conjunto, su comercio se eleva a 13 180 millones de francos,³ o sea aproximadamente al 38,5% del comercio global del Reino en general. Mientras en 1900 la exportación de Inglaterra a sus colonias ascendía al 33% de las exportaciones globales, Francia sólo enviaba el 11,4% de sus productos a sus posesiones de ultramar; de todas las mercancías que pasaron la frontera francesa, sólo el 9,3% provenía de las colonias francesas, mientras que Gran Bretaña obtenía de las colonias el 22% de sus importaciones globales.

Pero lo que daba tal auge al comercio inglés eran menos las colonias que el predominio de la *industria* británica, que hasta hacía poco desafiaba toda competencia. Bismarck tuvo razón al opinar que el comercio no depende de la soberanía territorial, que la metrópolis propiamente dicha de las colonias es la industria y que el único dueño del mar es el comercio. España, con sus extendidas posesiones coloniales, jamás tuvo gran significación en el comercio y la industria; la industria de Bélgica y de Suiza, sin colonias, se desarrolló mucho más que la del estado colonial de Holanda. A pesar de su expansión colonial, Francia fue sobrepasada por Alemania tanto en el terreno industrial como comercial, mientras que el comercio de Alemania con sus colonias sólo constituyó el 1% del comercio global de ese imperio. El enorme desarrollo de la *navegación* tampoco muestra una influencia predominante de las posesiones coloniales: aquí, Inglaterra y sus colonias van adelante con el 51% del tonelaje global; le siguen Alemania y los Estados Unidos con el 9,3 y el 9,1%; después viene Noruega con el 6,1% y, mucho más abajo en la lista, Italia con el 3,2%. Rusia con el 2,4%, Suecia con el 2,2%, España con el 2,3 y Japón y Dinamarca con el 1,9%, mientras que la flota mercante de Holanda, uno de los más poderosos estados coloniales del mundo, sólo se ubica en duodécima posición, con 456 000 toneladas o el 1,7% del total de 27 416 000 toneladas. Java, esa isla grande, fértil y densamente poblada, sólo importó anualmente, durante el período 1897-1901, 244 millones de francos, o sea 9 francos por cada habitante; el comercio global de Java (18 francos per cápita sólo constituye el 1/68 del comercio holandés. Las colonias apenas compran a la metrópolis los pro-

² De los cuales correspondía el 63,6% a Europa, el 10,9% al Asia, el 3,9% al África, el 18,1% a América y el 3,5% a Australia.

³ De esta suma le tocan 2 000 millones a Canadá y 3 027 millones a la Federación de Estados Australianos, o sea el 38% a países casi independientes.

ductos que les hacen falta y no pueden producir ellas mismas; incluso sólo se los compran si los precios —incluidos los fletes— son más bajos en la metrópolis que en cualquier otra parte. Además, sus necesidades resultan exiguas y jamás podrán alimentar considerablemente el comercio. Tampoco las *exportaciones*, calculadas per cápita, muestran conexión alguna con la expansión de las posesiones coloniales. Aquéllas son mayores para Holanda (con 657 francos), Bélgica (285), Suiza (269) y Dinamarca (212), que para Inglaterra (195 francos). Para todos estos países, así como para Suecia, Argentina, Alemania y Noruega, el comercio global es mayor que el de Francia con su área colonial de más de 6 millones de kilómetros cuadrados. Se compra y se vende allí donde las condiciones resultan más ventajosas y uno se aparta más y más de la metrópolis. Mientras que en 1891-1892 la India británica envió mercancías a Inglaterra por 805 millones de francos, esa cifra mermó a 720 millones en 1901-1902, lo que da una pérdida del 9,6%; durante el mismo lapso, las exportaciones a las restantes colonias inglesas crecieron de 520 a 660 millones, o sea un 20%, y de 1 233 a 1 610 millones, o un 30,9%, a los países extranjeros. Las exportaciones globales de la India en 1901-1902 fueron calculadas en 2 990 millones de francos, o sea el 29,3% de las del Reino Unido, mientras que las importaciones sólo ascendían al 11,2% de las inglesas, y esto con una población 7 veces más grande que la de la metrópolis. El comercio global de la India británica sólo asciende a 11 francos per cápita; el de Inglaterra a 401 francos, o sea ;36 veces más! Y el capital europeo, que encuentra un fértil campo de actividad en esos países donde aún se está gestando el sistema capitalista de producción, reducirá todavía el comercio con la metrópolis ni bien las colonias puedan dar satisfacción a sus propias necesidades. En tanto el libre cambio siga siendo el principio rector, el comercio jamás podrá seguir a la bandera, y las hecatombes de vidas humanas que costó la conquista de nuevas colonias resultarán inútiles.

El oro se derramó a millonadas y más millonadas sobre las colonias donde el trabajo es regalado y las riquezas naturales sobreabundan, y donde ningún dispositivo de freno detiene la explotación capitalista. El oro no conoce distancias; se difunde con frenética prisa sobre todas las porciones de la esfera terrestre donde hay ganancia en perspectiva, y a veces, como por obra de una varita mágica, transforma un país agrícola en un centro industrial. La conquista de nuevos territorios para la utilización y empleo de capitales, más aún que la necesidad de nuevos mercados de consumo, es la causa de la moderna expansión colonial. El oro no conoce patria. De los 75 mil millones de francos que la especulación obló a las minas del Transvaal, dos tercios provenían de capitalistas alemanes y franceses. Aproximada-

mente 30 mil millones de capital francés hallan empleo en el extranjero y arrojan anualmente, en concepto de intereses, de 1 000 a 1 200 millones. En América del Sur hay colocados 1 750 millones de capital alemán, y en Argentina 5 000 millones de capital inglés; 350 millones de capital belga alimentan la industria rusa. El capital inglés ubicado en el extranjero se ha calculado en 50 mil millones, que en 1902 —y éste fue un año *desfavorable*— arrojó una ganancia de 1 560 millones; más de 16 mil millones fueron a las colonias, lo cual supone un tributo anual de 760 millones de francos.

O sea que a partir de mediados del siglo XIX fueron enviados a países extranjeros grandes capitales, a fin de que allí arrojasen utilidades. Allí trabajaron el suelo virgen, escarbaron las entrañas de la tierra y cubrieron la superficie terrestre con establecimientos industriales. La plusvalía retornó a Europa; las importaciones de productos ultramarinos se multiplicaron, pero las exportaciones de nuestros productos industriales se redujeron notablemente, y los precios bajaron. De 1860 a 1890, se triplicaron las exportaciones de Inglaterra, pero de 1890 a 1897 declinaron de 6,6 a 5,8 mil millones de francos, a pesar de la expansión de sus colonias. Quizás la preponderancia industrial de Inglaterra ya haya alcanzado su apogeo, pero su prestigio en el mercado del dinero sigue subiendo y multiplica sus riquezas. Para contentar su avidez de dinero, a los capitalistas les hacen falta nuevas colonias, y la araña imperialista extiende sus redes en todas las direcciones para envolver nuevos países. Mientras Europa apenas poseía el 6% de la superficie terrestre a comienzos del siglo XVI, hoy en día ha tomado posesión del 70%, dos séptimos del cual forman el imperio mundial británico. África está cortada en pedazos; alrededor del Océano Pacífico y también en la mitad del Asia se brega por el botín; América del Sur se desliza por la fatal pendiente y el hambre expansionista de los países civilizados ni siquiera respetará las tierras polares.

Nosotros los socialistas condenamos irrevocablemente toda expansión violenta, toda conquista por las armas que no sirve a ningún otro fin que la satisfacción de la sed capitalista de oro. “El cañón no crea ningún derecho —dijo correctamente el estadista chino Li Hung-chang— pero la libre voluntad de un pueblo sí.” El pretexto de querer difundir la civilización está sobremanera trillado; es un velo que pretende encubrir los verdaderos móviles; en esta sociedad capitalista, *civilizar* significa nada más que aniquilar, desmoralizar y explotar a otras razas que caen víctimas del imperialismo moderno.

El capitalismo lleva al imperialismo y éste, a su vez, al militarismo, que echa a perder a los pueblos y les chupa la médula de los huesos. Por eso declaramos una guerra implacable a la política colonial capitalista que fortalece a las clases dominantes, enriquece a los capitalistas

a costa de los obreros, magnifica la posibilidad de explotar a los productores, favorece el militarismo y, a cambio de ventajas fútiles, endosa insoportables cargas a la clase obrera, cuya liberación retarda. Los gastos con fines militares tragan solamente en Europa —que en caso de guerra puede armar 4 millones de soldados— más de 8 mil millones de francos por año. Arrastrada por apetencias imperialistas, Alemania se procuró una flota que cuesta anualmente 203 millones de francos; la marina francesa supone 300 millones, la inglesa 875 millones; Rusia gastó en 1903 260 millones de francos en su flota; los Estados Unidos 410 millones. Únicamente en costos de defensa marítima y terrestre, esos cinco países solos despilfarran 5 160 millones de francos anuales, y toda Europa 7 370 millones. O sea que las deudas del estado suben a pasos agigantados,⁴ y todas las cargas oprimen los hombros del pueblo, al que uno puede desollar a su antojo. La lucha industrial, que cada vez se vuelve más violenta y en la que todo el poder estatal está a disposición de un puñado de capitalistas, es una fuente no exhausta de conflictos bélicos y siempre depara nuevos motivos de guerra en todo lugar de la tierra entera. Debido a la producción masiva que se sigue intensificando, la exportación de mercancías se ha vuelto una cuestión vital para los pueblos civilizados. Pero como ahora uno topa con competidores en todos los mercados, es conveniente un refuerzo artificial. El libre cambio debe ceder al arancel proteccionista. El ideal del libre cambio, del que una vez se dijo que crearía la armonía internacional sin envidias ni guerra, y con el cual la división internacional del trabajo depararía una época de paz y concordia entre los pueblos, fue pisoteado por la dura realidad. Las asociaciones capitalistas, en forma de trusts o cárteles que disponen de miles de millones, aplastan a los débiles, sostienen los mercados nativos y saben —si es necesario por la fuerza de las armas— conquistarse nuevos mercados; la política de expansión colonial domina el mundo entero. Impulsado por la ilusión de que el comercio sigue a la bandera, se buscó por doquier adquirir colonias que pudiesen servir de mercados de consumo. Ni los desiertos de África ni los valles de China ni las islas del Océano Pacífico se salvaron de esta hambre insaciable de expansión. La lucha por mercados de consumo para productos y capitales se viene revolviendo como una monstruosidad ígnea y ávida sobre tierra firme y sobre el mar. En el tablero de los dos hemisferios, los ejércitos de la guerra industrial están prontos a la lucha. En todas partes hay materia

⁴ La deuda global de los países civilizados se valúa en 180 mil millones y supone un gravamen anual de, por lo menos, 5 500 millones de francos. Bajo el ministerio Salisbury, los gastos militares subieron un 40%, y ya constituyen la mitad del presupuesto global. De 674 millones en 1883 pasaron a 2 623 en 1903, vale decir que se cuadruplicaron en 20 años.

inflamable amontonada, y una chispa puede hacer explotar la pólvora y ocasionar una conflagración mundial. Se constituyen asociaciones aduaneras, y el sistema proteccionista impele hacia el imperialismo. Mientras Inglaterra pudo abrigar la esperanza de convertirse en el único centro industrial dentro de un mundo que practicaba la labranza, la patria de Peel y de Cobden permaneció fiel a la doctrina del libre cambio. Pero desde el día en que la competencia industrial de Alemania y los Estados Unidos amenazó el predominio de Inglaterra, sobrevino la idea de unir en una liga a las colonias inglesas dispersadas por la tierra entera. Disraeli, que aún en 1852 escribía: "Las colonias son piedras molares colgadas de nuestro cuello", se convirtió en el padre del imperialismo. Tuvo que crearse una *Greater Britain*,* una asociación mercantil político-militar que pusiera bajo una sola bandera a todas las razas anglosajonas. ¡Y Chamberlain pinta con fogosas palabras ese imperio mundial, "que ha de abarcar todas las regiones del mundo y cuya fundación exige tantos sacrificios en bienes y sangre"; ese gran imperio donde cada habitante encontrará todo lo que le hace falta para vivir, trabajar y ser feliz, y que ayudará a que Gran Bretaña obtenga el dominio mundial! Esta apelación al chovinismo, esta hipertrofia del orgullo nacional, halla nuevos adictos cada día.⁵

Tales inclinaciones imperialistas confieren nuevo valor a las posiciones coloniales, y en parte el viejo sistema del monopolio mercantil vuelve a levantarse de sus cenizas. Nuevamente la expansión colonial tomará alto vuelo al agravar las cargas de la clase obrera, mientras las ventajas recaen en los grandes industriales, las firmas mercantiles, las compañías navieras a las que se adjudican subsidios, los que especulan con concesiones, algunos altos funcionarios o los cortacupones. O sea que las colonias constituyen "un lujo costoso" (Molinari) para todas las naciones europeas. El presupuesto colonial de Francia subió de 20 millones de francos en 1858 a 100 millones en 1900, y con las erogaciones por expediciones militares constituye un gasto anual de 175 millones de francos para la metrópolis, que allí sólo envió 170 millones de francos (o el 4,5% de sus exportaciones). En 1903 Alemania debió pagar un déficit colonial de 39 300 000 francos, mientras que sólo recibió a cambio fútiles ventajas comerciales e industriales.⁶ Si además

* Una "Mayor Bretaña", por comparación con la Gran (*Great*) Bretaña. [r.]

⁵ En 1901 el comercio marítimo de ese imperio inglés se elevaba a 34 millones de francos: 2 1/2 veces más grande que el comercio de Alemania, casi la mitad de todo el comercio mundial. La capacidad de la flota mercante inglesa ya asciende a 14 millones de toneladas netas, o sea al 51% del total mundial.

⁶ En 1901, el comercio global de las colonias alemanas sólo ascendía a 71 millones de francos; en gran parte constaba de alcohol para los aborígenes y de medios de subsistencia para los funcionarios gubernamentales.

se añaden los gastos para el ejército y la marina, habrá que confesar que las erogaciones del imperialismo se han convertido en una carga aplastante para el proletariado y que ese imperialismo impide las reformas sociales.

Pero a pesar de todo ello, ¿debe ser condenada toda posesión colonial en *cualquier* caso, en *todo* tiempo y *dondequiera*?

Las nuevas necesidades que se plantearán tras la victoria de la clase obrera y tras la liberación económica de la misma exigirán posesiones coloniales incluso bajo el régimen socialista del futuro. Las naciones modernas no podrán prescindir de ningún enclave que provea ciertas materias primas y productos ultramarinos necesarios para la industria así como para el consumo de la humanidad, mientras éstos no se puedan conseguir por intercambio con productos nativos.

O sea que incluso el estado socialista del futuro deberá tener su política colonial para regular las relaciones entre los países situados en un grado superior de desarrollo económico y los pueblos que están a su zaga. En el caso nada imposible de que las zonas templadas se sobrepoblaran y se precisase incondicionalmente de los países tropicales para que proporcionaran medios de subsistencia y materias primas al Viejo Mundo, la humanidad tendrá que resolver nuevas cuestiones. Ya entre los años 1870 y 1900 abandonaron Europa más de 20 millones de seres humanos, y sin embargo la población europea crece un 0,88% anual. Quizás los pueblos civilizados se sofoquen dentro de la coraza demasiado estrecha del Viejo Mundo después de haberse conquistado la igualdad social, mientras en otras comarcas de la tierra aún queda lugar bajo el sol para millones de hombres.⁷ Pero entonces, ¿tenemos que dejar librada la mitad de la tierra a la arbitrariedad de los pueblos todavía situados en el estadio infantil, que no explotan las colosales riquezas del suelo de sus países, y dejan sin cultivar las partes más fértiles de nuestro planeta? ¿O, en interés de la humanidad, tenemos que intervenir para que la tierra, que pertenece a todo el género humano, proporcione a todos sus habitantes los medios para vivir? ¿Acaso no hay que entender por *socialización de los medios de producción* que *todos* los medios para vivir y trabajar tienen que pertenecer a *todos*? Sobre esto decidirá el futuro, pero ya en la sociedad actual las posesiones coloniales resultan inevitables. El hombre moderno no puede vivir más sin los productos de las regiones tropicales, sin las ma-

⁷ Los 1 550 millones de habitantes del globo están dispersos en 137 millones de kilómetros cuadrados, o sea a razón de 11,6 por kilómetro cuadrado. Europa cuenta con 40,5 habitantes sobre una misma extensión, y esta cifra se duplicará en 1980 con el actual incremento demográfico.

terias primas imprescindibles para la industria (cotonadas, yute, caucho, marfil, estaño, etc.), sin los medios de subsistencia que de otro modo no se pueden obtener en absoluto o que sólo con extrema dificultad resultan asequibles (café, té, tabaco, nuez moscada, quinina, etc.). La mayor parte de la Tierra no es apropiada para la labranza, y con respecto al día en que los países civilizados ya no satisfagan las necesidades del género humano, hay que impedir que los pueblos primitivos despilfarran las riquezas sociales quemando bosques, desolando regiones y exterminando animales. Como dijo Wilhelm Liebknecht en el Reichstag, el 21 de junio de 1899: una política colonial que poblase la tierra y fomentase la cultura y la humanidad estaría justificada. Por supuesto que Liebknecht temía que aún no había llegado el momento para eso.

Es probable o posible que las colonias sólo sean una manifestación pasajera de la historia mundial. Ni bien las razas humanas de color hayan logrado una formación superior y un desarrollo económico más amplio; ni bien la industria y la labranza se expandan entre ellas y sea posible un intercambio regulado con ellas, conquistarán el derecho a la independencia o incluso ésta misma. Pero aún nos separa un largo período de esa época de solidaridad humana en que la tierra entera sólo constituirá una liga mundial de fuerzas productivas cooperativas y asociadas, la organización general de la confraternidad de los pueblos. Sería pensar utópicamente querer afanarse por detener toda extensión colonial hasta la irrupción de la época socialista. Al contrario, debemos pesar los provechos y las desventajas de una posesión colonial en cada caso particular, después de haber examinado la cuestión según los puntos de mira arriba indicados. Una colonia puede ser útil, pero también funesta. Si la carga que se endosó la metrópolis resulta demasiado pesada, esa metrópolis puede desmoronarse bajo su peso. En general la burguesía exagera las ventajas, y olvida que en la mayor parte de los casos esa misma ganancia sería posible sin la toma de posesión de colonias cuyo valor ni contrapesa las desventajas de las cruentas guerras de conquista ni la inflamación del odio racial y nacional ligado con ellas.

El Partido Socialdemócrata, que en su accionar hace hincapié en el desarrollo social y en la lucha de clases y, de acuerdo a sus postulados, metas y tendencias, condena rigurosamente toda explotación y opresión de personas, clases y pueblos, levanta como base de su política colonial las siguientes pautas:

Dado que el capitalismo constituye una fase ineludible del desarrollo económico, que también deberán atravesar las colonias, el despliegue del capitalismo industrial debe ser posibilitado, si es necesario, con el sacrificio de las formas anticuadas de propiedad (comunales o feudales).

Pero al mismo tiempo la socialdemocracia tiene que luchar con todas sus fuerzas contra la perniciosa influencia que ejerce el desarrollo capitalista en el proletariado colonial, tanto más cuanto que este último todavía no será previsiblemente capaz de librar por sí mismo semejante lucha.

La suposición marxiana según la cual más de un país —por lo menos en parte— podría saltar la época capitalista en su desarrollo económico se ha revelado incorrecta; los pueblos primitivos sólo logran civilizarse cuando suben ese monte Calvario. Por lo tanto, es nuestro deber no detener el desarrollo del capitalismo, ya que éste constituye una fase inevitable de la historia de la humanidad; nosotros hasta podemos facilitar ese proceso, tratando de mitigar sus dolores.

Siempre hay que tener presente la diferencia entre la táctica que el socialismo debe observar frente a un capitalismo por venir y la que debe observar frente a un capitalismo decadente y moribundo. La transición del estadio de la labranza, en que aún se hallan la mayoría de las colonias, al del capitalismo industrial, resulta inevitable; el sistema feudal desaparecerá en las colonias como desapareció en Europa y en otras partes; nada ni nadie podrá impedirlo. En general, se pueden distinguir tres períodos diferentes de explotación en la política colonial: en el período inicial, el conquistador se apropia simplemente de las riquezas naturales (oro y productos tropicales), engañando y saqueando a los aborígenes; éste es el período del capitalismo mercantil, de la explotación en favor de un gobierno o de personas privadas. Acto seguido viene el establecimiento de plantaciones y la explotación de la fuerza de trabajo de los aborígenes, a quienes se obliga mediante convenios amistosos o por la fuerza a producir mercancías para el mercado europeo (café, azúcar, tabaco, clavo de olor, índigo, etc.), y finalmente se procura trasplantar el capitalismo industrial a esas comarcas tropicales mediante la erección de fábricas, el tendido de ferrocarriles y el cultivo intensivo del suelo. Los cultivos impuestos desaparecen, las fincas de los aborígenes son dadas en concesión y los capitales europeos hacen su entrada aportando el cultivo intensivo y la gran industria con sus máquinas.

La aniquilación del sistema feudal, que en Francia se consumó de manera violenta durante la gran revolución y en Alemania lentamente y sin conmociones en el siglo XIX;⁸ que en Rusia aún no terminó y que en Japón se opera con vertiginosa prisa, asumirá hartamente en las colonias la forma de una lenta adaptación del sistema de producción a los medios de producción, sin conmociones poderosas. Menguará la significación de la labranza; las industrias se encumbra-

⁸ En 1848, casi los 2/3 (64%) de la población de Alemania vivía de la labranza; hoy en día, apenas el 38%.

rán por doquier en esos países donde las materias primas se encuentran en gran cantidad y el trabajo es tan regalado. Allí hay o se importan obreros que se contentan con salarios bajos, y el capital industrial que aún les falta a las colonias será provisto a manos llenas por la rebosante Europa.

Sólo que el surgimiento de un verdadero proletariado en la mayoría de las colonias —Japón siempre supo preservar su independencia— se operará dificultosamente. Los aborígenes, que tienen pocas necesidades y viven en comarcas donde resulta tan fácil procurarse medios de subsistencia, no se someterán tan fácilmente al yugo del capitalista. O sea que el desarrollo económico asumirá distinta forma que en Europa, y como allí se elude la proletarización extrema, la lucha de clases aparecerá bajo formas menos impetuosas. El sistema colonial del hoy provocó “la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración y de la explotación” de que habla Marx, pero *sin* “la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del propio proceso capitalista de producción”.

O sea que la influencia del partido socialista de la metrópolis deberá tratar de proteger a los aborígenes y preservarlos de la terrible miseria mediante reformas sociales o la transferencia de una parte de las explotaciones al estado. De esta manera, sin perturbar la marcha del desarrollo, podemos mitigar sus dolores y prevenir una miseria que ya se evidencia en las atroces hambrunas de la India. Y para ello será totalmente innecesario —igual que con la pequeña posesión agrícola europea— acelerar el proceso de proletarización y quitar el suelo a los aborígenes. Al contrario, hay que alivianar su carga, combatir su explotación e impedir su pauperización por obra de extranjeros. Y esto tanto más cuanto que resulta dudoso que los aborígenes, si uno los priva de sus medios de trabajo, constituyan jamás —o por lo menos durante algún tiempo— un proletariado consciente de su deber, pues aquí también entra en consideración la cuestión racial, la influencia de la historia. Si protegemos y defendemos a los aborígenes, nos ganaremos sus simpatías; si los proletarizamos, los convertiremos en nuestros enemigos, en una masa de esclavos degenerados, incapaces de ninguna acción enérgica, desmoralizados por la miseria, echados a perder en cuerpo y alma. Libradas a una explotación desenfrenada, las colonias jamás producirán una clase obrera orgánica que a su vez sepa conquistarse su liberación. Impedir una cruel explotación, proteger a los aborígenes, inhibir la rapacidad de los capitalistas y educar tanto como fuere posible un proletariado consciente y socialista que alguna vez pueda gozar de su independencia es el deber que la historia nos impone, una tarea que podemos cumplir. Impulsados por un egoísmo insaciable, arras-

trados por la sed de riquezas, los capitalistas coloniales no se arredran ante nada cuando explotan a los aborígenes; ya han cometido innumerables ultrajes y atroces crueldades, derramado torrentes de sangre, sembrado miseria y destrucción por doquier. Habrá que refrenar esa ciega cacería del oro, impedir la degeneración de los aborígenes y favorecer su elevación material, intelectual y moral. Y con este fin tiene que intervenir el estado.

Tanto para mejorar la situación de los obreros como para impedir que se lleve todo el patrimonio de las colonias, que de tal modo empobrecerían, será provechosa e indispensable, junto a la explotación privada, la explotación estatal de aquellas empresas apropiadas para ello, y esto tanto para acelerar el proceso de desarrollo capitalista como también para elevar la situación económica de los obreros locales.

Aunque se pueda dejar a la iniciativa privada un debido margen, la intervención estatal podrá acelerar considerablemente el desarrollo económico de las colonias, mejorar el destino de los aborígenes y poner fin al drenaje de millones que fue la causa principal de las terribles hambrunas de la India británica y de Java. Enormes porciones de campo siguen sin cultivar, cuantiosos tesoros están escondidos aún en el seno de la tierra, pero los capitalistas sólo se afligen por la ventaja del instante y han desatendido todo esto, haciendo uso de las riquezas del suelo sólo en exigua medida. Faltan los elementos para que surja un capitalismo autóctono: la constante circulación interior y el arrastre del plusvalor fuera del campo inhiben el progreso del capitalismo europeo, que sólo supo sacar un exiguo rendimiento del fructífero suelo de las zonas tan holgadamente favorecidas por la naturaleza. O sea que la ayuda del gobierno, que tiene en cuenta más el futuro que el presente, resulta imprescindible, pero sería injusto volver aprovechable el suelo, abrir canales de riego, construir caminos en el interior, etc., solamente a costa del estado; de ese modo los aborígenes pagarían la ganancia que afluyese a los capitalistas extranjeros en vez de exigir el bienestar general de los habitantes.

Gran parte de la explotación de minas y bosques, de ferrocarriles y obras hidráulicas y, en rigor, incluso los grandes cultivos que asumen forma de monopolios, así como las industrias que sean especialmente apropiadas para ello, pueden ser directamente integrados por el estado. El estado, como predijo Engels, se encargará más y más de dirigir la producción, y los medios de producción pasarán más y más a manos del estado, de la comuna o de otros órganos sociales. De esta manera, la sustitución del sistema feudal y de la labranza por la forma capitalista e industrial de producción tendrá lugar continua e ininterrumpidamente, con miramiento por los derechos e intereses de los aborígenes.

Para las colonias, éste será un serio paso en el camino de la socialización de los medios de producción. Los peligros del socialismo de estado, que quizás existan en países gobernados autocráticamente, no son de temer, pues finalmente preponderará la influencia de la socialdemocracia. Debido a la explotación estatal, la ganancia de la producción quedará en la misma colonia, revirtiendo a los habitantes de la misma, cuya propiedad adquisitiva se ve de tal modo aumentada, hecho que a su vez posibilita la creación de nuevas industrias. Con sólo poner fin a los salarios ridículamente bajos que se pagan a los obreros coloniales, a quienes frecuentemente se mantiene en un estado de esclavitud más o menos velado por obra de *contratas vejatorias* (*Culicontracte*), crecerán las necesidades de los aborígenes, y éstos se volverán conscientes de sus derechos y se organizarán para defenderlos. El socialismo hará su entrada, mañana llevará la liberación a los oprimidos de hoy y los educará para el autogobierno. Durante un tiempo, las colonias y la metrópolis quizás se ligen por simpatías o por intereses comunes y constituyan un estado cerrado en sí que, a su vez, pueda bastar a todas sus necesidades: totalidad económica y política sobre la base de una igualdad democrática y una unidad jurídica entre las diversas razas y pueblos. Las empresas estatales, sin proponerse ningún tipo de ganancia y sometidas al control público, pueden proteger a los aborígenes de la degeneración con que los amenaza el empresariado privado; pueden crear más bienestar para los habitantes de esos ricos países, y gracias a una sabia y benéfica tutela llevarlos por el camino del desarrollo.

Por lo tanto, la tarea de la socialdemocracia en todas las colonias donde surja un proletariado moderno será fomentar la organización del mismo para aumentar su capacidad de resistencia en la lucha con el capitalismo, y eliminar, mediante mejoras salariales, el peligro que representa para los viejos países capitalistas la mortífera competencia de las baratas fuerzas de trabajo de esos pueblos primitivos.

Organizar al proletariado moderno, doquiera se constituya, es el deber del socialismo democrático, el mejor y más seguro medio de dar una cultura superior a la población de las colonias. Nosotros los socialistas, que estamos libres de todo prejuicio racial, abrigamos en nuestro corazón una ilimitada esperanza en el futuro de esas así llamadas razas inferiores. Lo que son hoy, lo fuimos nosotros otrora; lo que nosotros hemos llegado a ser, pueden llegar a serlo en un futuro quizás mucho menos lejano de lo que muchos piensan, porque el desarrollo de la humanidad se consume a un compás cada vez más veloz. Tiempo vendrá en que la zona cálida de la esfera terrestre sea habitada por razas negras y amarillas que ya no se sentirán inferiores frente a la raza rubia, y que ya no necesitarán tampoco de nuestro tutelaje porque

podrán autogobernarse. La competencia será suplantada por la cooperación mundial; la asociación de las fuerzas productivas llevará a la federación de la tierra entera, y en este sentido la política colonial, a pesar de sus defectos y, en rigor, a pesar de sus ultrajes, acelera el desarrollo de la humanidad hacia un futuro más hermoso, donde la nación será remplazada por la comunidad mundial que ha de abarcar la solidaridad de los intereses de todos los seres humanos.

Pero todo esto pertenece al futuro lejano. Durante mucho tiempo habrá que seguir defendiéndose de las formas anticuadas de producción, y ya hoy los obreros de los países civilizados tienen que asegurarse contra la mortífera competencia de las fuerzas de trabajo coloniales. Al igual que el cereal norteamericano, será lanzada sobre nuestros mercados la fuerza de trabajo africana y asiática, y el obrero europeo tendrá que contender con los salarios ridículamente bajos con que se contentan chinos, hindúes y negros. Éstos lo echarán de las fábricas de Europa, o sus productos regalados engrosarán allí el ejército de los desocupados. El tejedor de Lancashire tendrá que luchar con el muerto de hambre del Ganges, el obrero fabril alemán con el proletariado japonés, el minero belga con los pobres mongoles, y todos esos asiáticos son muy superiores a los europeos en el arte de aguantar las injusticias y padecer el hambre. Sólo hay un atenuante para esta terrible situación, y es fortalecer la capacidad de resistencia del proletariado colonial, aumentar sus necesidades y su salario y organizarlo para la lucha de clases, instruirlo por obra de ésta y protegerlo contra los excesos de la explotación capitalista.

O sea que existe una solidaridad de intereses entre el proletariado de ambas partes del mundo, y aquí también el afán del socialismo es una fianza del desarrollo general, pues si se favorece el desarrollo económico mediante la emancipación del proletariado colonial, se creará la base imprescindible para la cultura y el colectivismo del futuro.

Educación a los aborígenes en el autogobierno democrático tiene que ser la meta más enjundiosa de nuestra política colonial, cuyos pormenores deberán exponerse al detalle en un *programa nacional* para cada grupo colonial especial.

Casi toda la posesión colonial descansa en el poder y el derecho del más fuerte. El completo sometimiento de los aborígenes, una alambicada organización estatal y la ausencia de todo autogobierno o autoadministración de los pueblos vencidos constituyen la regla. Una mezquina y estrecha política colonial, fundada en el egoísmo y la tiranía, cegó a los gobiernos europeos ante las quejas de las razas inferiores, a las que se explotó o exterminó sin compasión. En vez de respetar lo orgánicamente creado, el fruto de un centenario desarrollo, se aniquiló, a me-

nudo de manera brutal, las instituciones de los aborígenes para sustituir las nuestras, que surgieron en otro clima y bajo otras condiciones económicas. La mayoría de los puestos permaneció cerrada para los aborígenes; se dio los mejores cargos públicos, holgadamente dotados, a los descendientes de una raza extranjera, que sólo fueron para hacerse ricos y después retornar a su propio país. Aquí será nuevamente el proletariado quien se encargue de la tarea histórica que le resultó tan difícil a la burguesía. Y no sólo deberá fomentar el desarrollo económico: también tendrá que llevar a cabo la educación política de esos pueblos exóticos. En las colonias, la socialdemocracia tendrá que apoyar a los débiles, instruir a los no desarrollados y educar al niño que nos confiaron para convertirlo en un hombre fuerte que ya no necesite de nuestra ayuda. En la mayor parte de los casos, bastará un protectorado esclarecido que, tanto como fuera posible, deje intactas las instituciones locales, a fin de volver maduras a las colonias para el autogobierno democrático.

La lenta pero continua extensión de la economía nacional a economía mundial será asimismo tarea de la clase obrera, que de ese modo tiene que desempeñar un importante papel en la política mundial. Todo indica que el futuro se mueve en dirección de una unión más estrecha entre las razas y pueblos de la tierra: el vapor y la electricidad han acortado las distancias; el comercio y los viajes ponen más a menudo en contacto recíproco a los hombres; los prejuicios raciales se debilitan; las religiones ya no constituyen ningún tabique entre los hombres; grandes potencias económicas, como los trusts y los cárteles, organizan a la humanidad, y hasta la política imperialista, con todo y por todo, llevará a la federación de los pueblos, meta final de la política colonial socialista. Preparar el terreno para esa nueva era, proteger los derechos de los aborígenes y aportar la felicidad allí donde la burguesía sembró la miseria es nuestra tarea. Y si alguna vez cae del árbol el fruto maduro, habrá que agradecer al trabajo de la socialdemocracia, el que —por lo menos en parte— se hayan corregido los errores de la política colonial capitalista, pagado sus deudas y reparado sus ultrajes.

Partiendo de estas ponderaciones, el Congreso de Amsterdam estima que la tarea de los partidos socialistas de todos los países consiste en:

1. Combatir con todos los medios a su alcance la política capitalista de conquista, y
2. Consignar en un programa los postulados a seguir en su política colonial socialista, que descansa en la base expresada más arriba.

KARL KAUTSKY

SOCIALISMO Y POLÍTICA COLONIAL.
UNA EXPOSICIÓN POLÉMICA

PRÓLOGO

Este escrito fue redactado inmediatamente después del Congreso Internacional de Stuttgart, con la intención de publicarlo en *Die Neue Zeit* antes del comienzo de la asamblea partidaria de Essen y con el fin de contribuir al prolijo debate respecto de la política colonial que, de acuerdo con todas las previsiones, iba a tener lugar allí. Tenía la esperanza de aportar al enriquecimiento de la polémica si lograba fundamentar mi posición de un modo más extenso de lo que resulta posible hacerlo por medio de una intervención oral, de tan sólo diez minutos de duración.

A pesar de todos mis esfuerzos, recién pude finalizar mi trabajo cuando era demasiado tarde, debido a que me extendí en exceso. Sólo logré concluirlo el domingo mismo en que la asamblea partidaria daba comienzo. De todos modos, el gran debate por todos aguardado no se llevó a cabo. Se redujo a una discusión intrascendente acerca de si David había sostenido en Stuttgart un punto de vista diferente al de Ledebour y al mío —cosa que para nuestro asombro fue negada— a resultas de lo cual todo el asunto fue catalogado como una mera diferencia de interpretación.

Debido a esto, después de la asamblea de Essen permanecí un tanto indeciso respecto a la conveniencia o no de dar a luz este escrito. Es que la publicación de una exposición a propósito de una polémica que poseía de antemano el estigma de insignificante difícilmente podía despertar mucho interés. No obstante, poco después de la asamblea partidaria efectuada en Essen, la discusión sobre la política colonial cobró nuevos impulsos. Y ello se debe a que las discrepancias existentes son de gran importancia y no pueden ser reducidas a una simple diferencia de términos. Por tal motivo, no me parece superfluo intentar contribuir a la dilucidación de la cuestión por medio de la publicación de mi escrito.

Berlín — Friedenau, 10 de octubre de 1907

1. INTRODUCCIÓN

La mayoría de la comisión sobre la política colonial que deliberó en el transcurso del Congreso Internacional de Stuttgart encabezaba su proyecto de resolución con las siguientes palabras:

El congreso comprueba que las virtudes y las necesidades de las colonias son exageradas en exceso y, en especial, frente a la clase obrera.

No obstante, no condena por principio y de una vez para siempre toda política colonial puesto que bajo regímenes socialistas puede desempeñar una influencia civilizadora.

Luego de múltiples deliberaciones, la frase anterior debía ser suplantada por otra concebida en los términos siguientes:

Considerando que el socialismo persigue la expansión de las fuerzas productivas universales y que aspira a elevar culturalmente a todos los pueblos, este congreso no condena toda política colonial por principio, puesto que la misma puede desempeñar un papel civilizador bajo regímenes socialistas.

Esta redacción contiene menos concesiones a la política colonial, no obstante lo cual también ella fue rechazada por la mayoría del congreso.

Con posterioridad la asamblea partidaria de Essen proclama por unanimidad su apoyo a esta resolución. Sus deliberaciones, por cierto, no contemplaron cuál de los dos puntos de vista era el correcto —si el de la mayoría o el de la minoría participante en Stuttgart—, sino que se ocupó más bien de verificar la existencia o no de una diferencia digna de ser tenida en cuenta entre la mayoría y la minoría mencionadas.

En los hechos, las referencias se limitan a las formulaciones literales de ambas resoluciones. Así es como, a primera vista, las discrepancias aparecen insignificantes al punto que no vale la pena ocuparse seriamente de ellas ni tampoco prestarles mayor atención. En primer lugar, por tratarse de una diferencia de interpretación a propósito del sentido del concepto “política colonial”. En segundo lugar, porque de nada vale discurrir sobre quimeras, como es, y no otra cosa, especular sobre circunstancias de un futuro probablemente lejano aún, o que, al menos, todavía no puede ser distinguido.

Sin embargo, el asunto no es tan inocente como parece. Por cierto que romperse la cabeza cavilando sobre el futuro —en la medida

en que no podemos influir sobre él y, a su vez, éste no puede influir mayormente sobre nosotros—, resulta del todo superfluo. Pero todo nuestro accionar actual repercute sobre el futuro. Del modo como obremos en el presente depende, en gran medida, la forma del devenir. Por otra parte, de la imagen del futuro, de los objetivos que perseguimos como el fin posible, deseable o necesario, depende fuertemente nuestro obrar actual. Cuanto más nítida sea nuestra visión del futuro, tanto más eficaz será nuestro accionar en el presente; y cuanto más eficaz sea éste, tanto más breve y fácil será el camino hacia nuestros objetivos.

Si una sociedad socialista requiere de colonias, entonces estamos muy próximos a admitir la conquista y la conservación de colonias en la actualidad; en consecuencia nuestro rechazo por principio de toda política colonial se revela como desacertado. A lo sumo podremos oponernos a la forma en que las colonias son ocupadas y administradas.

Por lo demás, quienes consideran deseable que participemos en la actualidad de la política colonial lógicamente terminan sosteniendo la necesidad de la dominación extranjera —incluso bajo un régimen socialista— por parte de los pueblos más civilizados sobre los que poseen un desarrollo menor.

De modo que entre la idea de una política colonial socialista y nuestra actitud política actual con respecto a las colonias existe una relación muy estrecha. Sin embargo, las controversias a propósito de este tema que tuvieron lugar en Stuttgart se limitaron exclusivamente a la política actual con eje en la cuestión de si la socialdemocracia considera o no como una necesidad la conquista de colonias.

Van Kol, el informante de la comisión, sostuvo:

La resolución de la minoría niega la posibilidad del desarrollo de las fuerzas productivas de las colonias por medio de la política colonial capitalista. Que esto sea sostenido por una persona con plena posesión de sus facultades me resulta incomprensible. Basta con detenerse un instante a reflexionar sobre la colonización de los Estados Unidos de Norteamérica. Sin ella, los nativos de aquel país vivirían, aún hoy, en las condiciones más indigentes.

¿Es que Ledebour pretende privar al *orden social actual* de las materias primas imprescindibles que las colonias pueden proveerle? ¿Es que aspira a privar al mundo actual de las inmensas riquezas de las colonias? ¿Es que, acaso, los delegados alemanes, franceses y polacos, firmantes de la resolución de la minoría, están dispuestos a afrontar la responsabilidad que implica suprimir, lisa y llanamente, el *actual sistema colonial*?

Desde que la humanidad existe, también existen las colonias. Y estoy convencido de que aún habrán de existir por largo tiempo. Incluso deben ser bien pocos los socialistas que consideran innecesarias las colonias para el

futuro orden social. *Pero esta cuestión no necesita ser discutida ahora.* Sólo le pregunto a Ledebour si en la actualidad, bajo el *sistema capitalista*, se atreve a propugnar la supresión de las colonias. En tal caso, que nos conteste qué destino le asigna al exceso de población europea, en qué países habrán de radicarse las personas que se ven obligadas a emigrar, si no es en las colonias. ¿Qué es lo que Ledebour se propone hacer con el creciente producto de la industria europea, si no está dispuesto a crear nuevos mercados en las colonias? ¿O es que como socialdemócrata quiere eludir la responsabilidad de contribuir permanentemente a una formación superior y más sólida de todos los pueblos que han permanecido rezagados?

Difícilmente pueda alguien imaginarse una defensa más ferviente de la participación de los socialdemócratas en la política colonial en el marco del propio capitalismo.

El mismo camino de Van Kol fue seguido más tarde por Bernstein al señalar:

No podemos adoptar un punto de vista absolutamente negativo en lo que respecta a la política colonial, más bien debemos sostener una política socialista positiva (¡*Bravo!*). Debemos abandonar esa idea tan utópica que conduce a la supresión de las colonias. Esta posición llevada a sus últimas consecuencias traería aparejada la devolución de los Estados Unidos a los indios (*murmillos*). Las colonias están allí, se trata de un dato que no puede ignorarse. El deber de los pueblos más civilizados de someter a una cierta tutela a los pueblos desprovistos de cultura también es un hecho que debe ser reconocido por los socialistas... Si ponemos los pies en la tierra y nos enfrentamos con la realidad tal cual es, no podemos sino arribar a la conclusión de que a la política colonial capitalista debemos oponerle una política colonial socialista. Una gran parte de nuestro aparato productivo basa su subsistencia en los productos provenientes de las colonias, los mismos productos con los cuales los nativos no sabían qué hacer. Por todos estos motivos debemos aceptar la resolución de la mayoría.

También aquí, en la exposición de "todos estos motivos", nos enfrentamos con una política colonial a ser practicada por los socialistas dentro de la sociedad capitalista y que no está pensada para ejercerse bajo un lejano régimen socialista.

Como tercer defensor del proyecto de la mayoría de la comisión, hizo su aparición David. De su intervención destacamos los siguientes conceptos:

Cuando la minoría sostiene que nada puede ser mejorado en la actual política colonial y que la misma constituye desde todo punto de vista un daño para los nativos y su país, se deduce, si sostuvieran consecuentemente su posición, que debería tomar partido por la abolición de las colonias (¡*Muy*

bien!). Ledebour me grita que precisamente de eso se trata (LEDEBOUR: ¡Escuchen! ¡Escuchen!). Entonces los camaradas ingleses, que se proclaman partidarios de la resolución Ledebour, deben propugnar en sus cámaras la supresión de las colonias; lo mismo que los camaradas franceses. Y si los representantes de esta concepción estuvieran en situación de eliminar las colonias, ello traería aparejado la devolución de las mismas a los nativos. ¿Qué sucedería en ese caso con las colonias? Pues simplemente que dejaría de prevalecer en ellas la civilización, operándose una recaída en la barbarie (¡Muy bien!).

Ahora bien, el camarada Ledebour trató de presentar las cosas de modo como si en boca de un socialista resultara digno de condena pronunciarse en el sentido de justificar a un pueblo a realizar una misión civilizadora en las colonias. Al respecto voy a traer a colación la explicación dada por Babel en diciembre de 1906, cuando expuso el punto de vista de la socialdemocracia sobre la política colonial. Entonces dijo: "El hecho de que se lleve a cabo una política colonial no representa, de por sí, un delito (¡Escuchen! ¡Escuchen!). En ciertas circunstancias la política colonial puede jugar un papel civilizador. Ello sólo depende del modo en que la misma sea ejecutada (¡Escuchen! ¡Escuchen!). Cuando los representantes de pueblos más civilizados se relacionan con pueblos extraños amigablemente, con fines altruistas, en calidad de educadores, contribuyendo a elevar la riqueza de los nativos y de toda la humanidad mediante su ayuda, entonces estamos de acuerdo." ¡Pero educación implica tutela! Ledebour sostuvo que no tenemos el derecho de ejercer ninguna tutela sobre los pueblos más atrasados... Si de lo que se trata aquí no es solamente de un par de interrogantes, sino de una posición cuyas implicancias prácticas se está dispuesto a asumir consecuentemente, entonces no pueden dejar de aceptar el primer párrafo de la resolución.

Las colonias tienen que pasar por el capitalismo para llegar al socialismo. Inclusive allí es imposible saltar del salvajismo al socialismo (*muy bien*). El doloroso camino a través del capitalismo no puede ser evitado por la humanidad, y este camino —tal como lo sostuvo Karl Marx— es la premisa para una sociedad organizada al modo socialista.

En sus palabras finales Van Kol también se refirió a mi "erudición libresca" tal como se revelaba en mi ingenua pretensión de establecer un intercambio pacífico con los nativos de los dominios de ultramar, llegando a afirmar con el más completo desparpajo:

Tenemos que acudir con las *armas en la mano*, aun cuando Kautsky designe esto como imperialismo.

El carácter abiertamente antagónico de estas posiciones con respecto a las que fueran sustentadas en la comisión de Stuttgart por la minoría quedó en evidencia claramente en el trascurso del congreso. Ninguno de los que participaron de sus deliberaciones manifestó que la discusión carecía de importancia.

Inclusive uno de los contendores más activos, el camarada David, luego de finalizado el congreso internacional, se refirió a la profundidad de las divergencias existentes entre su punto de vista y el nuestro. En la *Volkszeitung* [Diario del pueblo] de Maguncia, del 26 de agosto, afirmaba:

Los camaradas Ledebour y Kautsky no representan la *actitud de principio* defendida tradicionalmente por la socialdemocracia con respecto a la cuestión colonial, y que fuera aceptada por la delegación alemana por abrumadora mayoría. Estos camaradas sostienen una concepción peculiar, *abiertamente contrapuesta* a las posiciones de la fracción parlamentaria y a la resolución que fuera acordada por la delegación alemana con la oposición de una débil minoría que se halla en extinción... A partir del rechazo formal de la principal resolución de la delegación alemana y su remplazo por la resolución respectiva presentada por la minoría, faltó poco para que toda la resolución del congreso resultara inaceptable para la totalidad de los representantes de la resolución alemana original, que no estaban dispuestos a adoptar una conducta reñida con los principios y pecar de inconsecuentes.

[...] Atendiendo a las circunstancias tal como efectivamente tuvieron lugar se requiere de una *gran desfachatez* para intentar festejar el resultado de Stuttgart como una *victoria* del punto de vista radical utópico totalmente negativo de Ledebour y Kautsky. *En realidad este punto de vista fue derrotado.*

En cambio Van Kol concebía las cosas bajo una óptica algo distinta, pues en Stuttgart condenó la posición sustentada hasta ahora por la socialdemocracia alemana, por considerar que coincidía con la "negación utópica radical" que David había descubierto en las afirmaciones de Ledebour y más. Van Kol, a diferencia de David, nos veía a ambos como representantes de la posición que hasta aquí había adoptado la socialdemocracia alemana respecto de la cuestión colonial. Por ello cuando se refirió a este asunto en Stuttgart lo hizo así:

Yo le pregunto a la socialdemocracia alemana: ¿Dónde está vuestro programa colonial? Ustedes se limitaron a protestar de todo corazón contra los horrores e injusticias de la política colonial, y conozco los discursos tan emotivos sostenidos por Ledebour, por haberlos seguido con sumo interés. A pesar de lo triste que resulta, no obstante, hay que decir que no han hecho absolutamente nada por el desarrollo de las colonias alemanas. *La socialdemocracia alemana no estuvo teóricamente a la altura de las exigencias de la cuestión colonial.* ¿Dónde están vuestras elaboraciones, dónde se encuentran los autores alemanes que hayan escrito sobre la cuestión colonial? ¿Cuál de ustedes acudió a las colonias para estudiar sus condiciones? Hubiera sido vuestra obligación no ejercer sólo la oposición, sino negociar. Pero no lo hicieron,

igual que en Francia. . . Yo lamentó particularmente, en interés de Alemania, que la socialdemocracia se limitara allí a combatir la necesidad y la posibilidad de la existencia de colonias.

De todos modos, y por encima de estas discrepancias, David y Kol coincidían en que en el seno de la socialdemocracia internacional existen dos posiciones abiertamente contrapuestas con relación a la cuestión colonial.

No obstante, David no mantuvo este punto de vista desde entonces, al menos en lo que se refiere a la socialdemocracia alemana, pues en Essen defendió la interpretación que caracterizaba el debate que se había entablado en Stuttgart como una polémica desprovista de importancia. Incluso la resolución de la minoría no encontró la más leve resistencia. Fue reconocida por la socialdemocracia alemana como el fundamento sobre el que se apoya su accionar opositor respecto a las aspiraciones coloniales.

Con todo, no puede considerarse que exista la claridad que sería de desear respecto a una cuestión tan importante y compleja. El debate de Stuttgart, como vimos, puso sobre el tapete una serie de argumentos con relación a la cuestión colonial que, de una parte, fueron combatidos, y, por la otra, contaron con la aceptación de no pocos camaradas, tal como lo revelan las entusiastas exclamaciones de aprobación. Por lo demás, entre estos argumentos hay algunos que suenan muy plausibles y que no pueden ser desechados con un simple gesto de fastidio. Son argumentos que merecen ser desmenuzados minuciosamente, tanto más si tenemos en cuenta que siempre volvemos a enfrentarnos con ellos, ya sea en la prensa, en reuniones o en los diversos organismos resolutivos.

El análisis resulta aún más necesario a medida que la política colonial se torna el aspecto principal de toda la política internacional y, con ello, en la principal amenaza de la paz mundial. Cabe agregar que la paz mundial no posee, por lo demás, muchas otras causas que la hagan peligrar. Pero puesto que nuestras actitudes prácticas con relación a la política colonial actual se hallan determinadas en gran medida por nuestras expectativas en el futuro, y debido a que, cuando hablamos del futuro, nos referimos a situaciones lejanas y aún poco definidas, resulta imprescindible a los fines de nuestro debate formular los conceptos con toda claridad y establecer nítidamente sus límites. En las cuestiones que afectan la práctica cotidiana del proletariado, el instinto que es engendrado por la misma a menudo constituye una guía mucho más acertada que las investigaciones realizadas por teóricos que se encuentran distanciados del movimiento. En cambio, en lo que respecta a la cuestión colonial este instinto fracasa. Sin ideas claras

y precisas, y sin "erudición libresca", fácilmente se incurre en los errores más gruesos, y no sólo en teoría, sino prácticamente. Por ello estudiar detenidamente qué es lo que debe entenderse bajo el concepto de *política colonial* no constituye un entretenimiento, sino un asunto de la mayor importancia para nuestro accionar y para nuestra propaganda. Toda confusión conceptual contribuye a trabar el surgimiento de tendencias que se oponen a la lucha del proletariado por su emancipación, y que en última instancia siempre terminan por inferirle un daño. La comprensión de esta lucha por la emancipación constituye la base sobre la que deben apoyarse todos nuestros esfuerzos, pues sólo allí encuentran un fundamento sólido sobre el cual pueden descansar de un modo indestructible.

2. POLÍTICA COLONIAL POSITIVA

La confusión de ideas provoca gruesos errores prácticos; trae aparejado un accionar poco firme, contradictorio, con marchas y contramarchas, que depende de los estados de ánimo y de las ocurrencias, es decir, que depende del azar. Pero constituye un excelente refugio para eludir la crítica. ¿Cómo puede precisarse el punto débil de una idea a fin de someterla a crítica si los mismos que la esgrimen no se ponen de acuerdo sobre su contenido, asignándole uno u otro, de acuerdo con las exigencias del momento? La espada más efectiva, capaz de partir en dos un tanque de guerra, se empantana si tiene que vérselas con una masa informe.

Del mismo modo, no resulta en absoluto fácil obtener indicios precisos acerca del significado que tienen para Kol los términos política colonial "positiva" o "socialista". ¿Qué es lo que debe interpretarse bajo tales expresiones? Según Van Kol se trata de una política rechazada hasta aquí por la socialdemocracia alemana. Por el contrario, David —partidario de la misma política que aquél—, intentó demostrarnos que ésa es precisamente la política seguida por la fracción parlamentaria hasta ahora. ¿Quién tiene razón?

Aparentemente personas distintas conciben cosas diferentes bajo la expresión de política colonial socialista. Puesto que los representantes de esta política no nos brindan ellos mismos una definición de la misma, debemos ocuparnos por nuestra propia cuenta de hacerlo. Fijar conceptualmente la noción de política colonial socialista es una condición previa a emprender cualquier tipo de crítica en su contra. La investigación de esta noción, por cierto, no constituye ningún pasa-

tiempo semántico, como tampoco lo es desentrañar, supongamos, el significado de la palabra “militarismo” o “capital”.

Si de dos personas, una de ellas al mencionar la expresión “militarismo” se refiere al armamento de la población, y la otra a la existencia de un organismo armado especial, separado del resto de la población, sólo podrán entenderse entre sí con suma dificultad. Pueden llegar a aspirar exactamente lo mismo —supongamos que sea un sistema de milicias—, y, no obstante, uno condenará el militarismo ante la indignación del otro, pues para éste aquella condena implica propugnar el desarme de la población y oponerse a que ella por sí misma se haga cargo de su propia defensa.

Y si, cuando dos individuos hacen mención del capital, uno de ellos se refiere a los medios de producción y el otro al poder social de explotación fundado en la propiedad privada de los medios de producción, aun cuando ambos persigan los mismos objetivos —digamos, la abolición de la explotación del proletariado— naturalmente cada uno de ellos le asignará un destino diferente al capital. Para el primero es una condición insustituible de toda producción, cuya eliminación no puede menos que representar un tremendo retroceso, mientras que para el segundo esta eliminación constituye la única forma de salvar a la humanidad. Exactamente lo mismo ocurre con la política colonial.

¿Qué debemos figurarnos bajo esta expresión? Aparentemente una política que consiste en ocupar y conservar territorios, fundamentalmente en ultramar. Si no hay colonias, si no existen posesiones de ultramar, no existe la política colonial.

Pero la política colonial considerada en sí misma nos enfrenta a dos interrogantes:

1. ¿Debemos alentar y apoyar la conquista y la conservación de colonias?

2. ¿Debemos propugnar reformas en las colonias ya existentes o no?

Resulta comprensible que no sea necesario en absoluto responder afirmativamente la primera pregunta si se contesta afirmativamente la segunda. Se puede negar la primera pregunta e inclinarse, no obstante, por una mejora de las condiciones en las colonias retenidas en tal caso contra nuestra voluntad. Se puede intentar influir de un modo *positivo* en las colonias e impugnar globalmente y en forma *negativa* los fundamentos de toda la política colonial y de las posesiones coloniales.

A quien le resulte ilógico esto difícilmente comprenderá la naturaleza de la socialdemocracia que consiste en combatir el capitalismo globalmente, propugnando su completa abolición a pesar de lo cual pugna por obtener reformas del mismo. Esta unidad entre esfuerzos positivos y negativos que guardamos con respecto al conjunto del capitalismo también es aplicable a cada uno de sus aspectos. La socialdemocracia

alemana adoptó un comportamiento acorde inclusive en la cuestión colonial.

Esto, por cierto, parece no haber sido comprendido por algunos de nuestros camaradas, que no se cansan de sostener que antes sólo actuábamos de un modo *negativo*, mientras que ahora lo hacemos de un modo *positivo*. O, como se pone de manifiesto en la pugna entre “radicales” y revisionistas según la cual lo que unos niegan los otros pretenden hacerlo por la positiva. A propósito de esto, Van Kol nos revela una concepción sumamente original de la historia partidaria al decir:

Cuando aún constituíamos un grupo pequeño, considerábamos suficiente la protesta permanente contra el capitalismo, agitar ante los ojos de nuestros adherentes los terribles sufrimientos que lo caracterizan y deslumbraarlos con el paraíso del futuro. *Ahora hemos comprendido que nuestro deber consiste en actuar contra el capitalismo.*

Si Van Kol aspira esbozar con estas palabras su propia evolución, puede que la misma haya seguido el curso por él descrito. La socialdemocracia marxista “reconoció que su misión consiste en actuar contra el capitalismo” desde su mismo origen, poniendo de manifiesto precisamente la inutilidad de las protestas sentimentales.

En lo que respecta a la política colonial, la socialdemocracia alemana jamás se limitó a la mera protesta, por el contrario siempre tomó partido enérgicamente por mejorar la suerte de los nativos, tal como ocurrió recientemente en la guerra con los hereros.*

Sobre esta cuestión coincide unánimemente toda la socialdemocracia, aquí no existe la más mínima diferencia entre nosotros. Ledebour reconoce la necesidad de influir “positivamente” en las colonias, lo mismo que David y Bernstein, y esto lo puso además de manifiesto de un modo fehaciente a través de su actividad parlamentaria.

Van Kol tampoco tiene qué objetar a nuestro partido en este sentido; al menos no hizo referencia a ningún descuido nuestro en este aspecto por el cual el partido se hiciera merecedor de reproches por parte de las colonias.

En los hechos, si de repartir censuras internacionalmente se trata, seguramente habría encontrado motivos más fundados fuera de Alemania. Resulta un consuelo, por ejemplo, observar en qué medida se descuida *la India en el parlamento británico*. Allí sin duda se pueden hacer muchas cosas positivas que se omiten. Por cierto que si Kol

* Pueblo de bantúes meridionales, que habitan en Damaralandia y que en 1904-1906 se alzaron en armas contra la dominación colonial alemana. [E.]

hubiese hecho referencia a los ingleses, su famosa demostración se le hubiese diluido entre las manos. Pues entre los socialistas ingleses se encuentran los defensores más enérgicos de los intereses del pueblo hindú y que a la vez son los marxistas más decididos. Mientras que, paradójicamente, cuanto mayor es el clamor por una colaboración "positiva" con el gobierno, más va disminuyendo el interés por la India.

Precisamente en Inglaterra resulta particularmente evidente que la condena global de toda política colonial se halla lejos de impedir la lucha práctica en favor de los pueblos coloniales sometidos, revelándose más bien como su mayor acicate. Esto resulta tan comprensible como lo es que los defensores más enérgicos de la jornada laboral de 8 horas no fuesen los reformadores burgueses sino los revolucionarios socialdemócratas.

Los reproches que Van Kol trajo a colación para atacar la práctica de la socialdemocracia en lo que respecta a la cuestión colonial se revelaron como expresiones carentes de contenido y desprovistas de todo fundamento. *Nuestro partido no tiene nada que modificar en ese sentido.*

Pero, ¿no es que nos falta un programa colonial? ¿acaso no estamos desprovistos de suficiente literatura a propósito de la cuestión colonial?

Es posible que en este terreno hubiéramos podido hacer más. Pero si aquí se nos puede imputar alguna negligencia, ésta no puede ser atribuida de ninguna manera a la corriente "puramente negativa" del marxismo alemán. Pues así como la fracción parlamentaria fue conducida principalmente por Bebel y Ledebour —quienes efectuaron la defensa más decidida de los derechos de los nativos— en nuestro accionar "positivo" con relación a la política colonial, no puede olvidarse que la literatura que poseemos sobre esta cuestión fue producida principalmente por representantes del ala izquierda del partido.

La primera publicación con forma de libro de una investigación sobre la relación existente entre la política colonial y la lucha de clase del proletariado tiene por autor a un camarada orientado en un sentido profundamente "negativo". Nos referimos a la obra de Parvus, cuya publicación —autorizada hace poco por él— se hizo en Leipzig bajo el título de *Die Kolonialpolitik un der Zusammenbruch* [La política colonial y el derrumbe]. No puede ser sino un motivo de alegría si el entusiasmo que ha cundido entre nuestros camaradas "positivos" por estudiar la cuestión de la política colonial provee de numerosos y nuevos lectores a este libro excelente.

Pero Parvus no es el único entre nosotros que se haya preocupado por la cuestión colonial. Y me refiero a alguien que está tan próximo a mí como soy yo mismo. Los trabajos preparatorios de mi primer

escrito *Einfluss der Volksvermehrung* [Influencia del aumento de la población], destinado a investigar los efectos del aumento de población y que apareció en 1880, me obligaron a estudiar entre otras cosas las condiciones imperantes en la India, puesto que los malthusianos atribuían la miseria allí existente al veloz crecimiento de la población. Luego, alentado por Marx y Engels, emprendí ciertos estudios relacionados con la prehistoria, que me llevaron a investigar las condiciones de los pueblos primitivos y el objeto de la política colonial. La investigación de esta política misma la inicié cuando Alemania comenzó a manifestar su interés por la conquista de colonias, estableciendo con ello el comienzo de una nueva fase de la política colonial. Ya en marzo de 1880, publiqué en *Staatswissenschaftlichen Abhandlungen*, de Seyfferts, un ensayo a propósito de si Alemania debía o no dedicarse a la fundación de colonias, titulado: *¿Soll Deutschland Kolonien gründen?*

En el primer número de *Die Neue Zeit* de 1883 apareció luego un ensayo más extenso *Auswanderung und Kolonisation* [Emigración y colonización] en el cual defendí la posición que impera desde entonces hasta hoy en el partido.

En el mismo año publiqué también un artículo sobre Egipto y sus perspectivas, *Ägypten und seine Zukunft*; luego en 1884 escribí sobre el Sudán; luego sobre Tongking; en 1885 lo hice sobre la cuestión de los indios y también sobre la cuestión obrera en Nueva Guinea; en 1886 sobre los ferrocarriles chinos y el proletariado europeo; en 1888 lo hice sobre Camerún.

Diez años más tarde volví a dedicarme al estudio de la cuestión colonial al adquirir ésta un carácter amenazador debido al armamento de la flota. En el número xvi, 1, apareció *Ältere und neuere Kolonial Politik* [Antigua y nueva política colonial]; en el número xvi, 2, *Kiautschou*; en el número xviii, 1, *Der Krieg in Südafrika* [La guerra en Sudáfrica], y también *Schippel, Brentano und die Flottenvorlage* [Schippel, Brentano y el anteproyecto sobre la flota]; en el número xxii, 2, *Die Folgen des japanischen Sieges und die Sozialdemokratie* [Las consecuencias del triunfo japonés y la socialdemocracia].

Como se ve, no fue necesaria la advertencia de Kol para que me ocupase de la política colonial, que fue seguida por mí a lo largo de treinta años. Y seguramente le resultará difícil encontrar dentro de la socialdemocracia alemana algún camarada de la "orientación positiva" que haya hecho lo mismo y con la misma perseverancia.

No obstante, no soy el único que tiene por principio la oposición a toda política colonial y que se haya visto obligado por sus trabajos a estudiarla de un modo más detenido. Me limito a traer a colación a mi amigo Cunow, redactor del *Vorwärts* y el mejor etnólogo de la

socialdemocracia alemana, e inclusive de toda la socialdemocracia internacional, cuyos versados estudios sobre la política colonial de diversos estados son dignos de toda confianza.

Naturalmente que ninguno de nosotros realizó viaje alguno de estudio a las colonias, pero, por cierto, tampoco lo efectuó ninguno de los miembros de nuestro partido simpatizante de la orientación "positiva". ¿Cómo pueden ellos reprocharnos algo? Nosotros no les dificultamos tales viajes ni tampoco establecimos impedimento alguno para la elaboración de programas y libros sobre la política colonial. Todo lo contrario. Si alguno de ellos aspira a viajar a Camerún o a Sudamérica, me comprometo a solicitar al partido que asuma la responsabilidad de sufragar los gastos emergentes.

No obstante, Van Kol no podrá menos que aceptar que desconfiemos de los resultados de los viajes de estudio de algún enviado aislado, como también de los políticos europeos en general.

Tales viajes, llevados a cabo por gente desprovista de formación etnológica, cuyo centro de actividad reside en Europa y que, por tanto, sólo pueden abandonar su país por escaso tiempo, son viajes demasiado breves como para posibilitar una visión profunda de la situación. A ello debe agregarse el hecho de que en la mayoría de las colonias existen cláusulas que restringen la libertad de movimiento. Las autoridades acostumbran autorizar al viajero a efectuar visitas sólo allí donde a ellas les resulte conveniente. Con lo cual la impresión que queda adolece de la mayor de las superficialidades. En Rusia, por ejemplo, se logró mediante este procedimiento que los viajeros contaran maravillas de las prisiones siberianas. La obtención de un juicio ajustado se encuentra dificultada en mayor medida aún en las colonias, debido a que a diferencia de lo que sucede en Rusia habitualmente los viajeros desconocen y no comprenden la lengua nativa.

Por tanto el visitante no constituye ninguna fuente confiable para el conocimiento de la situación imperante en las colonias. Sólo puede proveer información valedera aquel que habita un período más largo en las mismas, aquel que vive entre los nativos estableciendo con ellos un contacto desinteresado, sea como investigador, médico, misionero o ingeniero, y por cierto no como comerciante ni como soldado. Quien se interiorice de los informes provenientes de tales personas podrá formarse una imagen bastante próxima a las condiciones realmente existentes en las colonias, inclusive sin abandonar Europa. Y seguramente podrá adquirir una idea mucho más fidedigna que la que recogerá quien visita en el transcurso de unas semanas una o varias colonias. Como puede suponerse, un único informe como el que acabamos de mencionar resulta insuficiente. El azar desempeña un papel demasiado importante en la experiencia de una persona aislada. No obstante, es

totalmente válido extraer lo más general, lo típico, los aspectos necesarios y más importantes, deduciéndolos de lo que aparece como transitorio, circunstancial y con carácter local. Pero para proceder de este modo no bastan las experiencias de un individuo solo. Se necesita de una visión de conjunto de la experiencia de muchos observadores de distintos períodos en el tiempo e, incluso, de distintos países. Por consiguiente, la investigación de la literatura que engendraron es lo único que nos puede facilitar una comprensión más profunda de la naturaleza de las colonias. Los viajes de estudio pueden servir para comprobar tal o cual aspecto de la representación formada previamente, pero jamás pueden suplantar la investigación de la literatura existente. En ausencia de esta investigación previa, los viajes, más bien, proveen una imagen completamente errada.

De modo que podemos abstenernos de conceder mayor importancia a los viajes, tanto más si dependen de que algunos de nosotros disponga de suficiente tiempo para ello y del dinero necesario. Si el camarada Van Kol tuvo la oportunidad, y si su prolongada actividad anterior como ingeniero de la India holandesa lo capacitó para observar con resultados más fructíferos que los que pueden ser obtenidos en general por los viajeros, no podemos menos que considerarlo muy alentador. Pero esto no es atribuible, en modo alguno, a su punto de vista "positivo". Por tanto resulta un disparate adjudicarle a la socialdemocracia alemana el incumplimiento de una responsabilidad que le es propia, por el simple hecho de que ninguno de sus miembros estuvo en una situación semejante. Del mismo modo constituye un absurdo atribuir una circunstancia así a una supuesta tendencia puramente "negativa" y que no está dispuesta a aportar nada "positivo".

Reconocemos que la socialdemocracia alemana puso en su condena de toda política colonial un énfasis mayor que, por ejemplo, nuestro partido hermano, el partido holandés. Probablemente, éste haya obtenido mayores éxitos en lo que respecta a las reformas coloniales. No obstante, esta diferencia no encuentra su origen en discrepancias referidas a una posición de principios a propósito de la política colonial que nos inhibe de tomar partido por toda reforma, por útil que sea, sino al hecho de que nuestra situación política es distinta a la holandesa.

De por sí ya constituye una diferencia suficientemente significativa el que la dieta alemana tenga que ocuparse mucho menos de la cuestión colonial que las cámaras holandesas. Pero sobre todo en Holanda no existe el peligro de una expansión del imperio colonial. Por el contrario, todo el mundo reconoce allí que es excesivamente extenso. Van Kol llegó a tener inclusive una actitud tan bien inspirada como proponer que algunas colonias que significan un lastre para Holanda

fueran vendidas a Alemania. Con lo cual obtuvo la adhesión hasta de destacados políticos colonialistas burgueses de su país.

Estos políticos son los que a su vez se preocupan sobremanera por introducir reformas en las colonias con el fin de reactivarlas, pues el empobrecimiento de las mismas se produce de un modo sorprendentemente rápido, con lo cual amenazan convertirse en una pesada carga —en la medida que el actual estado de cosas subsista— para las potencias coloniales. En consecuencia, algunos proyectos de reformas presentados por los socialistas poseen la posibilidad de ser aprobados, siempre y cuando no contengan medidas que perjudiquen a los capitalistas.

El asunto se presenta con un cariz distinto entre nosotros. Si bien, presumiblemente, la política colonial alemana implica un negocio más gravoso para el estado que la holandesa, por otra parte, en proporción con el tamaño del estado, las colonias alemanas son sensiblemente menos importantes que las holandesas. Y la amenaza que las mismas representan para las finanzas públicas, al menos hasta hace algún tiempo, era significativamente menor. Éste es el motivo por el cual el interés de las grandes masas de la población y, particularmente, de las clases dominantes y sus adherentes por introducir reformas en la administración colonial resulta mucho más atenuado, y en consecuencia tanto más difícil resulta para nosotros imponer tales reformas.

Pero justamente el reducido tamaño de las colonias alemanas brinda un constante aliciente a toda suerte de delirantes colonialistas, para propugnar la expansión de las posesiones coloniales. Esto, ciertamente, adquiere una fisonomía mucho más concreta con el armamento hasta extremos inconcebibles de la flota, a la vez que se revela por medio de la espada de Damocles de una guerra mundial provocada por la expansión colonial y que pende también sobre Alemania. Precisamente es lo que el espinoso asunto marroquí puso de manifiesto de un modo tan terrible. En consecuencia resulta del todo justificado oponerse con todas las fuerzas contra la política colonial y, particularmente, contra este aspecto tan peligroso para Alemania. Se convierte pues en una necesidad imperiosa emprender la lucha contra toda expansión colonial, a la vez que se explica el hecho de que sea blandido como un arma de primera magnitud por parte de la socialdemocracia alemana su rechazo por principio a toda política colonial. De aquí que los esfuerzos por introducir reformas en las colonias queden algo rezagados. En cambio en Holanda ocurre exactamente lo contrario. Esta diferencia proviene de las situaciones fundamentalmente distintas imperantes en uno y otro lado. Y no tiene nada que ver con la cuestión de si se rechaza la política colonial por principio o no.

Pero cuando Van Kol no sólo sostiene que la fracción socialista holandesa obtuvo a través de su accionar en las cámaras significativas

mejoras para las colonias, sino que agrega que "en ninguna parte es posible obtener más fácilmente mayores conquistas a costa del capitalismo que allí, está revelando de paso una pasmosa capacidad para caer en ilusiones. El primer requisito para obtener conquistas a costa del capitalismo está dado por la existencia de una clase obrera preparada para la lucha y dispuesta a emprenderla. Las leyes de protección más benignas no sirven para nada prácticamente si detrás de las mismas no existe un proletariado que controle su aplicación y que esté listo para entablar batalla en cualquier momento en que ello sea necesario. Sin embargo, este factor se encuentra mucho menos desarrollado en las colonias que en los países centrales. La fuerza que logró arrancar las leyes de protección se halla a mucha distancia de las colonias y difícilmente se encuentre en condiciones de controlar su aplicación. ¡Y no obstante se sostiene que resulta más fácil someter al capitalismo allí que en Europa! Las experiencias recogidas hasta ahora demuestran más bien lo contrario. En ninguna parte resulta más difícil poner límites al accionar del capitalismo e impedir sus excesos que en las colonias.

Al camarada Van Kol, lamentablemente, también se le olvidó en su informe sobre la cuestión colonial —presentado por la delegación holandesa al congreso—, explicar, aunque más no fuera de un modo bien sintético, en qué consisten las mejoras sustanciales que él y sus amigos obtuvieron en las cámaras con respecto a las colonias. Sin embargo, el informe abarca más de treinta páginas impresas. Allí hay espacio suficiente como para efectuar una descripción de hechos tan constructivos como para poder apreciarlos en toda su importancia.

Hace tan sólo unos pocos años el camarada Van Kol explicaba que:

No podemos ayudar a la India, inclusive si logramos destinar para tal fin las finanzas holandesas [...]. Carecemos de poderío suficiente como para reintegrar a la India lo que de ella extrajimos. No obstante, y a pesar de todas las consideraciones pesimistas, existe un camino: reducir nuestro dominio colonial.

Si no media esta condición —tal lo sostenido por Van Kol aún en 1903—, resulta imposible introducir en la India alguna mejora significativa. Y esta condición no ha sido concretada hasta hoy.

¿Se equivocó pues Van Kol o es que a la vez que se transformaba en más "positivo" se iba convirtiendo en más precavido? ¿Es que, finalmente, el accionar "positivo" debía quedar reducido a un grado de prudencia y delicadeza tal que prescinde de todo aquello que las clases dominantes no están dispuestas a otorgar por propia voluntad? En consecuencia sólo actúan de un modo "positivo" para el proletariado o para las colonias aquellos políticos que están dispuestos a

regatear con las clases dominantes. Si esto es así, pues entonces los políticos exclusivamente negadores serían aquellos que persisten en su punto de vista sin avenirse a concesión alguna; que si bien toman todo lo que obtienen, no se conforman con nada que no esté en un todo de acuerdo con nuestros principios. Y que, por cierto, no proclaman como una gran conquista ni como un progreso sustancial ninguna de las migajas caídas de la mesa de los comensales poderosos.

Por cierto que una política "positiva" en el sentido mencionado no logra entusiasmarlos. Si el rechazo, por principio, de toda política colonial nos aparta de dicha política "positiva", pues tanto mejor. La lucha auténtica por reformas y mejoras no resulta castrada en absoluto debido a esta condena de principio; por el contrario, se ve fortalecida.

3. ÉTICA DE LA POLÍTICA COLONIAL

Ya hemos visto que la necesidad de proteger los intereses de los pueblos sometidos de las colonias no constituye impedimento alguno para rechazar globalmente la política colonial, es decir la ocupación y la conservación de colonias.

Pero nuestros partidarios de una política colonial socialista esgrimen también además de aquél, otros argumentos, tanto morales como económicos, para impulsarla.

Bernstein se refirió al derecho de los pueblos más civilizados a "ejercer la tutela" de los pueblos de menor desarrollo, o sea, el derecho de dominarlos. Hizo mención expresa a una relación de sumisión. También David comparte este punto de vista; y Van Kol va aún más lejos pues sostiene que si se aspira a civilizar a los nativos habrá que proceder con "las armas en la mano".

Si esta moral es reconocida como válida por nosotros, entonces obviamente no estamos autorizados a condenar la política colonial, pues una ética de esta índole no es más que una forma en que aquélla se manifiesta.

Está muy lejos de mí la intención de subestimar el papel de la moral en la política. Por cierto que su fuerza, en última instancia, se reduce a una suerte de instinto, a diferencia de lo que acontece con la firme convicción que encuentra su origen en la comprensión científica. No obstante, hasta ahora, en todo movimiento masivo privaron los impulsos morales instintivos. Por tanto nadie puede ignorar semejantes motivaciones, inclusive quien se guiara por la investigación científica de la experiencia debería tomarlas en cuenta.

Pero la moral no es una fuerza que se halla fuera de la sociedad

y por encima de ella. Por el contrario, se trata de un factor que surge de la misma sociedad, que sufre modificaciones de acuerdo con los cambios que se operan en las necesidades sociales; necesidades que, por lo demás, no son las mismas para diferentes clases. Cada clase posee una ética particular, y ésta conforma un arma imprescindible para la lucha por su existencia, un arma adecuada a las condiciones particulares y distintivas de su ser. De este modo, si una clase pretende afianzarse y dar rienda suelta a todas sus energías debe permanecer fiel a su moral.

El proletariado también posee su moral particular, a la cual tiende inexorablemente. ¿Encuentra acaso un asidero en esta moral la idea por la cual a la civilización le asiste el derecho de someter y tutelar a las culturas inferiores?

En absoluto. Por el contrario, esta idea es una componente de la moral capitalista. Se trata de una relación de explotación y por tanto, también, una relación de dominio y tutela. Pero la explotación capitalista no descansa en la violencia desnuda ni en el derecho del más fuerte, como tampoco en la destrucción permanente, sino que se asienta sobre la libertad económica del individuo que se transforma en su contrario debido a que ahora se halla despojado de toda propiedad, mientras que sólo unos pocos poseen los medios de producción. Y la ausencia de toda propiedad trae aparejada la falta de medios culturales y, por tanto, de la cultura misma, que ahora se halla exclusivamente al alcance de la clase dominante. De este modo la dominación capitalista sobre el proletariado adquiere la apariencia de una dominación de la cultura sobre la incultura; una dominación de la inteligencia superior sobre la masa de los poco dotados, *the great unwashed*, como dicen los ingleses. La clase propietaria, naturalmente, se aferra a esta apariencia puesto que brinda la mejor justificación moral de las relaciones existentes, tanto para justificarse ante sí misma como ante el resto de la sociedad. En consecuencia, la explotación del proletariado no obedece al interés personal ni a la obtención de una ganancia, sino que la *tutela* a la que lo someten tiene por fin el bien común de toda la sociedad. La legitimación de los derechos de la cultura sobre la cultura inferior es la justificación ética del capitalismo, tal como la religión lo fue en el feudalismo, particularmente en el período de transición al capitalismo.

En el interior de la nación esta moral se impone como la legitimación de los derechos que los propietarios de los medios de producción ejercen sobre los que carecen de toda propiedad. Con relación a otras naciones se revela como la legitimación del derecho de las naciones capitalistas a la explotación de toda la humanidad.

El proletariado no podría considerar como propia esta moral sino

a condición de sancionar su propia explotación, impugnando con ello la lucha que libra por su emancipación. Por cierto que la carencia de cultura de la que adolece es sentida por el proletariado intensamente, pero con no menos intensidad aspira a conquistarla. Pues el proletariado posee la convicción de que la relación de tutela a la que se halla sometido y la sujeción en la que se debate constituyen el principal obstáculo con que se enfrenta para acceder a niveles culturales superiores. De modo que su acceso a la cultura sólo es posible a condición de la abolición definitiva de dicha tutela y dominación, abolición que sólo puede ser el resultado de su propia lucha. Jamás clase dominante alguna ha contribuido por sí misma a la elevación e independencia de la clase por ella sojuzgada. Esta superación se produjo, sin excepción, en *contra* y no *merced* a la clase dominante.

Si la moral capitalista establece que en bien del interés y de la civilización de la sociedad las clases y las naciones inferiores deben ser sometidas, la moral proletaria sostiene, por el contrario, que en interés de la civilización y de la sociedad todos los sojuzgados deben liberarse de las cadenas que les han sido impuestas.

El proletariado, en cuanto conforma la clase más agudamente sometida de todas las clases, no puede romper sus cadenas sin destruir todo tipo de dominación, sin poner fin a todas las formas de dominación de clase.

¿Acaso esto no rige también para las colonias?; ¿debemos, por el contrario, aceptar la ética capitalista en lo que a ellas se refiere? ¿Debemos proclamar la abolición de toda dominación de clase en nuestro propio país al mismo tiempo que nos disponemos a erigir una nueva forma de dominación de clase en los países que no se hallan incluidos dentro de los marcos de la civilización europea, es decir, algo así como la dominación de la raza blanca sobre las razas de piel oscura (los hindúes inclusive?) La concepción ética del proletariado consciente se opone enérgicamente y sin concesiones a semejante concepción, a la vez que rechaza terminantemente toda maniobra tendiente a debilitar su fuerza moral. Y ésta es la razón por la cual combate los argumentos que pretenden negarle un carácter socialmente progresivo a su lucha, tal como ésta es concebida por el proletariado, para reducirla a una pugna por sus intereses particulares.

Bernstein, desde luego, también invocó a Marx. La frase que cita le parece particularmente demostrativa. En su escrito titulado *Voraussetzungen*, de hace una década, ya se refería a Marx para hacerlo comparecer en apoyo de la política colonial. Y cada tanto vuelve a traerlo a colación. Desgraciadamente siempre que lo cita se olvida de incluir la frase precedente y la posterior, a través de las que el concepto referido adquiere sentido. En realidad el párrafo reza literalmente así:

Desde el punto de vista de una formación económica superior, la propiedad privada de individuos aislados de una porción de la tierra va a resultar tan absurda, como la propiedad privada de un hombre por otro hombre.

Luego sigue la oración citada por Bernstein:

Inclusive una sociedad, una nación y, ni siquiera todas las sociedades tomadas en su conjunto, son propietarias de la tierra. Tan sólo son sus poseedores, sus usufructuarios, y tienen que legarla a las generaciones siguientes cual si fueran *boni patres familias* (*El capital*, t. III, 2, p. 309).

Si Bernstein hubiera incluido en su cita la frase inmediata anterior, a todo el mundo le resultaría evidente que Marx no se ocupa aquí, en absoluto, de la política colonial. Y con ello, que la mencionada cita no le brinda ninguna clase de apoyo a Bernstein, pues se trata de un juicio a propósito de la propiedad privada de la tierra. Sobre el derecho de los pueblos más civilizados a someter a las razas más atrasadas y de imponerles sus relaciones de dominación no se dice aquí ni una sola palabra.

El párrafo mencionado contiene una de las conclusiones de la investigación llevada a cabo sobre la renta capitalista de la tierra y la propiedad capitalista del suelo. Y por más sutil que sea la interpretación, jamás podrá extraerse enseñanza alguna que se relacione con el sojuzgamiento de las poblaciones nativas; de dicho párrafo sólo puede obtenerse una referencia a la expropiación de los propietarios de la tierra en las naciones capitalistas.

De hecho, si de la cita anterior queremos deducir que deben ser expropiadas todas aquellas naciones que no trabajan la tierra cual buenos padres de familia, deberíamos comenzar sin ninguna duda por *Europa*.

Por ejemplo, el modo como se conducen los ingleses en Irlanda se manifiesta de nuevo, una vez más, en forma conflictiva. La población se halla en constante disminución: En 1841 contaba con 8 175 000 habitantes; en 1901 sólo con 4 459 000, número que por su parte disminuye sin solución de continuidad. En 1906 sólo quedaban 4 386 000 habitantes. El total de viviendas ocupadas se redujo desde 1841 hasta 1901 de 1 329 000 a 858 000.

¿O será necesario que hagamos mención de Escocia, donde los terratenientes transforman cantidades enormes de tierra en cotos de caza? Y este mismo proceso tiene lugar en la actualidad en las regiones alpinas de Austria. Inclusive en la misma Inglaterra se observa una permanente emigración rural debido a que la propiedad privada de la tierra al modo de la producción capitalista reduce al trabajador rural a la barbarie.

Finalmente, en Rusia nos encontramos ante una veloz degradación de la producción agrícola y, junto con ella, un empobrecimiento creciente de la clase campesina.

¡De nada vale pues preocuparse tanto por lo que acontece tan lejos, cuando se impone la necesidad de poner freno en Europa misma a la devastación del suelo y a la opresión que sufren los que lo trabajan!

No obstante, el párrafo de Marx arriba citado puede ser traído a colación en un cierto sentido a propósito de la política colonial. Y ello porque resulta ser la conclusión lógica de una concepción que para los socialistas es, por lo menos, tan importante como el rechazo por principio de toda dominación de clase, y, junto con ella, de toda dominación extranjera. La lucha contra el dominio de clase tan sólo constituye uno de los costados de la lucha de clase que el proletariado libra, ya que este dominio de clase no puede ser superado sin un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo. En consecuencia, el desarrollo de las fuerzas productivas que la humanidad ha alcanzado es de una gran importancia para el proletariado.

¿Este desarrollo no convertirá en necesaria la política colonial? ¿No se hallarán pues en contradicción los dos aspectos fundamentales por los que el proletariado lucha, esto es la superación de toda dominación de clase y la conquista de niveles más elevados de la productividad del trabajo? Si esto es así, sin duda configuraría una situación muy comprometida para la lucha por la emancipación del proletariado. Las implicaciones de la lucha en tal caso, el carácter siniestro de la misma, nos condenaría a buscar su destrucción, si es que efectivamente sólo puede imponer la liberación que propugna a condición del avasallamiento y la esclavización de una parte de la humanidad.

Tenemos que investigar pues de qué modo gravita la política colonial sobre el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad. Esta investigación, sin embargo, no puede ser reducida a la mera consideración de las nuevas fuentes de empleo que la política colonial trae aparejada y los beneficios que eso representa para los obreros. Sin embargo, éste es el tipo de investigación que Van Kol efectúa con relación a las colonias holandesas en su informe al Congreso de Stuttgart. Allí afirma: "Por cierto, la clase obrera holandesa ha obtenido algunas ventajas con la política colonial." Efectivamente, nada más ni nada menos que entre 31 y 35 millones percibidos como salarios son extraídos por los obreros holandeses de las colonias.

Van Kol agrega que sin duda obtendrían los mismos salarios si Holanda careciera de toda posesión colonial; con todo, en su resolución se refiere a estos beneficios —presentados a menudo de un modo exagerado—, como prueba de la *necesidad* que tiene la clase obrera de

las colonias. Contra este modo de argumentar debe oponerse la más enérgica de las protestas, pues por este camino llegaríamos a las desviaciones más peligrosas.

Bajo el modo capitalista de producción toda actividad tiende a convertirse en nueva fuente de ocupación de trabajo asalariado. ¿Constituye esto acaso una demostración de que tal actividad favorece a la clase obrera? El mismo Van Kol efectúa la comparación entre las colonias y el militarismo, que sin duda también procura fuente de ocupación y nuevos salarios para muchos obreros. ¡Y qué es lo que no supone el pago de salarios! La construcción de iglesias también brinda salarios, lo mismo el lujo superfluo, la prostitución y el robo. Ya en su época, Marx se encargó de ridiculizar esta concepción a través de una explicación de la utilidad de los delitos que proveen de trabajo y salarios a tantos jueces, empleados públicos, guardiacárceles, verdugos, obreros necesarios para la construcción de las prisiones, etc. En consecuencia podríamos concebir una resolución que destaque los beneficios que toda suerte de crímenes traen aparejados para la clase obrera.

De modo, pues, que no se puede emprender de esta manera una investigación sobre la influencia económica que la política colonial ejerce sobre la clase obrera. Precisamente una de las mayores glorias del proletariado combatiente consiste en que hasta ahora, allí donde luchó por su emancipación desplegando sus fuerzas, jamás concedió un peso decisivo al cálculo capitalista de la ganancia personal para la evaluación de la actitud política a adoptar o para fijar el carácter de sus reivindicaciones. Por el contrario, únicamente tomó en cuenta las consecuencias sociales de su accionar consideradas en su conjunto.

Un magnífico ejemplo de este tipo, que inclusive guarda una cierta semejanza con los problemas que la política colonial actual plantea, lo brindaron los obreros textiles ingleses a principios de la década del sesenta del siglo pasado. La guerra civil por la abolición de la esclavitud había estallado en Norteamérica. Los capitalistas ingleses tomaron partido por los esclavistas, pues sostenían que los negros son como niños que necesitan de tutela; únicamente trabajaban si se los obligaba. De modo pues que sin esclavitud no hay algodón y sin algodón no hay industria algodонера. La abolición de la esclavitud, la liberación de los negros, implicaba la ruina de la industria textil inglesa, el hambre para los obreros y un retroceso general de la civilización.

Y los hechos parecían otorgarles la razón. El aprovisionamiento de algodón se paralizó, y con ello estalló una terrible crisis en toda Inglaterra que trajo consigo miseria para los obreros.

Pero éstos permanecieron firmes. No se dejaron persuadir por aquellos que les demostraban la utilidad de la esclavitud de los negros para el obrero inglés. Fieles a su convicción de emprender y apoyar la lucha

por la eliminación de toda forma de dominación de clase —sentimiento que el movimiento cartista había logrado inculcarles con tanta fuerza—, no sólo se resistieron a otorgarle su aliento al esclavismo, sino que tomaron partido enérgicamente en su contra. Tan vigorosa fue la oposición que ejercieron que es a estos obreros a quien debe agradecerse el hecho de que el gobierno liberal de Inglaterra no le declarara la guerra a los Estados Unidos del Norte con el fin de salvar la subsistencia del esclavismo.

Con este espíritu es con el que vamos a emprender la investigación de las consecuencias económicas de la política colonial. No nos atemoriza en absoluto realizar cálculos en el mismo sentido que Van Kol lo hace. Precisamente las colonias alemanas son un pésimo negocio. Por ello, al investigar la cuestión colonial resultaría muy fácil, en este caso, atenerse a un criterio estrictamente comercial y proceder a rechazar por tal motivo la política colonial. Pero esto significa eludir el camino que debe ser adoptado si se aspira a enfocar correctamente la cuestión.

4. COLONIAS DE POBLAMIENTO

Si aspiramos a investigar la significación que tiene la política colonial para el desarrollo de las fuerzas productivas de toda la humanidad, debemos entonces introducir ante todo una diferenciación bien marcada. Existen dos tipos de colonias que tienen entre sí tan poco en común como el agua y el aceite. Quien las confunda y no logre distinguir unas de otras jamás podrá alcanzar una comprensión clara de la cuestión colonial.

En mi artículo de 1880 designaba a una clase de ellas como *colonias de poblamiento*, y a la otra clase como *colonias de explotación*. Aún sigo considerando totalmente correcta semejante denominación.

Las colonias de poblamiento están constituidas por miembros de las clases trabajadoras del país central, artesanos, obreros asalariados, y fundamentalmente campesinos. Abandonan su país de origen para eludir la persecución política o la miseria económica y fundar un nuevo hogar libre de tales peligros. Las colonias de este tipo descansan sobre el trabajo propio y no sobre el trabajo de nativos sometidos.

Una colonia de explotación, por el contrario, es establecida por integrantes de la clase dominante del país central, que, insatisfechos de los resultados que obtenían por medio de la explotación que allí practicaban, buscan expandir los ámbitos de su ejercicio. Su traslado a las colonias es para abandonarlas tan pronto como terminen de exprimir-

las. Nada más lejos de su intención que fundar su nuevo hogar en ellas, y su presencia en las colonias no responde al deseo de eludir algún tipo de presión sufrida en su país de origen, sino que persigue ejercer una presión muy superior a la que suele ser admitida en la metrópolis. Se entiende que las ventajas económicas de semejantes colonias no radican en las posibilidades que ofrecen para desplegar el trabajo personal, sino en la explotación forzada a la que puede someterse a los nativos. Para los europeos las colonias de poblamiento sólo son posibles allí donde impera clima templado. En las zonas calurosas les resulta imposible ejecutar las tareas tan pesadas que la implantación de una colonia supone. Además, sólo pueden establecerse allí donde la población nativa es muy reducida, es decir, allí donde existe una población con métodos de producción sumamente primitivos y que en la mayoría de los casos vive directamente de la caza, pues únicamente en tales regiones permanecen vastas zonas desocupadas. En cambio, las comarcas densamente pobladas no se prestan para este tipo de colonización dado que los inmigrantes no encuentran allí ni el lugar, ni la libertad que reclaman. Y, peor aún, se enfrentan nuevamente con la propiedad privada de la tierra, la renta del suelo, con el estado y con la amenaza de guerra, cosas todas de las cuales buscan huir.

Es obvio que si pobladores provenientes de Europa se instalan en una región prácticamente desprovista de habitantes, predisponiéndose a mejorarla, ello implica un mejoramiento y un desarrollo de las fuerzas productivas. En lugar de la economía atrasada que casi no produce nada y que consiste en el aprovechamiento de lo que la naturaleza espontáneamente ofrece, introducen ahora los métodos de producción más avanzados de la época. Y lo que es más, puesto que ya no se hallan sometidos a las presiones que sufrían en su propio país, también se han librado de toda suerte de gravámenes, de la renta del suelo, de los impuestos, del servicio militar, etc. Esto les permite desplegar sus fuerzas espirituales y materiales con un grado de independencia mucho mayor que antes. Por tanto, no se limitan a incorporar a las colonias las fuerzas productivas que se corresponden con su nivel cultural en remplazo de la débil fuerza productiva de los salvajes, sino que pueden desarrollar sus propias fuerzas productivas a una velocidad muy superior a la del país de origen, convirtiéndose de este modo en uno de los impulsos más potentes para el desarrollo de las fuerzas productivas de toda la humanidad. El ejemplo más brillante de ello lo brindan los Estados Unidos de Norteamérica.

Naturalmente que esta suerte de política colonial no es condenada por nosotros. Pero al apoyarla, ¿incurrimos acaso en contradicción con nuestro rechazo a toda forma de dominación de clase? En absoluto. Estas colonias surgieron, precisamente, como resultado de los esfuerzos

por evitar la dominación de clase. No consisten en la explotación y el sometimiento de los nativos, sino que descansan sobre el propio trabajo del inmigrante, por tanto estos colonos no establecen ninguna nueva dominación de clase con respecto a aquéllos.

Hasta ahora estas colonias condujeron en todas partes, efectivamente, al atraso de los nativos, y, más a menudo aun, a su aniquilamiento. Pero ello no se debe a una característica intrínseca de esta forma de política colonial. Los territorios elegidos para ser destinados a la labranza son tan vastos que alcanzan perfectamente para alimentar a los colonos y a los aborígenes, simultáneamente, con sólo educar a éstos, formándolos y contribuyendo a su familiarización con los nuevos medios de producción. Pero los colonizadores eran campesinos. Y, como se sabe, a los campesinos, más que a ninguna otra clase, les falta la urbanidad y la capacidad para relacionarse fácilmente con extraños. El aislamiento y la soledad en que habitualmente viven impiden que se forjen un horizonte más amplio que el de su reducido vecindario, esto obedece fundamentalmente, al escaso grado de desarrollo de las relaciones de intercambio allí donde su existencia es predominante. Además, el campesino se ve demasiado absorbido por su trabajo y dispone de muy poco tiempo para dedicarse, con cariño, a profundizar con un ser que le resulta totalmente extraño, más si debe comportarse como educador y procurar su formación. Todos los intentos efectuados en este sentido en los asentamientos campesinos con relación a los salvajes fueron dejados de lado al poco tiempo, no porque la educación de éstos fuera imposible sino porque ello representa una carga y supone una prolongada dedicación. El agricultor adoptó en general desde el mismo comienzo una actitud recelosa y desprovista de comprensión con respecto al salvaje. Las costumbres libres y carentes de prejuicios de éstos se le aparecían al cerrado campesino y al pequeño burgués moralista que venía de Europa como una evidencia de paganismo desenfrenado y una endiablada maldad. De allí que fácilmente se suscitaban conflictos que pronto adquirían un carácter de profunda y larga enemistad. De ahí que en ninguno de estos asentamientos campesinos se llevara a cabo entre los nativos una labor de esclarecimiento efectiva, sistemática y duradera. La factibilidad de una tarea de tal naturaleza la demuestran los resultados extraordinarios alcanzados por los jesuitas en el Paraguay. Desprovistos de todo armamento, sin recurrir al sometimiento violento de nadie, valiéndose sólo de la inteligencia y la bondad, lograron elevar a cerca de 100 000 indios salvajes a un significativo nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas. Y ello hasta que la intromisión violenta de los españoles dio por tierra con su obra. Desde luego tenemos que lamentar que en las colonias de poblamiento los nativos no recibieran un trato similar y no fueran convertidos en

eficientes labradores de la tierra. No obstante, esto no puede hacernos perder de vista los beneficios extremadamente grandes que tales colonias trajeron aparejados para el desarrollo de las fuerzas productivas de toda la humanidad.

En consecuencia, por lo que respecta a las colonias de poblamiento, si bien en muchas ocasiones nos vemos obligados a enjuiciar el trato brindado a los nativos, no podemos condenar la colonización en sí misma. Más bien, debemos considerarla como una poderosa palanca para el desarrollo de la humanidad debido a lo cual ésta tiene una deuda pendiente con tal política.

¿Habrá que interpretar en este sentido las palabras de Bebel a propósito de nuestra posición respecto de la política colonial? Allí afirmaba:

Señores, el hecho de que sea llevada adelante una política colonial no constituye de por sí un crimen. En ciertas circunstancias, impulsar una política colonial puede ser considerada una empresa civilizadora. Todo depende del modo en que la misma sea ejecutada. Existe una gran diferencia entre lo que, habitualmente, se supone que la política colonial debiera ser, y lo que efectivamente es. Los socialdemócratas somos los primeros dispuestos a brindar nuestro apoyo a toda política colonial por la cual representantes de sociedades más desarrolladas y cultas —tal como lo son las sociedades europeas y la norteamericana— entablan contacto con pueblos extraños, con el fin de cumplir una misión educativa y liberadora, buscando contribuir a la superación de las necesidades de aquéllos al poner a su alcance las conquistas ya alcanzadas por la civilización y brindándoles, simultáneamente, toda la preparación posible. Si realmente sucede esto y de acuerdo con tan nobles aspiraciones y con fines tan plausibles, entonces los socialdemócratas les brindamos todo nuestro apoyo. Si los miembros de las sociedades más desarrolladas se vinculan con los pueblos extraños en calidad de amigos, como benefactores, con el propósito de ayudarlos a aprovechar las riquezas de su país —que ciertamente no son las mismas que las existentes en nuestros países—, con miras a ser útiles a los nativos y a toda la humanidad, entonces estamos de acuerdo.

Si lo que esta exposición se propone es resaltar que brindamos nuestro consentimiento y apoyo a toda política colonial consistente en propugnar la implantación de *colonias de poblamiento*, en la medida en que simultáneamente se procura la elevación cultural de los nativos, sin el empleo de ningún tipo de violencia, entonces, efectivamente, no cabe duda de que podremos ofrecer nuestra aprobación sin retaceos.

Pero en este caso esta explicación sólo posee un significado académico y no tiene ninguna importancia desde el punto de vista programático, pues en la actualidad ya prácticamente no queda región alguna

que pueda ser considerada al menos de real importancia donde sea factible desarrollar una actividad colonizadora como la mencionada.

Todas las regiones que podrían ser tomadas en cuenta se hallan ocupadas e inclusive han conquistado su independencia —aunque ésta en la mayoría de los casos tan sólo reviste un carácter formal—; tal la situación de los Estados Unidos de Norteamérica, Canadá, África del Sur, Argentina, Chile, Australia, etc. Todos estos países han dejado de ser posibles objetos de una política colonial como la mencionada, que contribuya realmente al desarrollo de sus fuerzas productivas. En los hechos, algunos de ellos inclusive llegan a poseer un grado de progreso tal que aspiran a llevar aspectos de sus fuerzas productivas a Europa.

Esta situación no puede ser ignorada si se pretende adquirir cierta claridad acerca de la política colonial. Los adherentes burgueses del colonialismo intentan deliberadamente ocultar las diferencias existentes entre las colonias de poblamiento y las destinadas a la explotación de los nativos, con el fin de utilizar la simpatía que aquéllas despiertan para continuar con la expoliación en estas últimas. Y ello ocurre así porque en la actualidad, en última instancia, las colonias de explotación son las únicas posibles. Nuestro deber consiste en impedir semejante maniobra evitando que caigan en el olvido las características distintivas y contradictorias existentes entre los dos tipos de colonias. Lamentablemente, muy a menudo esta obligación es descuidada. Inclusive los defensores de la política colonial socialista confundieron y entremezclaron ambas modalidades de colonias en el Congreso de Stuttgart.

Así, Van Kol sostuvo:

La resolución de la minoría niega, además, la posibilidad de promover el desarrollo de las fuerzas productivas de las colonias por medio de la política colonial capitalista. Esto me resulta absolutamente incomprensible en una persona que se encuentra en plena posesión de sus facultades. Piénsese tan sólo un instante en la colonización de los Estados Unidos. Sin ella, aún ahora los nativos vivirían en la mayor de las indigencias. Al respecto me permito formularle una única pregunta a Ledebour: ¿Tiene el valor de propugnar en la actualidad, es decir, bajo el régimen capitalista, la abolición de las colonias? ¿Y qué haríamos en tal caso con el exceso de población existente en Europa; en qué países se radicarían los que tienen que emigrar si no es en las colonias?

No es mi intención eludir la pregunta anterior, pero antes uno no puede evitar preguntarse a su vez si la emigración que se desarrolla ante nuestros ojos responde a un "exceso de población" o, por el con-

trario, obedece a razones de un carácter mucho más político o de raíz económica.

Precisamente los países con menor densidad de población de toda Europa son los que acusan un torrente inmigratorio superior, tal el caso de Irlanda, Rusia, Hungría, Italia y los países balcánicos.

Pero consideremos más de cerca esta original concepción de la emigración, que resuena de un modo tan peculiar en boca de un socialista. Para ello basta que Van Kol sea tan amable como para mencionarnos las colonias con destino a las cuales pretende encauzar los contingentes emigratorios. ¿Acaso deben afluir a Java o Borneo?, ¿el Congo y Camerún? ¿O deben ser canalizados hacia Birmania y Siam? ¡En el año 1905 emigraron a través de los puertos alemanes y de otros países 28 075 alemanes. De ellos, 27 202 se dirigieron a América, 84 a Australia, la enorme cantidad de 57 al África y ninguno a Asia!

De 284 707 emigrantes extranjeros cuyo paso fue registrado por los puertos alemanes en el transcurso de 1905, 204 822 se dirigieron a América, 34 a Australia, 139 al África y ninguno a Asia.

¿Dónde se halla pues la grave situación denunciada por Van Kol en la que supuestamente se verían envueltos los países europeos debido al "exceso de población" tan pronto se procediera a suprimir la existencia de las colonias africanas y asiáticas?

Sin embargo, precisamente, éstas son las regiones alrededor de las cuales gira en la actualidad la cuestión de la política colonial. Si, como vimos, hay que descartar de antemano toda emigración de trabajadores europeos en cantidades significativas hacia las regiones africanas y asiáticas, al hablar de las colonias tropicales únicamente puede hablarse de colonias de explotación.

Ahora sí pasemos a analizar cómo gravitan éstas en el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad, veamos si poseen la misma importancia y si desempeñan el mismo papel que las colonias de poblamiento. Así podremos comprobar si nos enfrentamos aquí con la existencia de una flagrante contradicción entre nuestros dos postulados fundamentales, que son los que guían todo nuestro accionar.

5. COLONIAS DE EXPLOTACIÓN AL VIEJO ESTILO

Las colonias de explotación provocan consecuencias totalmente distintas a las colonias de poblamiento. En general se encuentran en el trópico, precisamente allí donde el europeo se halla incapacitado para desarrollar tareas pesadas. Las clases trabajadoras sólo pueden ser integradas por los nativos o por habitantes traídos de otros países tropicales,

como por ejemplo los negros, hindúes, o gente oriunda del sur de China. Desde un comienzo los europeos se radican allí con el fin de explotar el trabajo ajeno. Por lo general su estadía sólo es transitoria porque no pueden soportar por largo tiempo el clima que allí impera y porque, en cuanto miembros de las clases explotadoras europeas, se hallan habituados a un modo de vida y a placeres que difícilmente puedan disfrutar en las colonias tropicales. El europeo no busca, pues, un hogar sino el enriquecimiento súbito.

El método más eficaz para ello consiste en el saqueo, y este resultado es tanto más fructífero cuanto mayor es el número y la riqueza de los *saqueados*. Así como el colono busca para instalarse páramos desiertos, así este tipo de colonizadores se dirige, antes que nada, a las regiones que ostentan mayor desarrollo, siempre y cuando, claro está, pueda descartarse la posibilidad de una resistencia vigorosa. La *indefensión*, la carencia de espíritu guerrero y de técnicas bélicas, y no su falta de cultura, son los atributos que convierten a un país en víctima potencial de esta suerte de colonización. Por bárbaro que sea un pueblo y necesitado que se halle de civilización, si no posee nada que excite la codicia y brinde el estímulo suficiente para movilizar los medios y el coraje indispensable para la conquista, ninguna nación europea se acordará de referirse al derecho de las civilizaciones superiores con el fin de justificar misión civilizadora alguna. Pero si se descubre algún pueblo no europeo con cierto grado de desarrollo, que carezca de entrenamiento en la carnicería humana y que no esté familiarizado con la moderna maquinaria de guerra, de inmediato surge un clamor intenso e insistente por imponerle el "derecho de los más civilizados". A nadie se le pasó por la cabeza aún someter a "tutela" a los montenegrinos, para brindarles los adelantos de una mayor civilización. En cambio, la India Oriental, poseedora del más elevado y refinado desarrollo cultural —que dio origen a un arte maravilloso y a una profunda filosofía— se convirtió desde fines de la Edad Media en el objetivo de toda política colonial europea que se precie. A tal punto esto es así que toda incursión en otros territorios tenía por fin la localización de nuevas rutas que facilitarían el acceso a la India Oriental.

Esta región cuenta casi con la misma cantidad de habitantes que toda Europa, que se estima en 400 millones, mientras que la India Oriental tiene, aproximadamente, unos 300 millones. Posee el doble de habitantes que el conjunto de las restantes colonias tropicales. Esta impresionante población, compuesta en parte por pueblos altamente civilizados, constituye desde hace siglos la víctima de un incesante saqueo a manos de los europeos. En un comienzo se llevó a cabo mediante el pillaje más feroz, y luego, cuando éste ya no rendía frutos, se

utilizó la succión sistemática a través de la maquinaria montada para arrancar tributos.

Tanto en la Antigüedad como en la Edad Media la India fue famosa debido a su riqueza y al bienestar de sus habitantes. Diodor (en la época de los Augustos) elogiaba ya a este país por no haber conocido jamás el hambre. Aún en el siglo XIV era considerado más rico que Europa. Marco Polo se refería a él como el país más noble y rico del mundo. Sin embargo, en la actualidad esta región se halla reducida a la pobreza total, y sufre constantemente el hambre y todas las penalidades que acompañan a la miseria.

Este es el desarrollo de las fuerzas productivas que el sistema colonial legó a una población de 300 millones de hombres.

En la búsqueda del camino más corto para llegar a la India fue que se produjo el descubrimiento de América.

Allí no fue encontrado ningún país poseedor de una cultura antigua, pero en cambio fueron descubiertos tesoros pletóricos de oro y plata. Tan pronto como los nativos fueron despojados de éstos se iniciaron las excavaciones con el fin de obtener los metales preciosos directamente. Pero para ello se requería abundante fuerza de trabajo. Los nativos, poseedores de sus propios instrumentos de producción y acostumbrados a trabajar para extraños, se negaban a desempeñarse voluntariamente como mineros. En consecuencia fueron *forzados* a trabajar. Y allí donde este trabajo provocó su exterminio y su extinción, eran remplazados por negros esclavizados. Tan pronto como fue resuelta de este modo la "cuestión obrera" y se dispuso de suficiente fuerza de trabajo, se procedió a elaborar otros productos destinados a Europa, tal el caso de la caña de azúcar, el café, el algodón, etcétera.

¿Puede adjudicarse a este procedimiento el mérito de haber desarrollado las fuerzas productivas de las colonias? En modo alguno. Ciertamente que se multiplicó el *número de productos* que las colonias suministraron entonces al mercado mundial. Pero esto no puede ser identificado con el desarrollo de las *fuerzas productivas*. La multiplicación de las fuerzas productivas significa la multiplicación de los productos producidos con el *mismo gasto de trabajo*. Esto es lo decisivo para el proletariado. Para los capitalistas, en cambio, se trata de la masa de productos y de plusvalor, sin tomar en cuenta para nada la cantidad de trabajo con la cual se obtuvo éste. De todos modos, él, por supuesto, no trabaja.

Para el capitalista es exactamente igual si la creciente masa de productos y de plusvalor se obtuvo por medio del aumento de la capacidad productiva del trabajo o si, por el contrario, es el resultado de un incremento del trabajo excedente y de la subalimentación de los que

trabajan. Pero para el proletariado una y otra cosa están lejos de ser lo mismo, puesto que pretende librarse del yugo que pesa sobre él.

Si la capacidad productiva del trabajo permanece constante, el único modo de reducir la carga que pesa sobre las espaldas del proletariado se apoya en la reducción de parte de la masa de productos disponibles socialmente. Y si aspira a evitar esta reducción de la masa de productos, si pretende en cambio incrementarla, reduciendo simultáneamente la carga representada por el trabajo que soporta, no le queda otra posibilidad que incrementar la capacidad productiva del trabajo.

Sin embargo, el trabajo forzado implantado en las colonias no trajo aparejado, ni mucho menos, semejante desarrollo de la capacidad productiva, aunque de vez en cuando provocara un aumento de la producción.

El trabajo forzado es siempre un trabajo poco productivo. Todo el esfuerzo del obrero forzado no se orienta a incrementar el rendimiento de su trabajo, sino a engañar y perjudicar a su amo y verdugo. En la medida de lo posible trabaja poco y mal. El ganado utilizado y las herramientas son maltratados todo lo posible. Por lo demás, los trabajadores asalariados con salarios de hambre tampoco trabajan mucho mejor.

A pesar de todo, antiguamente, el trabajo forzado, como la esclavitud o la servidumbre, se convirtieron en base para el progreso técnico, debido a que la clase explotadora, cuya existencia producían disponía del tiempo ocioso como para dedicarse al arte y las ciencias y contribuir de este modo con el desarrollo técnico.

No obstante, los trabajadores forzados no eran de por sí los más adecuados para aplicar estos progresos. Para ello se requerían trabajadores *libres*. Sobre la base de la esclavitud *generalizada* de toda la fuerza de trabajo no puede desarrollarse jamás una cultura superior. Allí donde el desarrollo social erige el trabajo no-libre en la forma generalizada del trabajo se presenta un callejón sin salida. La superación de este estancamiento y la apertura de nuevos caminos al progreso sólo puede producirse a través de la superación de la civilización anterior merced al trabajo libre, o a manos de los trabajadores que se liberan. Esto, en muchas ocasiones, únicamente puede ocurrir como resultado del triunfo de una civilización menos desarrollada sobre la más avanzada. De paso tenemos aquí un nuevo aporte a la doctrina que establece el derecho de las culturas superiores a tutelar las inferiores.

Este fue el destino, por ejemplo, de la civilización romano-helénica que cayó, durante el período de los emperadores, en la degradación social y en una encrucijada de la cual sólo pudo salir merced al triunfo de los bárbaros germanos. De acuerdo con los principios de Bernstein,

los emperadores romanos estaban asistidos por el derecho de someter a "tutela" a los germanos, y, en consecuencia, la conquista de los romanos, que comienza en la batalla de la selva de Teutberg, constituye la peor de las derrotas sufridas por el progreso humano.

Inclusive más tarde algunas revoluciones consistieron, al menos en su inicio, en el triunfo de una cultura inferior sobre otra superior, como es el caso de las revoluciones que deben su existencia a la explotación de los trabajadores. Pues el nivel cultural de los explotados a menudo es inferior que el de los explotadores, que disponen de todo el tiempo ocioso y a cuyo alcance se encuentran todos los medios materiales. En mi estudio sobre *Tomás Moro* ya puse en evidencia cómo en la reforma el protestantismo representó la rebelión de pueblos de menor desarrollo cultural que enfrentaron a los italianos, poseedores de una civilización superior. Proceso semejante al caso de los conquistadores de la Bastilla provenientes de los suburbios parisinos, que también se hallaban profundamente retrasados culturalmente respecto a sus distinguidos amos y sus señoras.

Allí donde existen conflictos de clase, la clase explotada, si es culturalmente inferior, sólo puede conquistar la posibilidad de su elevación a través de la superación de la cultura a cuya explotación se halla sometida.

Pero volvamos a nuestro asunto. Vimos cómo el sistema colonial trajo aparejada la total desarticulación de las fuerzas productivas de la India, como consecuencia de que sus conquistadores europeos —portugueses, holandeses, ingleses— la sometieron al saqueo, provocando su miseria. Vimos también cómo, por otra parte, en las regiones donde era posible obtener metales preciosos o donde se establecían las plantaciones la productividad de la fuerza de trabajo humana se vio reducida a un mínimo, debido a que fue transformada en trabajo forzado.

Pero, al menos, ¿los resultados de este repugnante y horrible desperdicio de medios de trabajo y de fuerzas humanas no trajeron consigo la elevación de la fuerza productiva del trabajo en Europa?

Ciertamente, el despojo sufrido por las colonias de explotación acarreó riquezas inmensas a Europa. Sin embargo, los ladrones no se conformaron con su botín. La magnificencia de éste despertaba la envidia y la codicia del vecino, del que tal botín y su fuente de origen tuvieron que ser defendidos encarnizadamente mediante batallas que progresivamente empobrecían al país. Las fuerzas productivas no fueron desarrolladas ni en España ni en Portugal, sino que, por el contrario, se vieron trabadas y reducidas al estancamiento a punto tal que ambos países aún sufren en la actualidad la secuela de aquella situación.

El desarrollo industrial de Francia y Holanda también fue desacelerado debido a las constantes guerras coloniales. El florecimiento in-

dustrial holandés se detuvo desde el siglo xvii y aún hoy sigue siendo un país industrialmente atrasado. Las fuerzas productivas francesas se esclerosaron por completo en el siglo xviii, en época de su expansión colonial. El desarrollo industrial francés sólo se reinició y con renovados bríos después de la revolución francesa, y luego de que perdiera casi por completo su imperio colonial.

Existe un solo país que extrajo enormes riquezas del saqueo colonial desarrollando al mismo tiempo significativamente, y gracias a dichas riquezas, sus fuerzas productivas: *Inglaterra*. Debido a su ubicación insular no necesitó, a diferencia de las restantes potencias coloniales, librar simultáneamente guerras terrestres y marítimas. Así es que pudo dedicar prácticamente la totalidad de su fuerza al fortalecimiento de la flota. Y merced a la preeminencia que de este modo obtuvo fácilmente, infringió derrotas a sus enemigos por doquier.

No obstante, el desarrollo de las fuerzas productivas no tuvo un carácter integral tampoco para Inglaterra. Junto a los industriales y comerciantes, también se fortalecieron los grandes terratenientes. Mientras en Francia la nobleza se vio arruinada financieramente, con lo cual se crearon las condiciones para su bancarrota definitiva a manos de la revolución francesa —que significó un poderoso impulso para el desarrollo de las fuerzas productivas—, en Inglaterra la aristocracia se vio tan fortalecida por el botín obtenido en las colonias que continúa disputando su condición de clase dominante hasta la actualidad y a pesar de la revolución de 1648.

Por tal motivo adquirió nueva vida una clase conservadora muy extendida, que gracias fundamentalmente al botín colonial dispuso de los medios para vivir, en general, sin depender de la explotación del trabajo rural. Pero esta situación no contribuyó a la superación de la explotación en general, sino a la liquidación del trabajo agrícola, y, con ello, a la expulsión de los campesinos y la transformación de las tierras que antes se hallaban cultivadas en parques y cotos de caza.

A su vez, los capitalistas industriales no utilizaban las riquezas que obtenían a costa de las colonias sólo para el desarrollo de las fuerzas productivas de su propio país, sino que simultáneamente las empleaban para aplastar las fuerzas productivas industriales de otros países con los que competían. Tanto en Irlanda como en las colonias americanas el progreso industrial fue trabado, y en la India Oriental la floreciente industria que allí existía fue directamente aniquilada.

Al mismo tiempo, la nobleza y la burguesía también recurrieron a su poderío, obtenido gracias a las colonias, para pisotear a las clases trabajadoras de su propio país, con el fin de hacer recaer sobre sus espaldas todo el peso de las guerras interminables. Guerras en las colonias y por las colonias, que a menudo eran sostenidas hasta el agota-

miento completo de la masa del pueblo. La época durante la cual Inglaterra obtuvo las mayores riquezas de las colonias, durante la que su imperio colonial se expandió más rápidamente, en que su política colonial obtuvo las victorias más resonantes, fue también la época de la mayor de las miserias y la degradación más profunda de su clase obrera.

Esto constituye otro aporte más a la doctrina de la utilidad de las colonias para el proletariado.

De modo, pues, que las colonias destinadas a la explotación se revelaron como armas de doble filo para el desarrollo de las fuerzas productivas. Contribuyeron al desarrollo de las fuerzas productivas en Inglaterra, pero inclusive allí no lo hicieron integralmente, a la vez que dicho progreso fue obtenido a un precio totalmente desproporcionado, cual es el estancamiento y, no pocas veces, la destrucción de las fuerzas productivas de gran parte del resto del mundo.

Esta fase de la política colonial constituye empero en la actualidad un período ya superado, que pertenece al pasado en la misma medida en que pertenecen al pasado las colonias de poblamiento. Durante la primera década del siglo pasado, el sistema colonial fue perdiendo cada vez más el interés de los pueblos europeos. La gran industria capitalista había echado raíces y producía constantemente más capital, a tal punto que la explotación colonial fue perdiendo importancia para terminar siendo desplazada. Este proceso se vio acentuado aún más al producirse la separación y la independencia de las principales colonias de los respectivos países centrales bajo cuya férula se hallaban y, en consecuencia, del dominio que trababa el desarrollo de sus fuerzas productivas. Eso es lo que aconteció con las colonias más importantes a excepción de la India, o sea que incluye a las colonias americanas cuya independencia se produjo en tiempos de la revolución francesa o muy poco antes.

Recién en los años ochenta del siglo pasado adquirió vigencia una nueva era de la política colonial, que ahora dirigió su atención a las zonas del mundo no repartidas aún, como son *África y China*. También aquí nos vamos a enfrentar con colonias destinadas exclusivamente a la explotación, como no puede ser de otro modo. En China no hay lugar para inmigrantes; por el contrario, China provee de corrientes de emigrantes ansiosos de radicarse en el resto del mundo. Y en África es el clima el que se encarga de impedir —salvo en la zona ya colonizada del sur— que los europeos trabajen.

Sin embargo, el nuevo sistema colonial posee un carácter absolutamente diferente al anterior.

6. COLONIAS DE EXPLOTACIÓN DE NUEVO ESTILO

Con anterioridad, las colonias destinadas a la explotación merecieron una atención particularmente enfática debido a su condición de proveedoras de capital, del que eran despojadas de los modos más diversos. En la actualidad, por el contrario, el desarrollo de las fuerzas productivas de la gran industria y la explotación de la clase obrera ha adquirido una envergadura tal en los países capitalistas que producen excedentes —plusvalor— colosales, que una gran parte de los mismos es invertida en calidad de nuevo capital, es decir, de capital “acumulado” adicional.

El modo de producción capitalista se ha revelado como el medio más poderoso que la historia haya producido hasta nuestros días para promover el desarrollo de la productividad del trabajo. La competencia y la ganancia constituyeron su estímulo más vigoroso. La competencia amenaza con la bancarrota a toda empresa que trabaja con una productividad inferior a la media. Los esfuerzos por la obtención de ganancias empujan a incrementar continuamente la productividad, puesto que toda empresa que produce con una productividad superior a la media obtiene ganancias extraordinarias. Pero el modo capitalista de producción, al mismo tiempo que se acreditó como el motor más poderoso del desarrollo de las fuerzas productivas, gracias a este desarrollo que él mismo contribuyó —más que ninguna otra forma social— a provocar, llegó a su límite histórico.

En los años 80 del siglo pasado, el modo capitalista de producción llegó a un punto a partir del cual se convirtió cada vez más en una traba para el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas. No en el sentido de una barrera que torna imposible todo más allá de sí misma —pues de vez en cuando se opera algún progreso— sino en el sentido de que cobraron vida las condiciones que hacen posible la existencia de un modo de producción superior. Un modo de producción en el cual el desarrollo de las fuerzas productivas avanzaría mucho más rápidamente que en el capitalismo, mientras que éste se ve forzado a obstaculizar cada vez más el desarrollo de dichas fuerzas productivas, movido por el interés de su propia conservación.

Ciertamente subsisten los estímulos de la competencia y la ganancia, pero la producción vuelve a encontrar en forma siempre renovada su límite en el mercado. El modo de producción capitalista, al incrementar considerablemente la productividad en la elaboración de los productos destinados al consumo masivo, restringe a la vez el consumo masivo de los obreros al mínimo, a pesar de ser ellos los que los producen. Cobra así existencia un sobrante cada vez mayor de los productos

destinados al consumo personal, que tiene que ser vendido a espaldas de la clase obrera. La apertura de nuevos mercados se obtiene principalmente con la destrucción de la primitiva industria familiar campesina y del artesanado, primero en el propio país, y luego en otros países. Pero este modo de ampliar el mercado sigue un curso mucho más lento que la acelerada expansión de la producción. Ésta choca de tiempo en tiempo, siempre de nuevo, con obstáculos. En los años 80 del siglo XIX se había llegado tan lejos que cundía la impresión de que la producción podía superar inmediatamente toda nueva ampliación del mercado, como si el modo capitalista hubiera arribado al término de su capacidad de expansión y, con ello, a su propio fin. Parecía como si sólo mediante un aumento considerable y sostenido del consumo de la clase obrera fuera posible acompañar la necesaria expansión del mercado de productos destinados al consumo individual con el desarrollo de la productividad que se venía operando. Parecía como si ello ya no fuera una reivindicación levantada en beneficio de la clase obrera, sino una exigencia obligatoria para el desarrollo de la misma producción. El triunfo del proletariado y la superación de la clase capitalista —cuyos intereses inmediatos se oponían a esta expansión del consumo del proletariado— adquiriría en los hechos la apariencia de una urticante necesidad económica que se impondría a la brevedad.

Pero la burguesía encontró un conjunto de alternativas para prolongar su dominio. Y todas tienen en común la reducción de la productividad, de una parte, y la multiplicación del derroche, por otra. Actúan de tal modo que la producción puede continuar, se torna posible incluso asimilar los períodos de prosperidad más intensos, pero todo ello a costa de la productividad del trabajo, cuyo desarrollo es trabado o destinado al despilfarro más absoluto. Los procedimientos a los que se recurrió en primera instancia fueron la restricción de la competencia —ese poderoso incentivo para el permanente mejoramiento de la producción—, y la adopción de métodos destinados a garantizar la obtención de ganancias extraordinarias. Esto, como veremos, se logró gracias a la implantación de monopolios y no por la aplicación de adelantos técnicos.

La competencia extranjera fue reducida por medio de *aranceles proteccionistas*. En remplazo del libre cambio, que había sentado sus reales en Europa por los años 50 y 60, hicieron su irrupción los gravámenes aduaneros. Y no se trataba sólo de aranceles industriales; también fueron aplicados aranceles agrícolas, lo que revela con toda claridad que no estaba en juego la aceleración del desarrollo industrial sino que se perseguía facilitarle a los propietarios de los medios de producción la obtención de ganancias extraordinarias a costa de los consumidores, o sea por medio de la restricción del consumo.

La competencia dentro del propio país también fue adquiriendo un carácter cada vez más molesto para la clase capitalista. Por esta razón, ella hizo el intento de desembarazarse de la misma adoptando nuevas formas de organización empresarial en el proceso de producción, es decir a través de los cárteles y del trust. Con ello se logró atenuar significativamente ese extraordinario incentivo que es la competencia y que tanta importancia tiene para el desarrollo de las fuerzas productivas. Con la competencia reducida a un mínimo, los esfuerzos por la obtención de ganancias extraordinarias son encauzados de otro modo: al empresario poseedor de un cártel le resulta ahora mucho más fácil elevar sus ganancias por encima de la tasa media recurriendo a los precios *monopólicos* que incrementando la productividad del trabajo. Por tanto el factor decisivo para la obtención de ganancias pasó a ser, a partir de ese momento, el perfeccionamiento de la organización empresarial y ya no el perfeccionamiento de la técnica. Promover su desarrollo y lograr la organización perfecta, en esto consiste ahora toda la sagacidad y el ingenio exigido al capitalista. El precio monopólico, no obstante, puede ser incrementado hasta cierto límite, mientras no traiga aparejada una reducción excesiva del consumo. Mientras tanto, cuanto menor sea la masa de las mercancías producidas, tanto menor es la oferta en el mercado.

El trust y los cárteles, en consecuencia, no sólo ponen fin a una serie de incentivos que antes contribuían a alentar el mejoramiento técnico, sino que a menudo llegan al extremo de reducir directamente la magnitud de su industria con el fin de mantener precios altos.

Cuanto más desarrollada y extendida se encuentre la expansión de los cárteles, tanto más claramente se pone de manifiesto que el modo de producción capitalista ha rebasado la fase en la que constituía el medio más poderoso para el progreso de las fuerzas productivas y, junto con ello, se transforma crecientemente en una traba para este progreso. En consecuencia, y en forma gradual, trae aparejado el surgimiento de condiciones cada vez más insoportables, tal como lo demuestra Norteamérica, ese Eldorado de los trust. El socialismo se ha convertido en la actualidad en una necesidad económica; el tiempo que transcurra hasta su advenimiento constituye sólo una cuestión de fuerza. Hoy más que nunca la principal tarea de la socialdemocracia consiste en conferirle al proletariado esa fuerza por medio de la organización y la elevación de su conciencia. Nada más peregrino que aquellos socialistas que piensan aún que deben preocuparse por el fortalecimiento del capitalismo.

Sin embargo, la disminución de la producción no es el único método por medio del cual los capitalistas buscan eludir una necesidad tan desagradable como es la de verse obligados a destinar la producti-

vidad incrementada del trabajo, utilizada en la producción de artículos de consumo, en beneficio de la clase obrera. También busca deshacerse de los productos excedentes de los que dispone por medio del despilfarro. Un recurso de este tipo que da resultados excelentes desde el punto de vista del fin perseguido lo constituye la carrera armamentista, tanto la que se desarrolla en el mar como en la tierra, es decir el militarismo en todas sus formas. Esta carrera adquirió desde fines de los años 80 del siglo pasado una dimensión sin precedentes. El genio del inventor es aplicado ahora, y cada vez más, a la elaboración de fuerzas destructivas, abandonando así por completo el ámbito de las fuerzas productivas. Gracias a ello, estas fuerzas productivas crecen incesantemente, pero simultáneamente lo hacen también las fuerzas defensivas, destinadas a enfrentar a las anteriores. Junto con este proceso puede observarse que se acorta el período de tiempo en el transcurso del cual los distintos medios ofensivos y defensivos pasan a ser anticuados, debiendo ser remplazados por elementos nuevos y de mayor eficacia, los que a su vez deberán ser producidos lo más rápidamente posible y en las mayores cantidades. Al mismo tiempo se acrecienta la masa de hombres que son desplazados de la producción de artículos de consumo destinados a la clase obrera. Y, por cierto, toda vez que esta inmensa maquinaria destructiva es utilizada, la destrucción y el aniquilamiento adquieren unas dimensiones increíbles.

La humanidad jamás había visto un sistema más repugnante y colosal, que aprisionara de tal modo las fuerzas productivas. Ningún modo de producción anterior poseía características semejantes. El modo de producción capitalista, no obstante, adquirió un desarrollo tal que, con el fin de proseguir con la explotación de la clase obrera, tuvo que apelar a monstruosidades como las descritas. Gracias a este recurso los capitalistas continúan prosperando, y precisamente por eso promueven la carrera armamentista de cualquier manera, carrera que sin duda jamás habría adquirido tal envergadura si éstos se hubieran negado a proveerle los medios.

Pero inclusive este método para lograr la paralización de las fuerzas productivas de la sociedad le brinda al capitalismo sólo un plazo de gracia perentorio, transcurrido el cual el derrumbe habrá de sobrevenir con mayor fuerza aún. Pues por rentable que resulte para la clase capitalista y su séquito la carrera armamentista, tanto más pesada se torna esta carga para la clase obrera, que se ve obligada a soportarla rindiéndole tributo con su propia sangre y entregándole sus productos. La opresión se vuelve cada vez más violenta y tiende a producirse un tipo de enfrentamiento que quizás provea al socialismo de la misma cantidad de adherentes que la lucha directa contra el capital. Esta oposición deberá hacerse irresistible abruptamente, en el mismo mo-

mento en que una guerra mundial provoque el desencadenamiento de todos los horrores que este sistema contiene en forma latente.

La superación del militarismo, lo mismo que de los cárteles y de los trusts, sólo es posible en la actualidad por medio del socialismo. Únicamente el socialismo brinda el marco adecuado —que el capitalismo ya no puede ofrecer— para albergar las inmensas fuerzas productivas que recobrarían su libertad, si todos los hombres y medios son sustraídos a los fines destructivos y afectados a la producción de artículos de consumo.

Han existido ciertos socialistas que defendieron el militarismo y su utilidad aludiendo a la gran cantidad de obreros a los que procuraba ocupación y que, de lo contrario, se hallarían sin empleo.

Es comprensible que políticos burgueses —para los que el socialismo no es más que un sueño impracticable— defiendan el militarismo de este modo. En cambio, un socialista debiera encontrar precisamente en semejante despilfarro —absurdo y criminal—, al que el capitalismo recurre como única forma para asegurar la subsistencia de su producción, sólo un argumento, y uno de los más apremiantes, contra el capitalismo. Pero lo que jamás debe hacer es tomar partido por este despilfarro.

Además de estos dos métodos, el capitalismo dispone de un tercer modo de simular —maquillando sus mejillas apergaminadas— una salud excelente, y éste posee una estrecha vinculación con nuestro tema.

A fin de sustraerse a la obligación de producir artículos de consumo en grandes cantidades para los obreros pertenecientes al propio país, el capitalismo produce, en forma creciente, medios destructivos, y también de producción y comunicaciones, destinados a los países atrasados de economía agrícola. Puesto que tales países no disponen del capital necesario para adquirir dichos medios, lo reciben prestado de los capitalistas del país exportador, o, en su defecto, estos medios continúan perteneciendo directamente a los explotadores. En otros términos, los capitalistas ya no exportan sus productos en calidad de *mercancías* destinadas a la venta, sino como *capital*, cuyo fin consiste en *explotar* al país extranjero en cuestión.

Sería de suponer que de este modo nos enfrentaríamos con el desarrollo de las fuerzas productivas de los países agrarios. Pero tampoco sucede esto ahora. En la medida en que se observa un incremento de las fuerzas productivas por esta vía, ello se ve compensado, tarde o temprano, por una paralización de las mismas.

Por de pronto la exportación de capital a los países agrarios contribuye fundamentalmente a promover el militarismo. Estos países se encuentran en la disyuntiva de defenderse por sí mismos o, como suele ocurrir en los casos en que se trata de una dominación colonial, ser

defendidos por otros ante los propósitos de conquista de las potencias militares capitalistas. Inclusive en este último caso la colonia carga con la mayor parte, cuando no con el total, de los gastos insumidos por el militarismo, como sucedió, por ejemplo, en la India británica. Con el agravante de que aquello que para un país industrializado tan sólo significa una disminución del ritmo de crecimiento, constituye con suma facilidad, para un país agrario, la causa de su ruina completa y de la bancarrota total.

¿Y los ferrocarriles? También éstos, por regla general, persiguen fines estratégicos en los países agrarios. No son construidos para atender las necesidades de la producción, sino para colaborar en la defensa nacional, con lo cual su amortización se eleva por encima de las utilidades que brindan.

Por cierto que no todos los ferrocarriles son utilizados con el mismo fin. Sin embargo, inclusive allí donde se hallan al servicio de la producción, aparentemente sólo contribuyen a aumentar la productividad del trabajo agrícola. Mientras que el campesinado de países atrasados carece de ferrocarril, posee muy pocas oportunidades para vender sus productos. No le resulta difícil en absoluto conservar un excedente en granos que le sirva a modo de reserva para los años de escasez. El suelo también tiene un valor reducido y en consecuencia le resulta simple poner en barbecho una parte proporcional, evitando con ello su rápido agotamiento.

Al llegar el ferrocarril se produce la vinculación del campesino con el mercado mundial. El sobrante que obtiene en su cosecha es lanzado, ahora, al mercado; de modo, pues, que no le queda ninguna reserva para los años malos. La tierra adquiere un valor más elevado y dejarla en barbecho provoca pérdidas.

Empero, la productividad del trabajo agrícola se podría ver incrementada si el campesino se encontrara ahora en situación de constituir un fondo de reserva en dinero o en créditos a su favor, como para incorporar mejores herramientas, adquirir más animales de labranza y fertilizantes, compensando con ello la supresión de los barbechos.

Pero en los países agrarios, el militarismo se revela como una pesada carga. Es alimentado con dinero proveniente del extranjero, igual que el ferrocarril, que también es construido con capitales foráneos. El endeudamiento con el exterior crece, y junto con él crece la obligación de incrementar los impuestos. El estado se encuentra en permanente vigilia aguardando los mayores ingresos monetarios del campesino. Éste se ve obligado a reanudar su labor desprovisto de dinero, carente de herramientas mejores, todo al viejo estilo, pero despojado de las reservas que antes acumulaba naturalmente para los tiempos malos y sin barbecho. El primer año difícil se transforma en una

catástrofe. A menudo tiene que sacrificar sus animales o, cuando menos, reducir su cantidad. En consecuencia, ahora tiene que cultivar la tierra con menos ganado de labor que antes y prácticamente sin fertilizantes. Estamos pues ante una tierra cultivada en condiciones cada vez peores y sometida a un constante empobrecimiento. El resultado de todo esto no puede ser otro que cosechas malas, retroceso general de la agricultura, preanuncio de su bancarrota irreparable.

Tal es el cuadro que ofrece Rusia en la actualidad. Y el mismo proceso podemos contemplarlo en la India Oriental. También allí se acrecienta el hambre y la miseria, a pesar de la fuerte afluencia de capitales ingleses a la India y del desarrollo de su productividad en algunos casos. En su informe al congreso internacional Hyndman, que conoce muy bien toda la India, afirmaba:

Este empobrecimiento se agudiza. El señor Digby, funcionario en una de las agencias más importantes de las que se ocupan de los que sufren hambre, y que posee por tanto facilidades especiales para obtener buena información, hizo el cálculo de que los campesinos pertenecientes a los distritos en los que no se aplica los impuestos fijos¹ tan sólo reciben de comer la mitad de lo que comían sus abuelos, y perciben un tercio de lo que acostumbraban hacerlo sus abuelos. No obstante, el impuesto a la tierra es cobrado en forma extremadamente rigurosa y debe ser pagado al gobierno en contante y sonante inclusive antes de levantar la cosecha.

Por este medio Inglaterra obtiene un monto en constante aumento y que en la actualidad puede ser estimado en algo así como 700 millones de marcos al año.²

El mismo informe se repite con relación a la India holandesa. En su artículo *Zusammenbruch des holländischen Kolonialsystems* [El derrumbe del sistema colonial holandés], publicado en *Die Neue Zeit*, xxii, 1, p. 425, Bliegen cita un discurso de Van Kol en la cámara holandesa sobre Java, región que conoce muy bien. Bliegen escribe al respecto:

Van Kol brinda un cuadro de la situación de indigencia existente en Java que es semejante al de la India británica. El hambre crónica, que hace mucho tiempo ya es conocida en la India británica, ha comenzado a exten-

¹ El campesinado es gravado en la India en forma individual —*das Rahot-warsistem*— sistema en el cual se hallan incluidos 278 millones de acres, o es considerado arrendatario de un *Zemindas*, correspondiéndole en tal caso un impuesto fijo por todo su dominio. Esta forma de impuesto recae sobre 318 millones de acres [Un acre equivale a 40 áreas].

² Véase sobre este punto, del mismo Hyndman, "Die Ursachen der Hungersnöte in Britisch-Indien" [Los orígenes de hambre en la India británica], *Die Neue Zeit*, xviii, 2, pp. 69ss.

derse en Java. ¡En el país más fértil del mundo! De acuerdo con la información suministrada por las autoridades, un millón de personas padecen hambre. En el año 1860, a cada familia que habitaba en Java le correspondían 12,4 *picol* [765,80 Kg] de arroz; en 1883 aún recibía 11,3 *picol* [697,90 Kg] de arroz; pero en el año 1900 solo recibió 9 *picol* [545,80 Kg] de arroz.

Éstos son los resultados de la creciente exportación de capital a los países agrarios. Observadores superficiales se dejarán deslumbrar por la imagen difundida por quienes obtienen las ganancias y que muestra cómo se expanden en países como la India los ferrocarriles, la construcción de canales, y otras maravillas de la época actual. Inclusive hay miembros de nuestro partido que contemplan el hambre y la peste de la India Oriental con una óptica que atenúa su gravedad. En realidad, el perfeccionamiento de los medios de producción y de comunicación debería elevar significativamente la productividad de las naciones retrasadas, si ello no coincidiera con el crecimiento del militarismo y del endeudamiento exterior. Gracias a estos factores, aquellas mejoras se convierten en un medio para despojar de sus productos a los países pobres, como nunca antes. A tal punto esto es así, que no sólo es absorbida la producción excedente, que tiene su origen en los adelantos técnicos, sino que se llega inclusive a provocar una reducción de los productos que restan en el país a disposición de sus productores. En tales condiciones, el desarrollo técnico se transforma en un modo de establecer el robo sistemático y el creciente empobrecimiento.

Por cierto que los propietarios del capital exportado obtienen pingües ganancias, puesto que lo hacen por partida doble. Se ven liberados de los productos que no podían vender en su propio país, y ya no los venden cual simples mercancías a cambio de las cuales obtienen su valor, sino como capital, como medios de incrementar y perpetuar la explotación del país agrario a que van destinados. Al menos por todo el tiempo que dicho país esté dispuesto a soportar semejante explotación. Pues la resistencia crece paralelamente con el crecimiento de la explotación.

La lucha contra la explotación capitalista cobra fuerza siempre que aquélla adquiera un cierto grado de desarrollo. Pero dentro del propio país, del cual el capital es oriundo, éste cuenta para su tranquilidad con el respaldo de la *violencia estatal*, que lo protege y que combate enérgicamente todo intento por sacudirse el yugo de la explotación capitalista. En el extranjero, en cambio, el capital a menudo carece de esta garantía. Inclusive la seguridad del capital extranjero no sólo está expuesta al peligro y la amenaza de un alzamiento de raíz puramente proletaria, contra la totalidad de las condiciones de la

explotación capitalista. El poderío estatal y las clases dominantes de un país agrario suelen aprovechar las oportunidades que se le brindan para deshacerse de la presión que sobre ellos ejercen algunos capitales extranjeros, con el fin de ejercer la explotación capitalista en beneficio propio. La bancarrota de ciertos gobiernos llevó a que los ingleses, por ejemplo, sufrieran en Sudamérica cuantiosas pérdidas por la confiscación de ferrocarriles, establecimientos mineros, etc. Y ello no siempre ocurre como consecuencia de la falta de capacidad de pago, a menudo se trata simplemente de falta de voluntad de pagar.

Este peligro sólo puede ser conjurado por los capitalistas a condición de que el territorio al cual los capitales son destinados se encuentre sometido a la violencia estatal de algún país europeo, poseedor de una cultura capitalista desarrollada, es decir cuando dicho territorio ha sido despojado de su independencia y convertido en una *colonia*. Pero al capital no le basta con que algunas de las potencias europeas reduzca a tal país a la condición de colonia, garantizando con ello su seguridad. Para ello necesita que la violencia estatal provenga de su *propio* país, del país en el cual ese capital se ha originado.

Pero el capital no sólo necesita de la violencia estatal para garantizar la permanencia ininterrumpida de la explotación, sino que a menudo recurre a ella, con el fin de que posibilite sentar las bases para comenzar con dicha explotación. La provisión de armas y de acorazados, la construcción de ferrocarriles y de canales, el establecimiento de complejos mineros, no puede emprenderse a voluntad; requiere del apoyo de la violencia estatal. Cada estado, naturalmente, concede prioridad a los capitalistas pertenecientes a su país. En la misma medida en que estos capitalistas exportan, se incrementa el interés porque los dominios coloniales del propio estado sean lo más extensos posible y que se expandan tanto más rápidamente.

Así es como desde los años 80 se inicia en las naciones capitalistas una nueva era de la política colonial. Alemania funda su propio dominio colonial; Francia, Inglaterra y Holanda, amplían los suyos, y si bien los Estados Unidos recién comienzan a estar en condiciones de exportar capital, ya se disponen a apropiarse algunas de las islas de Polinesia, así como de Filipinas, Puerto Rico, Cuba, etcétera.

Esta nueva política colonial no tiene nada en común con la política del pasado, consistente en fundar colonias de poblamiento. Su objetivo se reduce a las colonias tropicales. Pero también se distingue de la política colonial anterior, que se dedicaba al saqueo sistemático, puesto que para ésta las colonias estaban destinadas al pillaje y a otras formas de despojo de sus riquezas, que sólo se transformaban en capital en la metrópolis. En cambio, ahora se trata de una política que conduce

capitales a las colonias, que promueve el desarrollo de obras civilizadoras en éstas y que, en apariencia, ya no se limita a la destrucción, sino que posee un carácter progresivo.

Pero ya vimos que no debemos permitir que la apariencia nos engañe. Y también vimos cómo el crecimiento que eventualmente pueda operarse en las fuerzas productivas es superado por el aumento que simultáneamente se produce de todas las formas del militarismo, con todo el derroche de fuerzas productivas que ello implica, y por el endeudamiento exterior.

En aquellas colonias en las que subsisten aún condiciones extremadamente primitivas, donde predomina la propiedad común de la tierra, donde la población aún se halla en posesión de los medios de producción y todavía vive cómodamente de acuerdo con sus necesidades, allí, el capital proveniente del extranjero requiere previamente la creación deliberada y violenta de las condiciones que conviertan a la población en una masa apta para ser sometida a la explotación. Allí se trata, pues, de expropiar a los nativos forzándolos a trabajar, si es que el capital aspira a funcionar como tal y producir ganancias. De modo que se repiten todos los horrores del sistema colonial antiguo, correspondiente a la época de la acumulación originaria del capital; allí vuelven a cobrar vida las pavorosas hazañas de Cortés y Pizarro, de Clive y Warren Hastings, tal como lo revelan las infamias cometidas en el Congo, que nada tienen que envidiar, por cierto, a algunas de las restantes obras de la política colonial actual, que no le van a la zaga. Tanto las de origen alemán, como las francesas e inglesas, o las holandesas y norteamericanas.

Éstos son los fenómenos que tienen en cuenta, seguramente, los defensores de una política colonial socialista al condenar los "actuales métodos de colonización", a la vez que, a pesar de su negativa, exigen la conservación de las colonias.

Mientras tanto, las cosas tampoco presentan un aspecto más favorable en las colonias más antiguas, donde ya existe una producción de mercancías plenamente desarrollada, lo mismo que una población empobrecida y sometida. Las condiciones que la explotación capitalista supone ya no necesitan ser impuestas artificialmente. Aquí, además de la violencia estatal, imperan las leyes económicas poseedoras de suficiente fuerza como para garantizar la explotación capitalista con prescindencia de los aspectos más indignantes de antaño. Así es que la administración de la India británica ofrece una fisonomía más agradable que nuestras colonias. Matizada inclusive con una cierta buena voluntad hacia los nativos. Pero aun cuando sean otros los métodos aplicados en las colonias mencionadas, sus efectos no son menos funes-

tos. Y con qué facilidad es remplazada por el terror más violento la buena voluntad individual ante la mínima amenaza sufrida por el poderío del estado y, con ello, por la seguridad indispensable para proseguir con la explotación lo demuestran las medidas represivas recientemente adoptadas por los ingleses en Bengala y en Egipto.

Inclusive este sistema colonial tan "pacífico" trae aparejadas condiciones que obligan, tarde o temprano, a toda población medianamente capacitada para resistir, a lanzarse a la lucha. Pero allí donde la rebelión fracasa, allí donde resulta imposible sacudirse el yugo capitalista, este nuevo sistema colonial conduce, en cambio, a la bancarrota financiera. Tal el caso de Rusia, donde el capital extranjero desempeña también un papel relevante y que, en la actualidad, oscila permanentemente entre la bancarrota y la revolución. La India británica se va a enfrentar a corto plazo con una situación parecida; entre tanto, Java se halla amenazada por la bancarrota sin revolución.

Del mismo modo que los cárteles y los trusts, y que el militarismo, así también la exportación de capital y sus consecuencias —el nuevo sistema colonial— no pueden impedir el derrumbe del modo capitalista de producción. Sin embargo, tanto este último método como los anteriores se han convertido en un medio muy poderoso para demorar por algunas décadas ese derrumbe.

Para la clase capitalista la política colonial constituye una necesidad imperiosa, igual que el militarismo. Pero resulta absolutamente erróneo deducir que, en consecuencia, la política colonial constituye también una necesidad para el proletariado. Y entonces, ¿por qué no también el militarismo? La política colonial no es para el proletariado una necesidad más de cuanto lo es el capitalismo en general. Y del mismo modo que éste, en la actualidad —y no sólo desde el punto de vista del proletariado, sino de toda la sociedad— se ha convertido en una traba, en un freno para el desarrollo pleno de las fuerzas productivas de la humanidad, así también la política colonial, en tanto medio para prolongar la vida de este modo de producción —y no precisamente contribuyendo al crecimiento de las fuerzas productivas, sino a través de su paralización—, también se ha convertido en una traba. Inclusive allí donde se presenta con un ropaje benevolente.

Y así como el proletariado, siguiendo su moral instintiva, rechaza toda forma de dominación, tanto racial como de clase, y toma partido contra todo avasallamiento extranjero, así la investigación científica de los factores que intervienen en el desarrollo de las fuerzas productivas demuestra que este instinto lo conduce a actuar correctamente. Del mismo modo que ocurre con toda clase cuyo interés, cuyo punto de vista particular, coincide con los intereses de la sociedad en general.

Incluso desde una posición que propugne el desarrollo de las fuerzas productivas del hombre simplemente en términos genéricos, no podemos sino rechazar toda política colonial, pues en la actualidad ésta no puede ser otra cosa que dominación extranjera y predominio racial.

7. CIVILIZACIÓN PACÍFICA O VIOLENTA

Si nuestra concepción es correcta, entonces se desprende de inmediato que el proletariado debe oponerse enérgicamente a toda conquista de nuevas colonias, a la vez que debe apoyar, con similar energía, todo movimiento de los habitantes de las colonias por la obtención de su independencia. Nuestro objetivo debe consistir en lograr la abolición de las colonias y la independencia de los pueblos que las habitan.

Desde el punto de vista proletario, sólo puede hacerse referencia a la cuestión colonial en esos términos, y no al modo de quienes propugnan *la venta* de las colonias. Combatimos la política colonial por principio, y no sólo en Alemania. Que la posesión de una colonia pase a manos alemanas, a manos francesas u holandesas, o al revés, no modifica en absoluto los aspectos esenciales de la situación contra la que luchamos, o sea el sometimiento a la dominación extranjera en que se encuentran los nativos. *La venta* de una colonia como una ayuda momentánea para deshacerse de un amo más cruel y remplazarlo por otro más benevolente no nos interesa aquí para nada.

No obstante, nuestros políticos coloniales socialistas se resisten vigorosamente contra la abolición de las colonias, tal como lo manifestaron sus representaciones en el Congreso de Stuttgart —Van Kol, David y Bernstein.

Los argumentos que esgrimen a tal fin son tres:

1. Existen determinados pueblos que requieren de una tutela y que no pueden ser dejados a la deriva.
2. Las colonias deben pasar, en todos los casos, por el capitalismo como condición ineludible para llegar al socialismo.
3. La abolición de las colonias traería, como consecuencia, su hundimiento cultural.

Los tres argumentos mencionados demuestran que el rechazo a la abolición de las colonias por los defensores de la política colonial "socialista" obedece en realidad a que son partidarios de tomar parte en la política colonial *actual*, a la que pretenden despojar de sus aspectos más repugnantes. Ya veremos si los argumentos mencionados demuestran esto o alguna otra cosa.

El primero de ellos ya fue tratado en parte cuando analizamos el

supuesto *derecho* de las culturas más elevadas a someter los pueblos más atrasados. Aquí sólo resta añadir algunos detalles a lo allí expuesto.

El concepto de la indispensabilidad de cierta tutela, que legitima el ejercicio del dominio por parte de algunas naciones, puede ser interpretado en un doble sentido.

Por una parte, como la defensa de la posición que sostiene que la humanidad se escinde en dos grandes grupos de pueblos distintos, los de capacidad superior y los de capacidad inferior. Estos últimos son incapaces para continuar desarrollándose por su propia cuenta, por lo que deben ser sometidos y educados por las naciones más adelantadas, y si ofrecen resistencia no queda otro recurso más que barrerlos del camino.

Si esta posición fuese correcta, entonces la política colonial se revelaría como el medio menos apropiado para acertar en la determinación de cuáles son las naciones más o menos capaces. Ya vimos que no es la evolución cultural de un pueblo el factor que decide si se convierte o no en objeto de la política colonial, sino la riqueza que posee y su disposición a defenderse.

Pero la división de la humanidad en dos grandes grupos diferentes es falsa; es una manifestación de las ínfulas y la manía de grandeza europea, una variante de la concepción según la cual Europa es la depositaria exclusiva de la verdad y de la única fe que garantiza la salvación del alma y, por tanto, responsable directa de imponerla al resto de los pueblos.

Naturalmente, esta posición carece de todo fundamento científico. Es obvio que existen diferencias considerables, tanto espirituales como físicas, entre distintos pueblos. Pero ninguna de las denominadas características raciales permite establecer con precisión si, y en qué grado, su origen debe ser atribuido a la procedencia de una raza particular —y en tal caso en qué medida lo es efectivamente— del desarrollo histórico. La unidad del género humano se demuestra, sin embargo, por el hecho de que las leyes que rigen el desarrollo de todos los pueblos son las mismas, a pesar de toda la diversidad del camino recorrido por cada uno de ellos. Así podemos observar, por ejemplo, los mismos rasgos característicos en los salvajes y los aborígenes de las tierras más remotas que en los antecesores de los pueblos más desarrollados de la actualidad. Y ningún pueblo, ni el más atrasado, puede ser catalogado con certeza como incapaz para desarrollarse, así como tampoco es posible establecer algún límite preciso a su evolución. Quien sostenga lo contrario está obligado a demostrarlo, lo cual hasta la fecha ni siquiera ha sido intentado.

Pero es posible que los partidarios de la política colonial no quieran

significar esto cuando dividen a la humanidad en razas superiores e inferiores. Tal vez en realidad simplemente se refieren a la existencia de pueblos con distinto grado de desarrollo, hecho innegable y reconocido por todos, y tan sólo pretenden decirnos que sería en extremo deseable que los pueblos más adelantados, en la medida de sus posibilidades, contribuyeran al desarrollo de los pueblos atrasados. Sin embargo pareciera que esto no puede llevarse a cabo a través de medios exclusivamente pacíficos, tales como el intercambio, el ejemplo y el esclarecimiento. Pareciera que el salvajismo, en su estado originario, para ser superado exige el empleo de la intimidación. De allí que la política colonial sea necesaria, puesto que la conquista y el avasallamiento del país habitado por dichos salvajes constituye una necesidad inevitable si se quiere cumplir con aquel objetivo.

Mi rechazo a esta concepción fue retrucado, y hay que reconocer que no del todo mal, por Van Kol en Stuttgart:

Aún mayor ingenuidad reveló el ingenuo Kautsky, cuando se dedicó a dar sabios consejos sobre el desarrollo industrial en las colonias. ¡Sostener que debiéramos llevar las máquinas y las herramientas al África! ¡Erudición libresca! ¡Con ello quiere civilizar el país!... Si nosotros, los europeos, llegáramos con máquinas y herramientas, nos convertiríamos en víctimas indefensas de los nativos. *Por eso debemos acudir con las armas en la mano.*

Ante todo, una pregunta: ¿Y si los salvajes no quieren saber nada con herramientas mejores, tales como cuchillos, palas, martillos, taladros, etc., si los rechazaran con la misma tozudez con que en realidad los reclaman, por qué habría entonces que obligarlos con las armas en la mano a aceptarlas? ¿No será que también se pretende obligar a dichos salvajes, con las armas en la mano, a *emplear* dichas herramientas? En tal caso, esto no es otra cosa que *trabajo forzado*. Si se aspira a implantarlo, entonces resulta lógico acudir con las armas en la mano.

Pero, si no se pretende imponer el trabajo forzado —y espero que ningún partidario de la política colonial socialista lo quiera—, ¿qué sentido tiene intervenir con la violencia armada? ¿Acaso los trabajadores libres se negaron en algún momento a utilizar herramientas mejores, una vez reconocidas las virtudes de las mismas y familiarizados con su manejo? ¿Qué tienen que hacer aquí las armas en la mano?

Van Kol es de la opinión de que los salvajes los matarían a palos y se los comerían crudos a todos los que se les aproximasen con las máquinas y las herramientas, sin concederles la más mínima oportunidad de explicar las ventajas técnicas de éstas. Por lo tanto, mi posición al respecto no es más que un alarde de “erudición libresca” que no puede sostenerse en pie ni por un instante, ante la experiencia de Van Kol,

tan práctico en colonias. Sin menoscabo de esta experiencia, puede suceder —no obstante haber sido ingeniero en Java durante 16 años— que no haya logrado aprender cómo se debe tratar a los salvajes. Por el contrario, los tan despreciables conocimientos literarios nos habilitan para enterarnos de las experiencias realizadas por otras personas, que, en cambio sí saben cómo desenvolverse con los salvajes. Así vemos que son realmente muchos los investigadores y misioneros que atestiguan acerca de la posibilidad de penetrar hasta el corazón de África y educar a los más salvajes de los aborígenes, y todo ello sin acudir con las armas en la mano. La experiencia de, por ejemplo, un Livingstone cobra para mí una importancia muy superior que la concepción al respecto y las chanzas de nuestro amigo Van Kol. Este médico y misionero vivió a partir de 1841, durante treinta años, en forma prácticamente ininterrumpida en el corazón mismo de África, que por aquel entonces no había sido explorado aún. En 1873 falleció a causa del clima insufrible y no a causa de los salvajes, con los que se entendió admirablemente. No recurrió a ninguna política colonial, ni a ningún poder armado, para ejercer su benéfica influencia y contribuir al desarrollo de los negros. Lo que resulta más significativo aun si se tiene en cuenta que se propuso llevar a cabo una tarea, tan difícil y peligrosa, como era hacer propaganda contra el comercio de esclavos bajo las mismas narices de los negreros.

El doctor G. M. Boyes, traductor de su último libro de viajes (*Letzte Reise von David Livingstone in Zentralafrika von 1865 bis zu seinem Tode 1873* [Último viaje de David Livingstone en el África central, desde 1865 hasta su muerte en 1873], publicado por Horace Waller, Hamburgo, 1875, 2 tomos), escribe acerca de él:

Livingstone era grande como investigador y como explorador, pero era aún más grande como hombre. Originariamente se marchó al África en calidad de misionero. Sus empresas conservaron hasta el fin un carácter piadoso en el sentido más noble del término, al conjugar el esfuerzo por enriquecer los conocimientos geográficos del África con su tesonera labor, preñada de amor, de enseñanza y esclarecimiento de los nativos. La esclavitud encontró en él un opositor incansable. Ante cada autoridad de aldea y frente a cada nuevo jefe que encontraba, elevaba una vez más su voz, condenando todas las crueldades propias del infamante comercio de seres humanos, cuyas horribles consecuencias describía con lujo de detalles y enfáticamente. Una y otra vez exhortaba a los nativos, aconsejándoles: “¡No se vendan entre ustedes, ámense unos a otros!” Y de este amor por el prójimo —que fue el hilo conductor de todos sus esfuerzos—, brindó miles de emocionantes testimonios en su trato con los negros, con los cuales se conducía como un padre con sus hijos, o como un maestro con sus discípulos.

Personas tales como Livingstone eran las que yo tenía en mente, gracias a mi "erudición libresca", cuando destaqué que quien pretendiera llevar cultura a los pueblos atrasados debería, antes que nada, conquistar su confianza. Pero el medio más inapropiado para lograrlo consiste, por cierto, en el uso de la violencia. Pensaba también en el resultado que los jesuitas obtuvieron en el Paraguay. No es que yo quiera embellecer a la comuna jesuítica. Ellos también perseguían la explotación y su actividad civilizadora poseía, por cierto, objetivos bien determinados. Pero, en cambio, demostraron una cosa: la completa inutilidad, el error que encierra llegar hasta los salvajes con las armas en la mano, si es que realmente se aspira a familiarizarlos con métodos de producción más perfeccionados y no a someterlos al trabajo forzado.

En vez de acudir con las armas en la mano para imponerles por la fuerza una nueva civilización, que además les resulta incomprendible, los jesuitas se vincularon con los nativos desprovistos de armas. Estudiaron sus costumbres e intentaron contribuir a su desarrollo a partir de las condiciones sociales allí imperantes, ofreciéndoles sus conocimientos a los indios. No tocaron ni la organización gentilicia ni el comunismo existente, no les impusieron a los indios ningún trabajo extraordinario, y las nuevas modalidades de trabajo eran presentadas bajo la forma atractiva de un juego. Uno no puede menos que recordar a Fourier cuando se lee el informe que el sacerdote Antonio Sepp efectuó en 1698 desde Paraguay, acerca de la cosecha de algodón:

Este trabajo es realizado por los niños con entusiasmo, felices de hallarse al aire libre, son conducidos y acompañados en su regreso con pitos y trompetazos. Al finalizar la cosecha, cada cual recibe una larga camisa blanca.

La música, la danza y los bailes de disfraces desempeñaban un papel muy importante en la comunidad jesuítica. Los sacerdotes tenían que esforzarse para que los servicios religiosos fueran divertidos. El padre Sepp informaba sobre su actividad diaria, relatando que primero visitaba a los enfermos, luego la escuela y finalmente iba a ver a los músicos. Escuchaba sus cantos, brindaba instrucción a los "arpistas", organistas y trompetistas, y luego les daba una mano a los bailarines. "Les enseño algunas danzas como las que acostumbramos a ver en las comedias, pues resulta de suma importancia conquistar a los no creyentes con cosas semejantes." Se danza hasta en las iglesias.

La música fue el medio principal de los jesuitas para atraerse los indómitos habitantes del Paraguay, ganar su confianza y convertirlos a la vida sedentaria, a partir de lo cual fue posible brindarles conoci-

mientos en las disciplinas más variadas. El jesuita Charlevoir refiere al respecto:

Comprendían igual que si lo supieran desde su nacimiento, con escaso esfuerzo y en todas las disciplinas. No se puede decir que posean mucha inventiva para efectuar nuevos descubrimientos, pero, en cambio, revelan una gran capacidad de imitación [...], construyen y ejecutan todo tipo de instrumentos musicales. Lograban reproducir el órgano más complejo con sólo observarlo. Lo mismo sucedía con las alfombras turcas y con todo aquello que ofrece dificultades en la manufactura [...] Cada reducción posee una escuela, en la cual aprenden a leer y a escribir los niños. Junto a ella hay otra, en la que se enseña música y danzas [...] Por todas partes hay talleres de charolistas, pintores, escultores, orfebres, relojeros, cerrajeros, tejedores, fundidores de cobre y bronce, en una palabra, de todos los oficios y manualidades que puedan serles de alguna utilidad. Apenas los niños alcanzan la edad suficiente para trabajar, se los conduce a estos talleres y se los destina al oficio por el cual evidencien mayor interés [...] Sus primeros maestros fueron los padres jesuitas, quienes eran traídos con ese objetivo. A menudo los misioneros se vieron forzados a dirigir el arado y a emplear la pala, para dar comienzo al cultivo de una chacra y para inducir a los indios, por medio del ejemplo, a roturar la tierra, sembrarla y cosecharla. (*Geschichte von Paraguay* [Historia del Paraguay], Nuremberg, 1768; I, pp. 35ss. y II, pp. 7ss.)

De este modo y no con las armas en la mano fue como los jesuitas conquistaron confianza e influencia sobre los indios. Efectivamente, en vez de someter a los salvajes a "tutela" por medio del poder de las armas, a menudo tuvieron que arriesgarse a entregarles armas para defender su nueva civilización de los europeos que aspiraban a civilizarlos con las recetas acostumbradas. Desgraciadamente se encontraban subordinados en el terreno militar a Europa. En 1750, España y Portugal iniciaron una guerra contra esta singular comunidad, que intentó defenderse desesperadamente, al punto que sólo cinco años después pudo ser aniquilada totalmente. Sus miembros fueron arrastrados a la esclavitud o ahuyentados hacia la selva. La tierra antes cultivada quedó cubierta bien pronto de malezas, y sus habitantes fueron reducidos nuevamente a su condición de indígenas desnudos.

Como ya dije, está lejos de mi intención embellecer la comuna jesuita del Paraguay. Al fin y al cabo no era otra cosa que una maquinaria destinada a la explotación, ya que la orden de los jesuitas contribuía a civilizar a los indios sólo en la medida en que lo aconsejaban sus propios intereses. Pero una cosa quedó demostrada incontestablemente: la inutilidad de la política civilizadora armada y la justeza de los métodos pacíficos.

Naturalmente que para ello se requiere inteligencia, estudios y mu-

cha paciencia. Quienes no pueden imaginar esta política más que llevando una máquina de vapor a África central y entregándosela a los indígenas para que hagan con ella lo que se les antoje, evidentemente es poco lo que pueden hacer en su favor. La política a mano armada, sin duda, resulta más simple, requiere menos conocimientos, perspicacia y paciencia. Con ella sucede lo mismo que lo sostenido por Cavour con respecto al estado de sitio: "Con este medio cualquier asno gobierna."

Pero debido a que el método pacífico requiere mayores facultades del supuesto civilizador y maestro que el método armado, resulta que aquél ha sido relegado por este último. Mientras en la actualidad, bajo el régimen de los métodos violentos, la peor de las escorias de Europa, los individuos incapaces de desempeñar una función provechosa aparecen sin embargo suficientemente buenos para transmitir su mayor cultura; el otro método, el método pacífico y la perseverante labor cultural que supone, por el contrario, admite a muy contadas personas, sólo aquellas que estén capacitadas para familiarizarse con las dificultades que éste plantea. A semejanza de los maestros, también los alumnos evolucionan; en consecuencia, en vez de enemigos recelosos y porfiados se conquistan amigos alegres y confiados. Así como en el primer caso toda la inteligencia del "alumno" se dedica a escapar del "maestro" o a perjudicarlo, en el segundo caso, en cambio, es utilizada para comprender y brindar alegría a su maestro con los resultados obtenidos.

Seguramente que Van Kol no pretende usar el poderío armado para proceder violentamente. Aparentemente sólo persigue garantizar el orden. Pero las cosas desgraciadamente poseen su propia lógica, sea cual fuere nuestra aspiración. Cuando con motivo de una huelga se exhiben las armas, también están destinadas exclusivamente a conservar el orden. Sin embargo, se revelan constantemente como el mejor medio para exasperar y provocar a los huelguistas. Si hay algo que amenaza el orden, ello es la ostentación de armas.

Esto tiene la misma validez para los indígenas que para los civilizados, Van Kol y sus amigos pretenden que todo esto no es más que "ingenua erudición libresca". No obstante, fueron los conocimientos adquiridos en los libros los que nos revelaron la existencia de un Owen y un Fourier, los que contribuyeron a forjar las concepciones de todos los socialistas más importantes desde Tomás Moro hasta Marx. Por lo demás, esta forma de adquirir conocimientos se apoya en la experiencia acumulada por la pedagogía desde Comenius hasta la actualidad.

El proletariado no posee el menor de los motivos para revisar nada en este sentido. De todas maneras, estas explicaciones no desean, en efecto, estimular un celo excesivo por la obra de "educación" de los pueblos atrasados. Los obreros saben por propia experiencia hasta qué

punto pueden tornarse molestos aquellos que se les aproximan con actitudes paternas. Lo que el proletariado requiere es la posibilidad de acceder a las fuentes de una formación superior y la familiarización con su uso. Pero aspiran a establecer ellos mismos las características más específicas de su formación y al servicio de qué objetivos habrán de ponerse los mayores conocimientos adquiridos. Y esto es así pues detectan con mucha más facilidad lo que realmente les hace falta que cualquier extraño, al que le resulta imposible conocer sus necesidades y condiciones de vida con la misma profundidad que ellos mismos. Esto también es válido para las naciones, tanto para las atrasadas como para las más adelantadas.

Inclusive los jesuitas ejercieron en el Paraguay una tutela y un dirigentismo excesivo. El libre intercambio con las poblaciones nativas se revelará como suficiente para contribuir del modo más rápido a su desarrollo, siempre y cuando las herramientas y el conocimiento de cómo usarlas no constituyan un presagio o directamente un medio de su explotación. En la medida en que realmente se persiga proveer a los nativos de los conocimientos y la conciencia acerca de las ventajas que la posesión de herramientas trae aparejada y de los beneficios que resultan de la aplicación de nuevos métodos que tornan más productivo el trabajo, entonces aquel intercambio al que nos referimos se evidenciará como suficiente para cumplir con este cometido. Se supone que nadie piensa que los marroquíes tengan algo que objetar con respecto al mejoramiento de sus puertos o a la construcción de líneas férreas que los provee de un medio de comunicación rápido con las ciudades del interior. Pero si estos puertos y estos ferrocarriles tienen por fin —tal como sucede en Argelia y en Túnez—, prestar servicios a los soldados franceses y facilitar la cobranza a los agentes fiscales y usureros, entonces no debe extrañar que los nativos se opongan con todas sus fuerzas a estos adelantos técnicos.

Los mismos salvajes poseen una gran avidez por mejores herramientas. Por cierto anhelan poseer aquellas que puedan ser aplicadas y rendir frutos en las condiciones ya existentes. ¡Acudir desde un principio con una máquina de vapor, eso sí que sería una evidencia de "erudición libresca"!

El Dr. R. Pöch a propósito de los papúes de Nueva Guinea contaba que hombres jóvenes se presentaban libremente a trabajar en la plantación para obtener cuchillos y hachas, objetos con los que en lo esencial solían ser pagados los salarios. En su libro acerca del surgimiento del proletariado norteamericano (*The rise of the American proletarian*), Lewis cita un testimonio de Peary sobre el extraordinario valor atribuido por los esquimales a las herramientas. "Un hombre me

ofreció su mujer y sus dos niños por un cuchillo para despellejar [...] y una mujer me ofreció todo lo que tenía a cambio de una aguja.”

La pereza insuperable que se atribuye a los aborígenes debido a la cual sólo se avienen a trabajar cuando alguna fuerza superior los obliga es también una fábula. De esto lo único cierto es que sólo trabajan *para otros* a condición de verse obligados a hacerlo. Cuánto trabajan para sí mismos depende por completo de las circunstancias, de las riquezas naturales de las que disponen, de la extensión de sus propias necesidades, como así también, finalmente, de las características del trabajo a realizar. Existen ciertas actividades humanas que, de por sí, son tan placenteras que son realizadas con predilección y a menudo con verdadero gusto, tal como ocurre por ejemplo con la caza y la producción artística. En cambio otros trabajos, tales como las tareas agrícolas o ciertas actividades monótonas que no exigen ningún tipo de creatividad, no ofrecen atractivo. Dichos trabajos son eludidos deliberadamente por el indígena. ¡Pero esto también lo hace el hombre civilizado! Sólo emprende semejantes trabajos cuando su propia existencia o la de los suyos así lo reclama. Empero su sentido del deber está desarrollado en un alto grado, y allí donde las circunstancias exigen que trabaje para su familia o para su tribu, se transforma en un trabajador infatigable. De los papúes, el mismo Pösch cuenta que:

A menudo puede escucharse el reproche de que los papúes son vagos y sucios. No estoy dispuesto a suscribir ni una ni otra cosa tan fácilmente. En términos generales se trabaja lo estrictamente indispensable: Los habitantes de las costas trabajan menos pues tienen acceso a una riqueza natural superior; en cambio, los habitantes de las montañas suelen trabajar con mayor intensidad. Quien haya visto en las sierras de Nueva Guinea cómo es desmontada la selva, inclusive allí donde las barrancas son más escarpadas, o cómo se rotura la tierra más dura con palos, o cómo las mujeres regresan agotadas de las plantaciones y cargadas de las frutas recién cosechadas, quien conozca todo esto difícilmente esté de acuerdo en tildar sin más de vagos a los papúes. Sus cabañas, a menudo edificadas con muy buen gusto, sus enormes canoas y sus remos, son todos testimonio de una labor esforzada. Para apreciar la limpieza de los papúes lo mejor es que relate una anécdota: a la entrada de un poblado papú, se hallaba atravesado en el camino un tronco devastado. En mi condición de etnólogo me creía obligado a preguntar acerca de, todo y así había logrado comprobar que a menudo las cosas más inverosímiles poseían un cierto significado. “El tronco sirve para limpiarse los pies los días de mal tiempo, antes de pisar la plaza del pueblo”, fue la explicación que recibí. La plaza, es decir el espacio existente entre las chozas, siempre se encuentra limpio, pues allí no es tolerada ninguna clase de basura, y a diario las mujeres esparcen arena coralina traída desde la playa expresamente con tal fin. Un día que llovía, tuve que atravesar justamente este mismo poblado. Cuando vi el tronco me acordé de su significado y me limpié

los zapatos. Fue entonces cuando se asomó un anciano de una de las chozas y exclamó gritando: "¡El primer blanco que se limpia los zapatos!" ¡Pero no puedo censurar a los europeos si no saben desde un primer momento que ese papú —pintarrajeado con aceite de coco y con arcilla roja, poseedor de un olor totalmente extraño—, resulta ser un fanático de la limpieza de la plaza de su poblado!

Livingstone informaba de una tribu del África central (los habitantes de Ulungu sobre el lago Tanganica), diciendo:

Mi larga estadía aquí me brindó la posibilidad de observar que tanto hombres como mujeres se encuentran en permanente actividad. Los hombres trezan esterillas, tejen o hilan. El único momento en que se ve ociosos a los nativos es a la mañana, aproximadamente a las 7 hs., durante un corto período en que permanecen juntos y sentados, congregados para saludar los primeros rayos solares que comienzan a elevarse por encima del grupo de árboles más cercano. Inclusive este tiempo es utilizado a menudo para engarzar perlas (*Último viaje de David Livingstone*, cit., I, p. 265).

En otro pasaje del mismo libro, Livingstone describe su descubrimiento de un pueblo que ya dominaba el uso del hierro:

Los martillos al golpear provocan un ruido inaudito, una prueba de la laboriosidad de estos aborígenes. Junto con su trabajo de artesanos, cultivan la tierra y cazan con redes.

¿Qué es, pues, lo que tanto hay que enseñarles a individuos semejantes, y cuál es el motivo por el que deben ser sometidos a "tutela"? Simplemente bastaría con darles mejores herramientas, ofrecerles conocimientos científicos de la naturaleza más elevados y diversos de los que ya poseen y, por lo demás, dejarlos que se las arreglen ellos mismos. Inclusive en este caso corre aquello de dejar que cada cual madure a su modo.

Pero para llevar a cabo una política civilizadora de esta naturaleza, digna de ser impulsada desde un punto de vista socialista, sería menos necesario el sometimiento de los pueblos a civilizar que proceder a una rigurosa selección de los sujetos que habrán de trabar contacto con aquéllos y que podrían llegar a ejercer cierta influencia.

Cada personalidad inadecuada, entre estos últimos, puede resultar sumamente comprometedor. Pues entre los pueblos primitivos todas las diferencias individuales, como las de clases, se hallan poco desarrolladas, en cambio aún poseen gran fuerza los sentimientos de solidaridad entre los miembros de una misma tribu, y persiste una fuerte veneración por los deberes morales propios de cada comunidad. Por

tanto, puesto que juzgan al blanco de acuerdo con sus propias modalidades, resulta que inmediatamente atribuyen las particularidades de un individuo al conjunto, a la vez que responsabilizan a éste por el comportamiento de aquél. Por otra parte, al mismo tiempo trasladan el respeto que tributan a toda la raza a cada uno de sus representantes.

De allí que resulta suficiente cualquier píllo proveniente de Europa para corromper las relaciones con toda una tribu, la que tiende a ver en dicho sujeto una imagen que de inmediato generaliza. De la misma manera, cualquiera puede lograr mediante sus provocaciones que una tribu pacífica en su conjunto se indigne contra todo lo que provenga de Europa. Tanto en uno como en el otro caso, nos encontramos ante situaciones de difícil reparación.

El núcleo de una política realmente civilizadora consiste en fomentar el intercambio amigable con los pueblos primitivos, promover el acceso de éstos a nuevas herramientas y conocimientos más avanzados, lo cual es perfectamente posible a condición de mantener a distancia los elementos indeseables. Tal es la política que se presenta, sin duda, como una obligación a los pueblos más civilizados, y seguramente es ésta la política que la mayoría de los camaradas partidarios de una "política colonial socialista" tenían en sus mentes.

8. EL PASAJE OBLIGADO POR EL CAPITALISMO

Los partidarios de la dominación socialista de otros pueblos poseen un argumento más *in petto* contra la abolición de las colonias: Si pretendemos que se conviertan en socialistas, las colonias deben pasar inexorablemente por el capitalismo. Para contribuir a su maduración para el socialismo, tenemos que concederles la posibilidad de desarrollar el capitalismo. Por tal motivo la socialdemocracia —y ésta es la consecuencia que inevitablemente se desprende— debe llevar adelante una política colonial capitalista. Naturalmente que esto debe hacerse prescindiendo de los métodos capitalistas.

David sostenía en Stuttgart:

También las colonias tienen que pasar por el capitalismo. Inclusive allí es imposible saltar del salvajismo al socialismo (*¡Muy bien!*). La humanidad no puede sustraerse en ninguna parte al doloroso tránsito a través del capitalismo, pues, y de acuerdo con la concepción científica de Karl Marx, este camino constituye un presupuesto ineludible, ya que sólo él configura las bases para el surgimiento de una sociedad regulada al modo socialista.

En sus palabras finales, Van Kol, hizo ostentación de una artillería bastante más pesada:

Ledebour calificó de reaccionarios los esfuerzos de la mayoría. No entiendo cómo puede, en su condición de científico, desconocer que el capitalismo en las colonias resulta una condición indispensable sin la cual es inútil pensar en el socialismo. Por ello es que trabajamos por el desarrollo revolucionario [?] de las colonias, porque de este modo aliviamos la transición del feudalismo al estado moderno, y del capitalismo al socialismo. El salto de la barbarie al socialismo es imposible (*¡Muy cierto!*). La posición opositora no sólo es *acientífica* sino que es estúpida y estrecha.

Aquí está Van Kol hablando ya no sólo en su condición de "práctico" —a quien 16 años en Java le otorgaron, supuestamente, un conocimiento práctico de la política colonial del presente, del pasado y del futuro llevada a cabo en toda la esfera terrestre—, sino como hombre de ciencia que revela su juicio aniquilante. Por cierto que sólo se dirige en forma directa contra Ledebour, pero yo también me sentí afectado y tocado en mi estupidez y mi completa estrechez.

¿Qué queda por hacer? El juicio de la ciencia es inapelable, igual que el derecho imperial. No me queda otra cosa que esgrimir ciertos atenuantes. Tal vez sirva saber, con tal fin, que soy víctima de la seducción.

En un escrito del año 1894 podemos leer:

Luego del triunfo del proletariado en los países de Europa occidental y la conversión de los medios de producción en propiedad común, en los países que recién se incorporan al modo capitalista de producción y en los que aún subsiste la organización gentilicia o restos de ella, no sólo cabe alguna posibilidad sino que no queda ninguna duda de que tales supervivencias de formas de propiedad común —y las correspondientes costumbres— se transformarán en un medio sumamente poderoso para acortar significativamente su proceso de evolución hacia el socialismo. De esta manera, tales países lograrán evitar la mayor parte de los sufrimientos y sustraerse a muchas de las luchas por las cuales tenemos que atravesar nosotros en Europa occidental. Pero para ello es condición indispensable el ejemplo y la ayuda activa del Occidente capitalista. Sólo si la economía capitalista es superada en su lugar de origen y en los países donde floreció, únicamente si los países rezagados pueden observar a través del ejemplo de aquéllos "cómo se hace", cuáles son los procedimientos por los cuales las modernas fuerzas productivas son puestas al servicio del conjunto de la sociedad una vez que sean de propiedad colectiva, sólo entonces dichos países podrán emprender este proceso abreviado de desarrollo. *Pero en tal caso lo harán, sin duda, con el éxito asegurado. Y esto es válido para todos los países precapitalistas y no sólo para Rusia.*

Quien se dedicó a exponer esta estrecha y estúpida doctrina, plagada de ingenuidad propia de la erudición libresca, se llama Friedrich

Engels. El escrito mencionado es el epílogo de un ensayo sobre las condiciones sociales imperantes en Rusia titulado *Soziales aus Russland* impreso en el opúsculo *Internationales aus dem Volkstaat*, p. 60. Karl Marx compartía con Engels este punto de vista, que difiere sustancialmente de la "concepción científica de Karl Marx" tal como fue expuesta por David.

Pero naturalmente, con citas de Marx y Engels no se resuelve el asunto, puesto que ambos pudieron equivocarse. ¿Acaso Bernstein como Sombart no sostienen que a pesar de todo lo acertadas que son sus concepciones, en la realidad fueron deformadas y desfiguradas por las urgencias revolucionarias de ambos?

Dejemos pues a un lado a estas autoridades teóricas y orientemos nuestra atención hacia el factor decisivo en las ciencias: *la experiencia*. Obviamente aún no poseemos ninguna experiencia con respecto a la transición del capitalismo al socialismo. A propósito de esto sólo podemos recurrir a las conclusiones científicas deducidas de la experiencia anterior. Pero en cambio poseemos suficiente experiencia acumulada proveniente de la transición del feudalismo al capitalismo.

¿Es que acaso Van Kol y David pretenden afirmar que todos los pueblos arribaron al nivel de desarrollo que ostentan en la actualidad por un camino similar, es decir atravesando todos exactamente los mismos estadios, sea que se encuentren en la actualidad en fases de desarrollo equivalentes o no? Entonces basta echar un vistazo a la política colonial para demostrar la incorrección de esta afirmación *ad absurdum*.

La actual política colonial, que descansa sobre la exportación de capital, se caracteriza por llevar la producción y la explotación capitalistas a todas las colonias, sea cual fuere el estadio de desarrollo en el que ésta se halle. Se puede afirmar sin temor que no existe ninguna colonia que como consecuencia de esta política colonial no haya saltado por encima de una o más fases de desarrollo.

Esto es válido inclusive para las naciones más avanzadas fuera de Europa. Una nación que trabó conocimiento con el capitalismo por un medio que no fue la política colonial, sino por el intercambio libre, fue *Japón*. Ninguna de las naciones, a excepción de las incluidas en el ámbito de las naciones civilizadas de Europa, se encontraba tan desarrollada como el Japón cuando éste adoptó el capitalismo. Sin embargo, y a pesar de ello, se saltó varios centenares de años, todos los años que tardó en Europa la descomposición del feudalismo, en cuyo seno maduraron el mercantilismo y el sistema manufacturero. En la medida en que resulta admisible comparar las condiciones japonesas con las europeas, puede afirmarse que el imperio de los Mikado saltó directamente del siglo xv al siglo xix.

Pero mucho más bruscos son los saltos en las colonias con pobla-

ciones más primitivas. Las aldeas más miserables del África, pero que habitaban en regiones ricas en oro y diamantes, saltaron sin mediación de ningún tipo de la organización gentilicia al capitalismo más moderno, al sistema de los trusts y de control industrial por las altas finanzas. El señor Cecil Rhodes no realizó absolutamente ningún esfuerzo para elevar aquellos pueblos a la fase inmediata siguiente, que tal vez hubiera sido equiparable a la época de Carlomagno, permitiéndoles repetir todo el proceso de desarrollo tal como se produjo en Europa, para llegar así a convertirse en algo semejante al proletariado parisiense contemporáneo.

Para descubrir los absurdos del concepto "científico" de David y Van Kol, basta con arrancarlo del mundo de las palabras y contrastarlo con la realidad concreta.

Está claro que cada nación lleva a cualquier otra las formas de producción y los conocimientos ya adquiridos y no métodos, herramientas y concepciones que ella misma ha reconocido como insuficientes hace mucho tiempo y que, por tanto, carecen ya de toda existencia real, pues sólo pueden encontrarse en la actualidad en las instituciones de caridad y en los libros de historia. También resulta lógico que un pueblo que comercia con otros varios se deje impresionar primero por el más desarrollado de todos ellos, de modo tal que va a inclinarse por sus herramientas y métodos más perfectos, frente a los de los pueblos menos desarrollados. Y esto ocurre en forma más pronunciada aún cuando existe el intercambio libre, sin ninguna injerencia de métodos compulsivos consistentes a forzarlos a un desarrollo cultural con las "armas en la mano".

Un pueblo económicamente retrasado seguramente no podrá utilizar todas las conquistas logradas por otro más desarrollado. Y lo que toma de este último tiene que ajustarse a sus propias circunstancias. Esta es una de las razones, dicho sea de paso, para anteponer la civilización a través del intercambio libre al sistema colonial violento. Pues la adopción de elementos extraños y su aceptación resulta en extremo difícil, tanto que la misma se lleva a cabo sin roces ni sacrificios. Pero desde siempre las naciones rezagadas aprendieron de las más desarrolladas, y, a menudo, en virtud de este proceso se encontraron en situación de pasar por encima de fases superiores —fases que sus antecesores sólo pudieron superar lentamente—, de un solo salto.

De aquí se desprende —del mismo modo que de la diversidad de las condiciones naturales imperantes en las distintas regiones— que la existencia de una interminable variedad de vías de desarrollo histórico de las distintas naciones se acrecienta —en la misma medida en que se reduce el aislamiento de las mismas— cuanto más se desarrolla el co-

mercio mundial, es decir cuando más nos acercamos a los tiempos actuales.

Esta diversidad es tan grande hoy en día que muchos historiadores niegan la posibilidad de la existencia de leyes en la historia. Marx y Engels lograron descubrir las leyes imperantes en esta diversidad, pero con ello sólo pusieron de manifiesto el hilo de Ariadna para orientarse en el laberinto de la historia. De ninguna manera convirtieron este laberinto en un sector de alguna ciudad moderna provisto de caminos uniformes, rigurosamente paralelos. Sin embargo David y Van Kol lograron conquistar esta última concepción. Para ellos —que no se cansan de enrostrarnos el título de marxistas dogmáticos y esquemáticos— el concepto marxista de ley según el cual los fenómenos son regidos por la misma sólo en *última instancia*, se les aparece como un ordenamiento inexorable al que se encuentran subordinadas todas y cada una de las manifestaciones de la historia de los pueblos.

Quien concibe el marxismo de este modo seguramente no podrá valerse de él para ubicarse en la realidad y comprenderla; en sus manos, el marxismo se convertirá en una fuente de conflictos constantes con la realidad y sus manifestaciones, y se traducirá en choques permanentes. Por cierto que quien tenga semejante actitud frente al marxismo se verá empujado de tanto en tanto a revisarlo, y no cabe duda de que una concepción tal del marxismo requiere ser revisada por completo de un modo imperioso.

Para el proletariado no existe ni el más mínimo motivo —tanto en la actualidad como después de su triunfo— para fomentar el capitalismo en los países agrarios en función de un supuesto interés socialista. Naturalmente que el socialismo presupone un determinado grado de desarrollo del capitalismo, es decir un cierto desarrollo de las fuerzas productivas y una fuerza suficiente del proletariado, que crece junto con el capitalismo. Un modo de producción socialista tiene tan pocas posibilidades de encontrar su punto de partida en países económicamente atrasados —tal como por ejemplo de alguna región del África central— como de encontrar su origen entre sectores económicos atrasados, pongamos por caso nuestro campesinado pobre. Pero el capitalismo está desarrollado a tal punto en las ramas de producción dominantes de los países de Europa, países que son capitalistas ya hace mucho tiempo, que el carácter insoportable de su presión, tanto como el poderío del proletariado que de ellas depende, han alcanzado un grado de desarrollo suficiente como para derrocar a la clase capitalista y proceder a su expropiación económica y política. Cuando ello ocurra, el socialismo se extenderá rápidamente de estos centros de la vida económica a las ramas y regiones donde la producción aún no posee un *desarrollo económico* tan elevado. Ramas y regiones que se verán

convertidas al socialismo con mucha mayor velocidad que al capitalismo, debido a que el socialismo, a diferencia del capitalismo, no trae aparejado el yugo y el embrutecimiento para los productores, sino, todo lo contrario, elevación y beneficios en todos los sentidos. Además el socialismo deberá adaptarse a condiciones tan dispares que en dicho proceso no podrá menos que revestir las formas más diversas.

Pero acerca del modo en que esto habrá de suceder no podemos afirmar nada aún. Con respecto al desarrollo futuro a lo sumo podemos deducir de las experiencias pasadas el curso *normal y típico* que en última instancia siempre termina por imponerse, pero jamás podremos afirmar nada de los fenómenos particulares que tendrán lugar en la realidad, como consecuencia de la coexistencia de formas sociales y de estados más adelantados y más rezagados. Sobre esto, tan sólo se podría especular metafísicamente, sin ningún sentido práctico, pues nuestro accionar actual no puede verse influido por tales especulaciones. Basta con saber que para el triunfo completo del proletariado y la extensión del socialismo no resulta necesario en absoluto llevar el capitalismo a los países atrasados.

Sería directamente monstruoso que el proletariado se propusiera como obligación propia contribuir a facilitarle el camino al capitalismo —al que combate con toda intensidad— para acceder a otros países. ¿Qué significa esto? ¿Debe llevarse únicamente capital comercial, o también capital usurario? Seguramente ninguno de los dos. Estos capitales, por sí mismos no generan las condiciones para el socialismo. A lo que se suele hacer referencia aquí es al capital productivo. Pero el proceso de producción capitalista es imposible sin el proletariado. Llevar el capitalismo a las colonias implica provocar —allí donde aún no existe— el surgimiento artificial del proletariado, es decir expropiar violentamente a las clases trabajadoras para someterlas al yugo del capital. Y llevar el capitalismo a las colonias significa también —si damos por supuesta la existencia de un proletariado suficiente—, que éste habrá de permanecer sometido al capitalismo, para lo cual deberá ponerse a disposición del capital la violencia estatal mediante la cual éste podrá sofocar todo intento de rebelión por parte del proletariado. Sin la violencia estatal que proteja su explotación el capitalismo no es posible.

¡De modo que si consideramos indispensable la existencia del capitalismo en las colonias el deber tanto del proletariado combatiente como del triunfante consistiría en poner a disposición del capital de las colonias la violencia estatal!

Naturalmente, existen quienes afirman que inclusive el proletariado debería fomentar el capitalismo en la propia Europa. Nada más ridículo que este punto de vista. Promover el capitalismo es la misión histórica

de la clase capitalista, y podemos dejar en sus manos, con toda confianza, semejante tarea. Mientras disponga del poder suficiente, hará todo lo que esté a su alcance para cumplir con su misión histórica, y si no dispone ya de él entonces tanto su poderío como su responsabilidad histórica se han tornado superfluos.

La misión histórica del proletariado está dada desde un principio por su antagonismo económico con la clase capitalista. Consiste en combatir contra la explotación capitalista y, con ello, contra el capitalismo mismo.

La impresión de que el proletariado tiene el deber de fomentar el capitalismo encuentra su origen en lo siguiente: el proletariado no es el único opositor del capitalismo. Éste posee como enemigos suyos también a los productores vinculados a formas de producción superadas por el capitalismo, como son, por ejemplo, los artesanos y los campesinos. También ellos combaten al capitalismo, pero de un modo diferente al del proletariado.

Ya vimos que el principio más importante al cual el proletariado se somete consiste en que busca promover el desarrollo de la productividad del trabajo. También debe ser subordinado a este principio el modo como entabla la lucha contra el capitalismo. Sólo puede recurrir o fomentar aquellos métodos de lucha contra la explotación capitalista que no afecten la productividad del trabajo ni la limiten. Y esto no ocurre ni con la reducción del tiempo de trabajo, ni con el aumento de sus salarios y las restantes mejoras de las condiciones de trabajo. Pero, en cambio, la lucha contra la máquina jamás fue emprendida por ningún obrero educado en el socialismo.

Los pequeñoburgueses y demás opositores del capitalismo, a quienes éste más que explotarlos los transforma en superfluos, intentan combatirlo con medios que reducen la productividad del trabajo. Con métodos que perjudican a la gran industria, la utilización de máquinas, y la aplicación de la ciencia. Tales métodos deben ser desechados por el proletariado, pues éste tiene que fomentar el desarrollo técnico. Y de aquí fue que surgió la impresión de que el proletariado tiene el deber de promover el *capitalismo*.

En realidad tiene que combatirlo, pero debido a su actitud frente a la productividad del trabajo su lucha debe desarrollarse utilizando ciertos y determinados métodos. Vale decir que si no podemos apoyar a los artesanos y al pequeño campesinado cuando pretenden combatir al capitalismo paralizando su desarrollo técnico, menos aún podemos apoyar a los capitalistas y terratenientes cuando en aras de sus intereses pretenden utilizar la violencia del estado contra los artesanos y los pequeños campesinos.

Aquí cobra importancia otro de nuestros principios que nos convoca

a combatir toda dominación de una clase por otra. Y con ello, va implícita la solidaridad entre todas las clases trabajadoras. El proletariado se recluta también entre los artesanos y pequeños campesinos, y cuanto más sometidos se hallen éstos, tanto más difícil se torna para ellos mismos la lucha por mantener y mejorar su nivel de vida. Y esto ocurre cada vez que la violencia del estado es utilizada contra artesanos y pequeñoburgueses en defensa de los intereses de los capitalistas. Y también sucede, si bien de un modo menos directo, cuando el capital se lanza sobre artesanos y campesinos mediante una política voraz en el plano de la legislación impositiva. Por tanto, esta política del capital con el resto de las clases explotadas debe encontrar la oposición más enérgica por parte del proletariado. Jamás puede éste cargar con la culpa de fomentar el capitalismo de un modo semejante.

Nuestra posición con respecto a los pueblos agrarios atrasados que son los destinatarios de la actual política colonial es exactamente la misma que con respecto a los artesanos y pequeños campesinos. Hay camaradas que guardan un enorme interés por las formas de producción de los países agrarios, tal como, por ejemplo, Marruecos, y que se lamentan de su desaparición. Desde un punto de vista estético, esto, a menudo, resulta completamente justificable; sin embargo, este lamento constituye un parecer romántico que se halla a contramarcha de las tendencias del desarrollo económico como para que pueda llegar a adquirir alguna influencia beneficiosa.

Cualesquiera que sean nuestras simpatías personales, allí donde el modo de producción capitalista entra en competencia con formas atrasadas no podemos ni debemos poner ningún obstáculo a dicha competencia.

Pero el asunto es muy diferente cuando se nos dice que debiéramos contribuir a poner en pie de guerra la violencia estatal, con el fin de subordinarla a los intereses de la clase capitalista y para que ésta enfrente a los pueblos atrasados, sometiéndolos por las armas, tal como acontece con la política colonial. Contra esto tenemos que defendernos enérgicamente. El proletariado jamás debe convertirse en esbirro voluntario de la explotación capitalista.

Tal cosa se la impide su moral, según la cual debe asumir la defensa de todos los sometidos y desheredados, sea cual fuere la raza, la religión y el origen del cual provengan. Y se lo impide también la solidaridad de intereses que vinculan al proletariado con las clases trabajadoras de todos los países, puesto que todo avasallamiento de éstas en el exterior repercute sobre su situación en el interior de su propio país.

En Alemania, debido al surgimiento reciente de su política colonial, aún no se manifiestan problemas de esta naturaleza, como, por ejemplo, que los negros expropiados del África central vengán a Europa

tirando abajo los salarios. En cambio sí pueden observarse los efectos que la política colonial ejerce sobre la clase capitalista.

La política colonial, al explotar una fuerza de trabajo numerosa que se halla indefensa frente a todo intento de sojuzgamiento e intensificación de su explotación, contribuye a fomentar la total falta de consideración y la mayor de las brutalidades en el trato con los obreros. Pues cada clase llega a maltratar a sus sometidos tanto como le sea posible, y sus posibilidades encuentran su límite de acuerdo con la resistencia que la clase expoliada opone. De este modo, se opera un fortalecimiento de los círculos coloniales pertenecientes a las clases dominantes, que a su vez influye sobre las clases dominantes de los países centrales, tanto más cuanto mayor sea el interés de éstas por los asuntos coloniales.

Hace ya casi un cuarto de siglo tuve oportunidad, en el artículo ya citado *Auswanderung und Kolonization* [Emigración y colonización], de señalar las orgías de horror y codicia que la simple perspectiva de la conquista colonial había logrado desencadenar en muchos de los adherentes a esta política del pueblo alemán. Y ésta es la misma nación que alguna vez se vanaglorió de que su idealismo constituía su máximo emblema de todos los tiempos y por lo cual se hallaba muy por encima de todas las “naciones mercenarias”, partidarias de la política colonial, como Inglaterra y Holanda. Entonces formulé la siguiente acotación al respecto:

¿Debe el pueblo alemán prestarse a apoyar semejante operación de piratería —pues no se puede catalogar de otra manera a una política de estas características—, que apenas esbozada en los planes y papeles, sin embargo, ya adopta formas tan horrendas, y que dados los conflictos de intereses existentes habrá de adoptar, en los hechos, una modalidad aun más repugnante?

¿Debemos aspirar a la gloria de poder esgrimir nuestros propios Pizarros, Warren Hastings y Van den Bosch, a quienes los entusiastas de la política colonial nos los presentan como sus prohombres?

¿Y cuáles son los beneficios que deben aguardarse de tal operación? El mismo señor B. Z. se encarga de aclarar con su sinceridad siempre tan brutal —que debiera resultar muy molesta para sus correligionarios— que por medio de la implantación de su “sistema” el consumo (en las colonias) no se incrementará: “Por el contrario, el comercio local prácticamente desaparecerá [!].” En efecto, ¿de dónde podrían obtener los pobres esclavos, e inclusive si se tratara de fuerzas obreras adquiridas contractualmente o de los que prestan servicios personales, los medios para comprar mercancías europeas?

De modo, pues, que las colonias a fundarse difícilmente puedan brindar un mercado lucrativo para la industria alemana. Pero bien que va a producir enormes torrentes de riqueza que se orientarán hacia los bolsillos de todos aquellos que explotan tales fuerzas de trabajo, como son los dueños de

plantaciones, los comerciantes y los funcionarios. Todos los individuos que desperdiciaron sus existencias en Alemania y que son lo suficientemente inescrupulosos se van a dirigir hacia las colonias. Naturalmente que apenas hayan logrado apoderarse de suficiente cantidad de trabajo impago seguramente regresarán. Pero su riqueza no la van a gastar de un "modo liberal" [como entonces sostenían los defensores del colonialismo.—KK.], en "beneficio de la población trabajadora de la patria", sino que van a invertirlo en distintas empresas industriales. Una gran parte del capital, y, con ello, la capacidad de disponer sobre la suerte de miles de obreros, pasará así a manos de la parte más despreciable de la nación. Y estos señores pretenderán proseguir aplicando las modalidades aprendidas en el trato con los esclavos, pero ahora a los obreros. Nuestra moral comercial, que ya se encuentra tambaleante en la actualidad, empeorará decididamente, y el trato de los obreros se hará más rígido y falto de consideración.

Quien conciba como exageradas estas opiniones conviene que se interiorice de la nefasta influencia que ejercieron los ingleses enriquecidos en la India —los "nabobs"— sobre la moral de la sociedad inglesa. Resulta significativo que en la literatura dramática, como en las novelas de Inglaterra del siglo pasado [xviii], impere la moda de representar al bandido mediante la figura de un nabob.

Lo que entonces pronostiqué con respecto a la política colonial se ha convertido en realidad. Las colonias alemanas no se han transformado en ningún mercado realmente importante para la industria alemana. Y, si bien esta industria no sufrió una expansión de su capacidad creadora de riqueza —tal como por entonces generalmente se suponía— sí provocó una desmoralización significativa, y así vemos que la venalidad cultivada en las colonias bien pronto se extendió entre los miembros de las clases dominantes de Alemania. El heroísmo brutal demostrado en el trópico se ha transformado en la inspiración de los capitalistas más audaces y emprendedores, así como también de los Junkers. Todos ellos buscan establecer una relación con los obreros a imagen y semejanza del ejemplo brindado en las colonias.

Inclusive la fantasía del poeta y del pensador se ha prendado de este heroísmo, al punto que elevan loas a Peters, incorporando el culto de la brutalidad al arte, la filosofía y a las relaciones familiares. Como se puede deducir, la mejor preparación para el socialismo consiste, pues, sin duda, en fomentar el capitalismo en las colonias.

9. LA RECAÍDA EN LA BARBARIE

Más digna de atención que la anterior objeción contra la abolición de las colonias resulta la siguiente: el temor de que, como consecuen-

cia de esta abolición, las actuales colonias sufran una recaída en la barbarie. Esta objeción no puede dejarse de lado tan fácilmente. Requiere una detenida investigación, con la cual queremos poner fin a nuestra exposición.

Las consecuencias negativas que se supone que la abolición de las colonias traería aparejadas pueden ser observadas desde dos puntos de vista: el del país colonialista y el de las colonias.

Desde el primer ángulo, podría temerse que la supresión de las colonias conduzca al deterioro de sus inversiones productivas. Con lo cual el país colonialista sufriría la pérdida de un mercado provechoso para sus productos industriales y de un proveedor irremplazable de materias primas.

Supongamos ahora, por un momento, que el tan temido retroceso de la producción se opere realmente. ¿Serían sus consecuencias, efectivamente, de tanta gravedad como se sostiene? Respecto a la verdadera importancia de las colonias para el mercado mundial no deben hacerse suposiciones falsas.

De acuerdo con el anuario estadístico alemán, la participación en el comercio mundial de las colonias fue la siguiente:

Colonias		1890	1904
		%	%
alemanas	África-Alemana	0,0	0,0
Colonias	Argelia	0,5	0,5
	Túnez	0,1	0,1
francesas	India Francesa	0,1	0,3
	Restantes colonias	0,3	0,4
Colonias	Del África tropical	0,1	0,1
	India Oriental y Ceylán	3,9	3,9
británicas	Indias Occidentales	0,4	0,2
Total		5,4	5,5

Si estas colonias fueran dejadas en libertad y si, a consecuencia de ello, las exportaciones y las importaciones se congelaran, ni siquiera un 6% del comercio mundial se vería afectado y menos aun si suponemos exclusivamente la suspensión de las importaciones y las exportaciones correspondientes a las colonias alemanas del África, pues la paralización de éstas no afectaría al comercio mundial ni siquiera en un 1%.

Por otra parte, la participación de las colonias en el comercio mundial tampoco se halla en aumento. Mientras que entre 1890 y 1904

se incrementó el intercambio comercial de, por ejemplo, Japón desde un 0,6% a un 1,4%; el de China desde el 1,5% al 1,7%; el de los Estados Unidos desde el 9,1% al 9,8; el de la Argentina desde el 1,3% al 1,7%; el de México desde el 0,5% al 0,7%; el de Canadá desde el 1,2% al 1,9%; el comercio mundial de la mayoría de las colonias tropicales —que son las únicas que tomamos en consideración en este caso—, permaneció estable. El aumento que puede observarse en algunas de las colonias francesas es sólo atribuible a la extensión de sus territorios.

Pero suponer que las colonias dejan de producir en el mismo momento en que conquistan su libertad y comienzan a administrarse por sí mismas es un absurdo. El peso de las condiciones económicas es demasiado grande como para que no se impongan, inclusive sin mediación del poder del estado, aun cuando lo hagan de un modo peculiar.

Es posible que alguna de las colonias más primitivas se enfrente al obtener su libertad a dificultades que no pueda superar. Pero también existe el caso, tal como ocurre con la India Oriental, donde la producción de mercancías se halla demasiado desarrollada como para que se produzca la disolución de los vínculos que tiene establecidos con el mercado mundial si se produce su independencia. Pero justamente sobre la India Oriental recae la mayor parte del comercio mundial sostenido por las colonias. Sin este imperio dicho comercio queda reducido a una magnitud insignificante.

Ahora bien, también se puede valorar a las colonias y las posibles repercusiones que la obtención de su independencia traería aparejadas desde una óptica distinta a la del comercio mundial, esto es, de acuerdo con la importancia que poseen para la *concepción* imperialista, para la idea de la conquista de un imperio que se sostiene por sí mismo. Que es lo suficientemente extenso como para producir por sí mismo todas las materias primas a la vez que logra colocar todos sus productos en sus propios mercados, de tal modo que nos encontramos frente a un imperio autosuficiente y absolutamente independiente.

Los esfuerzos en este sentido nacen junto con el surgimiento de los trusts y de los cárteles, los nuevos aranceles aduaneros proteccionistas, el desarrollo del militarismo y la creciente evolución de la marina, es decir paralelamente a la iniciación de la nueva fase de la política colonial, que se abre en los años 80 del siglo pasado. La concepción imperialista se halla en estrecha vinculación con todos los elementos recién mencionados, a la vez que es un producto de la misma situación económica que los engendró. Situación en la cual el capitalismo se fue convirtiendo paulatinamente de medio para el desarrollo de la productividad del trabajo, en un medio para impedirlo. Cuanto más crecen los aranceles aduaneros entre los distintos estados capitalistas, tanto

más necesita cada uno de ellos asegurarse un mercado y una fuente de aprovisionamiento de materias primas controlable. Es decir, garantizar la existencia de un mercado que no pueda ser obstaculizado por nadie, y asegurar el suministro de materias primas de modo tal que su provisión no pueda ser impedida por nadie.

Pero el hecho de que esta aspiración imperialista encuentre su origen en las condiciones económicas no significa todavía que tenga el éxito asegurado. Las consecuencias que trae para el desarrollo de las fuerzas productivas son aún peores que el proteccionismo aduanero. No obstante todas las trabas que encuentra en el camino, este desarrollo continúa su paso vigorosamente a través del capitalismo. A pesar de la política proteccionista, el comercio mundial continúa aumentando y los medios decrecen aún más rápidamente que el nivel de los aranceles. La división internacional del trabajo adquiere tales dimensiones que a las industrias más avanzadas les resulta cada vez más difícil limitarse al mercado de un solo imperio, por extenso que éste sea y por variadas que sean las colonias de su posesión. Dicha división del trabajo crece tan asombrosamente que ninguna de las industrias avanzadas se puede abastecer completamente con las materias primas del propio imperio, por enorme que éste sea.

Basta con observar el caso de Inglaterra. Ningún país dispone de una posesión colonial de proporciones ni siquiera cercanas. Solamente la India Oriental posee una población varias veces superior a la población de todas las posesiones coloniales de la actualidad sumadas, más las que aún pueden ser conquistadas. Y, no obstante, no está ni remotamente en condiciones de cubrir sus necesidades de algodón exclusivamente con sus propias colonias. En 1905 importaba 2 204 millones de libras de algodón. De ellas, 58 millones de libras provenían de las posesiones británicas, mientras que 2 146 millones de libras provenían de otros países. Entre estas últimas, 1 729 millones de libras eran de origen norteamericano. Los Estados Unidos también suministran en ese año la mayor parte de la producción cuprífera, algo así como el 52%, le sigue México con 11%, mientras que las colonias tropicales prácticamente no aportan nada. Lo mismo ocurre con la lana ovina, terreno en el cual el aporte de las colonias tropicales también es muy pobre. Sus principales productores son la Argentina y Australia.

¿Cómo puede ser entonces que un imperio colonial cubra todas las necesidades de materias primas requeridas por un país capitalista adelantado? Esto resulta simplemente impensable. Pero puesto que los esfuerzos que persiguen tales objetivos se hallan profundamente enraizados en las condiciones capitalistas, las clases capitalistas defienden empeñadamente esta concepción. La tendencia a la expansión colonial por parte de las grandes potencias no se ve atenuada por este hecho,

más bien permanece en constante crecimiento, jamás puede encontrar un límite que la deje satisfecha. Por eso es que también se multiplica en forma antagónica y acelerada el armamento de los distintos estados, a la vez que el peligro de una guerra mundial se torna cada vez más próximo.

Éstos son los únicos resultados de los que puede vanagloriarse el imperialismo. A cambio de ello, se muestra impotente para asegurarle a la industria ni un mercado ni los proveedores de materias primas. Por el contrario, constituye una amenaza al libre comercio entre los demandantes y oferentes del mercado mundial, en la medida en que éste sólo alcanza para las industrias más evolucionadas.

La clase capitalista posee un motivo más que suficiente para predicar el imperialismo. Por su parte el proletariado posee motivos igualmente valederos para enfrentarlo, en la medida en que se trata de un medio para prolongar la explotación del proletariado.

Y este noble fin no es un argumento como para probar y fundamentar una oposición de la socialdemocracia a la obtención de la libertad por parte de las colonias.

¿Pero no se verán perjudicadas ellas mismas como consecuencia de su independencia? Este temor suele ser esgrimido como reparo a la obtención de la libertad de las colonias desde tres ángulos.

En primer lugar, se arguye que esto traería aparejada la ruina de la actual estructura estatal imperante en las colonias; en segundo lugar, se argumenta que en vez de la explotación capitalista sería implantada, en su remplazo, otra mucho peor; y, finalmente, se sostiene también que las empresas establecidas en las colonias serían abandonadas, o directamente destruidas.

La primera objeción no debe ocuparnos excesivamente. Si bien es cierto que todo pueblo se halla maduro para gobernarse a sí mismo, no debe entenderse esto como que se halla maduro para cualquier forma de autogobierno. La administración democrática de un estado poderoso presupone una serie de condiciones —un alto nivel cultural del pueblo, un periodismo muy desarrollado, la existencia de un clima de permanente polémica sobre las cuestiones generales y públicas— que se encuentran en muy pocas colonias. Si los europeos las dejan en libertad, se verán, sin duda, amenazadas por la posibilidad de su disgregación en un gran número de pequeñas comunidades, independientes entre sí. Esta desgracia, sin embargo, puede ser menos grave de lo que aparenta. Una pequeña comunidad democrática puede y es generalmente administrada con mayor eficacia que un gran estado donde no existe democracia. A nadie se le ocurre poner a Rusia por encima de Suiza.

De mayor cuidado resulta la segunda objeción, esto es que el levanta-

tamiento de las colonias puede llegar a convertirse en un remedio mucho peor que la enfermedad, en la misma medida en que el desplazamiento de una forma de explotación y sojuzgamiento sólo trae como consecuencia la sumisión a un régimen aun más brutal.

El peligro sin duda existe, aunque no en todos los casos. Las diferencias de clase tienen que alcanzar un grado de desarrollo muy elevado antes de que pueda surgir una violencia estatal capaz de ejercer una coerción realmente aguda. Inclusive esta coerción, en un comienzo, resulta relativamente débil para la masa de la población. No hay que dejarse confundir por la crueldad y la ferocidad de la que hacían gala en sus inmediaciones algunos de aquellos déspotas primitivos. La población a menudo permanecía totalmente ajena.

Livingstone, por ejemplo, se refiere del siguiente modo a los nativos del África central:

Observaciones minuciosas de los nativos de Ulungu me permiten afirmar que son extremadamente amables [...] Cómo surgió este extraordinario respeto mutuo me resulta incomprensible; no parece fundarse en el miedo recíproco. Inclusive los jefes no inspiran ningún temor, y aquellas antiguas trivialidades que referían horrores, según las cuales los salvajes sólo podían ser gobernados por el terror, parecen ser totalmente desconocidas aquí. No obstante, gobierno existe y no se gobiernan del todo mal (*Último viaje de David Livingstone*, cit., tomo I, p. 260).

La India Oriental ya era un país desarrollado con considerables conflictos de clase cuando los europeos tomaron posesión de ella. Se encontraron con un fuerte despotismo y un alto nivel de explotación de la población. No obstante, toda la compulsión ejercida por los monarcas locales resultó ínfima en comparación con la que los soberanos ingleses pusieron en práctica. Macaulay, que seguramente no puede ser conceptuado como un malvado enemigo del régimen inglés, pone esto de manifiesto con toda crudeza en su estudio sobre Lord Clive:

Cada servidor de un *factors* hindú (agentes de la Compañía de las Indias), se hallaba en posesión de un poder similar al de su amo. Y éste ejercía la suma del poder de la sociedad. De este modo fueron edificadas fortunas considerables en Calcuta, mientras treinta millones de seres humanos se debatían en la miseria más terrible. Estos infelices se hallaban acostumbrados a vivir bajo el despotismo, pero jamás habían conocido semejante clase de compulsión. Los aspectos más insignificantes de la sociedad que les había sido impuesta eran más difíciles de soportar que el pobre Seradscha Daulas [Señor de Bengala y déspota inescrupuloso al que los ingleses habían expulsado (K.K.)]. Bajo la forma de dominación anterior, al menos restaba un recurso: cuando los sufrimientos se volvían insoportables, el pueblo se rebelaba y procedía a derrocar el gobierno. Pero al dominio británico no era

tan simple quitárselo de encima. Pues este gobierno, que había sometido a los nativos por medio del terror al modo de los peores métodos de los bárbaros, se hallaba armado con todo el poderío que su mayor desarrollo técnico le otorgaba. Se parecía mucho más a un reino demoníaco que a una tiranía humana.

Desde entonces seguramente que el dominio inglés en la India adoptó formas más humanitarias. Pero la insoportable coerción económica de la dominación británica aún persiste, a la vez que persiste también el constante empobrecimiento que provoca, pues es ésta una dominación armada provista de "todo el poder que le otorga el desarrollo técnico" y contra la cual se estrellaron hasta ahora todas las rebeliones. El despotismo local de entonces resulta débil, inclusive en la actualidad, comparado con el régimen brutal impuesto por Inglaterra y su famoso liberalismo. Esto fue reconocido hasta por un Lord Salisbury, quien sostuvo en el parlamento inglés aún en 1907:

El gobierno británico jamás se hizo pasible de culpa por la violencia y la arbitrariedad practicadas por individuos aislados. Pero, en cambio, cometió errores que, de acuerdo con la intención que los animaba, pueden ser conceptuados de menos culpables que la culpabilidad de aquellos individuos, pero que en los hechos tuvieron *efectos* mucho más terribles.

Esto fue corroborado por los acontecimientos. En una serie de estados ubicados en el interior de la India cuya administración fue dejada en manos de soberanos nativos, la situación de la población es mejor, de mayor progreso y bienestar y con menor cantidad de hambrientos que en el resto del país.

Los impuestos *per capita* [en la India británica], son nominalmente más reducidos que en los países centrales. En realidad la presión que ejercen es muy superior, pues la población de los países capitalistas avanzados, que posee un nivel mucho más elevado, puede pagar con facilidad y cargar con cierta comodidad con semejante tributo. En cambio el campesino empobrecido de los territorios británicos de ultramar se ve despojado. En los protectorados con la administración en manos de los nativos, durante los períodos de hambruna e, inclusive, hasta un cierto tiempo después, no se cobran impuestos o éstos son reducidos. En las áreas de influencia de las administraciones británicas, en cambio, aun en las épocas más difíciles, son muy pocas las consideraciones que se adoptan. Y si es posible se recoge la totalidad del tributo que normalmente el estado debe percibir. En segundo lugar, en la metrópoli un agricultor sólo abona por las tierras dejadas en barbecho una octava parte del impuesto pagadero por las tierras cultivadas. En las posesiones británicas, el barbecho y la tierra cultivada sufren la misma carga impositiva. Esto constituye una diferencia importante y de

significación, a la cual debe atribuirse, en lo esencial, el creciente empobrecimiento que puede observarse en los dominios británicos. Puesto que los nativos se ven obligados a pagar el mismo impuesto por la tierra destinada a barbecho que por la cultivada, sólo destinan excepcionalmente una parte de la tierra con tal fin. La tierra es cultivada continuamente, hasta que queda completamente agotada. En tercer lugar, en los protectorados, el campesino no paga impuestos por el pozo de agua que construye para su propio uso. En cambio, en las administraciones inglesas, la carga tributaria sufre un incremento simultáneo y en función de esta mejora. Como ésta, pueden ser enumeradas unas cuantas diferencias. (Hyndman, "Die Ursache der Hungersnot in Britisch-Indien" [Orígenes del hambre en la India británica], *Die Neue Zeit*, xviii, pp. 71-73).

Como se ve, la "barbarie" a la que la India se vería reducida si Inglaterra le concediera la independencia no tiene un aspecto tan tremendo. Pero naturalmente que los ingleses impiden que la India se eleve por encima de la barbarie propia del despotismo oriental. Con su enorme poderío le garantizan a los nativos poderosos de los protectorados la continuidad de su dominio absoluto. Ni por equivocación piensan en la posibilidad de fijarle límites a este régimen absolutista por medio de una asamblea constituyente libremente elegida. Pues si faltara el despotismo de los protectorados, su propio despotismo, ejercido en las regiones que administran directamente, aparecería como más insoportable aún. Así es que la liberación del yugo impuesto por los ingleses abre el camino a la superación del despotismo de los monarcas nativos.

Durante un tiempo, la India sufrió efectivamente la amenaza de otro tipo de despotismo, que se insinuó peligrosamente y se mantuvo expectante a que se produjera el derrocamiento de la dominación inglesa. Se trata del despotismo de los zares rusos, cuyos regimientos ya se hallaban estacionados en la frontera India. Y sea cual fuere la opinión que el régimen impuesto por Inglaterra en la India Oriental despierte, el despotismo ruso resultaría aun mucho más nefasto. Sus necesidades de dinero lo llevarían a aumentar la explotación de la población, al mismo tiempo que se agudizaría aún más la obstaculización a cualquier desarrollo de las fuerzas productivas. Por otra parte, todo movimiento político libre sería impedido. Y esto, simultáneamente, significaría un enorme crecimiento del poderío del zarismo. Basta con pensar que Inglaterra obtiene 700 millones de marcos de la India. ¡Qué fuerza le otorgaría al zarismo ruso disponer de una masa de dinero tal!

Éste es el peor y el más peligroso enemigo de todo desarrollo humano. Su aniquilamiento debe privar sobre todo interés nacional, por muy importante y digno de atención que éste sea. Por dicho motivo, el levantamiento nacional de los estados balcánicos fue combatido por

Marx y Engels. Exactamente por lo mismo los socialistas europeos no podían, hasta hace poco, otorgar su completa aprobación a los esfuerzos por conquistar la independencia hindú. Los hindúes mismos, al menos los más previsores de ellos, no exigían bajo esta circunstancia la independencia completa, sino la administración autónoma bajo la protección inglesa, algo parecido a lo que sucede en Australia y en Canadá, que han obtenido en los hechos su independencia, ya que el reconocimiento de la protección inglesa no les trae aparejada ninguna obligación sino exclusivamente ventajas: sin contraprestación alguna, se hallan bajo la protección del ejército y la flota de aquélla.

Pero luego del triunfo japonés sobre Rusia, la situación de la India sufrió cambios importantes. Este triunfo no sólo contribuyó a superar la timidez de los asiáticos frente a los europeos, provocando así un salto de conciencia, sino que simultáneamente dio por tierra, de una vez para siempre —al menos en su forma actual— con el peligro ruso. Por más que la lucha entre el zarismo y la revolución latente se prolongue, hoy en día resulta impensable que el zarismo pueda reunir fuerzas para librar una guerra exterior de cierta envergadura. Esto es posible, en la actualidad, únicamente para aquellos gobiernos que poseen el respaldo de la nación. Una Rusia poderosa, en condiciones de emprender una guerra exterior, sólo puede surgir como consecuencia de la revolución. Se trataría, pues, de una Rusia democrática. Más allá del modo en que entonces se vincule con la India, su expansión ya no constituiría una amenaza para toda la humanidad. En la actualidad no poseemos el más mínimo argumento para adoptar otra actitud que la de apoyar con toda nuestra simpatía los esfuerzos independentistas del pueblo indio.

Pero si no hay que temer la recaída de los hindúes en la barbarie, no obstante sería apresurado pretender afirmar lo mismo respecto de todas las demás colonias. Existen formas de dominación que, sin duda, son mucho peores que las ejercidas por los ingleses en la India.

El despotismo oriental se vuelve terriblemente cruel allí donde se apodera de medios para ejercer el poder obtenidos de la civilización europea, a la vez que a cambio de su obtención se convierte en deudor. La necesidad de conseguir dinero lo hace más codicioso aun que la avidez por la ganancia de los capitalistas. Y, a la vez, este desmesurado afán de riqueza impide el acceso de nuevas técnicas por las que, en cambio, lucha el capitalista en aras de la obtención de su ganancia. Por otra parte, los medios que el despotismo oriental adoptó de la civilización —tales como la burocracia y el ejército— convierten su dominio en difícilmente derrocable, a semejanza del que anteriormente ejercían los capitalistas. Pero como no se trata más que de una imitación de los aspectos externos, siguiendo el modelo que los países civilizados les

brindan, a su vez no le confieren al déspota la capacidad que supone poseer una visión previsor y de conjunto de las cosas. Pues esto es facilitado por el contacto, que él no tiene, con el mercado mundial y por la investigación histórica, que permiten apreciar regiones más variadas y extensas, tanto en el tiempo como en el espacio. Esta suerte de despotismo estrechamente local agudiza los efectos degradantes del capitalismo, sin traer consigo ninguna influencia beneficiosa. Al mismo tiempo, sólo contribuye a desarrollar los aspectos más nefastos del despotismo oriental; encuentran terreno propicio sus características más perniciosas y nocivas, con el consiguiente desplazamiento de aquellas peculiaridades que atenuaban sus defectos. Esta mezcla de despotismo y capitalismo arroja resultados horribles.

Allí donde el capitalismo se desarrolla en otras condiciones, generalmente su influencia es aun más negativa que el sistema colonial. Un ejemplo de ello nos lo brinda el régimen imperante en Turquía.

Por otra parte, allí donde limitan entre sí un pueblo agricultor y un pueblo nómada, pueden crearse situaciones extremadamente graves. El modo de producción transforma a aquéllos en gente pacífica, tranquila, habituada a una forma de vida donde las armas no desempeñan ningún papel; en tanto, los pueblos nómades son pueblos de a caballo, aventureros y en permanente desplazamiento, que buscan su botín, proceden sin consideraciones y a menudo terminan ejerciendo un terror salvaje. Las consecuencias que tales límites comunes entre un pueblo de agricultura y otro nómada traen como resultado son las incursiones de pillaje, la destrucción generalizada que torna imposible todo trabajo (pues supone a la vez la inutilización de los principales medios de producción), y, por fin, las mejores fuerzas de trabajo son reducidas a la esclavitud. Un ejemplo de ello nos lo brindan los curdos en Armenia o los cazadores de esclavos en el África central.

Ciertamente, si la dominación colonial de parte de una potencia europea se suprime para que su lugar sea ocupado por semejante clase de despotismo y pillaje, con ello obviamente ni se ayudaría a los habitantes del país ni tampoco al desarrollo general de la humanidad.

No obstante, no es la dominación extranjera el mejor de los medios para evitar semejantes condiciones. La forma de despotismo que estamos analizando sólo obtiene su poderío merced al apoyo que recibe de la "civilización europea". Y tan pronto como se le sustrae este apoyo, dicha forma de despotismo se vuelve insostenible y se resquebraja. Basta con que Europa no le suministre más dinero ni armas para que por ejemplo el régimen absolutista del sultán de Turquía se desmorone. Si ello aún no ha ocurrido sólo puede ser atribuido a que Europa, es decir la Europa capitalista, no quiere que suceda. Ve en el sultán a su agente de cobranza de impuestos, que exprime a su pueblo las canti-

dades requeridas por los capitalistas europeos en calidad de intereses por sus capitales. Por ello es que la autoridad del sultán sólo puede ser quebrantada allí donde es sustituida por el poderío de alguna potencia europea, que ahora decide ocupar su lugar. Tal lo ocurrido en Túnez o Egipto. Pero bajo ninguna circunstancia puede admitirse que dicha autoridad se vea puesta en la picota por la liberación de los que se hallaban sometidos a ella.

Empero, para la socialdemocracia semejante comportamiento del capitalismo no constituye ningún motivo para considerar a la política colonial como la única alternativa a las formas de despotismo descritas.

Las exigencias que suponen asegurar la vida de los pueblos de agricultores pacíficos frente a los pueblos nómades tampoco son satisfechas por la política colonial, pues es lo mismo que remplazar al diablo por Belcebú, ya que también somete la vida pacífica de los pueblos de agricultores a la dominación extranjera. Los intereses de los campesinos se hallarían mucho mejor protegidos si se les inculcara la capacidad de defenderse, se los familiarizara con las armas y aprendieran a usarlas. ¡Procédase de este modo con los armenios y ya se verá como se arreglan con los curdos! Naturalmente que los campesinos podrían llegar a emplear su capacidad de defensa contra todo aquel que intente explotarlos, sea cual fuere la forma de dicha explotación. Pero esto sin duda no puede ser un motivo por el cual la socialdemocracia acepte como único medio para oponerse al pillaje y a la caza de esclavos, a la que son propensos los pueblos nómades, la política colonial.

Por otra parte, también existe otro camino mejor, cual es el de inculcar a los nómades formas de vida sedentarias y brindarles una mayor cultura. Ratzel escribe sobre esto lo siguiente:

La transición del nomadismo a la vida sedentaria siempre se desarrolló por tres vías. La primera de ellas consistió en la reducción por la fuerza del campo de acción del pueblo nómade a una zona de escasa extensión, de modo tal que se le hiciera imposible continuar deambulando y viviendo de la caza. La segunda resultaba de haber sido despojado de su ganado; y la tercera vía tenía lugar cuando el pueblo nómade habitaba tan cerca de una población estable y sus formas de vida más seguras, que optaba libremente por la tranquilidad y los beneficios de una vida sedentaria, a cambio de su vida libre pero plagada de privaciones. Este último proceso es el más lento de todos, pero, a la vez, el que *cala en mayor profundidad*. Comienza por la afición a los placeres de la cultura y los adornos de la existencia, que atraían inclusive a estas naturalezas rudas, acostumbradas a los sufrimientos y las privaciones. A ello contribuye sobre todo el comercio, que en las condiciones aquí imperantes adquiere más importancia que una incentivación a la actividad productiva. El comercio llega a convertirse en un factor político y

cultural en la medida en que primero satisface necesidades existentes, luego las vuelve a estimular, provoca otras nuevas, hasta que, por último, el nómada llega a la conclusión de que como simple cazador no se halla en condiciones de satisfacerlas, y se incorpora así a la industria o a la agricultura (*Völkerkunde*, III, p. 57).

El comercio libre que produce nuevas necesidades y medios perfeccionados para la satisfacción de las mismas se revela también aquí como más eficaz que el sometimiento armado. Y ello a pesar de que Ratzel sólo toma en cuenta el *intercambio* que persigue la *explotación* de los nómades y no su *civilización*. Un intercambio amistoso, realizado sin fines expoliadores, contribuirá sin duda de un modo mucho más rápido y seguro a la conversión de los nómades en sedentarios y, junto con ello, en vecinos inofensivos. No debe menospreciarse la distancia que separa la capacidad económica e intelectual de la civilización moderna de la de los salvajes. Puede provocar milagros en la relación con aquéllos naturalmente a condición de que sea inculcada con una gran dosis de comprensión y conciencia.

Allí donde esto ocurre, la supresión de la dominación extranjera ejercida sobre pueblos nómades no representa ningún peligro para sus vecinos, y menos aún si a éstos se los capacita para defenderse.

El temor de que las colonias recaigan en la barbarie posee también un trasfondo económico. Es cierto que todo pueblo se halla maduro para hacerse cargo de sus propios intereses económicos, que no necesita de ninguna tutela para ello y que si ésta no existe se arregla mucho mejor; pero con ello no está dicho que todo pueblo se halle siempre maduro para adoptar cualquier modo de producción. Ahora bien, los capitalistas exportan en la actualidad enormes masas de capital, con el cual fundan grandes empresas de todo tipo, tales como ferrocarriles, canales, minas, hilanderías de algodón, plantaciones de tabaco, café, etcétera.

¿Qué ocurriría con todo ello si concluyese la dominación política de la metrópolis sobre la colonia? ¿No serían abandonadas todas estas empresas? ¿Y ello no constituiría un grave perjuicio para la colonia, aun sin tomar en cuenta para nada la pérdida de los capitalistas europeos?

Ya rozamos esta pregunta cuando investigamos las pérdidas que la abolición de las colonias depararía a los países centrales. A lo expuesto allí sólo tenemos que agregar dos o tres cosas. En aquellos casos en que tales empresas se basan, directa o indirectamente, en el trabajo forzado, la posibilidad de que caigan en desuso cuando las colonias pasen a ser autónomas efectivamente existe. Pero los perjuicios que ello podría llegar a representar para la población colonial son mucho menores que los que encuentran su origen en el trabajo forzado. No

obstante, puede esperarse que la liberación de las colonias no traiga consecuencias diferentes a las que trajo la liberación de los esclavos. Transitoriamente la producción se ve afectada, pero las condiciones económicas le insuflan paulatinamente nueva vida, en la misma medida en que el proceso de producción se adapta a las nuevas condiciones. A menudo puede verse estimulada la instalación de maquinaria en las plantaciones con el fin de ahorrar trabajo. Y allí donde esto no es posible, podría suceder que las plantaciones fueran divididas en pequeñas parcelas cuyos propietarios las trabajan por sí mismos, cosa que de todos modos constituye un adelanto y representa un progreso con respecto al trabajo formado.

En los Estados Unidos el proceso fue el siguiente:

<i>Año</i>	<i>Cosecha de algodón en millones de libras</i>	<i>Precio por libra centavos</i>
1859	2.397	12
1869	1.325	29
1879	2.607	11
1899	4.717	7

Aquí se destaca nítidamente cómo, bajo la influencia de la liberación de los esclavos, la producción algodonera descendió significativamente, pero al mismo tiempo puede observarse la rápida expansión que sufrió inmediatamente después.

Más difícil se presenta la situación en lo que respecta a las empresas de transporte y a las industrias que no pueden ser divididas en pequeñas parcelas si ello fuera necesario. Habría que seguir con la producción respetando la forma que ya poseen o, de lo contrario, abandonarlas.

Pero justamente este tipo de empresas presuponen la existencia del proletariado, se desenvuelven con obreros libres que pueden ser ubicados en la misma localidad donde funciona aquélla, o provienen del extranjero, tal como en general ocurre con los directores y capataces. Asegurar la permanencia de la fuerza de trabajo se reduce, pues, a un problema de tipo salarial. Pero semejantes empresas únicamente encuentran las condiciones para su existencia en aquellas colonias que ya poseen un desarrollo económico y cultural de cierta importancia. En consecuencia, nadie puede argüir que allí la liberación colonial pone en peligro la prosecución de la actividad industrial o del ferrocarril. Si en China y en Turquía los trenes funcionan perfectamente, resulta difícil entender por qué habría de ocurrir de otro modo en la India,

o en Egipto, cuando estos países recuperen su libertad. Los estados nativos construyen ferrocarriles en la India Oriental con el mismo entusiasmo que el gobierno británico. Por otra parte, las empresas industriales radicadas en colonias más retrasadas —y que ven peligrar su existencia como consecuencia de la obtención de la independencia de la colonia en la que se encuentran— son tan poco numerosas que no poseen ningún peso realmente significativo. Sólo los ferrocarriles tienen una importancia digna de ser tomada en cuenta en las mencionadas regiones. Por tanto se haría necesaria su protección. ¿Pero es que ésta sólo podría lograrse por medio de las armas? No hace mucho aún, las rutas para el desplazamiento de los viajeros eran protegidas a cambio de un arancel o tributo abonado a la tribu o al jefe local por cuyo territorio se transitaba. De un modo parecido se podrían asegurar los ferrocarriles. Es poco probable que los negros del Congo o de Zambia quieran —si se los deja en libertad—, destruir los trenes y demás instalaciones que circulan por la zona. Para que se muestren satisfechos bastaría con dejarlos en paz. Por otra parte, si los trenes ya no son más utilizados para traer los mercenarios del Congo o de Rodesia, sino únicamente para proveerlos de herramientas baratas y artículos de consumo, inclusive llegarían a ser estimados, sin duda, por los nativos. Pero si a pesar de todo obstaculizan el desenvolvimiento normal del tráfico de trenes, para vencer su resistencia tal vez bastaría con otorgarles en los ferrocarriles una suerte de renta por la tierra que se ocupa. Este método, completamente pacífico, no sólo sería mucho más eficaz, sino que en última instancia se revelaría, con seguridad, como mucho más económico que la conquista de los nativos y el mantenimiento de su sojuzgamiento por medio de las armas.

La supresión de las colonias no significa, pues, la anulación de los progresos técnicos que el capitalismo trajo, sino simplemente la abolición de los métodos empleados hasta entonces, para imponer y garantizar su funcionamiento y su remplazo por otros métodos, que posiblemente no sean tan conocidos y que requieren más paciencia y comprensión para con los nativos. Pero a la vez también asegura una mejora en la situación de éstos, y una contribución a su desarrollo, todo lo contrario de la secuela que traería aparejada el método de la conquista y sujeción.

Después de todo lo visto, no puede quedar ninguna duda de que los socialdemócratas tenemos el deber, en todas partes, de exigir la liberación de las colonias. Todos los argumentos que se oponen a ello no ponen en cuestión el *si* sino el *cómo*. Demuestran únicamente que la supresión de las colonias no constituye, ni mucho menos, un proceso fácil; tal vez resulte tan problemático como el levantamiento del régi-

men proteccionista. Generalmente corregir una estupidez en la que ya se ha incurrido resulta dificultoso. En la mayoría de los casos no se puede abandonar tan fácilmente una colonia, sino que a semejanza de las precauciones que hay que adoptar para proceder a abolir los aranceles proteccionistas, también la liberación de una colonia exige ser preparada.

Pero sería totalmente superfluo que ahora nos rompiéramos la cabeza alrededor de las dificultades que se presentarían en cada una de las distintas colonias al otorgárseles la libertad. Encontrar una solución a este problema tan complicado, que por lo demás es diferente para cada colonia, implica abocarse a una tarea inútil, puesto que la clase capitalista jamás va a estar dispuesta a otorgar voluntariamente la libertad a una colonia.

De esa posibilidad se hablaba en el período de auge del manchesterismo en épocas en que el capital concebía el desarrollo de las fuerzas productivas y la competencia como el fundamento de su dominio. Eran los mismos tiempos en que la libertad en la India permitió los mayores progresos. Pero, en la actualidad, en la era del imperalismo, para la clase capitalista de cada nación, la posesión de cualquier colonia —no importa que sea la más pobre y costosa— resulta un hecho de enorme valor, al punto que se van a resistir con uñas y dientes a otorgarle la libertad, aun cuando fuera a un solo centímetro cuadrado de la misma.

La idea de otorgar voluntariamente la libertad a las colonias, al menos mientras perdure el capitalismo, no puede tener más valor para nosotros que una guía que nos indica la dirección en la cual debe orientarse nuestra política con respecto a las colonias. Pero de ningún modo puede concebirse como una propuesta de acción, cuya ejecución inmediata deba ser nuestra tarea. Su significación práctica radica sobre todo en que nos impide otorgar nuestro asentimiento a todo intento de expansión de los dominios coloniales, y en que nos convoca a luchar con firmeza por la multiplicación de las administraciones que se hallan en manos de los nativos. El alzamiento de éstos contra la dominación extranjera siempre contará con la simpatía del proletariado combatiente. Pero los recursos de la violencia estatal de las naciones capitalistas son tan grandes que no puede esperarse que estas rebeliones logren su objetivo en la actualidad; tan sólo pueden empeorar la suerte de los nativos. Por grande que sea nuestra comprensión y por profundos que sean los sentimientos hacia las rebeliones, la socialdemocracia no puede promoverlas del mismo modo que no promueve ningún tipo de *putch* del propio proletariado europeo.

Pero, si no puede esperarse que las colonias obtengan su libertad en la era capitalista —ni a través de la violencia y, menos aún, merced

a la benevolencia de las clases dominantes de las metrópolis— ello no significa que la supresión de las colonias constituye una cuestión de la que deberá ocuparse el proletariado triunfante.

Sea cual fuere el momento y el modo en que éste conquiste el poder político ello sólo puede tener lugar en el transcurso de un período caracterizado por los más colosales disloques del poder jamás vistos, que resultan de combates prolongados y tenaces, y que convulsionan profundamente a toda la humanidad. Las revoluciones de Europa y Norteamérica no pueden dejar de repercutir sobre los estados de otras partes del mundo. Los desplazamientos de poder entre las clases tienen que acompañarse de cambios en las relaciones de poder entre las razas y los estados si, como es probable, las revoluciones interiores encuentran su partida en las revoluciones exteriores, es decir en la guerra mundial.

En esta época de tremendas transformaciones los pueblos de las colonias más desarrolladas que ya luchan por su libertad deberán evolucionar rápidamente y encontrar fuerzas que rompan los lazos que los ligan a los países dominantes cuyo poderío estatal se halla absorbido por completo en evitar nuevas fisuras internas. La India Oriental, Egipto y las Filipinas, que poseen activos movimientos nacionales, una fuerte intelectualidad urbana y los embriones de un proletariado industrial van a conquistar su independencia simultáneamente con el proletariado europeo y norteamericano. De esto hoy ya no caben dudas. Pero al mismo tiempo las restantes colonias también se verán afectadas, e inclusive convulsionadas por efecto de estas grandes batallas. Si Egipto conquista la libertad entonces surgirán inmediatamente movimientos en toda África del norte y Sudán, y, por último, también en el resto del mundo negro. Bajo el ejemplo y el influjo de Egipto, todas estas posesiones se verán estimuladas a emprender la lucha contra toda dominación extranjera.

La liberación de la India británica y de las Filipinas obrará de la misma manera en las islas de la Zonda y en Polinesia. Y su ejemplo, junto con el alzamiento chino, también pondrá fin al dominio europeo en Indochina.

La revolución francesa y las guerras que le sucedieron generaron una situación en la cual a las colonias de centro y Sudamérica les fue posible proclamar su independencia. La revolución proletaria que se aproxima tendrá la misma influencia sobre África y Asia tropical.

Cuando el proletariado haya conquistado el poder político en Europa y Norteamérica no se enfrentará al problema de emprender una política colonial, socialista o no, de resolver si los pueblos colonizados se hallan maduros para gobernarse a sí mismos o no, de decidir si les otorga la libertad o si los somete a tutelaje y los educa por medio de un

benevolente despotismo patriarcal. Se va a encontrar con las principales colonias convertidas en estados independientes, y a las restantes o bajo la influencia de dichos estados o totalmente convulsionadas, y sólo deberá resolver la siguiente pregunta: ¿el proletariado aspira a someter a los rebeldes por medio de una guerra sangrienta? ¿La revolución europea quiere o no el aniquilamiento violento de la revolución en África?

La respuesta no admite ni un instante de vacilación.

Si somos enemigos de una política colonial capitalista —y los amigos de la política colonial socialista no se cansan de afirmar que la condenan— entonces, con ello somos enemigos de toda política colonial *posible*, si bien no de toda *pensable*. Una política colonial consistente en la educación y la formación de los nativos hubiera sido posible en las colonias de poblamiento democráticas del siglo xvii y xviii. Desde el siglo xix esta política colonial pertenece irremisiblemente al pasado. Pero, por otra parte, la muerte de la actual política colonial capitalista pone fin a toda política colonial. El triunfo del proletariado, ciertamente, encontrará los más diversos estadios de desarrollo cultural entre los pueblos; de por sí no va a tornar superflua la divulgación de las técnicas europeas, del conocimiento y el pensamiento europeo. Y, lo que es más, sólo con el triunfo del proletariado se crearán las condiciones para su difusión más rápida y efectiva. Pero esta misión cultural y civilizadora no conducirá a ninguna nueva relación de dominación. El proletariado triunfante tampoco formará una clase dominante en los países aún hoy colonizados, sino que va a prescindir de toda dominación extranjera.

¡El proletariado no puede liberarse sin liberar a toda la humanidad! Allí radica su grandeza que condujo a que, desde un primer momento, su lucha de clase y los esfuerzos por su emancipación ejercieran un poderoso influjo sobre los espíritus más desarrollados y preclaros de todas las clases. Ésta es la bandera bajo la cual triunfará.

APÉNDICE

Ya transcurrió prácticamente un cuarto de siglo desde que en Alemania se produjeran las primeras iniciativas en aras de la conquista colonial. Ocupado en el estudio de esta incipiente política colonial, me dirigí a Friedrich Engels para preguntarle cuál era el comportamiento que guardaban los obreros ingleses con respecto a sus colonias.

Recibí la respuesta de Engels el 12 de septiembre de 1882:

Usted me pregunta lo que piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan de la política en general. Aquí no hay partido obrero, sólo hay radicales, conservadores y liberales, y los obreros participan con absoluta tranquilidad del monopolio colonial de Inglaterra y del monopolio que ejercen en el mercado mundial. En mi opinión, las colonias propiamente dichas, es decir los países ocupados por poblaciones europeas —Canadá, el Cabo, Australia— se volverán todas independientes; en cambio, los países sometidos, habitados por su respectiva población nativa —India, Argelia, las posesiones holandesas, portuguesas y españolas— deben ser tomadas transitoriamente por el proletariado, para conducir las con toda la rapidez posible a la independencia. Es difícil predecir cómo se desarrollará este proceso. En la India, quizás —incluso es muy probable— estallará una revolución, y como el proletariado al emanciparse no puede emprender guerras coloniales tendrá que aceptarlo; desde luego que tal cosa no ocurrirá sin destrucciones, pero esto es inseparable de toda revolución. Lo mismo podría ocurrir también en alguna otra parte, por ejemplo en Argelia y Egipto, y *para nosotros* sería por cierto lo mejor. En casa tendremos bastante que hacer. Una vez lograda la reorganización de Europa y Norteamérica, se tendrá un poder tan colosal y un ejemplo tal que todos los países semicivilizados nos seguirán espontáneamente. Las mismas necesidades económicas provocarán este proceso. Pero en cuanto a las etapas sociales y políticas que deberán recorrer entonces esos países antes de llegar a la organización socialista, creo que en la actualidad sólo podemos adelantar hipótesis ociosas. *Sólo una cosa es segura: el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin desvirtuar su propia victoria.* Lo que por cierto no excluye las guerras defensivas de todo tipo.

El asunto egipcio ha sido tramado por la diplomacia rusa, Gladstone se apoderará de Egipto (al que está lejos de haber obtenido, y aunque lo tuviese no significaría aún que pudiera conservarlo) a fin de que Rusia pueda apoderarse de Armenia, lo que, según Gladstone, sería una liberación más de un país cristiano del yugo mahometano. *Todo el resto del asunto es mentira, farsa, pretexto.* Pronto se verá si la patraña tiene éxito.

El final remite a la ocupación de Egipto por los ingleses luego del levantamiento de los egipcios bajo Arabi Pascha. Recientemente se publicó una carta de Engels al respecto, del 9 de agosto de 1882, en la que advertía del peligro que representaba juzgar el movimiento nacional existente en Egipto sólo desde el punto de vista de los sentimientos. De ello se dedujo que Engels profesaba una simpatía especial por el anejamiento de Egipto por parte de los ingleses. Sin embargo, aquí vemos cuán poco acertada es tal deducción.

[De Karl Kautsky, *Sozialismus und Kolonialpolitik*, Berlín, 1907. Traducción de Juan Behrens.]

NACIONALIDAD E INTERNACIONALIDAD

1. EL CONCEPTO DE NACIÓN

En ningún país como en Austria la nacionalidad domina tanto a la totalidad de la vida política y social; de ahí que apenas pueda encontrarse otro país que acuse una literatura tan extensa acerca de los problemas nacionales. No es de extrañar que la primera discusión detenida sobre el problema nacional desde una perspectiva marxista fuera también elaborada por un austriaco. Se trata del voluminoso tomo de Otto Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* [La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia] publicado en los *Marx-studien* (Viena, Ignaz Brand).

Bauer proporciona una teoría general de la nacionalidad, pero toma fundamentalmente de Austria el material sobre el que la edifica. Y la segunda parte de su libro está orientada a la aplicación práctica de su teoría a las condiciones austriacas. Se topa así con Renner, quien ya con anterioridad había tratado las cuestiones nacionales austriacas en una serie de escritos. En 1899, como *Synoptikus* ("Staat und Nation" [Estado y nación]); más tarde, en 1902, como Springer, en su libro *Der Kampf der österreichischen Nationen um den Staat* [La lucha de las naciones austriacas por el estado] (analizado en una reseña de *Die Neue Zeit*, xx, 2, p. 253, por Ellenbogen y por Max Adler, en un número posterior, en p. 641), y en 1906, con el mismo seudónimo de Springer (aunque con el prólogo firmado con su nombre) en su libro, *Grundlagen und Entwicklungsziele der österreichisch-ungarischen Monarchie* [Fundamentos y metas del desarrollo de la monarquía austro-húngara], del cual sólo recientemente Mehring hizo una reseña en *Die Neue Zeit* (xxv, 2, p. 507ss.).

Los elogios que Mehring hace de Renner pueden ser extendidos igualmente, sin reservas, a Otto Bauer. Ambos poseen un conocimiento exacto de Austria y manejan de manera acabada el método del materialismo histórico. En qué medida este método no es un patrón rígido se pone de manifiesto con claridad a partir de las diferencias entre los escritos de ambos autores, que no obstante tratar el mismo tema con igual método y en estrecha colaboración personal, y habiendo llegado a resultados semejantes en todos los puntos esenciales, cada uno pre-

sentá, sin embargo, méritos por completo originales. Renner escribe como político realista, Bauer como investigador; Renner como jurista, Bauer como economista; la fuerza del primero radica en el informe y en las proposiciones prácticas, la del segundo, en el descubrimiento de relaciones complejas; con lo cual no se quiere decir que cada uno no tenga méritos considerables en los ámbitos dominados por el otro. Podría afirmarse que en Renner predomina el pensamiento de Lassalle, y en Bauer el de Marx.

Pero el hecho de que el marxismo suponga todo menos un patrón fijo o una obediencia ciega a las palabras del maestro se torna más claro aún cuando en vez de comparar las diferencias entre Bauer y Renner se consideran las diferencias existentes entre ambos pensadores y los representantes del socialismo científico, dedicados también en su momento al problema de las nacionalidades austriacas. Bauer y Renner contradicen abiertamente a los padres de ese socialismo, a Marx y a Engels, cuyos puntos de vista sobre el problema, formados en la época de la revolución de 1848, hoy se han vuelto insostenibles, tal como puse en evidencia, en 1896, en mi prefacio a la edición de la serie de artículos de Marx recopilados en el libro, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. Pero por más que allí me aleje de Marx y de Engels, no puedo, sin embargo, refrendar el conjunto de las afirmaciones de Bauer y Renner.

Nuestras diferencias podrían radicar, en parte, en el hecho de que representamos tres generaciones, cada una de las cuales conoció a Austria en circunstancias distintas; pero tienen también su fundamento en el hecho de que la nación debe ser considerada como una estructura social de difícil captación, como un producto del desarrollo social, como uno de los factores más poderosos de la evolución social, que sin embargo nunca fue transformado en un organismo social con límites determinados por estatutos o reglas de algún tipo. La nacionalidad es una relación social que se modifica continuamente y que bajo circunstancias diversas posee un significado muy distinto; es un Proteo que se nos escapa de entre las manos cuando queremos apresarle y que, no obstante, está siempre presente, ejerciendo su poderosa influencia sobre nosotros.

La investigación del concepto y la acción de la nacionalidad adquiere nuevamente un interés muy especial precisamente ahora que en Francia florece el herveísmo, que la socialdemocracia alemana discute sus deberes frente a su nación, que la revolución rusa movilliza a las distintas naciones del imperio zarista, que el judaísmo pretende constituirse como nación, que, por otra parte, Inglaterra trata de crear un estado nacional interoceánico juntamente con Canadá, Australia y África del Sur, mientras que, simultáneamente y en su propio

umbral, el nacionalismo irlandés levanta otra vez su cabeza de manera amenazadora. Es así que investigaciones como las de Bauer y Renner adquieren un significado que trasciende los límites de Austria. Y gracias a su dominio de la materia y a la unidad y fecundidad de que da prueba su método, sacan a luz una profusión de nuevos puntos de vista, incluso para aquellos que no están en condiciones de seguirlos en todos sus desarrollos.

Es cierto que el libro de Bauer plantea objeciones ya en su punto de partida, en su definición del concepto de nación.

Así, afirma certeramente:

La nación no constituye, para nosotros, un objeto inanimado, sino un proceso en devenir, determinado esencialmente por las condiciones bajo las cuales los hombres luchan por su subsistencia y por la conservación de la especie. Y puesto que la nación no se origina aún en el estadio en que los hombres sólo buscan sus alimentos, sin todavía elaborarlos, en que obtienen sus medios de subsistencia por la mera ocupación, por la toma de posesión de los bienes sin dueño que encuentran, sino sólo en el estadio en que el hombre arranca a la naturaleza los bienes requeridos mediante el trabajo, así el origen de la nación, la peculiar idiosincrasia de cada nación, está condicionado por el modo de trabajo de los hombres, por los medios de trabajo de que éstos se sirven, por las fuerzas productivas que dominan, por las relaciones que establecen entre sí en la producción. Comprender la formación de la nación, de cada nación en particular, como un fragmento de la lucha entre la naturaleza y la humanidad, ésta es la gran misión para la cual nos ha capacitado el método histórico de Karl Marx (pp. 120, 121).

Esto es muy cierto. Pero la particular definición de nación que nos da Bauer ha de interpretarse de una manera tan vaga que no nos muestra nada que distinga a la nación de otras formaciones sociales, o bien no resulta exacta.

Bauer llama nación a una comunidad cultural y de caracteres fundada en un destino común.

Toda formación social constituye una comunidad de destinos; toda sociedad posee destinos y tradiciones comunes; la gens, la comunidad, el estado, la corporación, el partido, la misma sociedad anónima. Y muchas de estas formaciones implican también una comunidad de cultura, se estructuran en base a la cultura común de los miembros que la constituyen, a los que a su vez procuran una cultura común. Y la comunidad de destinos y cultura puede también, perfectamente, desarrollar un carácter común, tanto en la "gens" como en la ciudad, también en la corporación, o acaso en la casta; incluso en el partido cuando éste actúa durante un tiempo suficientemente largo y representa un partido de clase contrapuesto rígidamente a los restantes partidos y clases.

Por otra parte, sin embargo, la comunidad de destino y de cultura de un grupo humano no configura nada que separe de manera rigurosa a una nación de las demás. Los suizos alemanes y los suizos franceses, a pesar de la diferencia de nacionalidad, están ligados por una comunidad de destino y de cultura mucho más estrecha que el suizo alemán y el vienés, o el habitante de Holstein.

Y allí donde dentro de una nación se configuran grandes diferencias de clase, también se originan diferencias culturales que calan más hondo que muchas diferencias culturales entre naciones, en la medida en que la igualdad de la clase también provoca, frecuentemente, una comunidad cultural entre los miembros de una misma clase pertenecientes a naciones distintas. En todo caso, el campesino alemán y el campesino danés de Schleswig mantienen una comunidad cultural más estrecha que el campesino alemán de Schleswig y el periodista y el artista alemán de Berlín *W.*, mientras que estos últimos están en una comunidad cultural más estrecha con los periodistas y artistas de París.

Las diferencias de clase llevan así a Bauer a la paradójica afirmación de que sólo aquellos componentes de la nación que participan de la cultura —hasta ahora sólo las clases dominantes y explotadoras—, son las que configuran a la nación.

En la era de los Staufen la nación no consistía en ninguna otra cosa que en la comunidad cultural de los caballeros [...]. El carácter nacional unitario, producido por la uniformidad de esta influencia cultural, sólo era el carácter de una clase nacional [...]. El campesino no participaba. En todo aquello que unificaba a la nación el campesino no tenía parte alguna. Así, por ese entonces, los campesinos alemanes no forman en absoluto la nación, sino que sólo son los vasallos de la misma (pp. 49-50).

En la sociedad que descansa sobre la propiedad privada de los medios de trabajo, las clases dominantes —en un tiempo la clase caballeresca, hoy los hombres cultos— constituyen a la nación como la totalidad de aquellos en los que una educación análoga, configurada a través de la historia de la nación, produce un parentesco en los caracteres, mediado por la unidad de lengua y la educación nacional. No es pues la gruesa masa del pueblo la que constituye a la nación (p. 136).

Sólo con el socialismo, con la “política nacional evolucionista [...] de la clase trabajadora moderna”, ésta se convertirá en nación.

Es posible [...] llamarla política evolucionista por cuanto no sólo no impide que el carácter nacional siga desarrollándose, sino que sólo mediante esta política el pueblo entero se convierte en nación, sólo ella aspira a su desarrollo como nación. Para esta política no se trata solamente del desarrollo de la nación sino del desarrollo de la totalidad del pueblo como nación (p. 160).

Es éste un pensamiento muy agudo, con un núcleo de verdad; pero, respecto del problema nacional, nos lleva por un sendero errado, pues concibe a la nación en un sentido que no nos permite comprender en absoluto la fuerza que el pensamiento nacional tiene en el presente en todas las clases, los fundamentos de las actuales contradicciones nacionales de pueblos enteros.

Bauer contradice en este punto una observación que hace Renner, según la cual es precisamente el campesino el depositario de la nacionalidad. Nos muestra que en el transcurso del último siglo toda una serie de ciudades han cambiado su nacionalidad en Austria (inclusive Hungría); ciudades alemanas que se convirtieron en húngaras o checas; otras, principalmente Viena, que por su parte absorbieron una enorme afluencia de nacionalidades extranjeras asimilándolas a la nación alemana. Por el contrario, en las zonas rurales las fronteras lingüísticas permanecieron casi por completo inamovibles.

En efecto, el proceso de germanización se había completado a comienzos del siglo XIX en las mayores ciudades de Austria; todas ellas eran alemanas, a excepción de las de Galitzia, Croacia y las regiones italianas, entre otras. Pero la que siguió siendo nacional fue la población campesina; aquí fracasó la transformación de Austria en un estado nacional. El campesino se apega tenazmente a su nacionalidad como a todo lo que pertenece a la tradición, mientras que el habitante de la ciudad, y principalmente el hombre culto, es mucho más susceptible de adaptación. Si solamente la clase culta configurara a la nación, en Austria no habría existido más que una nación a comienzos del siglo XIX —exceptuados los polacos e italianos—: la alemana.

Y lo mismo que la comunidad cultural, tampoco el carácter nacional, que distinguiría y conformaría a la nación, nos permite avanzar más lejos.

Es verdad que grupos aislados de hombres pueden desarrollar un carácter grupal peculiar que por regla general es común a cada uno de sus miembros: coincidencias en lo exterior, en la sensibilidad y el pensamiento, que facilitan su mutua simpatía y comprensión. Tales caracteres aparecen allí donde un grupo humano subsiste un tiempo más o menos prolongado bajo condiciones similares —clima similar, medio ambiente similar, modos similares de trabajo y de vida. Ellos pueden volverse hereditarios a través de las generaciones si estas condiciones permanecen invariables, pueden incluso quedar fijados por un tiempo en los descendientes y adoptar así la forma de caracteres raciales.

Cada forma particular de lucha por la subsistencia exige cualidades corporales y espirituales peculiares. Aquellos que las poseen son los primeros en afirmarse y propagarse mientras subsiste esa forma par-

ticular. Pero además, cada modo peculiar de vida y de influencias externas acarrea consecuencias particulares que no siempre son precisamente beneficiosas para el individuo o para la especie, a las que sin embargo no puede sustraerse, o sólo lo hace con dificultad. Así, el carácter de los pueblos limitados a una alimentación vegetariana es diferente al de aquellos que disfrutaban de una dieta predominantemente carnívora.

Finalmente, es preciso tomar en cuenta la ley de la correlatividad, según la cual ciertas modificaciones de un órgano no pueden producirse sin acarrear determinadas modificaciones en otros órganos.

Se sabe, por ejemplo, que la castración influye sobre el organismo y el carácter en su totalidad.

Cuando se incrementa la pilosidad de las hojas en una planta, al ser trasplantada a una región seca, esta modificación repercute sobre la nutrición de las demás partes, y puede tener por consecuencia el acortamiento de los miembros del tallo, y, con ello, la reducción del tamaño de toda la planta (Haeckel).

Todo esto hace que en grupos humanos que viven un tiempo suficiente bajo las mismas condiciones, los individuos adquieren la tendencia a desarrollar rasgos característicos similares que les son peculiares y que los distinguen de otros grupos.

Así, cuando una nación entera vive bajo condiciones similares, desarrolla un carácter nacional. Por el contrario, no se puede pensar en un carácter nacional de tal naturaleza cuando las condiciones en que viven los miembros de la nación son muy variadas, cuando, por ejemplo, la diversidad en las condiciones geográficas —llanuras y montañas, zonas mediterráneas y costas marítimas— es muy grande; cuando la división del trabajo y de clases —agricultura e industria, ciudades y aldeas, hombres cultos e ignorantes, etc.— es extrema; cuando, por último, el ritmo de desarrollo social de cada uno de los componentes de la nación es distinto, lo que da lugar a que unos vivan aún bajo condiciones semif feudales, mientras que otros acusan ya un modo de producción capitalista altamente desarrollado.

Es posible que algunos decenios atrás se pudiera hablar todavía de un carácter nacional ruso o húngaro,¹ en la medida en que en estos pueblos la masa de la nación se componía de campesinos y aristócratas terratenientes y que su territorio presentaba en todas partes el mismo carácter de llanura, sucediéndose el desarrollo económico con

¹ Bauer polemiza injustamente con mi exposición en *Die Neue Zeit*, xxiii, 2, p. 464. No niego allí un carácter nacional ruso, sino uno común a todos los eslavos.

tal lentitud que no provocaba diferencias perceptibles en cada uno de los componentes de la nación; en que la población urbana, aún insignificante, estaba compuesta, en parte, por la afluencia de campesinos que conservaban aún el carácter de tales, y en parte por extranjeros (alemanes y judíos en Hungría) que no influían sobre la nación.

Pero, ¿cómo determinar el carácter nacional de una nación moderna como la alemana, cuyo territorio abarca una diversidad tan grandes de comarcas —las costas del Mar del Norte y del Báltico, la depresión del norte y la elevación de los Alpes, y en medio de todo esto, nuevamente, las diversas regiones, desde el risueño y cálido valle del Rin, con una cultura de casi dos milenios, hasta la atrasada y empobrecida región del Oder? Y dentro de esta nación, encontramos las más prodigiosas diferencias sociales: aquí, el semifeudalismo de Mecklenburgo y Posen; en la Sajonia y la región del Ruhr, el capitalismo en su más elevada expresión; aquí, ciudades de millones de habitantes, como Viena y Berlín, y junto a ellas villorrios olvidados por el mundo. Y por encima de esto, las divisiones en clases y profesiones.

¿Cómo es posible concebir allí un carácter nacional determinado que permita diferenciar a la nación alemana de las demás naciones? ¿Es el habitante del Rin su representante, o el de la Alta Baviera? ¿El habitante de Holstein o el vienés? ¿Su tipo, es Fausto o Carlos Moor? ¿Bismark o el tío Bräsig?

Por otra parte, encontramos que donde hay dos naciones limítrofes que viven bajo condiciones de vida similares, ambas partes desarrollan caracteres también similares. Así ocurre, por ejemplo, con los alemanes y los checos en Bohemia, o con los frisios holandeses occidentales y los frisios de Prusia oriental, los que en la actualidad pertenecen a dos naciones distintas. También es posible que un pueblo cambie su nacionalidad debido a acontecimientos políticos, sin modificar su carácter cuando sus condiciones de vida permanecen iguales. El campesino alsaciano sigue siendo el mismo, llámese Jean o Hans.

En todo caso, el carácter nacional de los grandes pueblos culturales configura un fenómeno tan problemático y tan poco delimitable, que resulta imposible percibir en esta madeja que se deshace al menor soplo el lazo que mantiene unidas a las naciones con mano férrea y que las separa de las demás de manera inconfundible.

No resulta muy comprensible por qué razón Bauer se niega a reconocer como lazo, o como el más fuerte de entre los distintos lazos que unifican a la nación, a aquel que está a la vista de manera evidente: la lengua. Pasa por alto esta cuestión de manera algo ligera:

¿Es la comunidad de la lengua la que unifica a los hombres como nación? Pero los ingleses e irlandeses, los daneses y noruegos, los serbios y croatas,

hablan la misma lengua, y no por ello constituyen un pueblo; los judíos no tienen una lengua común, y sin embargo son una nación [...] La cuestión de la nacionalidad sólo puede ser desarrollada a partir del concepto de carácter nacional [...] La nación no significará nada para el que pretende negar esto; ¿acaso el inglés que vive en Berlín y que sabe hablar alemán se convierte por eso en alemán? (p. 2).

Esto es todo lo que encontramos en Bauer sobre el particular.

Consideremos primero al inglés en Berlín. Nadie ha afirmado que por el aprendizaje de una segunda lengua se pierda la nacionalidad, o que se pertenezca a tantas naciones como lenguas se entienden. El inglés seguirá siendo inglés mientras hable el inglés mejor que cualquier otra lengua. Mas, si permaneciera tanto tiempo en Berlín sin relación alguna con otros ingleses, que olvidara el inglés, convirtiéndose el alemán en la lengua que él conoce mejor que cualquier otra, por cierto que, debido a este cambio, se convertiría en alemán sin necesidad de que su carácter sufriera modificación alguna.

¿De qué otra manera podría cambiarse de nacionalidad si no es por el cambio de la lengua que se habla habitualmente, que más se domina? No, por cierto, cambiando el carácter.

Veamos ahora el caso de los ingleses e irlandeses, los daneses y noruegos, los serbios y croatas. ¿Prueban éstos, acaso, que la comunidad nacional no es una comunidad de lenguas? ¿Acaso los ingleses no hablan todos la misma lengua? ¿Y los daneses, y los serbios? Es cierto que los ingleses comparten su lengua con los irlandeses, los daneses con los noruegos, los serbios con los croatas. Mas esto no prueba aún que toda comunidad nacional no sea una comunidad lingüística sino, solamente, que en ciertos casos una comunidad lingüística puede comprender a dos naciones (y además: la inglesa comprende también a los americanos, a los australianos y a otros); que la comunidad de la lengua no constituye el único signo característico de la nación; que existen otros, además de éste. Pero no constituye de ningún modo una prueba que contradiga al hecho de que la lengua constituye uno de estos signos característicos, y que es el más importante entre ellos.

Otra cosa sería si existieran naciones donde cada parte perteneciera a comunidades lingüísticas diferentes. Bauer trata también de aportar pruebas, pero no puede presentar sino un único caso —y le resultaría difícil encontrar otro— que concierne a una nación de la que resulta altamente discutible que represente cabalmente a una nación, y que, en todo caso, si se pretende reconocerla como tal, constituye una nación que no tiene igual, que nadie adoptaría como nación tipo. Esto lo sabe Bauer mejor que nadie, y en su capítulo sobre la “autonomía nacional de los judíos” expone que lo que es válido para todas las nacio-

nes no es aplicable a los judíos, que éstos no tienen futuro como nación.

Es verdad que los judíos hablan distintos idiomas. Mas, ¿acaso, los que hablan el alemán no pertenecen a la nación alemana, y los que hablan francés, no son franceses? Sólo los judíos de la Europa Oriental se perciben como nación, pero allí hablan su propia lengua, no el hebreo, sino un alemán corrupto que los separa de su medio.

En realidad, el judaísmo constituyó en sus orígenes una nación con una lengua común; posteriormente se convirtió en una comunidad religiosa que admitía adeptos provenientes de distintas naciones y que encontró acogida entre las naciones más diversas. Cuando más tarde el cristianismo puso término a la capacidad de la religión judía para ganar adeptos, expandiéndose por medio de la propaganda entre las naciones, el judaísmo se convirtió en una raza especial puesto que le estaba vedada la relación matrimonial con otros que no fueran miembros de su religión, convirtiéndose además, en tanto representante de la economía monetaria transmitida desde la época de los romanos, en una profesión especial en medio de la economía natural de los bárbaros. Si se quiere caracterizar el papel que desempeñó el judaísmo en la Edad Media, y que desempeña aún hoy en la Europa oriental, resulta mucho más certera su caracterización como casta y no como nación. No es entre las naciones de la moderna Europa, que son las que constituyen nuestro tema, sino entre las castas de la India, donde encontramos fenómenos análogos al judaísmo, tal como éste se conformó después de la destrucción de Jerusalén y el advenimiento del cristianismo.

En efecto, los intentos por mantener al judaísmo como nación no son más que intentos por prolongar su existencia como una casta especial. Tal tendencia resultaría incomprensible en un estado moderno y sólo puede prosperar bajo la infame economía de la burocracia moscovita o de los boyardos rumanos.

La alusión al judaísmo no contribuye en absoluto al conocimiento de la naturaleza de la nación. Pero éste es el único caso que Bauer puede aducir para rebatir la concepción según la cual la comunidad nacional es una comunidad lingüística.

La lengua nacional es inmediatamente reconocible para cualquiera de manera unívoca y clara, mientras que resulta difícil y problemático aprehender el carácter nacional. Y si el carácter nacional carece totalmente de significación para la acción social mancomunada de los hombres, la lengua, en cambio, constituye su primer supuesto. Personas que no hablan nuestra lengua y con las cuales no podemos entendernos quedan excluidas de nuestra relación social. Frente a esto poseemos un sentimiento de solidaridad social con respecto a todos aquellos que hablan nuestra propia lengua, cualesquiera sea su carácter y posi-

ción social. En un país extranjero las diferencias de nacionalidad se muestran a menudo más fuertes que el más rígido antagonismo de clases. Un trabajador alemán que llega a Francia sin conocer palabra del francés y sin tener a su lado compañeros de clase que hablen el alemán se encontrará muy aislado e incómodo entre los proletarios franceses, y pese a sus sentimientos internacionalistas y a su conciencia de clase saludará con alegría al primer alemán con que se tope, aun cuando fuera un explotador al que en su patria enfrentaría lleno de odio.

El poderoso papel de la lengua en la vida social nos permite comprender buena parte de la fuerza del sentimiento nacional. El carácter nacional común, que nadie sabe muy bien en qué consiste y que en la vida cotidiana prácticamente no tiene una influencia perceptible, no explica, en cambio, nada en absoluto.

El hecho de que Bauer no quiera saber nada de la lengua como signo decisivo de la nación resulta tanto más sorprendente cuanto que es precisamente en Austria donde las cuestiones nacionales se plantean sólo como problemas lingüísticos.

2. LA CONSOLIDACIÓN DE LA NACIÓN

La lengua es un instrumento insustituible en las relaciones sociales. Éstas se originan con ella y a partir de ella. Pero con esto queda dicho también que el ámbito de vigencia de una lengua está condicionado originariamente por las condiciones sociales. Las personas que mantienen un contacto regular tienen que hablar la misma lengua. El círculo de un contacto de tal naturaleza, y por consiguiente, también el ámbito de validez de una lengua en particular hablada en él, puede variar mucho bajo circunstancias diversas; su extensión depende del modo de producción, de la configuración geográfica, de las condiciones de ese contacto. Un valle estrecho, encerrado entre montañas, situado lejos de toda vía de comunicación entre pueblos y cuya producción satisface las necesidades de sus habitantes, puede desarrollar una lengua especial y conservarla a través de los siglos; los habitantes de una región atravesada por un gran río que sirve de vía de comunicación lograrán con toda facilidad una comunidad lingüística extensa.

Sin embargo, es posible afirmar en general que en un comienzo los ámbitos de cada una de las lenguas debieron ser muy pequeños, y que con el progreso del desarrollo económico éstos se extendieron cada vez más, a la par que desaparecía un número cada vez mayor de lenguas. La cifra total de indios en América del Norte y América

del Sur asciende aproximadamente a los 10 millones, la de sus lenguas, según un cálculo aproximado, a 100. Algunos investigadores calculan una cifra superior, de 400 y más aun.

Por el contrario, el mero ámbito de la lengua inglesa comprende en la actualidad 125 millones; se ha sextuplicado casi en el término de un siglo.

Sin embargo, mientras la población de un círculo lingüístico no se asienta, la expansión de éste sigue siendo altamente fluctuante. Los nómades se separan con la misma facilidad con que se unen. En un momento, una tribu se ve precisada a arrojar de su seno a una parte de su gente en búsqueda de nuevas tierras de caza y pastoreo, ya sea porque el número de la población se ha vuelto muy grande o porque las catástrofes naturales, las sequías, las inundaciones, las pestes, han reducido el espacio que les permitía subsistir. El excedente de población emprende la marcha hacia tierras lejanas y trasplanta su lengua, la que bajo las nuevas condiciones asume entonces un desarrollo peculiar. Pero puede ocurrir también que una tribu entera se vea desalojada de su asentamiento por fuerzas hostiles o catástrofes naturales yendo a parar a un medio nuevo, al que acaso impone su lengua, pero del que también puede adoptar la suya y perder la propia. Y resulta verosímil que se unan de manera temporaria distintas tribus en una convivencia más o menos prolongada para una empresa que sobrepasa las fuerzas de la tribu aislada, para defenderse, para atacar, o para una migración. La convivencia de los distintos elementos tiene que influir también, necesariamente, sobre su lengua, y puede, en ciertos casos, dar origen a una nueva. De este modo, las tribus, en este estadio, constituyen un caos nebuloso que se agita de aquí para allá, ora desgarrándose, ora apiñándose, haciéndose muy difícil la formación de naciones estables. Sólo el sedentarismo lleva a los pueblos desde un estado de indeterminada nebulosidad originaria a la constitución de cuerpos con límites fijos. Hemos visto ya la importancia que tiene el campesino para la conservación de la nación. Una importancia igualmente grande adquiere en su formación. Con el territorio habitado, la nación obtiene tierra firme bajo sus pies, en todos los sentidos del término. A partir de este momento su situación se hace más estable, se consolida.

Sin embargo, el territorio adquiere significación no sólo para la unión perdurable sino también para la separación perdurable en naciones.

Al igual que la comunidad lingüística, también el territorio compartido puede generar una serie de intereses, concepciones y sentimientos comunes no compartidos con otros pueblos que habitan otros territorios, aun cuando hablen todos la misma lengua. Y si un pueblo

extranjero se anexa el territorio nacional, lo domina y lo explota, se convierte en enemigo nacional, hable o no la misma lengua.

Se explican así los casos de distintas naciones que hablan la misma lengua, se explica que la comunidad lingüística no coincide siempre con la comunidad nacional. Éstos son los casos mencionados más arriba, que Bauer opone a la concepción según la cual la comunidad lingüística es el signo más originario de la nación. Sólo prueban que la nación no es un fenómeno tan simple como muchos creen y que representa un producto histórico de una multiplicidad de factores.

Un medio ulterior que consolida a la nación se origina en el curso de la evolución social a través de la escritura. La lengua como fundamento de la comunidad nacional queda fijada haciéndose luego más difícil su modificación. La formación de nuevas naciones por la mezcla de naciones antiguas, y la consecuente generación de una lengua mixta común, experimenta a partir de aquí obstáculos significativos. Por el contrario, ahora se promueve la expansión de la nación, de modo que la lengua de una nación se convierta en lengua escrita que adoptan otras naciones que tienen lenguas emparentadas.

La palabra hablada sólo puede ser transmitida a través de una relación personal. La palabra escrita no está ligada a la persona del que escribe; puede hablar a generaciones posteriores después de la muerte del que las escribió, puede hablar a pueblos a los que nunca llega el escriba. Pero la palabra escrita nunca puede reproducir totalmente la hablada. Las pocas letras que componen el alfabeto no pueden agotar la riqueza de los sonidos humanos. La palabra escrita no ofrece más que un indicio de la hablada, la que por un hábito suscita la impresión de esta última. Donde se dan dos lenguas emparentadas, que con frecuencia designan los mismos conceptos mediante palabras similares, se hace posible ahora utilizar la misma lengua escrita, la que en la lectura suscita en todos impresiones análogas.

Los miembros de ambas comunidades lingüísticas pueden ahora comunicarse, aun cuando no sean capaces de hacerlo verbalmente.

Obsérvese aquí que el parentesco de las lenguas no ha de ser concebido necesariamente como un parentesco en el sentido en que las personas están emparentadas entre sí, como si las distintas lenguas emparentadas procedieran necesariamente de una madre común, de una lengua originaria, en fin, como si todas las lenguas remontaran su origen a una sola.

Debajo de estas concepciones subyace de una manera no consciente el problema mosaico de la creación, que ha sido reconocido ya largamente como un mito ingenuo y que, no obstante, sigue influyendo aún sobre nuestro pensamiento. Lamprecht habla todavía de una "pareja primigenia" como origen de un pueblo. Debemos imaginar, sin em-

bargo, que no ha sido una pareja humana aislada la que surgió primero en algún lugar, sino que hombres-monos agrupados en numerosas manadas evolucionaron paulatinamente hasta convertirse en hombres, en un extenso ámbito, acaso en ámbitos diversos. Cada una de estas manadas, que en un principio mantenían apenas trato alguno con las otras, debe haber desarrollado su propia lengua. De ese modo, en los comienzos de la humanidad, debemos suponer no una sino innumerables lenguas originarias. Mas esto no quiere decir, necesariamente, que cada una fuera en todo por completo diferente de las demás. También para el quehacer humano resulta válido el principio de que causas semejantes provocan efectos semejantes, pese a todas las ilusiones acerca del libre albedrío. Dada una organización corporal y circunstancias externas semejantes, el comportamiento de los hombres resulta similar. Así es que pueblos distintos, independientes entre sí, pueden provocar fenómenos sociales por completo análogos. Esto, frecuentemente, no es tenido en cuenta. Cuando en dos pueblos se encuentran organizaciones sociales, leyendas, obras de arte coincidentes, muchos investigadores suponen de inmediato que ello prueba que ambos pueblos habrían estado relacionados de alguna manera, que habrían constituido alguna vez un pueblo, que se separó después o que, por haber sido limítrofes, habrían aprendido uno del otro. Esto, por cierto, resulta posible, pero no es necesario. También encontramos tales coincidencias en casos en que una relación de tal naturaleza queda por completo descartada. Así, tanto los peruanos como los germanos poseían una constitución provincial, como lo demostró certeramente Cunow.

De manera semejante, podemos suponer también con respecto a la lengua que circunstancias análogas generan situaciones análogas, y circunstancias similares situaciones similares; esto es, que las lenguas que se originaron bajo circunstancias análogas, en una misma región y entre distintas hordas, de manera independiente entre sí, debieron presentar una cierta semejanza, un parentesco. Nuevos parentescos se originaron posteriormente por el hecho de que un pueblo, al crecer, se dividiera en varios, cada uno de los cuales llevó consigo la vieja lengua para seguir desarrollándola. Por otra parte, también puede darse el caso de que pueblos con lenguas distintas lleguen a tener un contacto estrecho duradero, adoptando cada uno tanto del otro que sus lenguas, aun sin asimilarse, se vuelven semejantes, o, como suele decirse, emparentadas.

El parentesco de las lenguas de una masa de pueblos que, como las tribus comprendidas bajo el nombre de germanos, atravesaron un continente en todas direcciones a lo largo de siglos, en un constante contacto, aglomeración y dispersión recíprocas, puede tener, por consiguiente, las causas más variadas. Esto no prueba, ni su descendencia

de un "tronco común de los germanos", como supone Bauer (p. 31), ni tampoco la existencia de una lengua originaria común que sólo después de su asentamiento se hubiera dividido en dialectos. En general, el paso evolutivo de la lengua no marcha de la unidad a la multiplicidad, sino a la inversa.

Sin embargo, como quiera que sea que se haya originado el parentesco de las distintas lenguas, la lengua escrita constituye un medio de unificar en una nueva comunidad lingüística a todos aquellos pueblos que hablan lenguas emparentadas; de reunir en una gran nación común a los pueblos limítrofes que hablan lenguas emparentadas. La lengua escrita común se convierte en lengua nacional; las lenguas habladas por cada uno de los pueblos dentro de esta nueva comunidad nacional, pasan a ser meros dialectos. Y el nuevo lazo nacional se hace tanto más fuerte y profundo en la medida en que sobre la base de la lengua escrita común se asienta una literatura nacional común.

Pero, de igual manera que el territorio, también la lengua escrita y la literatura nacional de pueblos lingüísticamente emparentados puede no sólo unir, sino también separar en nacionalidades. El bajo alemán tiene un parentesco mucho más grande con el holandés que, por ejemplo, con el alemán o con el dialecto austriaco de Baviera. Y desde el punto de vista territorial y cultural, los habitantes de la Waterkant alemana se aproximan más a los holandeses que a los alemanes de los Alpes. Pero adoptaron junto con estos últimos la misma lengua escrita y participan de la misma literatura nacional, en la época en que los holandeses desarrollaron una literatura propia. Ha sido la lengua escrita propia y la literatura, y no la separación en estados, lo que provocó que los holandeses se desprendieran de la nación alemana, a la que los suizos alemanes siguen perteneciendo pese a su independencia estatal. El habitante de la costa alemana del Mar del Norte podrá entenderse verbalmente con mayor facilidad con su vecino del Zuidersee que con el habitante ribereño del Zurchersee, pero un Lilienkron o un Frenssen escribe en la misma lengua que un Gotfried Keller o que un C. F. Meyer.

Evidentemente, Otto Bauer tiene en vista, ante todo, a la literatura común cuando presenta a la nación como comunidad cultural, encontrando que sólo los caballeros habrían representado a la nación en la época de los Hohenstaufen, y posteriormente sólo los hombres cultos; que las masas de la nación y, ante todo, los campesinos, sólo constituirían sus vasallos.

Así, en cierto pasaje afirma:

Que nuestra poesía clásica ha contribuido a forjar el carácter unitario de la nación alemana, en la medida en que se convirtió en vivencia, en destino determinante para cada alemán. Y lo que es válido para nuestra poesía clásica

sica, no lo es menos para la Ilustración Alemana [...]. Lo que la burguesía alemana pensó por sí misma en aquella época y fundió con elementos extraños en algo propio constituye aún hoy nuestra posesión. El desarrollo económico del siglo XVIII generó aquella cultura; pero una vez creada esta cultura se convirtió en un factor real, efectivo, que perdurando en sus efectos sigue aún determinando de igual manera a las generaciones posteriores y, en tanto actúa aisladamente sobre cada individuo, fusiona a la nación en una comunidad cultural.

¡Pero, por cierto! La cultura burguesa, con toda su fuerza, aún en la actualidad no actúa sobre todo el pueblo, aún hoy sólo lo hace sobre las clases poseedoras y dominantes de nuestro pueblo (pp. 81, 82).

Por consiguiente, no existe nación alguna que abarque a la totalidad de la nación alemana. Mas, ¿tenemos la perspectiva de ver jamás tal nación? En modo alguno si su existencia depende de su "carácter unitario" creado a través del carácter unitario de su literatura. Si es verdad que la literatura ha poseído alguna vez este carácter, lo cierto es que se pierde cada vez más. Y nunca a través de ella le ha sido dado a la nación alemana un carácter unitario.

La literatura no constituye la esencia de la cultura sino sólo una parte de la misma. Quizás se podría diferenciarla, en tanto cultura lingüística, de la cultura técnica, que incluiría a las artes plásticas y a la música. Esta última forma de cultura no exige una transmisión lingüística para ser llevada a otras naciones. Una comunidad de cultura técnica análoga puede comprender a numerosas comunidades lingüísticas. Por otra parte, empero, la comunidad de la literatura no constituye el único lazo, ni siquiera el más importante, y ni qué decir el más originario de la comunidad nacional. Y de ningún modo ésta mantiene su cohesión por la comunidad de un carácter nacional que nadie puede precisar con exactitud y que en ninguna parte se pone de manifiesto de manera inequívoca y tangible. Por el contrario, los caracteres y lazos de la lengua hablada, del territorio, de la lengua escrita, son evidentes sin más, reconocibles y siempre efectivos para el espíritu más simple. En ciertas circunstancias, un destino histórico común puede desarrollar un carácter nacional común propio a partir de esta posesión común, el que entonces con toda seguridad contribuye a configurar aun más estrechamente la acción nacional mancomunada y a poner límites más definidos aun frente al extranjero. Pero la comunidad de caracteres no constituye un requisito incondicional para el surgimiento y la existencia de la nación; aquélla, en general, sólo es propia de los grados primitivos carentes de una articulación social considerable o de pueblos pequeños de poca extensión, y tiene la tendencia a desaparecer a medida que la nación se amplía y se divide en profesiones y clases.

3. LOS CÍRCULOS CULTURALES INTERNACIONALES

Hemos visto que la lengua representa el instrumento más importante de las relaciones sociales. A medida que con el progreso económico se desarrollan estas relaciones, crece también el círculo de los que hablan la misma lengua. De allí surge la tendencia de ciertas naciones a la expansión, al sojuzgamiento de otros pueblos, los que pierden su propia lengua y adoptan el idioma foráneo de la nación dominante, o bien una lengua híbrida.

Pero a esta tendencia se oponen otras tendencias contrarias. Vemos que las relaciones crecen mucho más aceleradamente que las naciones, que las comunidades relacionadas se expanden con mucho mayor velocidad que las comunidades lingüísticas. El desarrollo de las relaciones ha conducido hasta este momento a la formación de tres grandes comunidades culturales. Cada una de éstas desarrolla una cultura peculiar, cuyos lineamientos fundamentales pueden encontrarse igualmente en todas partes.

Estas tres comunidades culturales, que abarcan la mayor parte del mundo, pueden ser separadas del mejor modo por las religiones que dominan en cada una de ellas. Se trata del círculo cultural cristiano, con casi 600 millones de adeptos, el islámico con 250 millones y el budista, que, junto con el círculo estrechamente emparentado del brahmanismo, cuenta con casi 700 millones de adeptos.

Pero cada uno de estos círculos culturales abarca lenguas y naciones muy diversas. Dentro de cada uno de ellos, la parte dominante de la cultura no es nacional sino internacional.

Sin embargo, las relaciones mundiales actúan aún más allá. Se expanden cada vez más e instauran por doquier el imperio de la misma producción capitalista; de este modo, estos tres grandes círculos culturales, junto con el resto, se convierten cada vez más, desde el punto de vista económico, en un ámbito unitario con una cultura común, desapareciendo progresivamente las fronteras entre las naciones y los círculos culturales. Con ello se hace también cada vez más viva la necesidad de una lengua mundial unitaria. Vemos, empero, simultáneamente, que la superestructura que se levanta sobre estos fundamentos económicos toma una dirección totalmente opuesta, que los sentimientos nacionales no decrecen, no pierden fuerza, y que en muchos casos incluso se afianzan, que entre las naciones atrasadas una tras otra se eleva del estado de la inconciencia al de la conciencia nacional creando una literatura nacional propia, consolidando de ese modo fuertemente su propia nacionalidad.

Aparentemente, estas dos tendencias tan contradictorias entre sí resultan totalmente incompatibles. Pero, como suele suceder con tanta frecuencia, también aquí las apariencias engañan. Una misma causa puede provocar dos movimientos recíprocamente contradictorios. Si arrojamos una piedra al agua, ésta caerá rápidamente al fondo en sentido vertical; pero, simultáneamente, provocará un movimiento en la superficie del agua que se propagará horizontalmente en movimientos circulares y de ondas, y que no cesará aun mucho después de que la piedra haya llegado al fondo del agua y perdido todo movimiento.

Aquí la relación de los movimientos, cada uno de naturaleza diferente, es fácil de percibir. Mucho más complejos son los movimientos sociales, todos ellos mediatizados por la conciencia humana de innumerables individuos; todos éstos tienen ciertamente conciencia de su voluntad pero muchos de ellos no de la amplitud y género de su potencia, y los menos, de las causas reales que los mueven. Resulta aquí imposible, a primera vista, conciliar siempre los fenómenos económicos y la vida espiritual, apareciendo ésta con frecuencia como totalmente independiente de aquélla. Sin embargo, cada vez que se profundiza utilizando el método marxista, se pone de manifiesto la relación de ambos movimientos y la dependencia del movimiento espiritual respecto del económico, también allí donde toma una dirección contradictoria con éste último.

Si el desarrollo de la comunidad lingüística y el de la nación no coinciden con el de la comunidad cultural, si la extensión de ésta sobrepasa bien pronto al de aquéllas, ello depende ante todo del hecho de que el hombre no necesariamente tiene que hablar una sola lengua. El hombre puede aprender y dominar varias lenguas, lo que se pone de manifiesto, a menudo en forma drástica, en puntos donde las relaciones conectan a un gran número de naciones. Así, en Constantinopla es frecuente encontrar personas que dominan una docena de idiomas.

Sin embargo, cuando dos pueblos mantienen una relación estrecha y constante, el bilingüismo que de allí se origine constituirá sólo un estadio de transición. Donde todos hablan dos lenguas, habrá una, en todos los casos, que finalmente alcanzará el predominio por una razón cualquiera —acaso por ser la lengua del pueblo más rico o poderoso, o porque procura una literatura más perfecta, mientras que la otra carece de tal—, o bien se configurará una nueva lengua a partir de estas dos, una lengua mixta, como el francés o el inglés. La antigua nación desaparecerá no por haberse extinguido o puesto fin a su comunidad cultural sino, simplemente, porque se habrá cesado de hablar su lengua ya que se considera que otra resulta más conveniente.

Mas, en el curso del desarrollo económico surge una clase peculiar con una profesión especial, la de la relación entre los pueblos: los

comerciantes. Allí donde se forma esta clase ya no es necesario que todo el pueblo hable la lengua del otro con el que mantiene relaciones comerciales. Resulta suficiente que los comerciantes puedan hacerlo. Pero el surgimiento del comerciante coincide con el asentamiento del pueblo, está incluso en una relación causal con el mismo. Cuando la masa de la población está atada a la gleba, al menos una parte de la misma debe proseguir con la vida nómada y ocuparse de las relaciones entre los pueblos. El sedentarismo, empero, estrecha al mismo tiempo el horizonte de la masa del pueblo, al incrementar la carga del trabajo. De ese modo favorece la separación de los pueblos extranjeros, disminuye la necesidad, el deseo y la posibilidad de aprender lenguas extranjeras. El mismo desarrollo económico que con el comerciante crea la posibilidad de una continua expansión de las relaciones, y que amplía cada vez más el círculo de la comunidad cultural económica a través de la expansión de la producción de mercancías, consolida así a la nación y la separa más rigurosamente de los otros pueblos.

El progreso ulterior del desarrollo social crea la ciudad, y, dentro de ella, un círculo de hombres cultos —originariamente, por lo general, aristócratas propietarios de tierras que cambiaron el aislamiento rural y la rudeza por los estímulos de la ciudad subyugados por los goces del arte y de la ciencia o por la actividad del gobierno y la administración de la cosa pública. En estos círculos se despertó el espíritu de la ciencia, de la investigación de las conexiones más profundas de las cosas, pero también el de la renovación. En la gran ciudad, bajo la influencia del comercio, el desarrollo social se realiza más aceleradamente que en las zonas rurales, pero también se incrementan más fuertemente las contradicciones de clase y se toma conciencia de éstas de una manera más nítida. Surge la aspiración hacia nuevas formas sociales y políticas y, por otra parte, se origina la necesidad, para los dueños del poder, de defender con buenas razones el orden subsistente para que éste no aparezca sino como lo evidente de suyo y lo natural. En una atmósfera de esta naturaleza, las relaciones con los pueblos extranjeros repercuten también sobre la clase culta, despertando otros intereses por la relación con estas naciones que los meros intereses comerciales. Se busca en el extranjero una sabiduría o un arte más elevados, modelos y ejemplos; o se lo considera al menos como otro objeto de investigación, lo mismo que a la naturaleza, para extraer de allí, a través de la comparación, nuevos conocimientos e impresiones artísticas. La relación con el extranjero se convierte cada vez más en una necesidad de la clase culta, satisfecha en parte con los viajes, en parte con el estudio de la literatura poética y científica que se hacen llegar del extranjero.

En la medida en que se expanden las relaciones, en que crecen las

ciudades, en que una clase particular de hombres cultos cultiva el arte, la ciencia y la política —desprendidos del arte ingenuo, originario, de la sabiduría de vida y de la política de la masa del pueblo—, la cultura, siguiendo a las relaciones comerciales, adopta un carácter internacional, y el hombre culto, lo mismo que el comerciante, se ve precisado a dominar una mayor cantidad de lenguas; el mero conocimiento de su lengua nacional no le resulta ya suficiente.

Cuando una comunidad cultural y comercial estrecha y perdurable subsiste entre varios pueblos, una nación, o un par de naciones, logra imponerse en razón de méritos más elevados, ya sea económicos, militares, científicos o artísticos. Sus lenguas se hacen imprescindibles para los comerciantes y para todo hombre culto que habita dentro del perímetro de la comunidad cultural internacional; su cultura —economía, arte, literatura— imprime su carácter predominante a toda la comunidad cultural. Un papel semejante desempeñaron el griego y el latín en la cuenca del Mediterráneo, en las postrimerías de la Antigüedad. En el mundo islámico, el árabe cumple este papel; en el círculo cultural cristiano —que comprende por cierto a judíos y ateos— el alemán, el inglés y el francés se convirtieron en idiomas universales. Cualquier hombre culto que pertenezca a este círculo cultural, sea cual fuere la nación de la que provenga, se trate de un finlandés, un portugués, un noruego, o un búlgaro, debe conocer por lo menos una de estas lenguas si quiere ser partícipe de la cultura moderna. Y toda producción científica, poética o política en una de las naciones de este círculo pasará a integrar la cultura moderna sólo si se la vierte en una de estas tres lenguas mundiales, cuando no ha sido concebida desde un principio en una de ellas.

Resulta probable que el desarrollo económico y político añada a estas tres lenguas una cuarta, la rusa, como lengua universal. Pero también es factible que una de ellas, el inglés, se convierta en la única lengua universal. Ésta no sólo posee la mayor expansión dentro del ámbito de la así llamada cultura cristiana sino que, además, se va convirtiendo paulatinamente en la lengua de la clase culta perteneciente al círculo cultural budista-brahmánico y al círculo islámico. Entre las lenguas universales su ámbito de influencia es el que crece más aceleradamente. A comienzos del siglo XIX se calculaban aproximadamente algo más de veinte millones de ingleses, treinta millones de franceses, otro tanto de alemanes (según la lengua, y no por nacionalidad). En la actualidad se calculan, en este sentido, aproximadamente algo más de cuarenta millones de franceses, más de setenta millones de alemanes y 125 millones de ingleses.

Paralelamente al surgimiento de las lenguas universales propias de los comerciantes y de los círculos cultos, se va produciendo la unifi-

cación de las naciones en comunidades culturales internacionales. Esta unificación no ha sido nunca más estrecha que en la actualidad; nunca ha sido menos posible una cultura puramente nacional. Es por ello que resulta singularmente extraño que Otto Bauer no hable de otra cosa que de la cultura nacional, planteando como meta del socialismo el poner a las masas populares en posesión de la cultura nacional.

Pero si se toman en consideración sus ejemplos de cultura nacional, se pone de manifiesto que lo "nacional" es lo "folklórico", lo común a todo movimiento democrático y socialista sin diferencia de lengua.

Así es como Bauer alude a la política social de la clase trabajadora:

La protección a los trabajadores y la lucha de los gremios por un salario más elevado y por el acortamiento de la jornada de trabajo, son los supuestos necesarios para convertir a las grandes masas del pueblo en miembros de una comunidad cultural nacional. Es por ello que el siglo XIX no conoce un hecho nacional de mayor trascendencia que la heroica y magna lucha por el acortamiento de la jornada de trabajo, el gran movimiento del 1 de mayo.

Pero la clase trabajadora sabe que por grandes que sean los éxitos de su lucha no podrá nunca, sin embargo, tomar posesión plena de la cultura nacional en la sociedad capitalista. Sólo la sociedad socialista convertirá a la cultura nacional en posesión de todo el pueblo, y, con ello, a todo el pueblo en nación. De ahí que toda política nacional evolucionista es necesariamente una política socialista (pp. 164, 165).

Para mostrar lo ilusorio de esta deducción basta poner en lugar de la expresión general "cultura nacional" la designación de cualquier nación determinada:

La elevación y el acortamiento de la jornada de trabajo son necesarios si las masas populares de los eslovenos quieren convertirse en miembros de una comunidad cultural [...]. Sólo la sociedad socialista pondrá a la cultura eslovena en posesión del pueblo esloveno entero.

La cosa no mejora, aun cuando llame menos la atención, si ponemos, por ejemplo, a la nación alemana o francesa en lugar de la eslovena. La cultura a que aspiran los proletarios eslovenos, rutenios o rumanos, es la misma por la que luchan los proletarios alemanes, franceses e ingleses, es la moderna cultura internacional de la que cada cultura nacional, y también la de una de las naciones de cultura más avanzada, no es más que un fragmento. No basta ya en ninguna parte la cultura nacional para poner a alguien en posesión de toda la cultura moderna. Para ello se hace preciso poder abarcar más que la cultura nacional, dominar varias lenguas o, al menos, una lengua universal.

Nadie querrá negar que nuestra economía y nuestra ciencia son internacionales, que nadie que no domine por lo menos una lengua universal puede seguir las de cerca y abarcarlas en su conjunto.

Pero también en aquel ámbito que es el más típicamente nacional, el de las bellas artes, en el que la forma lingüística adquiere la mayor importancia, donde la lengua no es sólo un medio de entendimiento sino también un medio para lograr efectos artísticos, donde puede hablarse mejor que en cualquier otro caso de una peculiaridad nacional, también allí resulta imposible quedarse en la mera cultura nacional. También en este ámbito es preciso conocer la literatura universal si se pretende que la cultura moderna tenga plena vigencia. Dada la importancia que adquiere aquí la forma lingüística, y por la especial peculiaridad de cada lengua, la traducción resulta, precisamente en este ámbito, un sucedáneo deficiente e insuficientemente accesible a las naciones pequeñas con un ínfimo círculo de lectores. Es allí donde la exigencia del conocimiento de las lenguas universales se hace mayor aún si se pretende marchar al compás de la cultura moderna. Con toda seguridad que hay más de un alemán que ha producido grandes cosas para la cultura moderna y sobre el cual, empero, la literatura nacional alemana de los últimos cincuenta años ha tenido una influencia mucho menor que, por ejemplo, la de Zola y Maupassant, la de Ibsen y Kielland, la de Turgueniev y Tolstoi. Y si bien encuentra inspiración en Schiller y Goethe, acaso no sea menor la que encuentra en Shakespeare.

Cuando la sociedad socialista proporcione a las masas una educación adecuada, entonces les dará también la posibilidad de dominar varias lenguas, lenguas universales, y por ende de participar en toda la cultura internacional y no solamente en la cultura particular de una comunidad lingüística nacional aislada.

Más, una vez llegado al punto en que la masa de la población de nuestros estados culturales domine una o varias lenguas universales además de sus lenguas nacionales, quedará preparado el terreno para un gradual retroceso y posterior desaparición de las lenguas de las naciones más pequeñas en primer término, para terminar en la unificación de toda la humanidad civilizada en una sola lengua y en una sola nacionalidad, a semejanza de los pueblos de la cuenca oriental del Mediterráneo, que después de Alejandro Magno fueron unidos por el helenismo, y los pueblos de la cuenca occidental que más tarde se fundieron en la latinidad.

La diversidad de lenguas dentro de nuestro círculo cultural hace más difícil el entendimiento mutuo entre los miembros de las distintas naciones y constituye un obstáculo para el progreso de la civilización. Pero solamente el socialismo será capaz de superar este obstáculo, y tendrá que actuar durante mucho tiempo antes de lograr la educación

total de las masas populares a tal grado como para lograr resultados tangibles.

Es necesario tomar conciencia ya mismo de que nuestro internacionalismo no representa una clase especial de nacionalismo, que sólo se diferenciaría del nacionalismo burgués por el hecho de no actuar agresivamente como éste, permitiendo, por el contrario, a cada nación los mismos derechos que reivindica para sí misma y reconociendo la total soberanía de cada país. Esta concepción que transfiere el punto de vista del anarquismo del individuo a las naciones no responde a la estrecha comunidad cultural que existe entre las naciones de la civilización contemporánea. Estas, en efecto, constituyen, económica y culturalmente, un único cuerpo social cuyo desarrollo descansa en el concurso armónico de sus partes, posible únicamente cuando cada una de ellas se subordina al todo. La Internacional Socialista no constituye un conglomerado de naciones soberanas donde cada una de ellas actúa de acuerdo a su libre arbitrio bajo el supuesto de no lesionar la igualdad de derechos de las demás, sino que conforma un organismo cuyo funcionamiento es tanto más perfecto cuanto más fácilmente se entienden sus partes y cuanto más unánimemente actúen según un plan común.

Esta es también, ciertamente, la concepción de Otto Bauer, pero desaparece tras del acento que pone en la cultura y la soberanía nacional. Y sin embargo es un aspecto de la cuestión nacional que debería ser destacado precisamente en una obra socialista que desarrolla una teoría general de la nación.

En Bauer sólo se destaca un aspecto del movimiento democrático, el cual algunas veces puede conducir a un fortalecimiento del momento nacional.

4. EL ESTADO NACIONAL

Hemos visto que los comerciantes y la clase culta se convierten en mediadores de la comunidad cultural internacional. Pero, al mismo tiempo, se convierten también en los portadores más importantes de la conciencia nacional, que se fortalece y se arraiga en el pueblo en la medida en que se desarrollan las relaciones internacionales y la comunidad cultural internacional.

A medida que la producción se convierte en producción de mercancías resultan cada vez más insuficientes los instrumentos de la relación personal, de la memoria personal y de la tradición, así como los del cálculo mental, para la persona individualmente considerada,

que resultaban suficientes mientras cada campesino producía según el modo patriarcal y elaboraba por sí mismo todo lo que necesitaba. Se trata ahora de realizar cálculos complejos que sólo pueden hacerse sobre el papel, se trata de fijar derechos y deberes en el papel, de escribir y leer documentos, de poder realizar comunicaciones escritas y de leerlas; el campesino ya no puede pasárselas sin cartas, sin calendario, sin periódicos.

Si antiguamente el hijo aprendía todo lo necesario para desempeñarse en la vida en el establecimiento de su padre, y la hija en la casa con su madre, ahora se requiere para ello de la escuela. Mientras antiguamente ésta constituía un privilegio de la clase poseedora, un cierto grado de formación escolar de toda la población se convierte en la actualidad en un supuesto para asegurar el bienestar de la sociedad. Sin embargo, esta formación se reduce a su límite más estrecho; no hay tiempo para el pueblo de aprender lenguas extranjeras. Si bien las escuelas superiores también sirven, entre otras cosas, para el aprendizaje de otras lenguas culturales importantes además de la propia, la escuela popular es, por principio, una escuela puramente nacional. El pueblo no quiere ni puede recibir otra enseñanza que en su propia lengua. Exige maestros nacionales que estén capacitados sin más para ello.

Sin embargo, con el desarrollo de la producción y de las ciencias surge en las masas populares la necesidad de otros intelectuales que no sean maestros. La necesidad de abogados aparece, en particular, entre los pequeños propietarios, los campesinos, los pequeños comerciantes, los artesanos, y para todos ellos, la de médicos. Con éstos, igualmente, sólo pueden llegar a entenderse si hablan su propia lengua.

Finalmente, empero, con el conocimiento de la lectura y la escritura surge también la posibilidad para las masas populares de alcanzar una cierta participación en la cultura superior en la medida en que ésta es difundida por la imprenta.

Esta cultura es internacional, pero las masas del pueblo, que no conocen más que una lengua, sólo pueden participar de ella en la medida en que la cultura lingüística adopta un ropaje nacional. Los productos lingüísticos de la cultura internacional tienen que ser asimilados por los escritores nacionales y reproducidos, de modo tal de estar en condiciones de descender al pueblo, de ser reconocidos y asimilados por éste.

Es así que con la evolución de la producción de mercancías crece la necesidad de una clase intelectual que hable su propia lengua, de una clase intelectual nacional, y la necesidad de una cultura lingüística adopta la forma de la necesidad de una cultura formalmente

nacional, por más que su contenido sea de naturaleza internacional.

Si de ese modo surge en la nación la necesidad de una clase nacional de hombres cultos, en esta clase se acrecienta a su vez la necesidad de una nación grande y culta. Dentro del modo capitalista de producción, la grandeza de la nación a la que se pertenece no resulta indiferente para ninguno de sus miembros, ni para los trabajadores asalariados ni mucho menos aún para las clases *modernas*. También para los trabajadores asalariados mejoran las condiciones en la medida en que se engrandece su nación y, al permanecer constantes las demás circunstancias, en la medida en que pueden moverse libremente en ella. Es cierto que tienen la posibilidad de emigrar, de salir de su territorio para encontrar trabajo asalariado; pero de ese modo aumenta el grado de su dependencia del capitalismo y les resulta más difícil entenderse con sus compañeros en un país donde desconocen su lengua. De igual manera, es beneficioso para el capitalista pertenecer a una nación poderosa —no hablamos aún, aquí, del estado. Las personas que hablan su lengua preferirán comprarle a él y no a un extranjero. Pero, de todos modos, es posible superar el obstáculo de la lengua, y también el proletario aprende con facilidad lo necesario de una lengua extranjera para poder manejarse en otra nación.

El intelectual, en cambio, está mucho más interesado que estos dos en la grandeza de la nación. Para él, la lengua es mucho más que un mero instrumento de comunicación en las relaciones sociales; constituye una de sus principales herramientas, a veces la única, y cuya naturaleza es tal que no puede cambiarla por otra. Si el capitalista y el proletario pueden aprender sin mucho esfuerzo lo necesario de una lengua extranjera para hacerse entender por medio de ella, esto no resulta suficiente en la mayoría de los casos para el intelectual. El poeta, lo mismo que el orador —ya sea político, jurista o sacerdote— debe dominar su lengua en toda su fuerza y fineza, en su plenitud y sonoridad, mientras que el hombre de ciencia debe dominarla en su claridad y rigor de discernimiento. Cuanto mayor su maestría lingüística, tanto mayor el éxito del intelectual —ciertamente, si las demás condiciones permanecen constantes. Con excepción de algunos pocos individuos particularmente dotados, el dominio de una lengua sólo se logra si se la ha practicado desde la infancia. Por consiguiente, con la actual educación sólo se adquiere, por regla general, el dominio de la lengua materna. El intelectual se ve precisado a aprender las lenguas extranjeras para poder apropiarse de los productos de la cultura internacional; mas, en la medida en que él mismo quiere contribuir a esta cultura, sólo puede hacerlo en su lengua materna. Su auditorio está constituido por lo pronto por su propia nación. Feliz el intelectual que pertenece a una gran nación, o a una cuya lengua se ha

convertido en lengua universal. En este último caso habla para todo el mundo. Por el contrario, aquel intelectual que pertenece a una nación pequeña y, por ende, pobre y atrasada, que cuenta todavía con un número reducido de hombres cultos entre sus filas, podrá, por cierto, apropiarse de la manera más amplia de la cultura internacional, pero no encontrará a menudo público alguno para sus propias contribuciones a la cultura por más geniales e imponentes que sean. O se verá forzado a servirse de una lengua extranjera en la que sólo logrará expresar sus productos espirituales de manera incompleta.

Por consiguiente, nadie aspira con tantas ansias al engrandecimiento de la propia nación como el intelectual, principalmente si proviene de una nación pequeña. Los hombres cultos —que son los que más aprenden lenguas extranjeras y que han sido, influidos más que ningún otro grupo por la cultura internacional— son a su vez los que más tienen en cuenta la pureza de la propia lengua, la expansión de su ámbito de vigencia, la condenación de lecturas extranjeras. En síntesis, los elementos internacionales en la nación son también sus elementos más nacionales.

Pero los sentimientos nacionales se ven reforzados aun más con la aparición del estado moderno, que tiene el mismo origen que el crecimiento de las relaciones internacionales: el modo de producción capitalista.

En la Edad Media, el estado estaba constituido por un gran número de cantones y distritos, de comunidades autónomas desde el punto de vista administrativo y económico sólo relacionadas con el poder estatal por un fino hilo de dependencia. Por cierto que en cada una de estas comunidades dominaba una sola lengua. No era necesario, con todo, que todas las comunidades que constituían un estado hablaran una misma lengua. El poder estatal tenía tan poco que ver con la administración interna de cada una de las comarcas y cantones que el plurilingüismo no causaba ninguna dificultad perceptible. Y en la guerra, los contingentes que provenían de cada una de estas pequeñas comunidades luchaban uno al lado del otro, y la táctica no había alcanzado aún un desarrollo tal que hiciera necesario, a lo largo de la batalla, evoluciones difíciles que exigieran un entendimiento de las tropas entre sí y con los oficiales. También el ejército podía cumplir su misión sin ninguna dificultad, aun cuando entre sus filas dominaran varias lenguas.

Esto cambió cuando el capitalismo introdujo la economía monetaria, cuando los cantones y las comarcas trabaron relaciones económicas más estrechas y cuando, al mismo tiempo, la administración autónoma de las pequeñas comunidades fue sustituida por una burocracia paga centralizada, y el ejército feudal de vasallos por un ejército pro-

fesional pago. Es verdad que este último toleró aún por cierto tiempo el plurilingüismo. El ejército se dividía ahora en distintos cuerpos, y cada uno de éstos en secciones que debían actuar conjuntamente, de manera planificada, y llevar a cabo durante la batalla las más diversas y a menudo artificiosas evoluciones bajo las órdenes del general. Pero, de todas maneras, eran siempre aún masas cerradas las que debían moverse allí; el ejército era un mecanismo y no un organismo; sus movimientos —simples, rutinarios— siempre volvían a repetirse después de haber sido estudiados cuidadosamente en el campo de ejercicios, y su ejecución se efectuaba sin más ni más tan pronto sonaban las órdenes correspondientes. El lenguaje de órdenes y el de los altos oficiales tenía que ser un lenguaje unificado. Por lo demás, no importaba la lengua que hablara cada soldado.

La unificación de la lengua adquirió una importancia mayor para la burocracia, sobre la que recayeron los asuntos más importantes y diversos referentes a la justicia y la policía, la aduana, el comercio, los impuestos, etc., que con frecuencia exigían largas exposiciones e informes. La diversidad de lenguas en el aparato burocrático implicaba una complicación infinita y una traba para sus asuntos. El absolutismo burocrático centralizado trató así de imponer la unificación de la lengua en toda la administración estatal.

Pero los burócratas no sólo se veían obligados a tratar entre sí sino también con la población, sobre cuyos movimientos el estado policiaco intervenía a cada paso. Para ello, era preciso que el representante del estado entendiera también la lengua de la población. La unificación de la lengua del pueblo se volvió tan importante como la de la burocracia.

De este modo, ya en el siglo XVIII el estado absoluto aspira a convertirse en un estado nacional con una sola lengua hablada dentro de sus fronteras. Busca nuevos dominios, preferentemente en los territorios que hablan la lengua que impera en su reino. Pero aspira también a imponerla a aquellos vasallos que no poseen la lengua dominante, fundamentalmente, a través de la enseñanza escolar. En aquel entonces ya se pensaba —y algunos burócratas siguen pensándolo aún en la actualidad— que las escuelas podían formar al individuo de acuerdo a las necesidades de la clase dominante. En muchos sentidos se logró la uniformación nacional a la que se aspiraba, no a través de la escuela, ciertamente, sino a través del poder de las relaciones dentro del estado.

Mas donde las relaciones no se fortalecieron lo suficiente como para reducir a los miembros de comunidades lingüísticas extranjeras al uso de la lengua dominante, los esfuerzos de la burocracia por introducir la uniformidad lingüística provocaron el efecto contrario al bus-

cado. Las naciones extranjeras se sintieron oprimidas y sojuzgadas. La enseñanza en la lengua dominante sólo significó una dilapidación de fuerzas y de tiempo para sus hijos, los que de todos modos no estaban en condiciones de seguir esa enseñanza; esto significó la privación de una verdadera enseñanza requerida en forma apremiante y que les fuera de alguna utilidad. Y cuando las gestiones ante la administración y la justicia eran realizadas en la lengua dominante, los miembros de las demás naciones se encontraban, asimismo, en una situación desventajosa. Además, los miembros de la nación cuya lengua era la lengua del estado, poseían ya dentro de la burocracia, por la situación misma, una ventaja frente a los de las demás naciones, aun cuando hubiera total igualdad de derechos entre las mismas, puesto que dominaban la lengua que sus colegas de las demás naciones debían aprender penosamente. Ya desde un principio, éstos tenían abiertas las puertas a todos los medios culturales, cerradas para los miembros de las demás naciones en la medida en que no estuvieran en condiciones de aprender la lengua estatal dominante. El ascenso a la burocracia de los hijos de artesanos y campesinos se hizo sumamente difícil para las naciones que no hablaban la lengua estatal.

Es así que en aquellas naciones que integran estados con una población de nacionalidades mixtas surge una disposición hostil frente al estado, pero no una hostilidad frente a cualquier estado sino frente a aquel en el cual viven; surge la aspiración de liberarse del mismo para organizarse —acaso con otras naciones que en un estado vecino comparten el mismo destino— como estado independiente. Al igual que en la nación dominante, en las naciones dominadas surge el impulso hacia un estado nacional.

Este afán se acentúa aun más con la aparición del movimiento democrático que surge necesariamente a una cierta altura del capitalismo debido, por una parte, a la tendencia de la clase capitalista a poner a su servicio el poder estatal, y por la otra, en razón de la educación creciente de la clase trabajadora, de los artesanos, campesinos, asalariados, y las crecientes relaciones entre éstas; en razón del desarrollo de las comunicaciones y la prensa que al superar paulatinamente la estrechez local infunde el interés por la política del estado e incluso por la política mundial.

Nace así el movimiento democrático; la aspiración, por una parte, a sustituir la burocracia por la administración autónoma de unidades administrativas menores y, por la otra, a controlar la burocracia estatal en la medida en que ella no puede ser sustituida, a dominarla mediante un parlamento central.

El antagonismo entre la burocracia y el pueblo se agudiza cuando la nacionalidad de ambos es distinta. Por otra parte, la aspiración a un

parlamento se convierte en aspiración por un parlamento nacional, pues sólo éste puede satisfacer las exigencias de la nación y sólo a través de él puede la nación expresarse correctamente. Así como la burocracia debe ser necesariamente un mecanismo con una sola lengua para funcionar sin dificultades ni trabas, también el parlamento habrá de ser un organismo tal, ya que su nombre le viene del habla. Por cierto que se puede permitir que cada uno pronuncie su discurso en cualquier lengua; pero, ¿cómo lograr un efecto, si no se es entendido por la masa de los oyentes? ¿Cómo concebir un debate importante o una conducción ordenada de los asuntos si la presidencia no entiende lo que se habla, si una parte de los parlamentarios no entiende a la otra, o no entiende las disposiciones de la presidencia?

Las dificultades de los debates en algunos de nuestros congresos internacionales son ya muy grandes pese a realizarse en no más de tres idiomas universales —que muchos de los asistentes entienden—, y pese a que los debates no duran más de ocho días y tratan sobre principios generales. Mas, imaginemos un parlamento en el que uno hable húngaro, otro croata, un tercero rumano, un cuarto alemán. Nadie entiende a nadie y el presidente sólo conoce el húngaro. Y los debates se prolongan doscientos días por año, no sólo en pleno, sino en las comisiones, no sólo sobre principios generales sobre los cuales cada uno de los participantes está orientado de antemano, sino sobre los párrafos particulares de un proyecto legislativo complejo.

Pero no sólo desde el punto de vista de la población y de los principios democráticos sino también desde el del gobierno mismo se hace más necesario ahora, en el período del parlamento y de la democracia que en el del absolutismo burocrático, que el estado se unifique nacionalmente.

En el estado moderno se incrementan las dificultades y tareas de los gobiernos; la necesidad de una burocracia unificada se hace sentir cada vez más, pero las diferencias y aspiraciones amenazan cada vez más con su descomposición. Y la democracia, que le resulta incómoda, es reforzada allí donde coincide con el nacionalismo de las naciones postergadas. Finalmente, también para el ejército se hace cada vez más necesaria la unificación de la lengua. En la estrategia moderna cada una de las secciones adquiere una autonomía creciente, se ve forzada cada vez más a acomodarse rápidamente a situaciones cambiantes. De mecanismo, el ejército se transforma en organismo. Un organismo enorme pero sumamente sensible, cuya efectividad depende, en gran parte, de que los oficiales no emitan meramente algunas voces de mando sino que exista un entendimiento entre la oficialidad y la tropa, que puedan transmitirse recíprocamente sus observaciones. Y no basta que el oficial se entienda con su propia gente. En las

batallas modernas los regimientos se mezclan y dispersan con toda facilidad, los oficiales se separan de sus tropas y se ponen en contacto con otras. ¡Cuántas dificultades surgirían si cada regimiento hablara una lengua diferente!

No podemos aquí escribir un libro y debemos contentarnos por ello con algunas indicaciones acerca de la importancia que adquiere la uniformación de la lengua en el estado moderno, de lo que se deduce la importancia para éste de estar constituido por una única nacionalidad de manera similar como, a la inversa, es sumamente importante para cada nación el organizarse en un estado propio.

Lamentablemente, Otto Bauer no ha tomado en cuenta de manera suficiente la importancia que tiene la lengua tanto para la nación como para el estado. En la aspiración al establecimiento del estado nacional sólo percibe la necesidad de rechazar cualquier dominio extranjero, así como la necesidad del capitalismo de establecer un amplio mercado interno; finalmente, percibe en esta aspiración la repercusión del nacionalismo revolucionario de la burguesía que pretende configurar al estado de acuerdo a sus fines, considerándolo a éste una estructura artificial, y a la nación una estructura natural, razón por la cual busca adecuar el estado a la nación.

Es verdad que todos estos motivos han jugado un papel central, pero no bastan para explicar la gran fuerza del principio de la nacionalidad en la vida política moderna. Sólo el que tiene en cuenta la enorme importancia que alcanza la lengua para el estado puede comprender cabalmente la potencia que ejerce el principio de la nacionalidad en la política de nuestro tiempo.

Pero no resulta casual que Otto Bauer subestime la fuerza de la aspiración al establecimiento del estado nacional. Su amor le pertenece al estado de nacionalidades. Su ardiente preocupación se orienta a darle una forma visible y adecuada, y a este fin sirve su investigación acerca de la naturaleza y eficacia de la nación.

5. EL ESTADO DE NACIONALIDADES

El estado nacional es la forma que mejor responde a las condiciones modernas, es la forma en que el estado puede cumplir con mayor facilidad sus tareas. Pero no a todo estado le es dado alcanzar esta forma. Así como en el moderno modo de producción se siguen encontrando formas de explotación características de la época feudal, e incluso del comunismo primitivo, así también se encuentran aquí residuos de los tiempos en que un estado podía estar formado por los más variados

componentes nacionales, sin menoscabo de su fuerza, sin fricciones y antagonismos internos extraordinarios. Los mismos estados nacionales ostentan aún, con frecuencia, residuos del antiguo estado de nacionalidades. Junto con éstos, empero, subsisten estados que siguen siendo enteramente estados de nacionalidades.

Se trata de todos aquellos estados cuya estructuración interna, por éstas u otras razones, ha resultado anormal o se ha desarrollado poco. Esto se pone de manifiesto en Turquía y en Rusia, pero también resulta válido para dos estados con un nivel económico elevado, como Bélgica y Suiza. Éstos son estados neutrales que deben su existencia, al igual que Turquía, y no en escasa medida, a la circunstancia de que ninguno de sus vecinos consintió en que pasaran al poder del otro. Esto viene al caso fundamentalmente para Bélgica. A lo largo de los siglos xvii y xviii era codiciada tanto por Francia como por Holanda. Si en el momento oportuno, en el siglo xvii por ejemplo, se hubiera convertido en posesión francesa, es indudable que hubiera adoptado totalmente el carácter francés. Si, por el contrario, en aquella época hubiera caído bajo el dominio perdurable de Holanda, los flamencos, junto con los holandeses, habrían formado una nación unificada, absorbiendo acaso a los valones. Pero Francia no consintió que Bélgica pasara a manos de otro estado mientras ella misma veía impedida su anexión a Bélgica debido al celo de otras grandes potencias, dado que con ello su poder se hubiera acrecentado sobremanera. Inglaterra principalmente debió oponerse continuamente, pues Amberes es uno de los mayores puertos de Europa y está ubicado precisamente frente a la desembocadura del Támesis. Una potencia que lograra apoderarse de este puerto y de la desembocadura del Escalda se hubiera convertido en un vecino peligroso para el reino insular, ya que es desde allí desde donde puede ser atacado más eficazmente. Así fue que Bélgica debió permanecer como un pequeño estado independiente, como una pelota en el juego de las grandes potencias; no fue posible efectivizar las tendencias de su incorporación en un estado nacional. Disputada por Francia y Holanda, permaneció así mitad francesa y mitad bajo-alemana; de sus siete millones de habitantes, el 42% no habla más que el flamenco y el 38% sólo el francés.

Suiza fue pelota de juego para sus vecinos en medida algo menor. Además de los celos de éstos, su independencia quedó preservada por el espíritu guerrero de sus habitantes así como por su relativa pobreza e inaccesibilidad, lo que obstaculizó también su desarrollo político. El compañero Renner quiere hacer de Austria una "monarquía suiza", una república con Francisco José a la cabeza. Pero, ¿aceptaría también la soberanía de los cantones, cada uno de los cuales conserva aún su propia legislación? Precisamente lo que Otto Bauer y Renner com-

baten con tanto ímpetu, y con toda razón, es el federalismo de las "individualidades histórico-políticas", a saber —traducido del austriaco al alemán— el federalismo de las formas estatales de su patria heredadas de la época feudal, el de los reinos, ducados y archiducados, los margraviatos y el de los temidos condados; lo que se encuentra en Suiza en su expresión más elevada es una confederación de diminutos y casi soberanos estados conservados desde la época feudal, y de ningún modo una confederación de naciones.

Suiza existe como un estado de nacionalidades sin fricciones nacionales internas porque no es un estado moderno, un estado unificado con una administración unificada. El mismo ejército recuerda en cierta medida, y a pesar de las limitaciones impuestas a los derechos de los cantones, al ejército feudal, compuesto por los contingentes de cada uno de los cantones.

Pero las condiciones en Bélgica y en Suiza son además mucho más favorables, en el sentido de la nacionalidad, que las de Austria. En Bélgica sólo dominan dos lenguas; en Suiza, tres, si se descuentan algunos fragmentos insignificantes de nacionalidades. Entre las lenguas habladas en Bélgica, una es una lengua universal que cualquier hombre culto aprende desde un principio. Además, casi dos millones de belgas dominan ambas lenguas —la mayoría, por cierto, habla el flamenco. De las tres lenguas suizas, dos son universales, y una, el italiano, una lengua cultural de primer orden. Cualquiera que domine una de estas lenguas adquiere un rico tesoro cultural. El conocimiento de dos o incluso de las tres lenguas del país no constituye una carga sino un beneficio buscado por cualquiera cuando las circunstancias se lo permiten. De ese modo, la separación lingüística no es percibida como problema ni en el ejército ni en el parlamento o en los tribunales, ni tampoco en la escuela misma. Alberto Oauzat relataba hace poco en el *Courrier Européen* (18 de octubre), la existencia de comunidades suizas en la frontera lingüística germano-francesa que antiguamente hablaban el francés, que ahora lo hacen en alemán, pero que todavía siguen impartiendo la enseñanza escolar y los sermones en francés, siguiendo la vieja tradición. Esto no trae problemas cuando el uso de dos lenguas está ampliamente difundido.

Distinta es la situación en Rusia, aunque también aquí es algo más simple que en Austria. Rusia es un gran estado centralizado con numerosas nacionalidades, pero el núcleo, la masa preponderante de la población, lo constituyen los rusos, y las demás naciones habitan sobre todo en la periferia del reino. De la población de la Rusia europea 84 millones son rusos, frente a 8 millones de polacos, 5 millones de judíos, 3 millones de alemanes, 1 millón de rumanos y armenios, etc. Rusia podría muy bien conceder la autonomía a dichas naciones, y

éstas, en la medida en que habitan territorios unidos, podrían separarse de la nación central sin que la misma quedara amenazada en modo alguno en su existencia.

Otra es la situación en Austria. Se diferencia de Suiza y Bélgica por el gran número de sus naciones —nueve, y si se cuentan por separado los eslovacos y los checos, y por otra parte los servios y croatas, once. Y sólo una de las lenguas habladas por estos pueblos, la alemana, es una lengua universal, sólo una que directamente descubre un gran fragmento de la cultura internacional.

Austria se diferencia de Rusia en que ninguna de sus naciones posee una preponderancia numérica notable sobre las demás; en que ninguna habita el centro del imperio. Hay 11 millones de alemanes, 9 millones de húngaros (magiars), 8 millones de checos y eslovacos, 4 millones de polacos y rutenios respectivamente, casi tantos servios y croatas, más de un millón de eslovenos y casi un millón de italianos. Las naciones mencionadas en último término habitan la periferia, pero las tres naciones mayores —los alemanes, los magiars y los checoslovacos— llegan cada una hasta el centro del imperio. Entran en colisión en las cercanías de Viena, en Presburgo. Entre todos los estados europeos de nacionalidades no hay ninguno, excepto quizás la Turquía europea, que presente una situación tan difícil con respecto a sus nacionalidades como Austria. Ésta no representa el tipo de estado de nacionalidades; para éste no existe tipo alguno en absoluto; cada uno es un caso singular, totalmente peculiar. Austria presenta el problema de las nacionalidades en su forma más compleja y difícil.

6. EL FUTURO DE AUSTRIA

Otto Bauer no trata el tema del estado de nacionalidades en general. Esto resultaría más bien difícil. Sólo examina la situación en Austria, "el más desarrollado entre los grandes estados europeos de nacionalidades". Esta investigación constituye la parte principal de su obra, no sólo por el volumen sino también por su contenido. Comprende sus partes más brillantes y maduras. El que quiera entender el caso de Austria deberá estudiar, además de la obra de Renner, la de Bauer.

Podría escribir un libro voluminoso si quisiera reproducir todas las reflexiones a que me llevaron los desarrollos de Bauer sobre Austria. Pero debo renunciar a ello pues mi disquisición se ha prolongado ya excesivamente; y en muchos casos no tendría sino que repetir, en otro contexto, lo que ya expuse en mis anteriores artículos acerca del problema de las nacionalidades en Austria.

Por consiguiente, paso por alto la exposición de Bauer acerca del origen de Austria y de las transformaciones que ha sufrido su situación nacional, aun cuando precisamente estas partes constituyen algunas de las mejores de su obra. Sólo quiero considerar el medio que propone para salvar la situación, en apariencia totalmente desesperada, de la monarquía habsburga.

Piénsese lo que se quiera acerca del futuro más lejano de Austria —y en esto difiero enormemente de Bauer y Renner—, lo cierto es que considerando las actuales relaciones de poder del imperio su caída no es inminente. Pero es igualmente cierto que su situación nacional se ha vuelto insostenible, trabando en forma extrema cualquier progreso social y político.

Todo organismo social bajo el modo capitalista de producción tiende a un incremento ininterrumpido. Toda nación, lo mismo que toda empresa particular, busca su expansión. Sin embargo, la nación sólo puede convertirse en un estado nacional por una expansión del estado, y en Europa esto sólo es posible a través de una guerra. Pero al mismo tiempo, la burguesía europea siente la necesidad de paz; teme la revolución, sabe que en la actualidad a toda guerra le sigue muy de cerca la revolución. Ésta es una de las razones por la cual los estados modernos emprenden todos, en la medida de lo posible, una política colonial, buscando de ese modo la expansión territorial. Ésta tiene siempre mayores visos de posibilidad sin guerra que una expansión en la misma Europa. No obstante, no todos los estados están en condiciones de poder practicar una política colonial exitosa. Ni siquiera Alemania, a pesar de su gran poderío militar y económico, pudo obtener una posesión colonial significativa. Italia naufragó miserablemente con su política colonial y también Rusia debe expiar onerosamente su política expansiva en Asia oriental. Austria, por su ubicación geográfica, tiene menos condiciones aún que estos estados para una política colonial; dando una prueba de cordura, no lo ha intentado siquiera.

Pero en un estado compuesto por naciones, la expansión territorial del estado no constituye el único medio de expansión territorial nacional. El mismo resultado puede lograrse haciendo retroceder a otras naciones dentro de los límites dados del imperio.

La lucha de las nacionalidades dentro de Austria desvió el interés de sus gobernantes y de las clases conductoras de sus naciones de la política colonial, y constituye una de las razones por las que Austria no la estimuló. Por otra parte, la ausencia de toda política territorial expansiva del imperio tiene que acentuar extremadamente las aspiraciones expansivas entre sus naciones, dentro de su territorio.

La socialdemocracia austriaca se originó en esta situación convirtiéndose en un poder político que debe intervenir en la acción política

de los partidos y naciones. No hace hincapié en la existencia del estado, pero éste existe y no tiene visos de desaparecer ante la proximidad de la revolución europea. Sin embargo no es suficiente que la socialdemocracia tenga meramente un programa para ese momento que puede estar más o menos lejano y cuya aparición, en todo caso, no depende de su voluntad. Debe tener también un programa para el presente a los efectos de una acción práctica, como, así también, a los fines de la propaganda. Pues la propaganda de la acción es siempre más efectiva que la propaganda de las palabras, en la medida en que por ella se entienda no una propaganda de delitos sino de una praxis fecunda y meditada.

Un programa de esta naturaleza, de reformas posibles ya en la actualidad, coincide con frecuencia en numerosos puntos con los programas reformistas de los políticos burgueses. Pero la socialdemocracia se diferencia en su trabajo de detalles y el referido a la actualidad incluso del de los políticos más avanzados, en primer término por la falta de consideración y la energía con la que formula y defiende sus exigencias, y luego, por la claridad que tiene sobre la insuficiencia de todas las reformas parciales, las que, por útiles y necesarias que puedan ser, provocan siempre reacciones entre las clases poseedoras que hacen necesarias nuevas luchas y nuevas reformas. Ninguna reforma parcial en el campo de la propiedad privada de los medios de producción está en condiciones de modificar el carácter total del moderno modo de producción y de asegurar una existencia tolerable para el proletariado. En un estado como Austria es preciso que la socialdemocracia agregue al programa presente que posee en común con los partidos hermanos de otros países un programa que incluya a las nacionalidades.

Además de las consideraciones de tipo propagandístico y práctico referentes a la acción, la fuerzan a ello consideraciones de tipo organizativo. En un principio, el proletariado austriaco-alemán era el único que estaba lo suficientemente desarrollado como para asimilar la propaganda socialista, pero en el curso de los cuatro decenios de propaganda una nación tras otra, dentro del estado, entró en el círculo de la moderna cultura internacional; y cada una de estas naciones produjo un proletariado que aspira a esa cultura y de la cual, sin embargo, sólo puede participar en la medida en que se le hace accesible en la lengua de su nación como cultura lingüística, bajo la forma de cultura nacional. Es así que la propaganda socialista y su organización, aun cuando internacional por su contenido, debe ser nacional por su forma. Así, pues, la socialdemocracia austriaca necesita de un programa nacional no sólo para el estado, sino también para el partido y para los sindicatos. También aquí es preciso crear formas que posibiliten una

acción conjunta unificada de las distintas naciones dentro de la misma organización.

Ahora bien, en la medida en que Bauer y Renner consideran a la autonomía de las naciones como el fundamento de este programa, pisamos ciertamente el mismo terreno; puesto que ya casi diez años atrás señalé en *Die Neue Zeit* que el "federalismo de las naciones" constituye el único medio para superar por lo menos los antagonismos nacionales más agudos (*Die Neue Zeit*, xvi, "Der Kampf der Nationalitäten und das Staatsrecht in Oesterreich" [La lucha de las nacionalidades y el derecho del estado en Austria], pp. 516ss., 555ss. y "Nochmals der Kampf der Nationalitäten in Oesterreich" [Nuevamente sobre la lucha de las nacionalidades en Austria] pp. 723ss. Véase también "Das böhmische Staatsrecht und die Sozialdemokratie" [El derecho de estado en Bohemia y la socialdemocracia], xvii, 1, pp. 397ss. y "Die Krisis in Oesterreich" [La crisis en Austria], xxii, 1, pp. 39ss.).

Este programa se contrapone tanto al centralismo como a aquel federalismo que pretende estructurarse sobre la base de la tradicional división en "reinos y provincias". No significa en modo alguno una superación de la idea del estado nacional sino tan sólo su adecuación a las condiciones particulares de Austria, su transformación en una confederación de organizaciones nacionales, una especie de estados nacionales. Rechaza la autonomía de los reinos y provincias precisamente porque muchos de éstos no son estados nacionales sino también estados de nacionalidades, frecuentemente en la escala más reducida. Así, por ejemplo, en 1900, la pequeña Silesia, con no más de 600 000 habitantes, comprendía 280 000 alemanes, 130 000 checos y 180 000 polacos. El federalismo de los territorios, históricamente heredado, no significaría la división de Austria en estados nacionales sino trasladar todas las fricciones que presenta el estado de nacionalidades del todo a las partes, esto es, su multiplicación y diversificación.

¿Cómo, pues, constituir cada una de las naciones? Lo más inmediato era fijar el territorio habitado por cada nacionalidad y concederle dentro de éste la autonomía administrativa en sus asuntos nacionales.

A ello se opone, según Renner y Bauer, el hecho de que las nacionalidades no ocupan en Austria territorios totalmente delimitados sino que, en muchos casos, éstas se encuentran mezcladas, por lo cual no es posible una separación territorial estricta. Por lo tanto, en lugar del principio territorial, ellos proponen el principio personalista. Las naciones se constituirían como corporaciones especiales, independientes del territorio, de manera semejante a las sociedades religiosas.

Por supuesto que en la realización de este principio se pone en evidencia que la nación no puede existir sin un territorio. Por grande

que sea el número de miembros de una nación que viva entremezclado con otras nacionalidades, el núcleo de la nación debe ocupar siempre un territorio delimitado. Es allí donde se concentra también la vida de su cultura lingüística, y sin una afluencia permanente desde este territorio y las permanentes influencias de su cultura lingüística, los miembros dispersos de la nación perderían bien pronto su comunidad lingüística y su nacionalidad.

Pero la comunidad lingüística que antiguamente estaba ligada de la manera más estrecha a la comunidad de relaciones ha quedado, como hemos visto, atrás con respecto al desarrollo de esta última, se ha independizado en gran medida de ella, y, por consiguiente, la articulación territorial de las naciones se ha desarrollado en un sentido distinto que las relaciones comerciales. Éstas unifican, por lo general, a las partes limítrofes de un ámbito geográfico. Dentro de un ámbito de tal naturaleza pueden, por el contrario, cohabitar los miembros de diversas nacionalidades; por otra parte, una nación puede extender su territorio sobre varios ámbitos que mantienen relaciones comerciales, por comarcas que a veces no son limítrofes sino que constituyen enclaves.

Las articulaciones del estado según las necesidades de las relaciones comerciales o las de la cultura técnica adoptarán, por consiguiente, formas distintas a la articulación según las necesidades de las relaciones lingüísticas o de la cultura lingüística. La primera habrá de efectuarse siempre según ámbitos cerrados, geográficamente delimitados con exactitud; la segunda abarcará frecuentemente territorios fragmentarios, estará siempre oscilando permanentemente y requerirá la aplicación del principio personalista si se pretende que conduzca a una unificación de todos los miembros de una nación.

Renner elaboró detenidamente un plan, en extremo riguroso, para la organización de Austria sobre estas bases en su libro *Der Kampf der österreichischen Nationen um den Staat* [La lucha de las naciones austríacas por el estado], plan que también fue aceptado por Bauer. Según éste, toda Austria sería dividida en circunscripciones con una administración autónoma. Cada una de estas circunscripciones no comprende, en lo posible, más que habitantes de la misma nacionalidad. El conjunto de las circunscripciones de la misma nacionalidad constituye la nación. Aquí tenemos la constitución de la nación sobre la base del principio territorial. Según la hipótesis de Renner este principio comprendería nueve décimas partes de todas las circunscripciones. Restaría una décima parte, habitada por dos o más nacionalidades en diversas proporciones. Para estas circunscripciones se aplicaría el principio personalista. En cada una de ellas los miembros de una nacionalidad constituirían una corporación autónoma que administraría sus asuntos nacionales en la circunscripción misma. Todas estas corpo-

raciones de igual nacionalidad se unirían al gran organismo de conjunto de la nación, que determina por sí mismo todas las cuestiones nacionales. Éstas no son otras que las referentes a la cultura lingüística. Renner, con toda razón, no transfiere la totalidad de las funciones estatales a las nacionalidades cuya constitución él exige, sino sólo a aquellas que sirven a la cultura lingüística, esencialmente las referentes a la enseñanza. Para todos los otros fines conserva la división del estado en determinados ámbitos administrativos unificados, tales como los que posee cualquier estado.

Es así que Austria se organizaría doblemente, por ámbitos comerciales y por naciones.

Esta doble organización constituye un pensamiento muy original y fructífero que sigue siendo digno de consideración aun para aquellos que podrían no coincidir con ciertos detalles.

Pero, lamentablemente, no puedo compartir el optimismo que nuestros dos camaradas austriacos anudan a sus propuestas. Bauer sostiene:

Esta constitución bosquejada por Springer pone término a las luchas de poder entre naciones [...] Ninguna disputa nacional traba ya el avance de las clases.

No pretendo llegar a este extremo. Lo cierto es que ninguna constitución está en mejores condiciones que la bosquejada por Springer para conjurar las disputas nacionales y contrarrestar las luchas de poder de las naciones. Pero tampoco ésta puede eliminar todos los puntos de fricción. Ni siquiera en aquel ámbito en el que la autonomía de las naciones se manifiesta por completo, en el de la enseñanza.

Esta autonomía implica que cada nación ha de mantener su sistema de enseñanza con medios propios. Pero en Austria existen paralelamente naciones muy ricas y muy pobres, esto es naciones con muchas gentes ricas. Encontramos entre los alemanes a la mayoría de los capitalistas que se apoderan del plusvalor de toda Austria y también del plusvalor creado por las demás naciones. Por otra parte, la ciudad alemana de Viena constituye el centro del imperio; allí se ubican todos los cargos centrales con sus ingresos y su aparato. Finalmente, confluyen también allí los grandes terratenientes a consumir sus rentas territoriales.

Junto a ésta existen naciones formadas sólo por pequeños campesinos, por artesanos y proletarios, en los que la productividad del trabajo es limitada en razón del atraso técnico pero frecuentemente también por la aridez del suelo, y que deben ceder todo el excedente de su miserable producción que supera sus necesidades mínimas al estado y a los explotadores extranjeros.

De ese modo, las diferencias en riqueza y producción de impuestos entre cada uno de los reinos de la corona son muy grandes.

Según Rauchberg² cada rutenio sólo paga, por término medio, 3,5 coronas en concepto de impuestos directos; cada serbio o croata, 3,6 coronas; por el contrario, cada alemán paga 22,4 coronas (en la baja Austria llega a pagar 42,6 coronas).

De ese modo, el sistema de enseñanza de los rutenios y dálmatas resultaría mucho más pobre que el de los alemanes. Lo que implicaría que las naciones pobres mirarían con envidia a las naciones ricas y exigirían al estado una compensación justa. Pero cualquier intento en este sentido tiene que chocar con la oposición de los alemanes. Más difícil aun resulta excluir las fricciones nacionales en territorios para los cuales la autonomía nacional no puede tener vigencia. ¿Qué sucederá con la lengua del estado? El programa de nacionalidades de 1889 de nuestro partido hermano de Austria aprobado en Brünn se expresa con mucha cautela sobre este punto:

No reconocemos ninguna prerrogativa nacional, rechazamos por consiguiente la exigencia de una lengua estatal; hasta qué punto sea preciso una lengua mediadora, esto lo determinará el parlamento del reino.

Tampoco Bauer y Renner se expiden con mayor precisión acerca de esta cuestión, y sin embargo el problema de la lengua alberga en su seno los mayores conflictos, trátase de una lengua estatal o de una lengua mediadora.

Recordemos solamente la importancia que la lengua unificada ha adquirido en la actualidad para el ejército. Desde el punto de vista puramente militar el plurilingüismo constituye un factor por demás crítico. Si no puede ser suprimido, la exigencia mínima que debe plantearse una conducción militar es la unificación de la lengua de comando para todos los miembros del ejército así como la necesidad de una lengua "mediadora" para los oficiales. De ello se sigue una cierta postergación para todas aquellas naciones que hablan otra lengua que no sea esta lengua mediadora y de comando.

Sin embargo tampoco resulta posible prescindir de una lengua unificada como lengua interna para las funciones de la burocracia. Los procedimientos burocráticos ya de por sí lentos y complejos, se harían intolerables si las reparticiones tuvieran que relacionarse en distintos idiomas y se vieran obligadas a preparar las actas en varias lenguas a la vez. Además el ámbito de la burocracia estatal crece de manera incesante. Piénsese solamente en la nacionalización de los ferrocarriles. Así, también aquí nos encontramos nuevamente con la postergación

² *Die statistischen Unterlagen der österreichischen Wahlreform* [Los datos oficiales de la reforma electoral austriaca], Brünn Irrgang, 1.50 coronas.

de todas aquellas naciones cuyas lenguas no coinciden con la de la administración interna, y con una fuente de conflictos interminable. ¿Y en el parlamento? También allí se impone, explícitamente o no, una lengua mediadora. Y la lengua conocida por la mayoría de los miembros del parlamento será la utilizada por éstos. Los que la desconocen ignoran lo que acontece y no son entendidos cuando quieren participar. Los miembros del parlamento, al igual que los ministros, deben poder manejar de hecho esta lengua mediadora —y también son postergados aquí los que no la entienden. Las naciones postergadas tratan por todos los medios y exigencias de restablecer la igualdad pero no logran otra cosa que la vejación y el descontento.

Finalmente también en la concesión de ventajas personales o locales —cargos, títulos, construcción de vías férreas, de canales, etc.—, resulta probable que ciertas naciones sean favorecidas o perjudicadas por el gobierno central.

La lengua que en Austria ha sido designada desde un principio como mediadora o estatal y que no puede ser sustituida por ninguna otra es la alemana no sólo en cuanto lengua de la nación más poderosa y económicamente más fuerte, sino también como la única lengua universal entre todas las de Austria, como aquella que todo hombre culto del imperio debe aprender bajo cualquier circunstancia si quiere tener acceso a la cultura moderna.

Pero con esto queda dicho también que aquellos elementos que en Austria dominan el alemán resultarán siempre favorecidos frente a los demás. Constituyen los únicos para quienes permanecen abiertos los cargos más altos en el estado, los únicos que lo gobiernan, que ejercen el mando en el ejército, que influyen sobre las decisiones parlamentarias.

Esta posición ventajosa que subyace en la naturaleza de las cosas, que no puede ser eliminada por ningún tipo de consolidación, provocará siempre la envidia y el descontento de las naciones no alemanas. Resulta imposible encontrar una constitución en Austria que pueda eliminar totalmente la lucha de las nacionalidades por el poder estatal.

Pero una cosa podría lograrse con la constitución de Renner: ella estaría en condiciones de poner término a la lucha de las naciones en lo que respecta a la educación, así como a la lucha por el poder en las comunidades y circunscripciones, al género de lucha más mezquino y maligno y que mayor influencia tiene sobre una gran parte de la masa, sobre los elementos pequeñoburgueses y campesinos. Así, no quedaría eliminada la lucha por el poder de las naciones, mas quedaría limitada por una parte a objetivos mayores, y por la otra, a objetivos que no tocan los intereses de la masa de la población. Se plantearía entonces la posibilidad de interesar a éstas por otros problemas que no fueran los nacionales, y donde la lucha nacional se vuelve inelu-

dible podrían limarse sus asperezas, reducirse la sensibilidad nacional y dejar abierta a la mirada lo útil y lo conveniente.

De ese modo, el estado austriaco de nacionalidades no se elevaría aún al nivel de eficacia de un estado nacional pero, en todo caso, sí al nivel más elevado para un estado de nacionalidades.

Sin embargo, no se puede pensar que con ello queda allanado el camino para una actividad reformadora fructífera y de grandes dimensiones. ¡Como si la desavenencia nacional constituyera el único obstáculo! Vemos lo estéril que se ha vuelto en todas partes el parlamentarismo burgués gracias a la actual situación política y social de las distintas capas de la burguesía. No podemos fundamentar aquí esta cuestión; ella requeriría otro artículo separado. Pero el hecho mismo queda establecido. No hace falta más que recordar la impotencia del mismo radicalismo burgués, que en la actualidad tiene el timón en Francia e Inglaterra. ¿Cómo esperar más de un parlamento austriaco? La lucha de las nacionalidades no hace más que imprimir un carácter peculiar a la impotencia del parlamentarismo burgués, no hace más que incrementarla.

Pero, es precisamente por esta impotencia que nos resulta también muy dudoso que la autonomía de las naciones, en la manera propuesta por Bauer y Renner, esté en situación de llegar a realizarse antes de que el proletariado conquiste el poder político. Pues sólo esto es lo que se plantea con toda su fuerza y decisión tras de aquella exigencia. Bauer mismo se ve obligado a admitir que el antagonismo nacional ha echado raíces muy profundas incluso en las demás clases, pero espera que en última instancia la lucha nacional se haga insostenible para todos.

Las tendencias antagónicas que conducen a la paz nacional recibirán una fuerza creciente, un contenido más determinado, no de los sentimientos pacíficos de los pueblos y de las clases sino del odio nacional siempre creciente, de la intensificación creciente y de la violencia de las luchas nacionales, de la total anulación de todos los organismos legales. Las luchas nacionales generan la autonomía nacional (p. 594).

El mismo Bauer espera, pues, por lo pronto, una intensificación de los antagonismos. Ciertamente que éstos generarán cada vez más el anhelo de pacificación nacional. Pero con esto no queda dicho que los antagonismos inculquen en las clases burguesas el anhelo por la salida que precisamente propone la socialdemocracia. Las clases explotadoras experimentan todas un aborrecimiento insalvable por la administración local autónoma, a la que aborrecen mucho más que al derecho universal de voto del parlamento central. Esperan que allí el proletariado siga aún oprimido por largo tiempo por los campesinos y pequeños burgueses. Por el contrario, existen ya numerosas regiones

industriales en las que domina el proletariado. Así como resulta probable, por lo pronto, la agudización de las luchas nacionales, del mismo modo resulta inverosímil la conversión de la burguesía a la idea democrática de la administración autónoma.

Junto a la burguesía, la burocracia constituye en Austria un factor decisivo. Bauer y Renner cuentan con ella y con su cabeza, la corona, de manera muy especial. Afirman que sin la autonomía de las naciones perece el estado; la burocracia y la monarquía tienen el mayor interés en conservar al estado, y es así que ellas tienen que poner el mayor empeño en la conservación del estado y actuar en esta cuestión en la misma dirección que la socialdemocracia. La acción paralela de estos factores que acaba de llevar a feliz término la lucha por el derecho al voto debe seguir actuando, y su aceleración será provocada, sobre todo, por el desarrollo de las cuestiones húngaras:

Las fuerzas internas del imperio conducen al cesarismo, el que transforma el pensamiento de la igualdad democrática y de la libertad nacional en herramientas de poder para la corona (p. 436).

Y ya antes:

La necesidad del estado de vivir es más fuerte que el ansia de poder de la burocracia. Tan pronto la burocracia no esté ya en condiciones de administrar a la quebrantada Austria, buscará, ella misma, la participación del pueblo en la administración (p. 403).

Esto se me aparece como una ilusión, y, por cierto, una ilusión peligrosa. Ella contradice toda experiencia histórica. ¿O debemos suponer que los Habsburgo y su burocracia están particularmente iluminados por Dios?

No debe inducir a engaño el que la corona abogara por la reforma electoral. Hay que prescindir aquí por completo de la cuestión acerca de la influencia que tuvo la revolución rusa sobre este proceso —los días de octubre de 1905, en Rusia, y el repentino entusiasmo del gobierno austriaco por el derecho al voto igualitario y directo, hasta ese momento totalmente rechazado, coinciden totalmente en el tiempo. Pero el gobierno no renunció a ningún título de poder, a ninguna de sus atribuciones con la reforma electoral. Ésta se impuso no a costa de la burocracia y de la corona sino a costa, ante todo, de la aristocracia. El derecho al voto general e igualitario ha sido siempre el instrumento preferido del “cesarismo”, para hablar con las palabras de Bauer. Pero nunca se les hubiera ocurrido a los socialistas de Francia agradecer por ello de manera especial a Napoleón III o a los socialistas de Alemania, a Bismarck, o sacar la consecuencia de que de estos

regentes puede esperarse la "igualdad democrática" y la "libertad nacional". Es verdad que el cesarismo aspira a una cierta igualdad, a saber a la misma impotencia para todas las clases frente al gobierno y a sus instrumentos de poder, frente a la burocracia y el ejército. Precisamente para producir esa impotencia, para equilibrar a determinadas clases superiores por medio de las clases inferiores, es que al cesarismo se le presenta, bajo determinadas condiciones, el derecho al voto universal e igualitario como un instrumento adecuado. Pero como un instrumento adecuado sólo cuando al mismo tiempo puede depositar toda su confianza en la burocracia y el ejército, cuando la dominación que éstos ejercen es ilimitada, y cuando están a su disposición también de manera ilimitada. La monarquía burocrática, ya sea cesarista o no, se ha defendido siempre de la manera más enérgica contra cualquier limitación al poder burocrático por medio de la democratización de la administración. La mayor concesión a que puede llegar es a la autonomía administrativa local —pero sólo de la aldea—, en un territorio puramente agrícola. Con ello no se debilita el poder central. Es sabido que el comunismo democrático de las aldeas constituye el fundamento del despotismo oriental. Por el contrario, en un país con una población urbana numerosa y, quizás, con un proletariado fuerte, una extensa administración autónoma —principalmente, en territorios extensos, así como en circunscripciones que comprenden varias comunidades— significa tal riesgo para el poder absoluto del gobierno central que éste nunca lo consentirá voluntariamente.

Y Bauer y Renner esperan que éste trabaje enérgicamente, mano a mano con el proletariado, en pos de tal administración local autónoma.

Tampoco la situación húngara modifica algo en este sentido. Verdad es que allí reina una situación que por el interés de la corona exige una reforma electoral en el sentido del derecho al voto universal e igualitario, y lo exige con mayor urgencia aun que la de este lado del Leitha. Lo que Bauer y Renner afirman de esta situación y de sus fundamentos es muy cierto. El elogio que Mehring concede al escrito de Renner es bien merecido. Bauer lo completa y corrige en un punto importante.

Al igual que Austria occidental, también Hungría se convierte aceleradamente en asiento de una lucha nacional desenfrenada. Si hasta ahora las nacionalidades que constituyen la mayoría en el país, los eslovacos, rumanos, eslavos del sur, alemanes, soportaron el dominio de la aristocracia magiar, con el progresivo desarrollo económico despiertan a la autoconciencia nacional y se rebelan contra la privación de sus derechos.

Coinciden en ello con la dinastía que está en lucha con la misma

aristocracia magiar; ésta no fue más que una aristocracia cortesana servil que se enfrentó siempre enérgicamente a la monarquía, al igual que sus colegas prusianos, por ejemplo. Y al igual que éstos, busca desesperadamente la ayuda del estado, busca pruebas de amor de todo tipo. Se vuelve insaciable y avanza cada vez más, llevada a ello por la ruina financiera creciente. Es así que ha llegado a un límite más allá del cual la corona no puede seguirla y que ella exige imperiosamente que sea atravesado. La aristocracia húngara pretende el monopolio de los cargos oficiales en los regimientos húngaros, y, por consiguiente, el húngaro como lengua de comando. Pero la corona, en interés de la unidad del ejército, tiene que seguir manteniendo a la lengua alemana en el servicio. Un monarca se siente siempre, en primer lugar, jefe supremo. Aquí yace la raíz de su poder, y a quien pretenda socavarla le declara la guerra. Los pequeños aristócratas húngaros no se contentan, en absoluto, con la lengua húngara como lengua de comando. Los cargos disponibles en la burocracia y en el ejército no le alcanzan ni a ella ni a su descendencia, tan numerosa como hambrienta. Quieren más cargos bien dotados, y para ello necesitan de una industria floreciente. Ésta debe ser creada entonces con toda su potencia. De allí que exijan una política aduanera que los proteja de la industria austriaca. Exigen, por lo tanto, además de la separación militar, la separación económica de Hungría y Austria. La dinastía ha de constituir el único lazo entre ambas partes. ¿Por cuánto tiempo? Noruega muestra lo fácil que resulta desgarrar el lazo de la unión personal cuando las dos partes poseen intereses antagónicos. De ese modo, el abismo entre los Habsburgo y la aristocracia húngara se hace cada vez más profundo.

Ahora bien, en la lucha entre ambos factores la corona encuentra un aliado oportuno en las nacionalidades sojuzgadas de Hungría. El consolidarlas se constituye en su principal empeño. El derecho electoral universal e igualitario resulta un medio adecuado a este fin. Ha sido en Hungría, y no en Austria, donde la corona descubrió primero su inclinación por la reforma electoral. No obstante, gracias a la impetuosidad y fuerza del proletariado austriaco, la reforma electoral se hizo efectiva en Austria antes que en Hungría.

La lucha entre la corona y los húngaros se halla sólo en sus comienzos. Cada una de las partes reconoce el peligro que representa el otro, pero cada una conoce también la fuerza del otro y por eso no arriesga un ataque decisivo. Todavía se busca un entendimiento, pero las cosas seguirán su curso más allá de las intenciones de los hombres. En Hungría debemos estar preparados para una continua agudización de las luchas nacionales, así como para el antagonismo entre la corona y la aristocracia. De ello pueden resultar sorpresas del género

más violento, que repercutirán sobre Austria Occidental. El proletariado tiene sobrados motivos para seguir este desarrollo con la más viva atención y debe estar preparado para sacar de cada situación lo que ella pueda dar. También aquí, empero, sólo una cosa es segura: la agudización de los antagonismos y de las luchas; pero resulta sumamente improbable la conversión de la burocracia y de la corona a un sistema de autonomía nacional, a una amplia administración democrática autónoma. Todo lo contrario; cuanto más violentas sean las luchas, tanto mayor será el temor de la burocracia a soltar las riendas de sus manos, a dejar rienda suelta a los contendientes, y con tanta mayor energía mantendrá en sus manos los instrumentos de poder.

El programa de la autonomía de las naciones no tiene perspectiva alguna de ganar para sí a ninguna de las clases y poderes dominantes en Austria. Algunos ideólogos aislados podrán entusiasmarse con esta idea. Quizás la burocracia tome algunas de las sugerencias propuestas por Bauer y Renner, y haga efectivas aquellas que no exijan la administración democrática autónoma. Esto último, núcleo de las propuestas de nuestros camaradas, no encontrará otro apoyo más poderoso y entusiasta entre todas las grandes clases de Austria que el del proletariado.

Esto, empero, no quiere decir que los trabajos de Bauer y Renner acerca de la cuestión de las nacionalidades sean inútiles, sino solamente que su significación radica, en parte, en otro ámbito que el que suponen nuestros camaradas. De sus trabajos no resultará, con toda seguridad, un cambio revolucionario en Austria que convierta a este conglomerado de pueblos en un estado vigoroso: no porque sus propuestas sean poco convenientes, sino porque la sociedad burguesa y el estado burgués se han vuelto incapaces en todas partes, y por consiguiente también en Austria, de suministrar otra cosa que no sea un mísero trabajo de remendón. Para los estadistas dominantes en Austria las propuestas de Renner y Bauer no serán más que una nueva fuente de remiendos que harán más variado aún el trabajo de los remiendos anteriores. El "Gfrett", ese concepto auténticamente austriaco y difícilmente traducible al alemán escrito, seguirá siendo la signatura de la monarquía de los Habsburgo hasta su bienaventurado final.

Por el contrario, los trabajos de nuestros camaradas tendrán la mayor importancia para la fuerza y la solidaridad de la socialdemocracia austriaca. A pesar de los reparos que se pueden oponer a ciertos detalles, estos trabajos implican una considerable profundización y esclarecimiento de aquellas concepciones sobre las cuales se ha de edificar la política nacional en la ciudad, en el campo, en la comunidad, así como la organización interna y la propaganda de nuestro partido hermano en Austria.

Especialmente fructífera se presenta la propuesta de Renner cuando plantea para Austria una doble organización: una, para los efectos de la cultura lingüística, según nacionalidades, en la cual se impondría el principio personalista; y otra a los efectos de la cultura técnica, que habría de estructurarse de un modo puramente territorial.

Cualquiera que fuere la forma de realización práctica que esta propuesta encuentre en un estado, ella responde a un curso de ideas que también es aplicable a la organización del partido.

También éste, al igual que el estado, tiene una doble misión: una respecto a la cultura lingüística, la de la propaganda, que para ser conducida de manera adecuada y suficiente exige una organización partidaria por naciones, en base al principio personalista. Y junto a ésta, la misión del despliegue de fuerzas, de la acción en el ámbito político, gremial y partidario, que exige la síntesis unitaria de todas las fuerzas proletarias sin diferencia de nacionalidad para determinados territorios.

Así como la autonomía de las naciones es importante y necesaria para las tareas de la propaganda escrita y oral, política y sindical, así también puede tornarse peligrosa en el terreno de la nación.

Aquí nos encontramos con una aparente contradicción; pero hemos visto que esta contradicción atraviesa la esencia toda del desarrollo de la cultura moderna, la que, por una parte, extiende cada vez más el ámbito de la cultura internacional, configurando de manera cada vez más estrecha las relaciones internacionales, y, por otra parte, destaca cada vez con mayor fuerza el momento nacional de determinados ámbitos culturales. La misión del proletariado victorioso será la de superar en todas partes estas contradicciones de la sociedad. Superarla ya en la actualidad dentro de las organizaciones de lucha del proletariado es la misión de los proletarios que luchan en los estados de nacionalidades y, principalmente, la del proletariado austriaco, el proletariado del más desarrollado de los grandes estados de nacionalidades en el cual la cuestión nacional adopta las formas más difíciles. Aquí se trata ante todo de encontrar la síntesis entre la autonomía nacional y la unidad centralizada; la síntesis de aquellos principios ambos igualmente necesarios para la lucha del proletariado, cada uno de los cuales, aislado, puede tener efectos insuficientes o aun perniciosos.

Bauer trata también estas cuestiones de manera certera, pero infortunadamente se ha cerrado el camino para comprender y desarrollar la síntesis entre nacionalidad e internacionalidad en sus fundamentos, en la medida en que entiende a la nación como comunidad cultural y no como comunidad lingüística, como comunidad de la cultura

en su totalidad, no distinguiendo entre el carácter nacional e internacional de la misma.

Aquí reside la debilidad fundamental de su obra, y así fue como se cerró el acceso a numerosas e importantes cuestiones debido a su enorme exageración del factor nacional y su completo olvido del factor internacional.

Los trabajos de Renner no presentan este defecto. Por una parte, porque sólo tratan cuestiones especiales acerca de Austria sin pretender una exposición sobre la naturaleza de la nación en general, pero también por el hecho de que la nación constituye para él una comunidad lingüística mucho más que una comunidad cultural en general.

Si Bauer logra superar esta deficiencia sus trabajos acerca de la nación y de los problemas nacionales se convertirán en una base no sólo de la práctica del partido austriaco, sino también de su teoría internacional, y con ello también en una base para la práctica socialista internacional. Y aquella doble articulación del estado y del partido por naciones y por territorios que Bauer y Renner exigen y fundamentan adquirirá importancia también para la configuración de las organizaciones administrativas socialistas.

Una vez que el proletariado conquiste el poder político, junto con las diversas tradiciones legadas del pasado caerán también las fronteras estatales. Las relaciones internacionales se han vuelto tan estrechas que incluso los políticos burgueses exigen en la actualidad, y cada vez con mayor urgencia, la implantación de una unión aduanera europea, o al menos de Europa central. Pero el desarrollo capitalista, con la creciente agudización de sus contradicciones económicas, conduce a un continuo incremento de las barreras aduaneras que separan a los estados. Como muchas otras cosas que serían beneficiosas e incluso imprescindibles para el mundo burgués, pero para las cuales se halla incapacitado o impedido por intereses especiales preponderantes, también los Estados Unidos de Europa sólo serán posibles con la victoria del proletariado. Más aún, no sólo posibles, sino ciertos.

De los estados de Europa surgirá entonces una confederación estatal de nacionalidades, tal como la propuesta por Bauer y Renner para Austria. El mismo problema que hoy se plantea para Austria se pondrá de manifiesto con la configuración de este nuevo estado: la doble organización por naciones y por ámbitos económicos constituirá una solución feliz también para este nuevo problema. En tal sentido, es posible que Austria llegue a convertirse en modelo: todas las ideas que sacan a luz los pensadores socialistas austriacos, todas las experiencias que recogen las organizaciones proletarias de Austria, y, por fin, todos los éxitos logrados por estas ideas y estas organizaciones en el problema

de las nacionalidades, todas ellas fecundarán la nueva formación de Europa toda, de todo el círculo de la cultura europea.

Pero Austria misma se volverá entonces superflua incluso para aquellas naciones que todavía en la actualidad creen que no pueden prescindir de ella. Si toda Europa se articula por naciones y ámbitos económicos, ¿qué lugar tendría una confederación de estados dentro de otra confederación de estados? Y si todas las nacionalidades de la actual Austria se fusionaran con aquellas otras que fuera del actual territorio del reino hablan el mismo idioma para formar cuerpos autónomos a los efectos de la cultura lingüística, ¿qué elementos restarían para un estado particular de nacionalidades?

[De Karl Kautsky, "Nationalität und Internationalität", en *Ergänzungshefte zur Neuen Zeit*, núm. 1, del 18 de enero de 1908, pp. 1-36. Traducción de Úrsula Köchmann.]

La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia,¹ obra fundamental de uno de los más eminentes representantes del austromarxismo, Otto Bauer —inmediatamente posterior a su tesis de derecho, presentada en la universidad de Viena en enero de 1906— es de hecho el producto de las necesidades del momento. La agravación del conflicto entre alemanes y checos motiva la intervención de Otto Bauer en la esfera de lo nacional, mientras que hasta entonces sus intereses teóricos versaban sobre los problemas de la economía política y del materialismo histórico. Inicialmente piensa limitarse a “un folleto o algunos artículos sobre las preocupaciones nacionales”.² En realidad, sus esfuerzos producen en seis meses una voluminosa obra de casi seiscientas páginas (organizada en seis capítulos y 34 párrafos) en tres partes: 1, la teoría de la nación; 2, el problema del estado nacional, del estado multinacional y de la autonomía; 3, el programa y la táctica de las nacionalidades en la socialdemocracia de Austria-Hungría a la luz de las mutaciones habidas en los movimientos nacionales. Acabada e incluso impresa en 1906, su aparición se difiere por razones tácticas motivadas por el gran movimiento de masas para la conquista del sufragio universal y la campaña electoral en que interviene la socialdemocracia.

En la fecha de aparición de su libro, Bauer ya tiene fama en la socialdemocracia de lengua alemana y han sido reconocidas sus capacidades teóricas y políticas. Junto con Braun y Renner asume la dirección de *Der Kampf* y ocupa el puesto de secretario del club parlamentario socialdemócrata. Este joven intelectual, que procede de una familia burguesa acomodada y desde la universidad se ha identificado con el partido socialdemócrata, está considerado como una de las esperanzas de la “posteridad marxista”, para usar la expresión de Kautsky al designar a la joven escuela austromarxista. “Así me represento a Marx de joven”, dice de él en 1905 el teórico del partido alemán.³ Según su propia definición, “el núcleo real del libro lo constituye el intento de comprender las naciones modernas, con los medios de la concepción marxista de la historia, como comunidades de carácter

¹ *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, Viena, Volksbuchhandlung, 1907 (2ª ed., 1924), 576 p. (Marx-Studien II). [De próxima publicación en Siglo XXI Editores.]

² Carta a K. Kautsky, citada en el prefacio de Braunthal, *op. cit.*, p. 18.

³ *Ibid.*, p. 16.

formadas por comunidades de destino".⁴ Recurre a los conocimientos de la ciencia social de su época en una investigación multidisciplinaria de la que el marxismo sólo es una de las componentes ideológicas, esencial ciertamente, pero no exclusiva. Las influencias del ambiente intelectual de la época se articulan en torno al nacimiento de la escuela "austromarxista", de la cual Bauer es el benjamín, y sus investigaciones se inscriben en la problemática de aquélla.

Con la obra de Bauer, la investigación marxista sobre la cuestión nacional se separa de los horizontes tradicionales. Su aporte, reconocido por sus opositores y sus críticos más severos —Kautsky y Lenin— desencadena un violento debate. "Mi definición de la nación [...] ha tropezado en el campo de la escuela marxista con una fuerte resistencia", y de ella se hace Kautsky el portavoz. En su respuesta a las críticas de éste, Bauer destaca lo que constituye el fundamento de su investigación y que no ha podido profundizar: la doctrina de las formas sociales, a partir de la distinción que hace Ferdinand Tönnies entre comunidad y sociedad, y del hecho de que la nación, concebida por Kautsky como una comunidad de lengua es, según ese esquema, una sociedad.⁵ En el notable y decisivo prefacio redactado en 1924 para la segunda edición de su obra, Bauer aclarará la articulación de su búsqueda, su evolución subsiguiente, al mismo tiempo que procede a un análisis crítico de su enfoque metodológico, sin por ello cuestionar la esencia de su teoría.

La polémica con Kautsky pone fin para Bauer a los debates teóricos sobre el concepto de nación. La tarea esencial, según él, se ubica en adelante en el campo práctico de la política concreta: definir la posición de la socialdemocracia frente a las luchas nacionales de la burguesía, luchar contra la penetración del nacionalismo en el movimiento obrero, ahondar en la búsqueda de las soluciones. Se sitúa en posiciones medias entre lo que él califica de afirmación o negación extremas del hecho nacional. La calma provisional que había tenido la cuestión nacional en la lucha por el sufragio universal, donde parecían concordar los intereses de las nacionalidades y los de la socialdemocracia, llega pronto a su fin. El conflicto entre socialdemócratas alemanes y checos, que tanto temía Bauer, se reanuda con una violencia mayor cuando la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría sitúa en primer plano la cuestión nacional en los Balcanes.

A partir de 1909, como destaca en su prefacio a la edición de 1924, Bauer abandona la creencia en la posibilidad de una solución pacífica del conflicto nacional en Austria y va cuestionando la teoría de la

⁴ Edición de 1924, p. 11.

⁵ Otto Bauer, "Bemerkungen zur Nationalitätenfrage", *Die Neue Zeit*, xxvi, vol. 1, 6 de marzo de 1908, pp. 792-802. [Incluido en el presente volumen.]

autonomía cultural personal que defiende en su obra. Si bien no llega a proclamar el derecho a la autodeterminación nacional, reconoce firmemente el derecho del proletariado de cada nación a escoger su propia solución, incluso dentro de Austria-Hungría.⁶ Es el blanco de la izquierda, tanto en Austria, donde su teoría de la nación es la discutida, como por parte de Stalin, que desfigura sus posiciones.

En comparación con su obra de 1907, la revisión que formula Bauer después del hundimiento de la Internacional, en agosto de 1914, y sobre todo a la luz de la revolución en Rusia, de que es testigo en su calidad de prisionero de guerra, tratará de las soluciones. Libre y de retorno en Austria en septiembre de 1917, se convierte en el jefe del ala izquierda del partido, y es autor, en enero de 1918, del "programa nacional de la izquierda" que estipula concretamente: "La socialdemocracia debe [...] reconocer el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Debe reconocer a cada nación, y a cada parte importante de una nación, el derecho de decidir por sí su organización estatal."⁷ De acuerdo con este programa y ante el hundimiento del imperio de los Habsburgos, Bauer reivindica el respecto del derecho a la autodeterminación para Austria y habla en favor de su unión a una gran república democrática alemana.

Líder del partido socialdemócrata con la primera república austriaca y uno de los personajes más destacados de la Internacional Socialista, Bauer se refugia en el extranjero después del putsch de febrero de 1934, que lleva a la instauración del fascismo austriaco, y muere en París en 1938.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

Otto Bauer, Aus seinem Lebenswerk [Otto Bauer, Extractos de su obra], presentado por Julius Braunthal, Viena, Volksbuchhandlung, 1961, 338 páginas.

Otto Bauer et la révolution, presentado por Yvon Bourdet, París, EDI, 1968.

Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international, Autriche, bajo la dirección de Georges Haupt y Jean Maitron, París, Editions Ouvrières, 1971, pp. 43-47.

⁶ Por ejemplo, Otto Bauer, "Die Gesamtpartei", *Der Kampf*, 1 de octubre de 1912.

⁷ Citado del prefacio de Braunthal, *op. cit.*, p. 29. Véase también Otto Bauer, *Die österreichische Revolution*, Viena, 1923, 294 p.

OBSERVACIONES SOBRE LA CUESTIÓN DE LAS NACIONALIDADES

1. LA NACIÓN

Mis estudios sobre la cuestión de las nacionalidades, sometidos a tan prolija crítica por el venerado maestro Karl Kautsky en el primer cuaderno suplementario de *Die Neue Zeit*, brotaron de dos raíces: por un lado, de la preocupación por algunos problemas de la *concepción materialista de la historia*; por el otro, de la necesidad práctica de adoptar una posición abarcadora y fundada frente a los *problemas nacionales* que dominan la vida pública de Austria y cobran creciente significación en las luchas políticas internas de los demás estados.

Marx y sus discípulos sólo pudieron poner a prueba la concepción materialista de la historia en pocos dominios de la investigación histórica. Por lo pronto, aquélla se aplicó a la comprensión de la historia de las luchas sociales y políticas y de las mutaciones del orden estatal y jurídico en su conexión con el desarrollo económico. Aquí la conexión entre la "base" económica y la "superestructura" ideológica carece de mediaciones, o sea que tampoco aquí hubo necesidad de analizar las ideas fundamentales del método histórico que Marx sintetizó en pocas frases sucintas, pero tanto más ricas en contenido. Por cierto que más tarde también aprendimos a ver bajo esta nueva óptica a sectores aislados del desarrollo de la ciencia y la filosofía, de la poesía, el arte y la religión, pero en tanto pudimos limitarnos a considerar estos dominios de la conciencia humana solamente de acuerdo a su contenido ideal, mientras que, por norma, el elemento formal presente en ellos y la oculta sustancia anímica y emotiva de su contenido de ideas se descuidaban y sólo se les podía prestar una atención ocasional, siempre nos pareció prescindible meditar sistemáticamente sobre los conceptos contenidos en los postulados de la concepción materialista de la historia y sobre su vinculación. Por más importante y fructífero que haya sido ese trabajo, no podemos sentirnos satisfechos con él. Debemos poner *todas* las manifestaciones de la conciencia humana, y no sólo lo que todas contienen de representaciones y resoluciones, sino también lo que contienen de disposiciones anímicas y sentimientos; no sólo su contenido en general, sino también las formas peculiares en que se

manifiesta este contenido, dentro de aquel contexto que el método marxiano de investigación histórica nos enseñó a descubrir. Para hacerlo, no precisamos en absoluto agregar a la concepción materialista de la historia un elemento nuevo, hasta ahora ajeno a él, sino que basta analizar lo que en ella está sintetizado, y desplegar lo que en ella está embrionariamente contenido. Así, por lo pronto, arribaremos a una *sociología formal*, vale decir a una distinción exacta de las diferentes formas de asociaciones e instituciones sociales. Luego esta *doctrina de las formas sociales* se convertirá en método de indagación concreta de los contenidos materiales de la conciencia histórica cuando aprendamos a comprender, por un lado, que las diferentes formas de los grupos sociales provienen de las mutaciones de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción y, por el otro, a exponer cómo cada uno de estos innumerables grupos sociales representa al individuo histórico concreto de acuerdo a una de las facetas de su determinabilidad; cómo la diversidad de los caracteres individuales, la peculiaridad personal de cada individuo, la peculiaridad de su pensar, sentir y querer, provienen justamente de que cada individuo es encerrado por otros de esos innumerables grupos, y de que en cada individuo se vinculan otros de esos grupos. De tal modo, la doctrina de las formas sociales es nada más que la *doctrina de los términos medios* que vinculan el desarrollo de los procedimientos laborales y las relaciones de producción con las manifestaciones concretas de la conciencia individual que, en rigor, son las manifestaciones empíricas inmediatas de la historia.

Ahora bien, tal sociología formal nos enseñará a distinguir en abstracto y esencialmente dos tipos de manifestaciones sociales, pero también a entender su interdependencia sometida a leyes. Los individuos pueden ligarse alguna vez a un grupo porque en cada uno de ellos por separado actuó determinativamente o actúa duraderamente (por lo cual hay que distinguir, además, si se trata de una vivencia y una experiencia comunes o solamente homogéneas) la misma fuerza, el mismo modo de existencia o el mismo destino. Aquí el lazo que vincula al grupo no es una norma que enlace a los individuos desde afuera, sino una fuerza que los vincula por dentro: el hecho de que el pensar y el obrar de cada uno por separado, junto a otras fuerzas, también determina una fuerza que no sólo vive en él, sino también en cada uno de los otros integrantes del grupo. Lo que para mí es lo mío, es lo suyo para todo otro compañero de grupo. Llamo *comunidades* a tales grupos. Pero por otro lado, los seres humanos también están vinculados por normas exteriores: por normas del obrar (moral, derecho), por normas de la relación intelectual (ciencia), por normas de la asociación de ideas con combinaciones fonéticas (lengua), etc. (por lo cual hay que distinguir, además, si se trata de normas necesarias, que

en general arraigan en la legalidad de la conciencia humana y, sin duda, sólo se van desplegando paulatinamente en el curso del desarrollo histórico, o de normas arbitrarias, que pueden reivindicar vigencia para determinados grupos meramente). Ahora bien, el sometimiento a la misma norma enlaza igualmente a los individuos en un grupo. Llamo *sociedades* a tales grupos. Distinguir las diferentes formas de comunidades y sociedades y exponer su interdependencia será la tarea de la doctrina de las formas sociales.

Ahora bien, de estudios como éstos provenía mi investigación de la esencia de la nación, pero las necesidades prácticas de la lucha política perturbaron su progresión metódica. La socialdemocracia austriaca vio hace años que las devastadoras luchas de las naciones por el poder dificultaban su lucha, y más de un suceso nos hizo temer que la clase obrera también pudiera ser arrastrada a la disputa nacional y que los antagonismos nacionales destruyesen la unidad y el carácter compacto del ejército proletario. En tales circunstancias, consideré que era mi deber publicar los resultados provisionales de mis estudios sobre la cuestión de las nacionalidades, aunque tenía perfecta conciencia del carácter defectuoso e incompleto del material por mí elaborado. En tales circunstancias, tampoco podía cargar mi libro con pesadas investigaciones metodológicas, a fin de no dificultar su inmediata eficacia política. Así fue que debí publicar mi teoría de la nación sin aquellas series de ideas que están en su base: sin el esbozo por mí trazado de una doctrina de las formas sociales, de un análisis de la doctrina, embrionariamente contenida en la concepción materialista de la historia de los grupos sociales, de los términos medios entre las fuerzas productivas y el individuo en vivo.

Seguramente, el autor de un libro no puede pedir que el lector se interese por la génesis de sus conceptos, pero en este caso debí contar la historia de mi libro a fin de poder poner en claro el antagonismo entre mi concepción y la de Kautsky acerca de la esencia de la nación.

Es que Kautsky ve la falta decisiva de mi libro, a partir de la cual se pueden explicar todos o casi todos los demás errores, en el hecho de que yo rehúso "reconocer como el lazo o, más bien, como el más fuerte de los diferentes lazos que unen a las naciones, lo que resulta abiertamente palmario: la lengua". Él cita un par de frases del primer capítulo de mi libro en las que enuncié que existen diferentes pueblos que se sirven de la misma lengua, mientras por otro lado los judíos no tienen una lengua común y, sin embargo, son una nación, para agregar: "Eso es todo lo que Bauer dice al respecto."

Esta exposición es incorrecta. El primer párrafo de mi libro no contiene sino observaciones preliminares introductorias que señalan el problema de la esencia de la nación pero en modo alguno pretenden

resolverlo. Sólo después me pongo a clasificar el material factual a partir del que debe procurarse elaborar tal solución, y para ello me sirvo de la historia alemana. Aquí se muestran las mutaciones de la lengua como manifestaciones subsidiarias, pero también y simultáneamente como instrumentos de las modificaciones del modo de existencia de la nación: a la transición al cultivo sedentario, al desarrollo de la propiedad particular de la tierra, al desmembramiento de la nación en estrechos círculos regionales de índole campesina y doméstico-económica a los que ya no vincula ninguna comunicación, sigue la diferenciación de la lengua en innumerables dialectos, de manera que, aún hoy, el campesino de la Alta Franconia y el campesino de la Baja Franconia, siendo descendientes de *una sola* tribu que una vez también tuvo *una sola* lengua, sólo pueden entenderse en una lengua extraña para ambos, aprendida en la escuela: la lengua literaria alto-alemán moderna.¹ Pero por otro lado, la historia alemana también nos enseña cómo, por lo pronto, de las relaciones de recíproca comunicación de las clases dominantes —antes, quienes vivían caballerescamente; luego, los cultos—, surge la tendencia a la creación de una lengua unitaria y cómo sólo por obra de la mutación completa de todas las relaciones sociales —primero bajo la dominación del capitalismo moderno, y luego del socialismo— la lengua unitaria se convierte en lengua materna de todo el pueblo. Recién después desarrollo sobre esta base empírica mi concepción de la relación entre nación y lengua, o sea que dicha relación no debe ser buscada en el § 1, sino en el § 10 de mi libro. En este capítulo mostré prolija y reiteradamente el hecho y la causa de que la nación sea, por necesidad, una comunidad de lengua; por ende, entre Kautsky y yo no hay disputa alguna acerca de ello. Pero no me puedo contentar con la comprobación de que cada nación usa una lengua común. Más bien pregunto por qué precisamente este círculo de seres humanos y no otro, o uno más estrecho, se sirve de la misma lengua. La cuestión de qué fuerza traza la frontera de la comunidad de lengua conduce al concepto de comunidad de comunicación,

¹ Kautsky rechaza la suposición de que las tribus alemanas desciendan de un solo pueblo y los dialectos alemanes hayan surgido de una sola lengua. Yo no considero ni refutada ni prescindible esta hipótesis. Pero si Kautsky no está conforme con ella, seguramente no podrá negar que cada uno de los miembros del pueblo alemán, muy diferentes en dialecto, moral, hábitos de vida y aspecto físico, salieron de cada una de las *tribus* alemanas durante un proceso de diferenciación que ya se operara en los albores de la historia. ¡Qué poderosa diferenciación subyace, por ejemplo, en la tribu franca o en la sajona! No pienso para nada en las partes de aquellas tribus que hoy están absorbidas en naciones extranjeras, sino en la diferenciación apenas menos ampliamente extendida dentro del marco de la nación alemana. Basta la consideración de este hecho para mi teoría de la nación.

y si ahora buscamos determinar causalmente las fronteras de la comunidad de comunicación llegamos por último al concepto de comunidad de destino a través del concepto de comunidad de cultura. Así, por supuesto, la lengua común también se me manifiesta como una connotación de la nación, pero en cuanto “medio de segundo orden”: “la historia común como causa eficiente, la cultura común y la ascendencia común [como] medios de su eficacia, y la lengua común, a su vez, [como] mediadora de la cultura común, producto y productora de ésta simultáneamente”. O sea que no niego que la nación sea una comunidad de lengua, sino que busco detrás de la lengua lo que la genera, produce sus mutaciones y determina los límites de su vigencia. Así como Marx busca detrás del “movimiento aparente” de la competencia el “movimiento real, pero sensorialmente imperceptible”, y detrás de las meras “formas de manifestación” del acontecer económico su “naturaleza interior”, la “relación real”, para mí la comunidad de lengua que, al decir de Kautsky, “resulta abiertamente palmaria”, es una “forma de manifestación” de formaciones sociales más complicadas que, como diría Marx, “están detrás de ella” y en ella “se ponen de manifiesto”, vale decir no hacen más que posibilitar su comprensión.

Mi análisis del concepto de nación descubre la *comunidad de cultura* detrás de la comunidad de lengua. Pero ahí, durante el período de la propiedad privada, se revela un movimiento discrepante: por un lado la descomposición paulatina de una cultura nacional unitaria —resulta indiferente si es la cultura del pueblo germánico o por ejemplo de la tribu franca— en innumerables círculos culturales más estrechos y tajantemente divididos entre sí, pero por el otro la reunificación paulatina de esos círculos más estrechos en una cultura nacional unitaria. Este proceso de resurgimiento de la unidad cultural (y por ende, también lingüística) de la nación debe ser investigado si se quiere entender el devenir de las naciones modernas. Ahora bien, yo he rastreado las fuerzas que vuelven a vincular las partes disociadas, los productos de descomposición de las viejas naciones que descansan en la comunidad de ascendencia y el comunismo gentilicio, y encontré que su eficacia en la sociedad feudal y en la capitalista quedó restringida, por lo pronto, a las clases dominantes, sólo que éstas, por obra de la comunidad de la cultura, que se servía de una lengua común como herramienta, se coaligaron en una comunidad nacional unitaria y rigurosamente delimitada, mientras las clases trabajadoras del pueblo seguían persistiendo en su retraimiento regional y quedaban excluidas de la vivencia común y, por ende, también de la lengua común de la nación. O sea que del análisis del proceso de surgimiento de la nación moderna, de la investigación de la fuerza que junta los miembros centrífugos, resulta el conocimiento de que sólo las clases dominantes

se vinculan en una comunidad nacional en determinado grado de su desarrollo; o sea que tan sólo ellas son connacionales, mientras que los estratos trabajadores del pueblo constituyen meramente "los tributarios de la nación". En cambio Kautsky objeta que con mucha frecuencia fueron precisamente los campesinos los más fieles custodios de la peculiaridad nacional. Pero el hecho de que el campesino no pueda ser despojado de su nacionalidad obedece a que por estar encerrado en un estrecho círculo cultural no lo pudo comprender ninguna comunidad de comunicación más amplia: de tal modo, él protegió su particularismo local contra la cultura y la lengua de todo pueblo extraño, pero así también quedó por lo pronto excluido de aquel gran movimiento que soldó en la moderna nación unitaria a las comunidades culturales regionales más estrechas. El hecho de que el campesino conserve el particularismo que fué creciendo en el dilatado proceso de diferenciación a partir de la nación unitaria del pasado no refuta el conocimiento de que en un grado de desarrollo que duró siglos quedara excluido del proceso de unificación del cual surge la nación unitaria del presente y del futuro. Por eso pude designarlo como "tributario de la nación".

Sólo las convulsiones sociales bajo la dominación del capitalismo moderno hacen que el proceso durante el cual se funda, o, más bien, se vuelve a fundar la unidad cultural de la nación, comprenda también a las clases trabajadoras del pueblo. Pero este movimiento se opera en dos formas: en las naciones *históricas*, que abarcan clases dominantes y dominadas, significa que los estratos trabajadores del pueblo también se conquisten una participación en la cultura nacional ya existente; en cambio en las naciones *ahistóricas*, que sólo constan de clases dominadas y explotadas, significa que recién surja una cultura nacional que ya no descansa en la mera trasmisión de antiquísimos elementos culturales sino que es viva y progresista. O sea que en los dos tipos de naciones modernas la lucha de clase del proletariado también tiene una sustancia nacional diferente, y en cada uno de los dos tipos tiene que cumplir otra función en el proceso de surgimiento de la nación moderna. Kautsky pasó completamente por alto esta distinción muy esencial para mi teoría de la nación. Yo designé la lucha de clase del proletariado como política evolucionista-nacional para decir con ello que la clase obrera de las naciones históricas recién en la lucha de clases conquista su participación en la cultura nacional viva de su pueblo, y en cambio Kautsky objeta que no tiene ningún sentido sostener esto de los eslovenos: de los eslovenos, que justamente son una nación ahistórica, o sea en cuyo desarrollo el ascenso de las clases bajas del pueblo también tiene una función muy distinta que en el desarrollo de las naciones históricas.

Pero la objeción más decisiva de Kautsky contra mi apreciación de la sustancia nacional de la lucha de clases es otra: él opina que el proletariado lucha por la posesión de la cultura internacional, no de la cultura de una comunidad nacional particular, y que una falta esencial de mi libro está justamente en que yo no separo los elementos culturales nacionales e internacionales, y en que siempre concibo la cultura sólo como cultura nacional, pero sin apreciar suficientemente su carácter internacional.

Kautsky llega a esta crítica de la manera siguiente: ve la cultura de las diferentes naciones como un todo y divide los elementos culturales en dos grupos. El primer grupo abarca aquellos elementos culturales comunes a todas o a varias naciones —la cultura internacional—, y el segundo grupo los elementos culturales propios de cada nación por separado: las culturas nacionales particulares. Así, por supuesto, puede decir que los elementos culturales internacionales constituyen una parte cada vez mayor de la cultura global, y que la clase obrera los anhela tanto como anhela la cultura nacional particular.

En cambio mi razonamiento no parte de una distinción abstracta de los elementos culturales de acuerdo al círculo de su vigencia, sino de una exposición histórica de las relaciones de las diferentes culturas nacionales. Ya en la parte histórica de mi libro (los capítulos sobre la sociedad feudal, la capitalista temprana y la socialista) mostré cómo una nación asimila elementos culturales extraños que crecieron primeramente en el suelo de otra nación; acto seguido, en la síntesis teórica, describí generalizando ese proceso de “nivelación material de los contenidos culturales”, y también expuse el extremo caso límite de la vinculación de varias culturas, de efecto igualmente fuerte, en un individuo: el caso del “mestizo cultural”; finalmente, dediqué un capítulo especial —los §§. 12 y 13 de mi libro— a probar que esa penetración de elementos culturales extraños, o sea la internacionalización de la cultura, no se tiene que combatir. O sea que es infundado el reproche de que no presté atención al carácter internacional de la cultura moderna. Pero no me contenté con la distinción lógica entre contenidos concienciales nacionales e internacionales, sino que intenté describir *psicológicamente* el proceso de asimilación de elementos culturales extraños. Ahora bien, ahí no se me podía escapar que las ideologías de cada nación no sólo siguen obrando en el espacio al ser adoptadas por otras naciones, sino que también continúan viviendo en el tiempo al codeterminar para todo el futuro el desarrollo de la ideología de la propia nación. Ahora bien, si en un grado superior del desarrollo de la sociedad surgen nuevas representaciones y nuevos modos de valorar, éstos entran en relación con los contenidos concienciales tradicionales de la nación, no es raro que luchen con ellos, y de tal manera

resultan transformados; si incluso los mismos elementos culturales son asimilados por varias naciones, en cada nación entran en relación con otros contenidos concienciales, y en cada nación adquieren una coloración nacional particular al luchar con su ideología particular, determinada por toda su historia. Este conocimiento, que se apoya en innumerables observaciones aisladas, es meramente una forma especial de manifestación de la ley general de la *continuidad de la conciencia humana*, la *apercepción nacional*, por mí descrita, de un modo especial de manifestación de una ley general de la psicología. No se debe pasar de largo ante este hecho si uno quiere entender, por ejemplo, por qué la manera de vivir, la poesía y el arte, la política; por qué también los elementos culturales que Kautsky sintetiza como cultura técnica; por qué el capitalismo y el socialismo, a pesar de la homogeneidad relativa de las fuerzas que hoy actúan entre ingleses y franceses, deben configurarse necesariamente en formas muy distintas que entre los alemanes; Kautsky no podrá explicar estas diversidades a partir de las diversidades idiomáticas. A pesar de la acción igual de las leyes del modo de producción capitalista, [se da] una conformación diferente de las ideologías, porque las fuerzas homogéneas del capitalismo trabajan en cada país un material psíquico diferente, cuya diversidad está fundada en la peculiaridad del desarrollo histórico de cada nación y hay que explicarla a partir de él; este conocimiento no sólo torna explicables las manifestaciones concretas de nuestra vida espiritual, sino que también nos libera de la ilusión de un carácter nacional inexplicable, de la mística del alma del pueblo. Pero, por supuesto, también nos muestra que la cultura internacional que el teórico, en camino hacia la abstracción, decanta a partir de muchas culturas nacionales particulares, no puede llevar una vida autónoma en parte alguna, y sí solamente ponerse de manifiesto en cada cultura nacional por separado. Las culturas nacionales son los receptáculos en que también está escondida la cultura internacional, vale decir los elementos culturales comunes a todas o a varias naciones. Así como la conciencia en general sólo se pone de manifiesto en la conciencia de muchos individuos, la cultura internacional sólo se pone de manifiesto en las culturas nacionales particulares. El teórico puede dividir los elementos culturales según el círculo de su vigencia, y de esta manera llegar a la distinción entre cultura nacional e internacional, pero poniendo abstractamente de relieve los elementos culturales comunes a todas o a varias naciones no se puede anular el hecho de que en ninguna parte se da otra cultura que la nacional, y que la cultura internacional no puede ser otra cosa que la suma de los elementos comunes a diferentes culturas nacionales. No se puede anular las diferencias de las culturas nacionales porque no se puede dar por no sucedida la historia de

las naciones. Por eso la lucha de clases del proletariado es una lucha por la posesión de la cultura nacional.

Ya en la disputa en torno al concepto de cultura nacional nos duele carecer de un análisis de las series de ideas sintetizadas en la concepción materialista de la historia. Semejante doctrina de las formas sociales mostraría cómo las manifestaciones ideológicas resultantes sólo se pueden explicar a partir del enlace de los contenidos concien- ciales formados por las nuevas relaciones de producción con los elemen- tos culturales transmitidos que arraigan en las relaciones de produc- ción de tiempos pasados; ésta sería la base teórica general de nuestra doctrina de la apercepción nacional, que a su vez es la base de nues- tra teoría de la función de la lucha proletaria de clase en el curso constitutivo de las naciones.

Pero sentimos con mucha mayor nitidez aún la falta de una doc- trina de las formas sociales si ahora ascendemos del concepto de comu- nidad de cultura al concepto de *comunidad de destino*, que le sigue en jerarquía. Si Kautsky piensa refutar mi definición de la nación al calificar también como comunidades de destino la comuna, el estado, el gremio, el partido, la sociedad por acciones, sólo lo puede hacer porque se ciñe meramente a la *palabra* comunidad de destino y no presta atención a la sólida delimitación que di a ese concepto, pues las formaciones sociales mencionadas por Kautsky son, según mi ter- minología, no manifestaciones de la comunidad, sino de la sociedad, o sea que de acuerdo a mi criterio tampoco son comunidades de destino. Acaso también haya dentro de la nación comunidades de desti- no más estrechas, pero en el § 10 de mi libro mostré que la dificultad de deslindar abstractamente de la nación a esas comunidades de destino sólo obedece a que representan justamente determinados grados del desarrollo hacia su transformación en naciones autónomas, en tanto la tendencia a la formación de una nación unitaria tampoco las com- prenda a ellas, las "tributarias de la nación". Estas comunidades más estrechas son "los productos de descomposición de la nación comu- nista del pasado y el material de la nación socialista del futuro". Si antes no las hubiese comprendido el proceso de unificación nacional, las comunidades de destino más estrechas dentro de la nación deberían convertirse en naciones autónomas.

Hemos ascendido de la comunidad de lengua a la comunidad de destino a través de la comunidad de cultura; si ahora desandamos el camino a partir de la comunidad de destino, atravesando la comu- nidad de cultura, llegamos por un lado a la sociedad de lengua, que sienta espontáneamente la comunidad de cultura, pero por el otro a la *comunidad de carácter*, pues la homogeneidad del destino produce el parentesco de los caracteres.

Kautsky quiere refutar empíricamente mi definición de la nación como comunidad de carácter cuando señala la gran diversidad de los caracteres individuales dentro de cada nación moderna. Pero sólo puede acometer ese intento porque concibe el concepto de comunidad de carácter en su sentido provisorio, como lo he establecido en el § 1 de mi libro, y no en su sentido desplegado y definitivo, que él puede encontrar en el § 10 de mi libro, pues aquí la comunidad de carácter ya no significa la similitud empírica de los caracteres individuales, sino el hecho de que en su formación trabajó una fuerza común a todos ellos, por más diferentes que hayan sido las demás fuerzas que con ella cooperaron. El carácter individual es la resultante de cuatro componentes: *uno* de estos componentes —el destino nacional, la cultura nacional— participó en la creación de la peculiaridad individual de todos los connacionales; donde quiera que los demás componentes sean similares, surgirán caracteres similares; donde los demás componentes sean diferentes, también los caracteres individuales provenientes de su cooperación con los componentes homogéneos serán muy diferentes. Pero la comunidad de *uno* de esos componentes, el componente nacional, también coliga en una comunidad de carácter a esos individuos que empíricamente difieren por completo.

Por supuesto, uno podría preguntar ahora si un concepto de comunidad de carácter nacional tan deslucido y completamente diferente del vulgar no resulta inútil. Pero la respuesta a esta pregunta recién la puede dar aquella doctrina de las formas sociales cuyos conceptos fundamentan mi teoría de la nación. Ella mostrará que no podemos referir el pensar y el sentir, el querer y el obrar de los individuos, que constituyen el contenido inmediato de todo acontecer social y por lo mismo el punto de partida de toda indagación histórica, al desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción si no es aprehendiendo aisladamente al individuo de acuerdo con cada faceta de su determinabilidad legal y ordenándolo de acuerdo con cada una de estas facetas a una de esas comunidades de carácter que provienen de la lucha de la humanidad con la naturaleza. De las diferentes relaciones defensivas de estas diferentes comunidades de carácter proviene, pues, la diferencia de los individuos. Por eso la búsqueda de estas comunidades de carácter es la tarea suprema de la historia como ciencia.

La comunidad de lengua de Kautsky es una sociedad; mi comunidad de carácter es una comunidad. Mi doctrina de las formas sociales probará que las sociedades deben ser referidas a comunidades, y que aquéllas sólo pueden ser comprendidas en cuanto sentadas por éstas. Espero, en tiempo no demasiado lejano, presentar sus ideas fundamentales al público. Hasta ese momento, debo aplazar la contro-

versia decisiva con Kautsky. Pero el hecho de que la crítica de Kautsky nos reconduzca a aquellos conceptos y series de ideas que constituyen la base de toda mi teoría y, sin embargo, no pudieron ser enunciados en mi libro, testimonia igualmente la escrupulosidad de la crítica de Kautsky y la exactitud de mi sistema: él me ataca precisamente allí donde, por razones externas y accidentales, todavía no pude dotar a mi posición de aquellas trincheras avanzadas que, tal cual espero, la asegurarán contra cualquier ataque.

2. EL ESTADO

El antagonismo entre Kautsky y mi teoría de la nación también determina nuestro antagonismo en la concepción de la relación de la nación con el estado. Así como Kautsky reduce la nación a la comunidad de lengua, también deduce el principio de la nacionalidad de las dificultades lingüísticas del estado multinacional. A causa de las dificultades que tienen sus miembros para entenderse, el estado multinacional es poco solvente, y por eso no puede subsistir. No conozco ningún caso en que un estado multinacional se haya ido realmente a pique sólo por la dificultad puramente técnica del [mutuo] entendimiento y las violentas luchas idiomáticas de Austria me enseñaron precisamente que en la lucha idiomática llegan a expresarse antagonismos mucho más profundos: si sólo se tratase de la cuestión técnica del [mutuo] entendimiento, todos los conflictos prácticos se dejarían superar sin dificultad, y resultaría fácil allanar la menor solvencia del estado multinacional. La violencia de las luchas idiomáticas y la dificultad de su solución arraiga precisamente en el hecho de que la nación es más que una mera comunidad de lengua.

Por ende, me resulta totalmente ininteligible cómo puede sostener Kautsky que yo estime en menos que él la fuerza del principio de la nacionalidad. El cuadro de la articulación política de la Europa socialista que bosquejé en el § 30 de mi libro no difiere en ningún punto de las concepciones que Kautsky desarrolla al final de su artículo. Yo fui aún más lejos e intenté demostrar prolijamente qué tendencias incluso aún dentro de la sociedad capitalista, tornan imaginable el despedazamiento de los viejos estados multinacionales. Mucho me sorprendería si en estas investigaciones, que a cualquier negriamarillo le deben parecer un sacrilegio, se pudiera descubrir tan sólo una huella de ese especial "amor" al estado multinacional de que me acusa Kautsky.

Por supuesto que una investigación muy poco cariñosa pero tanto

más sobria evidencia que el desmembramiento de Austria dentro de la sociedad capitalista no es justamente muy probable, y que sólo podría producirse a consecuencia de una convulsión imperialista mundial que no puede desear el proletariado de todos los países ni entrar en sus cálculos políticos. De ahí se sigue para la socialdemocracia austriaca el deber de luchar por lo pronto dentro del marco estatal dado a corto plazo, por un arreglo de las relaciones jurídicas nacionales que mejor corresponda a los intereses de clase y a la ideología de clase de los obreros. Sé que con Kautsky tenemos la misma opinión con respecto a la meta de esa lucha. Sólo que Kautsky señala los límites de solvencia de la autonomía nacional, y procura sacudir nuestra fe en la practicabilidad de nuestras pretensiones.

Por lo pronto, Kautsky enuncia que la autonomía nacional no puede resolver todos los problemas nacionales. Que el problema nacional no puede ser exhaustivamente resuelto en la sociedad capitalista yo mismo lo enuncié reiteradamente. Pero recién ahora se ventila vivamente en *Der Kampf* si los límites de la autonomía nacional no están más lejos de lo que podía parecer a una consideración fugaz. Aquí me doy por satisfecho con remitir a esta discusión.

Kautsky, además, combate la concepción de que la cumplimentación de la autonomía nacional eliminará los obstáculos que se enfrentan al logro de éxitos políticos-económicos y sociopolíticos prácticos para el proletariado. Quien haya leído el capítulo final de mi libro, donde se expone sin reservas qué impedimentos se enfrentan a tales éxitos precisamente en el grado más alto del desarrollo capitalista, no puede creer que yo precise más información al respecto. Pero ni siquiera Kautsky nos aconseja renunciar a la lucha por la autonomía nacional en aras de esa noción. Y claro que la autonomía nacional eliminará el peor peligro para el proletariado: la amenaza a la unidad del ejército proletario procedente de las luchas nacionales por el poder.

Finalmente, Kautsky duda de si la administración autónoma local, base de la autonomía nacional, puede ser conquistada contra la resistencia de la burocracia y de la burguesía. Lo más importante que tenía que decir en contra de ello lo sintetice brevemente en el quinto cuaderno de *Der Kampf*. Aquí Kautsky subestima las dificultades del estado multinacional: una severa crisis estatal que duró diez años ilustró a quienes tienen el poder sobre el hecho de que ellos, por cierto, no deben dejar completamente de la mano la administración interna, pero sí compartirla con el pueblo organizado en corporaciones autónomas para solamente asegurarle la pura vida al estado. Mientras nuestra administración no esté puesta sobre bases completamente nuevas, el estado no tendrá segura la vida ni un día; toda reforma administrativa burocrática naufraga contra los antagonismos nacionales;

la necesidad estatal de reconstruir la administración debe compatibilizarse con la idea democrática de la administración autónoma local para superar el impedimento de los antagonismos nacionales. Que la disputa por la autonomía de la Bohemia alemana, que lleva una década, sólo puede terminarse de esta manera ya lo reconocieron muy influyentes círculos burocráticos: no porque nuestra burocracia esté especialmente "agraciada por Dios", sino porque la penuria del estado también le inculca dialéctica. La fuerza del principio de la nacionalidad es tan grande que la férrea necesidad también empuja al estado multinacional a aproximarse a él; pero la autonomía nacional no es nada más que el principio de la nacionalidad interno al estado.

No obstante, como quiera que uno piense acerca de estas cuestiones del futuro, me resulta lo bastante importante ponerme de acuerdo con Kautsky en nuestras pretensiones y en el resultado práctico de mi libro para el presente. Sin embargo, nuestras diferencias de opinión quizás tengan su más profunda razón en un problema *táctico*. Ambos luchamos por una táctica unitaria y compacta del proletariado de todas las naciones. Kautsky cree poder fomentar cuanto antes esta meta si pone de relieve el carácter internacional de la cultura moderna, reduce la nación a la mera comunidad de lengua y deplora la diversidad idiomática como un impedimento para el [mutuo] entendimiento y el obrar unánime de las clases y los pueblos. Pero yo creo que sólo podemos batir al nacionalismo burgués, cuyo poder también fascina a compañeros aislados de nuestro campo, cuando descubramos la sustancia nacional de la lucha internacional de clases, la significación de la lucha proletaria internacional por el desarrollo y la difusión de nuestra comunidad de cultura nacional, y mostremos a cada cual que en el campo de batalla donde las clases miden sus fuerzas también se decide la prosperidad, el tamaño externo y la riqueza interna de las naciones. Así batiremos al nacionalismo en su más propio suelo. El arte de la guerra enseña a no esquivar al adversario sino llevar la guerra a su propio país. También en la lucha contra el nacionalismo nos puede instruir Hegel, maestro de nuestro maestro, quien sentaba como premisa de una de sus grandes refutaciones estas palabras: "La verdadera refutación debe meterse en la fuerza del adversario y ubicarse en el entorno de su vigor; combatirlo allí donde no está no favorece la causa."²

² En su réplica, Bauer desarrolla una idea totalmente nueva, la idea de una "sociología formal", que establece una distinción entre sociedad y comunidad sin la cual su teoría de la nacionalidad permanece ininteligible. En la búsqueda de las "comunidades de carácter" él ve "la tarea suprema de la historia como ciencia". Lástima que sus indicaciones al respecto no alcancen a someter a pruebas esa "doctrina de las formas sociales". Por eso me parece

NOTA DE LA REDACCIÓN

Soy tanto más capaz de hacerlo cuanto que, en rigor, entre nosotros sólo subsisten diferencias insignificantes acerca de la política práctica para con las nacionalidades. Únicamente debo reiterar que sigo sin esperar que en obsequio de la "idea democrática de la administración autónoma local" la burocracia austriaca dimita "porque la penuria del estado también le inculca dialéctica".

El estado no es un fin en sí mismo para ninguna clase: para todas ellas sólo es medio para un fin. Ninguna renuncia voluntariamente a sus medios de poder en el estado por amor a la conservación del estado: hoy nos lo muestra nítidamente la burocracia de Rusia, que preferiría dejar que el estado se vaya a pique antes que ceder alguno de sus medios de poder.

Ninguna clase interviene en favor del estado; todas lo hacen solamente en favor de determinada forma de estado. El estado por cuya conservación lucha la burocracia y cuya penuria le inculca dialéctica es el estado burocrático, y no el democrático. Ella recurre a todo para conservar el estado burocrático, vale decir para defenderse del estado democrático.

En la medida en que pueda hablarse de una diferencia táctica de opiniones entre Otto Bauer y yo, esa diferencia está aquí. Pienso que nuestros compañeros de Austria harán bien en tomar a pecho el postulado hegeliano, sobre todo frente a su burocracia.

KARL KAUTSKY

[De Otto Bauer, "Bemerkungen zur Nationalitätenfrage", en *Die Neue Zeit*, xxvi, vol. 1, 6 de marzo de 1908, pp. 792-802. Traducción de Conrado Ceretti.]

conveniente suspender la ulterior controversia sobre el concepto baueriano de nacionalidad hasta que aparezca su "doctrina de las formas". [Nota de Kautsky.]

JOSEF STRASSER (1870-1935)

Después de las elecciones de 1907 para el Reichsrat se inicia la descomposición de la organización sindical panaustriaca, primero, y después del partido, ante la oleada de nacionalismo que invade las filas del movimiento obrero. En efecto, son los sindicatos checos los que reivindican la independencia de la central de Praga respecto de Viena y acusan a los dirigentes de la central alemana de "pangermanismo". Después de los sindicatos checos, divididos en adelante entre "separatistas" y "centralistas", son los "centralistas" del partido en Moravia los que se separan del partido socialdemócrata checo y llegan hasta a presentar sus propios candidatos a las elecciones para el Reichsrat en 1911.

Esta crisis va a cristalizar en la formación de una extrema izquierda marxista que militará en favor de un "internacionalismo intransigente" en torno a Josef Strasser, entonces redactor jefe del Vorwärts de Reichenberg [Liberec], en Bohemia. Strasser nace en Cracovia. De familia vienesa, comienza estudios de derecho y milita muy pronto en la socialdemocracia, donde se sitúa desde el principio en el ala derecha. Colaborador del órgano central del partido, la Arbeiterzeitung, es enviado en 1900 a Reichenberg para dirigir la prensa partidaria, y allí se familiariza con la cuestión nacional. En cuanto se manifiestan las primeras señales de la crisis separatista, Strasser interviene en Der Kampf, la revista teórica del partido austriaco, y somete a crítica la política de la dirección. En los dos artículos sobre la cuestión nacional que publica en 1910-1911, previene contra la penetración de la terminología nacionalista en la socialdemocracia alemana de Austria y la emprende principalmente con Pernerstorfer, partidario de la Gran Alemania. Su librito polémico publicado en mayo de 1912, llamado "el manifiesto de la extrema izquierda en Austria" o "de la izquierda de Reichenberg" y donde presenta sus posiciones de modo algo esquemático y mecanicista por afán de popularización, halla mucho eco y se agota a las dos semanas de su aparición. En él ataca tanto la argumentación de los partidarios de la Gran Alemania en el seno de la socialdemocracia como implícitamente la de Renner sobre la grandeza y el poderío de la nación. Pero su crítica se dirige ante todo contra la concepción baueriana a la que opone su interpretación de la consigna de autonomía nacional de la socialdemocracia austriaca en la lucha contra el nacionalismo. Para Strasser, la razón de la descomposición

del partido está en su estructura federativa, que es una negación del principio internacionalista de organización unitaria y centralizada. En *Der Kampf* Otto Bauer somete su folleto a una crítica virulenta.¹ Persuadido de ocupar las posiciones del marxismo ortodoxo, Strasser apela al arbitraje de Kautsky, cuyas sugerencias ha utilizado en la redacción de su libro. Aunque en privado lo sostiene, Kautsky le niega la autorización de citar su correspondencia en su "anticrítica", añadida en apéndice a la segunda edición de *El obrero y la nación*. Esta obra es en cierto modo el canto del cisne de Strasser, quien poco después deja Reichenberg y va a instalarse en Viena en 1913.

Internacionalista durante la guerra se adhiere en 1919 al Partido Comunista Austriaco. Lenin, que lo considera uno de los mejores periodistas de lengua alemana, lo hace ir a Moscú en 1923. De vuelta a Viena en 1928, es durante un breve período redactor jefe del órgano del PC austriaco *Die Rote Fahne*. En conflicto con la dirección del partido, dimite de sus funciones y es excluido bajo la acusación de trotskismo.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international. Autriche, op. cit., pp. 301-302.

Josef Strasser, "Zum Internationalismus", *Der Kampf*, iv, pp. 294-298.

——— "Nationalismus und Sozialismus", *Der Kampf*, v, pp. 109-112.

——— *Der Arbeiter und die Nation*, Reichenberg, Runge, 1912, 61 páginas (1a. ed.).

¹ Otto Bauer, "Der Arbeiter und die Nation", *Der Kampf*, v, pp. 401-406. [Incluido en el presente volumen.]

EL OBRERO Y LA NACIÓN

I. LA CUESTIÓN

El ser humano es un hato de contradicciones. El individuo mismo, el "átomo de la sociedad", es una sociedad entera donde la mayoría de las veces las cosas resultan muy vitales, a menudo discordantes y en más de un caso discordantes hasta el suicidio. No dos, sino cien almas habitan el pecho incluso del más mísero de los seres humanos, y cada una aspira a la dominación exclusiva que, empero, no puede conquistar sin destruir la sociedad entera. Cada individuo, así como está constantemente en lucha con su mundo circundante, también lo está consigo mismo, y la historia de un ser humano sólo es inteligible en cuanto desarrollo de las contradicciones que constituyen su Yo. No sólo existen antagonismos de intereses entre diferentes individuos: *cada ser humano tiene intereses antagónicos.*

Así como en cualquier otra sociedad, también en el individuo se desarrolla una constitución, que comúnmente denominamos razón. Así como la constitución de un estado, si bien de modo no formal pero sí de acuerdo a su contenido, es nada más que un compromiso entre las clases que viven en ese estado, la razón, la constitución del individuo, es un compromiso entre sus diferentes apetencias, que sólo se desarrolla paulatinamente. Nadie viene al mundo con su razón; cada uno debe pagar caro por ella. Primeramente, damos libre curso a todas nuestras inclinaciones, partimos sin ninguna consideración en busca de la máxima obtención de placer posible. Al hacerlo chocamos con resistencias en el mundo exterior y en nosotros mismos. Por ejemplo tanto los obstáculos externos como también nuestra ambición, nuestra sed de goces, nuestro amor a los otros, etc., ponen límites a nuestra codicia. Comprendemos que no todos nuestros instintos se pueden desarrollar desinhibidamente, porque las contradicciones entre ellos, plenamente desplegadas, depararían nuestra muerte. A partir de las experiencias encontradas que hacemos, aprendemos a refrenar nuestras inclinaciones, a volver fructíferas nuestras contradicciones, a contradecirnos de manera práctica. Renunciamos a lo único, a lo mucho, a lo máximo, para no perderlo todo. Nos conformamos, hacemos

un pacto con nosotros mismos, nos tomamos razonables. La razón es el recuerdo oportuno de los palos recibidos.¹

No todos tienen la misma razón, ni pueden tenerla. Lo que para uno es lo más razonable, puede ser desatinado para otro. El varón tiene otra razón que la mujer, el anciano otra que el muchacho, el artista otra que el burócrata. Cada diferencia de nuestra disposición y de nuestras circunstancias condiciona una divergencia de nuestra razón con respecto a la de los demás. Quien no tenga *su razón*, no tiene absolutamente ninguna.

Lo que vale para el ser humano singular también vale para cada grupo humano, para una tertulia de café, un club de ajedrez, una sociedad filosófica, lo mismo que para un estamento, una casta, una congregación religiosa, una nación. También en cada *clase*, como, en cada individuo, existen antagonismos de intereses, y la clase sólo se puede mantener si domina esos antagonismos, si supera sus contradicciones, y es un signo fehaciente de decadencia el que una clase resigne su ideología, vale decir el que ya no pueda arreglárselas con sus contradicciones interna y externas.

Al igual que cada individuo, también cada clase debe engendrar a su vez su razón. Y así como el individuo no aprende con sermones sino solamente a partir de sus vivencias desagradables, la clase sólo aprende a partir de sus derrotas. Tomemos el *proletariado*. Ningún socialdemócrata cae del cielo. Acaso digamos que el socialismo es la cosmovisión proletaria, pero eso no significa que las ideas socialistas sean innatas al obrero. Él debe elaborarse trabajosamente su conciencia de clase. Nada es más extraño al proletariado en sus inicios que lo que éste tiene de más propio: la mentalidad proletaria. Él hace su entrada en la historia atacado por todos los prejuicios burgueses; la clase llamada a consumir la más pujante de todas las revoluciones sociales pende largo tiempo de ideales pequeñoburgueses y reaccionarios. Recién en el curso de una evolución tan dilatada como dolorosa, la realidad capitalista hace conscientes en los obreros las estridentes contradicciones entre sus concepciones burguesas consagradas —o sea su irracionalidad proletaria— y su situación social. El proletariado debe aguantar enormes padecimientos antes de librarse de sus tradiciones no proletarias, pararse sobre sus propios pies, “cuadrarse en sus propios trece” y desarrollar su propia razón, la proletaria.

Que la liberación de la clase obrera deba ser obra de los obreros mismos hoy se nos manifiesta como una verdad de Pero Grullo. ¡Pero

¹ Esta es también la opinión popular. Prueba de ello son los significados secundarios de las palabras: redomado, corrido, escocido, curtido, baqueteado, etc. Incluso el proverbio “El gato escaldado del agua fría huye” muestra que el pueblo sabe perfectamente por qué caminos llegamos a la razón.

cuánto le llevó al proletariado reconocer la necesidad de la lucha de clases! ¡Qué difícil le resultó tener noción de esa necesidad, con qué pasión defendió sus supersticiones y, en rigor, cuán a menudo seguimos viendo hoy día que grandes estratos del proletariado retornan a opiniones que hace rato dábamos por perimidas! ¿Qué es el revisionismo si no una recaída en concepciones burguesas, un intento de intercalar en la cosmovisión proletaria tal o cual prejuicio burgués? ¿Acaso la política de los bloques no es la vieja fantochada de la armonía? Todo el sentido que hoy levanta encopetadamente la reivindicación de ser tomado como resultado de la más reciente indagación científica ya tiene una edad venerable, procede de los años de la infancia del proletariado. El revisionismo no tuvo ni una sola idea original; sus doctrinas sólo son la formulación "científica" de los errores infantiles de que estuvo prisionero el proletariado al comienzo de la era capitalista. ¿Cómo se presentaba en ese entonces la cosa? La lucha de clases, que el revisionismo, si quiere ser consecuente, debe penar —porque una "colaboración" del proletariado con las demás clases, como enseña la experiencia, sólo es posible cuando los obreros abandonan el punto de vista proletario—, esa lucha de clases se manifiesta al proletario ingenuo como cosa imposible; mejor dicho, él no piensa absolutamente en su posibilidad. Busca su salvación en un buen acuerdo con el capitalista. Trabaja para su explotador como un caballo, lee cada deseo de sus ojos, es sumiso, rastrero, delata a sus compañeros de trabajo y, para abreviar, busca pescar una posición mejor practicando todos los vicios del esclavo. No sabe nada de solidaridad. En sus compañeros de trabajo no ve compañeros, sino competidores. No quiere avanzar en unión con los demás obreros y en la lucha contra el empresario, sino en la lucha contra los compañeros de clase y en paz con el capitalista. El defecto de su lógica está a la vista: su cuenta sólo puede ser correcta en tanto meros individuos saquen cuentas como él; si todos lo hacen, si deslomarse, menear el rabo y denunciar se convierten en uso general, a los empresarios les faltará toda base para recompensar la "integridad": sólo se premia a los chicos modelo cuando son la excepción. Con otras palabras: la moral de los deprimosalaridos y los rompehuelgas no puede ser a la larga la moral proletaria general, pues se vuelve imposible precisamente por su generalización. Así, los obreros terminan reconociendo que sólo pueden mejorar su situación si se coligan en la lucha contra la explotación. Por supuesto que de ahí a la madurada conciencia de clase lleva otro camino muy largo y fatigoso. Aunque el obrero ya sepa que él solo no puede conseguir nada, todavía está muy lejos de pensar que todos los obreros pertenecen al mismo género. En esta fase de desarrollo aún no se puede hablar de conciencia de clase, sino solamente de sus

primeros y desdibujados impulsos. El proletario aún no ve más allá de su fábrica, de su ciudad, de su rama; el obrero calificado aún mira con aristocrática soberbia al no calificado; el autóctono aún considera con hostilidad al "extranjero" inmigrado. Pero la verdad según la cual los obreros se deben unir *sin consideración de cualesquiera antagonismos que existan entre ellos* está cabalmente en marcha. Por cierto que la burguesía busca impedir el desarrollo de la conciencia proletaria de clase por todos los medios. No hay ningún antagonismo, ninguna diferencia entre los obreros que no se haya esmerado en aprovechar. Ella nutre el orgullo artificial propio de ciertos grupos obreros, azuza al obrero calificado contra el no calificado, hace fructificar los prejuicios religiosos y nacionales aún vivos entre los obreros. Pero sólo consigue demorar la evolución, y no frenarla del todo. Llegó el tiempo en que la admonición del *Manifiesto comunista*: "¡Proletarios de todos los países, uníos!", despierta ecos en miles y miles de corazones proletarios. El proletariado se ha labrado su conciencia de clase. Aún no están despiertos para eso los obreros de todas las profesiones, de todas las naciones; aún se puede volver a ofuscar a grupos aislados, e incluso a grandes grupos de obreros y, en rigor, perderlos, pero el reconocimiento de la pertenencia al mismo género de todos los obreros en la lucha contra el capitalista se ha convertido en una adquisición permanente de la *clase*.

Ahora bien, ¿qué significa la exhortación del *Manifiesto comunista*? ¿Quiere decir Marx que el interés de clase del obrero incluye el conjunto de sus intereses, de manera que, por ejemplo, obreros de diferente nacionalidad no puedan tener intereses antagonísticos? ¿U opina que dentro del proletariado son posibles los antagonismos de intereses, incluso nacionales, pero que todos los particulares intereses de grupo semejantes deben permanecer desatendidos a fin de que el interés global del proletariado no se quede en ayunas? ¿O a lo mejor es de la opinión de que los obreros no tienen intereses nacionales en absoluto, o sea que lo que uno llama así sólo es un interés burgués que por razones demagógicas aparece bajo un nombre equívoco?

Resulta evidente que dentro del proletariado hay antagonismos de intereses. Si dos obreros compiten por el mismo puesto de trabajo, ya tienen intereses antagonísticos. Ahora bien, si uno de ellos conquista ese puesto ofreciendo rendimientos por encima del promedio y planteando exigencias por debajo del promedio, acaso haya impuesto su interés personal momentáneo, pero al mismo tiempo empeoró las condiciones generales de trabajo, o sea perjudicó a su clase y con ello también disminuyó sus propias expectativas. Como todos los malos posaderos, sacrificó el futuro al presente. La tentación de tal economía aborda diariamente a los obreros, pero cuanto más a menudo sucumben

a ella, tanto más rápido reconocen que esa economía es irracional, que la masa de los obreros no puede salir a flote si no subordinan sus intereses personales al interés de clase. No ocurre de otro modo con los intereses sectoriales. Una mirada a la historia sindical inglesa nos muestra a dónde llegan los obreros cuando se cierran gremialmente unos frente a otros, y en la persecución de sus intereses profesionales hacen caso omiso del interés de clase.

Ahora bien, ¿cómo es el asunto con los intereses nacionales? ¿Acaso los obreros no se meten por camino errado cuando practican una política nacional en vez de una política de clase? Los demagogos nacionalistas lo impugnan. De acuerdo a su doctrina, la suprema, la más importante comunidad de intereses no es la clase, sino la *nación*. Ellos explican: la nación es un organismo, y las clases en que se disgrega son tan dependientes entre sí del mismo modo que los órganos aislados de un ser vivo están en interacción recíproca. Por eso los obreros alemanes, si quieren conquistar algo, deben unirse con los fabricantes, artesanos y campesinos alemanes y no con los obreros checos, polacos o italianos. No son todos los compañeros de clase, sino todos los compatriotas quienes pertenecen a un mismo género.

Esta teoría sólo es una modernización del cuento de la armonía de intereses. Sin embargo, la clase obrera no dejó de ser afectada por ella. La "socialdemocracia" checo-eslava, por obra de las peculiares condiciones en que viven los obreros checos, cayó bajo el hechizo de concepciones nacionalistas. Ella le cree al nacionalismo la conmovedora historia de Menenio Agripa, según la cual las clases bajas de una nación sólo pueden prosperar si sirven con abnegación a la nación, tal cual les gusta denominarse a las clases dominantes, exactamente como el organismo humano sólo puede seguir estando sano si los demás órganos proveen de suficiente alimento al estómago. Pero tampoco la socialdemocracia alemana ha conseguido mantenerse totalmente libre de pujos nacionalistas. Por supuesto que el nacionalismo aún no figura entre las fuerzas que en ella actúan. La masa de los obreros alemanes tiene una predisposición internacionalista desde su nacimiento y así, hasta hoy, el nacionalismo en nuestro partido no fue mucho más que una manía personal de compañeros aislados. Pero no existe un antagonismo de principio entre las concepciones del separatista Nemeč y las del socialdemócrata nacional Pernerstorfer. Ambos quieren lo mismo, y si el nacionalismo de uno es rabioso y topador, y el del otro civilizado y atemperado, ello no se explica por un antagonismo de sus concepciones fundamentales, sino por la diferencia de su situación histórica. Si los obreros alemanes siguiesen el camino que Pernerstorfer considera el recto, tarde o temprano deberían llegar a donde hoy están Nemeč y la mayoría de los obreros checos.

Hasta ahora los proletarios alemanes no han demostrado tener ninguna gana de echar a andar por ese camino. Ello movió a la demagogia nacionalista, que desde hace algunos años realiza desesperados esfuerzos por "retrotraer" al proletariado "a su deber nacional", a podar de socialismo a sus doctrinas, probando fortuna con una mezcla de socialismo y nacionalismo. De acuerdo con esto, el ser humano es un anfibio: una vez pertenece a una clase y otra vez a una nación. Una vez es alemán, francés o inglés, y otra vez fabricante, campesino u obrero. Tiene intereses de clase y tiene intereses nacionales. Y éstos nada tienen que ver con aquéllos. O sea que la clase obrera alemana, por mucho que luche por sus intereses de clase, debe librar la lucha nacional en unión con las demás clases del pueblo alemán. El proletario alemán, en cuanto proletario, puede hacer lo que quiera: en cuanto alemán, tiene tanto interés por los más sagrados bienes de la nación alemana como el capitalista alemán, y por eso debe ir junto a éste si se trata de cuestiones nacionales.

Esta teoría que, naturalmente, jamás fue formulada de modo claro, halló resonancia entre nuestros compañeros con predisposiciones nacionales, y en la masa de los obreros alemanes, a pesar del más decidido rechazo al nacionalismo, tampoco existe claridad acerca de lo que pasa propiamente con los diversos y más sagrados bienes de la nación. Examinémosla entonces de una vez. ¿Cómo se comportan los intereses de clase y los intereses nacionales entre sí? ¿Son realmente independientes unos de otros? Y si tal no fuese el caso, ¿modifica el interés de clase el interés nacional o quizás sea a la inversa? Intereses de clase e intereses nacionales, ¿se contradicen recíprocamente? Y si así fuere, ¿cómo hay que resolver esa contradicción? ¿Mediante un compromiso? O si tal cosa no fuese posible o conveniente, ¿qué interés es superior, el nacional o el proletario?

II. LA GRANDEZA Y EL PODER DE LA NACIÓN²

"La meta de toda política nacional es la grandeza y el poder de la nación."

Los nacionales ingenuos creen eso, y los doctos, para quienes el nacionalismo sólo es una herramienta demagógica, sostienen al menos que lo creen. Los nacionales socialistas, en cuanto "políticos realistas", pertenecen naturalmente a los ingenuos; su entusiasmo por la gran-

² Considerado rigurosamente, no se puede hablar en absoluto del poder de una nación, porque ninguna nación está organizada como nación. Pero no hemos de considerarlo rigurosamente a fin de simplificar la discusión.

deza de su nación es genuino. No maravilla, pues, que los separatistas, los más ingenuos de los ingenuos, hagan una política como si la meta del movimiento obrero no fuese la socialización de los medios de producción sino la elevación del pueblo checo a nación de naciones. Por supuesto que las masas de obreros alemanes jamás vieron aún como meta de la política proletaria la grandeza de su nación. De todos modos, Pernerstorfer pudo atreverse a sostener en asambleas, sin topar con contradicciones: “¡Lástima por cada hombre al que la nación alemana pierda en otra!”

Pero los nacionales de ninguna manera nos dispensan de su cólera en aras de esa única justificación. Ellos sostienen que a nosotros nos importa un maldito diablo la grandeza de la nación alemana. Ahora bien, este reproche incluso mortificó a compañeros que de ordinario parecen ser inaccesibles a impulsos nacionales o nacionalistas,³ y que se esmeran por desvirtuarlo (según creen, como socialdemócratas y no —¡ni por asomo!— como nacionalistas). Ellos ya encuentran trazada la senda de esa refutación. Allí donde la ideología religiosa seguía siendo tan fuerte en las masas que obstaculizaba nuestra agitación, inventivos compañeros descubrieron que, en propiedad, los socialdemócratas somos mucho mejores cristianos que la gente que anda constantemente con el nombre de Cristo en la boca, y que el cristianismo —el verdadero cristianismo— tiene mucho más en común con el socialismo que con el cristianismo oficial. Ahora bien, según este método también se “mata” a los nacionales. Se les opone el hecho de que con nuestro trabajo político, sindical y de otra índole hacemos mucho más por el proletariado alemán y, de ese modo, por la nación alemana, que todos los partidos nacionales juntos; o sea que podemos denominarnos buenos alemanes y, en rigor, hasta —¡vean!— mejores alemanes que los nacionales; que somos nacionales en el más noble sentido de la palabra.

Por supuesto que lo que uno tiene que representarse como buen o si no como mejor alemán sigue siendo un oscuro misterio, pues los peritos en germanidad de nuestro partido guardan obstinado silencio al respecto y nosotros, internacionales profanos, nada entendemos de la cosa. Pero de esto hablaremos más tarde. Ahora nos interesa otra cuestión: los compañeros que se defienden con tanto celo de los ataques de los nacionales contra nuestra insuficiente germanidad y nos quieren hacer aparecer desde todo punto de vista como buenos alemanes, presuponen —si no, en rigor, su empresa sería plenamente ininte-

³ La diferencia entre sentimientos nacionales y nacionalistas me parece demasiado sutil. Encuentro que nacionales y nacionalistas no tienen diferencias esenciales entre sí: el nacional sólo es un nacionalista recortado, medurado, pero al fin y al cabo un nacionalista.

ligible— que para un socialdemócrata la grandeza y el poder de su nación no pueden ser indiferentes. ¿Cómo llegan a esa hipótesis? ¿Acaso opinan que la justeza de la frase: “Lástima por cada hombre al que los alemanes perdamos en otra nación” debe iluminar de suyo y sin pruebas a cada uno? A la aplastante mayoría de los obreros alemanes no la ilumina. Ésta cree que la tarea de los obreros consiste única y exclusivamente en hacer tan grande y poderosa su clase como para poder superar a la sociedad burguesa. Si este parecer es anticuado, si los obreros han de creer ahora que el proletariado de cada nación tiene encima que luchar por la grandeza y el poder de su nación, los reformadores nacionales del socialismo deben hacer el intento de proporcionar una prueba de la justeza de su concepción. O sea: ¿qué interés tiene la clase obrera alemana en que la nación se vuelva lo más grande y poderosa posible, en que haya la mayor cantidad de alemanes posible? S.s.l.r. [Se solicita la respuesta.]

Hasta que se presente esa respuesta, supongamos que exista tal interés. Entonces encaramos una nueva cuestión. Si los socialdemócratas de cada nación deben desear tener la mayor cantidad de paisanos posible, ¿cómo se ha de comportar entonces el proletariado de una nación ante el crecimiento y el afán de poder de las demás naciones? Hay dos posibilidades: o los socialdemócratas alemanes tienen interés en que también se desarrollen las demás naciones, y entonces resulta un enigma por qué hemos de recalcar precisamente nuestro interés por el desarrollo del pueblo alemán, o el crecimiento de las demás naciones nos perjudica a los socialdemócratas alemanes, y entonces los obreros de diferentes naciones deben combatirse unos a otros; entonces el “¡Proletarios de todos los países, uníos!” es un sin sentido incurable; entonces tiene razón el separatismo. Es claro:

*El caso que tan simple se presenta,
es muy enmarañado y complicado...*

y nuestros compañeros nacionalalemanes, con sabia autolimitación, también han renunciado hasta ahora a entrar en la disquisición de estas espinosas cuestiones.

La cosa es mucho más simple para los nacionales burgueses que para los socialistas. Aquéllos pueden decir: en la mesa de la vida no hay cubiertos para todos. Y así como no todos los individuos pueden lograr desarrollarse a gusto propio y ajeno, así como en rigor muchísimos hasta se atrofian y deben sucumbir en la penuria y la miseria, igualmente no todos los pueblos pueden ocupar un lugar al sol. Por eso es inevitable la lucha entre ellos, y cada uno debe afanarse por volverse lo más grande y poderoso posible. Quien nada quiera saber de esta lucha, quien parlotee sobre la fraternización de los pueblos, es un tonto, cuando no un mal tipo. Que se den muy especialmente por

avisados los obreros. Acaso el proletario —justamente, el mundo es imperfecto— se contente con una suerte más modesta que el fabricante, pero si una nación se sabe hacer respetar, con ello no sólo gana su burguesía, sino también su proletariado. Prueba: Inglaterra. Sólo porque Inglaterra fue el taller del mundo los capitalistas ingleses pudieron otorgar a sus obreros condiciones tan favorables de trabajo. O sea que el obrero inglés estaba interesado en que Inglaterra siguiese siendo la proveedora del extranjero, la dueña de grandes colonias. ¿Todavía se precisa otra prueba de que incluso para la clase obrera la mejor política no es el internacionalismo sino el nacionalismo; que no es el antagonismo de clase sino el antagonismo nacional el de mayor significación?

Despacito. Precisamente el ejemplo de Inglaterra prueba lo contrario de lo que debe probar. En esto prescindimos totalmente del hecho de que los cuentos sobre la brillante situación de la clase obrera inglesa pertenezcan al reino de la fábula. Queremos suponer que la clase de los capitalistas ingleses cuidó de modo realmente paternal al proletariado inglés. Pero entonces debemos preguntar: ¿por qué ya no lo hace? La respuesta es muy simple: porque ya no puede. Inglaterra perdió su posición dominante en el mercado mundial, y con ello se tornó imposible el viejo tradeunionismo, que sólo era posible en condiciones totalmente desacostumbradas (por lo cual más de un erudito burgués lo considera la política obrera más normal y razonable). El capitalismo se propagó por toda la esfera terrestre, y la agudización de la lucha competitiva entre las burguesías de los diferentes estados tuvo por consecuencia una agudización de los antagonismos de clase en todos los países capitalistas, incluso Inglaterra. Sin embargo, el proletariado inglés debe tardar en caer en la cuenta de que sólo mediante la más despiadada lucha de clases se puede liberar de su situación, y de que el tradeunionismo, alabado por su ejemplaridad, está en bancarrota.

Por lo demás, los nacionales socialistas ya no pueden invocar a Inglaterra, porque si no quieren resignar sus postulados socialistas deben rechazar toda explotación, no sólo la de una clase por otra sino también la de una nación por otra.

En cuanto socialistas, tampoco pueden hacer gala del argumento malthusiano según el cual existen demasiado pocos productos alimenticios para todos los seres humanos y para todas las naciones, y por eso la lucha es inevitable entre las naciones, como lo es entre los individuos, y cada nación debe afanarse por vencer a las demás, pues el desarrollo de la técnica ha intensificado tanto el rendimiento del trabajo humano que podemos sostener que en una sociedad racionalmente organizada, en una sociedad donde la producción ya no esté

restringida por la propiedad privada de los medios de producción, en tal sociedad ningún individuo ni pueblo alguno serán condenados a la miseria. La pedantesca cantilena según la cual siempre habrá pobres y ricos está perimida, y no habría que pensar en lo más mínimo que socialistas que quieren modernizar el socialismo puedan invocar tales “verdades” de los buenos tiempos idos.

Los nacionales —pero de nuevo sólo los burgueses, y no los socialistas— nos podrían objetar: aunque ustedes tuviesen razón con su rechazo al malthusianismo, seguirían estando equivocados. Incluso si existiesen los medios de hacer grandes a todas las naciones, el internacionalismo sería una doctrina errónea pues, por naturaleza, los seres humanos no son iguales. Hay pueblos nobles y naciones inferiores. A estas últimas les faltan las capacidades espirituales y morales para todo desarrollo superior, y resultan en balde todos los esfuerzos que uno emplea con ellas. Y si esas razas más elementales ya son capaces de hacer propias las conquistas de la cultura, no saben usar correctamente los bienes culturales. O sea que serían un constante peligro para los pueblos nobles.

Éstas son hablaturías, y los partidarios de la doctrina de los pueblos nobles y las naciones inferiores siguen adeudando hasta ahora todas las pruebas. Ni uno solo de los hechos que invocan es unívoco, pero muchos hechos hablan inequívocamente en su contra.⁴ Hemos visto que ni bien penetró en ello el capitalismo, los pueblos “inferiores” se transformaron en naciones de cultura moderna. El ejemplo más contundente nos lo ofrecen los japoneses, que pertenecen a la tan despreciada raza amarilla. En pocos decenios cumplieron la evolución del corrupto estado feudal al capitalismo y el parlamentarismo. Por lo demás, si nuestros buenos alemanes tuviesen alguna noción de la historia alemana, deberían saber que su nación no siempre fue considerada pueblo noble y, en rigor, que una vez fue despreciada, por ejemplo por los italianos, como bárbara, como “necio ganado alemán”. ¿Eso nos impidió convertirnos en un pueblo civilizado? Y el odio de los chovinistas franceses a los “sucios prusianos” y la mofa de los ingleses sobre los “chorizos alemanes”, ¿nos impide subir culturalmente cada vez más alto? Los checos, ¿desistirán por utópicos de sus empeños culturales dado que el señor Karl Hermann Wolf los designó nación inferior?

Pero ¿a qué gastar muchas palabras entre socialistas sobre las teo-

⁴ Naturalmente que no ignoro en absoluto que existen razas y, debido a ello, también diferencias raciales. Ni siquiera me permito impugnar que las peculiaridades raciales influyan sobre el desarrollo histórico. Sólo digo que los teóricos de la raza aún no constataron un solo hecho que justifique la política nacionalista.

¿tías del señor Wolf? En rigor, tampoco nuestros nacionales del partido quieren saber nada de su brutal nacionalismo. Ellos no tienen envidia de la grandeza y el poder de las demás naciones; ellos tan sólo quieren ver grande y poderoso al propio pueblo. Pero ¿por qué? ¿Por qué? Una vez más: ¿qué interés tiene el *proletariado* alemán en la grandeza y el poder de la nación alemana? Al final, ¿es el poder espiritual, cultural; es la cultura nacional la que une a los miembros de un pueblo en una comunidad de intereses?

Primeramente, no queremos tomar para nada en consideración el hecho de que toda cultura se vuelve cada vez más internacional, de manera que la cultura "nacional" se manifiesta cada vez menos apropiada para apoyar concepciones y exigencias nacionalistas. Supongamos que haya una cultura nacional en el sentido en que los nacionales, por lo menos para las ocasiones solemnes, hablan de ella.

Entonces, ¿liga la cultura alemana en una comunidad de intereses a las diferentes clases del pueblo alemán? ¿No hay en el terreno cultural, o por lo menos en una parte de ese terreno, por pequeña que sea, ningún antagonismo de clase, ninguna lucha de clases?

Ya la más fugaz consideración de la política cultural burguesa nos compele a negar esta pregunta. Por cierto que la burguesía no se levanta por principio contra todo desarrollo cultural. Si una conquista cultural tiene el efecto de intensificar o proteger los beneficios o incrementar las amenidades del consumo de los beneficios, la burguesía cae en un formal arrebatado de alegría. Pero un hecho cultural que no tiene ninguno de los efectos aducidos o bien es apropiado para asustar a los apropiadores de plusvalor, se le manifiesta a la burguesía como una triste aberración del espíritu humano y, en rigor, como un inicuo atentado contra los bienes supremos de la nación. Ella se resiste con uñas y dientes a cualquier democratización de la cultura porque ésta puede hacer más ávido y capaz para su defensa al proletariado. Y será cada vez más indiferente a todos los bienes culturales que, por cierto, no amenacen el lucro pero tampoco lo fomenten. Al igual que en todas partes, también en el terreno cultural tenemos antagonismos de clases y lucha de clases. Lo que los proletarios poseen de cultura se lo dio o bien la burguesía para hacer más rentable la explotación capitalista (¡escuela elemental!), o bien han debido arrancársela en dura lucha a sus explotadores. La clase obrera tiene otros intereses culturales que la burguesía. El burgués quiere una cultura que descanse en el trabajo y la incultura de los demás y conserve a esos demás en estado de esclavitud e incultura. Los obreros aspiran a un estado social donde estén unidos trabajo y goce cultural y hayan desaparecido la explotación y la incultura. La política cultural proletaria y la bur-

guesa deben seguir caminos tan diferentes como la política económica proletaria y la burguesa.

Pero volviendo a la grandeza y poder de la nación en el sentido corriente de esta frase hecha, ¿qué le interesa al burgués la grandeza y el poder de su pueblo; qué entiende en general por ello? El burgués del imperio alemán, ¿quiere por ejemplo que el alemán sea sano, vigoroso, animoso, inteligente, culto? Ni en sueños se le ocurriría algo así. Le da lo mismo que el obrero alemán se debilite por sobretrabajo y subconsumo y quede a merced de todas las enfermedades posibles; que traiga al mundo hijos enclenques y, en rigor, incapacitados para vivir, y muera prematuramente. Claro que reclama inteligencia y formación al obrero, pero sólo tanto cuanto sea necesario para el servicio de la máquina: lo que sobre que se vaya al demonio. Y, de remate, los obreros que piensan con su propia cabeza son un espanto tanto para el capitalista alemán como para cualquier otro. Él quiere un pueblo alemán sin pretensiones y sumiso. Los señores que sólo pueden hablar de la grandeza de la nación alemana con voz sofocada por la emoción nada tienen en contra de que la mayoría del pueblo alemán esté amenazada física, espiritual y moralmente por el capitalismo; de que degenerare —en rigor, lo quieren—, de que degenerare si eso es bueno para el negocio.

Por grandeza del pueblo alemán esos nacionalalemanes entienden la grandeza del beneficio de la clase de los capitalistas alemanes. Su nacionalismo significa militarismo, marinismo, política colonial, imperialismo: cosas que el proletariado debe desechar.

También en Austria la burguesía respalda al imperialismo. Pero éste no puede aparecer como nacionalismo, igual que en el estado nacional, en un país habitado por varios pueblos. Por más atropelladores que sean nuestros nacionalalemanes, no pueden, como hacen los nacionalistas del imperio alemán, contar los dreadnoughts entre los más sagrados bienes de la nación alemana. El nacionalismo austriaco no es gran burgués, sino de clase media y pequeñoburgués. No le interesan el ejército ni la flota, sino cosas muy distintas, y ante todo la lengua.

III. LA LENGUA

En lo principal, la disputa austriaca entre las nacionalidades se presenta como disputa lingüística. La mayoría de las cuestiones nacionales son cuestiones lingüísticas, y si uno observa el ajeteo de los nacionalistas podrá llegar a la conclusión de que para ellos nada hay más importante en este mundo que su lengua materna. La más mínima

La cuestión lingüística puede precipitar al parlamento y al gobierno en los más grandes apuros: en nuestro querido suelo patrio, los letreros callejeros y los carteles indicadores de las estaciones ya provocaron tempestades más salvajes que los más serios asuntos sociales. Entre los más sagrados bienes de la nación, la lengua parece ser el más sagrado de todos.

Pero es bien extraño que el ardiente entusiasmo de los nacionalistas por su lengua esté en contraste con... su tosca indiferencia ante su lengua. En parte alguna se habla y escribe un alemán peor que en el campo nacional. Entre las personalidades conspicuas de la Asociación Nacional no se encontrará demasiadas que puedan construir una frase correcta en alemán, y los escribas del nacionalismo, los jefes de redacción, bregan con la tan fervientemente amada lengua materna como con un mortal enemigo. Ellos piensan en alemán, sienten en alemán, pero no saben alemán. ¿Y qué hizo el nacionalismo para difundir y profundizar el conocimiento de la lengua alemana entre el pueblo alemán? Nada, absolutamente nada. O sea que parece haber una situación muy particular en su amor por la lengua alemana.

Y, de hecho, ese amor es exactamente tan grande como la *significación económica de la lengua* para aquellos estratos de la población en donde se reclutan las tropas de élite del nacionalismo.

Pero ¿es posible esto? ¿Acaso la lengua no es un bien "ideal"? ¿Qué tiene que hacer con la economía? E incluso suponiendo que la lengua tuviese una significación económica, ¿ésta no debería ser la misma para todos los compatriotas?

Vamos a ver.

En el proceso de producción del capital, en la fábrica, en el trabajo industrial, la lengua desempeña un papel totalmente subordinado. El proletario checo puede encontrar trabajo en una ciudad alemana aunque sólo domine muy deficientemente el alemán e incluso si, en rigor, no entiende una palabra de alemán. El obrero manual, exceptuando en todo caso al tipógrafo, no trabaja con una lengua, sino con madera, metal, hilo, etc. El territorio de su lengua materna sólo es una pequeña parte del territorio donde puede encontrar trabajo. Su libertad de desplazamiento no está restringida por su desconocimiento de la lengua; él no depende de ninguna región lingüística determinada. O sea que para él, en cuanto obrero, la lengua tiene que significar muy poco: no figura entre sus medios de subsistencia.

Pero hay procesos laborales que sin la lengua resultan sencillamente impensable, en los que la lengua desempeña *el papel de más importante medio de trabajo*, porque en esos procesos laborales el trabajo consiste en gran parte, si no en la mayor parte, en oír y hablar, en leer y escribir. Aquí figuran los trabajos que se efectúan en el proceso de

circulación del capital, en el comercio y las comunicaciones, en los despachos administrativos, en las escuelas, etc. Todos estos trabajos sólo se pueden ejecutar en determinada lengua. El maestro sólo en determinada lengua puede enseñar a los niños el temor a Dios, el patriotismo y demás virtudes. El burócrata debe increpar en determinada lengua a los partidos que perturban su tranquilidad: en rigor, sonidos inarticulados podían menoscabar la autoridad. O sea que la lengua es de eminentísima importancia para los *obreros del idioma*, como se puede denominar en resumen a funcionarios, maestros, abogados, etc. Un tejedor de Reichenberg puede ganarse la vida en Lodz o en Moscú con un par de términos en polaco y ruso, pero un maestro alemán, aunque sea el pedagogo más genial, resulta totalmente inservible si abandona la región germanoparlante sin dominar completamente la lengua del país que visita. El obrero del idioma, por oposición al obrero industrial, está ligado a la región lingüística. O sea que la magnitud de la región lingüística tiene una significación económica para él, pues cuanto mayor es la región de su lengua, tanto más oportunidades de trabajo tiene.

Ahora bien, los pueblos austriacos no viven en territorios cerrados, y ello da a los obreros del idioma de diferente nacionalidad la posibilidad de disputarse unos a otros los puestos escolares y administrativos e intentar un desplazamiento de las fronteras lingüísticas. Ahí el capital llevó a obreros checos a una ciudad alemana; obreros manuales, tenderos y hosteleros checos vinieron después, y también acudió un par de médicos y abogados checos. Ahora bien, ¿la ciudad es todavía alemana o de lengua mixta? El despacho y la enseñanza, ¿han de hacerse actualmente y como siempre en alemán, o en alemán y checo? Se empeña la lucha por la repartición pública y la escuela. La libran del modo más ardoroso los obreros del idioma y la pequeña burguesía, entre cuyos retoños se reclutan los obreros del idioma. Los alemanes quieren que el despacho y la enseñanza se hagan solamente en alemán, y los checos que también se hagan en checo, pues cada repartición pública, cada escuela, significan la oportunidad de trabajar para tantos y tantos obreros del idioma, y según y conforme se resuelva determinada cuestión lingüística las condiciones económicas de existencia de un grupo de obreros del idioma mejorarán a costa de los demás. *La disputa lingüística es una disputa económica entre los obreros del idioma y los pequeñoburgueses de diferentes naciones.*

La significación económica de la lengua para los obreros del idioma se intensifica aun más por obra de la mentalidad burguesa y, en rigor, pequeñoburguesa-gremialista de los obreros del idioma. Ni bien toma conciencia de su clase, el obrero manual libra la lucha por el mejoramiento de su situación, no buscando pisotear a sus colegas de trabajo

sino esmerándose por engrosar en unión con ellos la participación de su clase en el producto del trabajo. El obrero del idioma es distinto. A él todavía le repugna conquistarse una existencia mejor mediante la aplicación de métodos proletarios. Él lucha por el engrosamiento de su participación individual en el producto del trabajo, quiere ir para adelante a costa de sus colegas. Ello conduce al arrivismo y a la formación de camarillas. Ahora bien, todas las cosas posibles pueden tener el efecto de formar camarillas: un título nobiliario, la fortuna, relaciones, formación, religión, "raza" y, naturalmente, también la nacionalidad. Los obreros alemanes del idioma no se contentan con la exigencia: en el territorio que consideramos alemán el despacho y la enseñanza sólo se pueden hacer en alemán. No reclaman meramente que en ese territorio maestros y funcionarios dominen a la perfección el alemán. No es el conocimiento de la lengua, sino la *nacionalidad* la que ha de dar calificación al funcionario y al maestro. Esta exigencia muestra nitidamente que el entusiasmo de los nacionales por la lengua alemana son patrañas, que para ellos no tiene que ver la lengua, sino solamente los intereses económicos de los obreros del idioma y de sus secuaces pequeñoburgueses, pues si fuese distinto, si el amor de nuestros nacionales por la lengua alemana fuese realmente tan ardoroso como pretenden, deberían saludar con alegría el hecho de que súbditos de otras naciones aprendan hasta tal punto la lengua alemana como para poder impartir clases o administrar justicia, y en países alemanes no habría que dificultarles el porvenir a esos no alemanes conquistados por la lengua alemana. Pero nuestros buenos alemanes son gremialistas del idioma. Sólo el alemán ha de poder aprovechar en la repartición pública y la escuela su conocimiento de la lengua alemana, y si el checo quiere hacer su despacho o enseñanza en alemán, eso será competencia desleal, por más que hable y escriba el mejor alemán. ¿Se precisa una prueba de que un socialista no puede tomar parte en tal política? Nosotros nos reímos de los nacionales cuando nos cuentan que ellos intercederán para que los fabricantes de la región germanoparlante sólo ocupen a obreros alemanes, y rechazaríamos por antisocialista la expulsión de los obreros no alemanes de la región germanoparlante, aunque fuese posible. ¿Por qué habríamos de darle rancho aparte a los obreros del idioma?⁵

⁵ Lo hicieron nuestros compañeros en el parlamento. En el debate sobre la moción perentoria de Körner, el compañero Seliger, en nombre de la fracción, dio el 20 de marzo de 1912 una declaración que dice: "El postulado «jueces alemanes para los distritos alemanes y jueces checos para los checos» tendría (si el pueblo eligiese a los jueces) una validez totalmente obvia. Por eso, incluso con la actual organización judicial, reconocemos la legitimidad del postulado que dice que para los distritos alemanes han de ser nombrados jueces alemanes, y para los distritos checos, checos, mientras que para los distritos

Si sostenemos que la disputa lingüística es una disputa económica entre los obreros del idioma de diferentes naciones, eso naturalmente no significa que no le competa al proletariado industrial y, en general, a los demás estratos de la población. También los obreros manuales tienen intereses lingüísticos, pero son de tipo totalmente distinto que los del obrero del idioma. Para éste la lengua es un medio de trabajo y subsistencia; para el obrero industrial sólo un medio de comunicación y de formación, lo mismo que para cualquier otro. Los obreros del idioma, naturalmente que no de modo confeso, son del punto de vista según el cual la población debe regirse por la repartición pública y la escuela, vale decir por las necesidades económicas de los obreros del idioma. Pero el proletariado debe declarar: ¡a la inversa! Repartición pública y escuela tienen que regirse por las necesidades de la población; el público no está para los obreros del idioma, sino los obreros del idioma para el público, y el punto de vista de los obreros del idioma es exactamente tan descabellado como sería descabellado que los zapateros declarasen que la población debe ser compelida a consumir más zapatos para que pueda darse ocupación a más zapateros.

O sea que el proletariado industrial tiene un interés muy distinto por la lengua que los obreros del idioma, y si los nacionales sostienen que la lengua es un bien común de todos los compatriotas y que por eso las cuestiones lingüísticas deberían ser tratadas de la misma manera por todas las clases de la nación, ello es sólo un intento de hacer que los obreros sirvan a intereses extraños.

Pero aunque no se pueda dudar de que diferentes clases de la misma nación tienen diferentes intereses lingüísticos, todavía no está probado que los intereses lingüísticos de las clases obreras de diferentes naciones armonicen entre sí. Sería posible que los intereses lingüísticos del proletariado alemán no sólo fuesen distintos a los de los obreros alemanes del idioma, sino que también estén en colisión con los del proletariado checo. ¿Cómo es la cosa?

Tomemos la cuestión escolar. En una ciudad alemana cualquiera la minoría checa lucha por una escuela. ¿Cómo han de ubicarse los obre-

mixtos se tienen que designar jueces de ambas naciones." Contra esto habría que notar: no es para nada obvio que en una jurisdicción alemana se elija solamente a un alemán, y en una checa solamente a un checo. En 1897, los socialdemócratas alemanes de la tercera circunscripción electoral vienesa quisieron enviar al parlamento al checo Nemeč, que a la sazón aún era socialdemócrata. ¿Por qué socialdemócratas alemanes no podrían dar también sus votos a un checo cuando se elijan jueces? Sólo podemos reclamar que un juez domine perfectamente la lengua en la que ha de hacer su despacho. Pero la exigencia de que esa lengua también deba ser su lengua materna no es fundamentable desde el punto de vista socialista, y la fracción también quedó adeudando la fundamentación socialista de su concepción.

los alemanes al respecto? Se sobreentiende que deben reclamar que los niños checos puedan aprender en la escuela tanto como los alemanes. Cuanto mejor sea la formación escolar con que el proletario llegue a la fábrica, tanto más fácilmente será ganado para la lucha de clases. Ahora bien, si uno mete a los niños checos en las escuelas alemanas, donde no pueden seguir la enseñanza por no dominar el alemán, no sólo no aprenderán nada ellos mismos, sino que también impedirán que los niños alemanes —a quienes ahora el maestro puede dedicar menos atención— aprendan tanto como en otra situación hubiesen podido aprender. Ya por esta razón, que también hacen valer los nacionalalemanes más inteligentes, los obreros alemanes deben respaldar la exigencia de erección de escuelas para la minoría checa. Pero también deben hacerlo porque no pueden querer que una formación escolar insuficiente ponga a los escolares checos en peligro de convertirse en deprimosalaris y rompehuelgas.

Y al igual que la cuestión escolar, también debemos tratar la cuestión de las reparticiones públicas. Los tribunales, la policía, cada repartición pública desempeña en la lucha de clases un papel, y un papel no muy agradable para los obreros en el 99% de los casos, que se tornará más desagradable aún si en su relación con las autoridades el obrero no sólo es perjudicado por la ley hecha contra él y agudizada todavía por la conciencia de clase de los funcionarios, sino también por su desconocimiento de la lengua (o, lo que es lo mismo, de la de los funcionarios). Por eso debemos exigir que las reparticiones públicas también tomen en cuenta las necesidades lingüísticas de las minorías.

O sea que mientras los obreros traten la cuestión de la lengua escolar y administrativa desde el *punto de vista obrero*, no podrán surgir entre ellos *disensiones nacionales*. Recién se podrán desarrollar tales diferencias cuando los obreros se dejen apartar del punto de vista proletario.

IV. EL TERRUÑO PATRIO

El terruño patrio figura entre aquellas cosas que, de modo muy especial, cantan y dicen de buena gana los jefes de redacción y los bardos de mitin. Pero en vano se buscará en sus farragosas y campanudas declamaciones sobre ese tema un contenido positivo. No se encontrará nada más que la aseveración: el suelo en que estamos asentados nos pertenece; la nación tiene derecho a su suelo, y todos los compatriotas, incluso los obreros, deben defender este derecho porque es igualmente valioso para todos.

O sea que el suelo alemán también instaaura presuntamente una comunidad de intereses entre el proletariado alemán y la burguesía alemana.

¿Cómo se presentan las pruebas de esa aseveración? Ante todo: ¿qué hay que entender por derecho de la nación a su suelo? Si ya en general no se puede loar, ni mucho menos, la claridad de la terminología nacional, la expresión *terruño patrio* y los derechos con él ligados pertenece en especial al palabrerío nacional más indefinido de todos, y puede asumir todas las significaciones posibles. Pero por más significados que tenga uno no puede probar con ella, como veremos, la existencia de una comunidad de intereses entre el proletariado y las demás clases de una nación.

Para que exista en general, una nación debe estar en alguna parte. Pero ¿se deja deducir de ahí un derecho de la nación a determinado territorio, cualquiera que sea el contenido de ese derecho?

Naturalmente que, de hecho, cada nación puede reivindicar tanto derecho como el que pueda sostener con la fuerza de las armas o de otro modo. Pero ahora no hablamos de esto. Aquí se trata para nosotros de la deducción ideológica del derecho.

Pongamos por caso que la sociedad humana entera esté unida en una sola comunidad, en una república universal. Entonces el conjunto, en interés del conjunto, dispondrá acerca del poblamiento y cultivo de todo el suelo, y el derecho de un grupo aislado a determinado territorio derivará del derecho del conjunto y, de ser preciso, podrá contar con su protección.

Pero ¿cómo es la cosa hoy? Hoy ninguna nación puede deducir del derecho del conjunto su derecho a determinado territorio. Debe buscar otro título jurídico cuando no le baste poder mantener su suelo con fusiles y cañones.

Hay variedad de esos títulos jurídicos. Pero aquí sólo nos interesa uno, a saber, el histórico, y justamente porque los nacionales, como toda la gente que piensa ahistóricamente, se apoyan principalmente en él. La lógica de los partidarios del derecho histórico es de una sublime simplicidad: dado que ya ayer una cosa era como es hoy, también ha de ser así mañana; dado que ni siquiera la gente de más edad puede recordar que alguna vez Krähwinkel fuese checo, el carácter alemán de Krähwinkel debe permanecer intacto para siempre.

Que la disputa sobre tales derechos históricos deba degenerar en pura niñería nos lo muestran las peloterías de los nacionalalemanes con los nacionales checos (por ejemplo, en torno a la angustiante cuestión de si hay que escribir Teplitz o Töplitz), verificada día tras día de la manera más divertida. Se entiende que también los separatistas hablen gustosamente de Huss y Zizka: ellos acaban de perder

la conciencia proletaria, pues el proletariado en cuanto clase revolucionaria no puede reconocer absolutamente ningún título jurídico histórico. No busca la fundamentación de sus concepciones jurídicas en polvorientos archivos, sino en la realidad viviente. El desarrollo económico remodeló el alma obrera, despertó en los obreros necesidades a las que contradicen todos los conceptos jurídicos consuetudinarios de la manera más ridícula, y así se transformó de raíz la conciencia jurídica, como en general la ideología entera del obrero. Para el obrero con conciencia de clase, derecho es lo que corresponde a los intereses de clase del proletariado: otro derecho no reconoce. Naturalmente, ello no quiere decir simplemente que ignore las relaciones jurídicas existentes, pues éstas son hechos y el socialdemócrata cuenta con los hechos. Pero la cuestión de cómo nos ubicaremos frente a las relaciones creadas por el orden jurídico burgués no es para nosotros una cuestión de derecho, sino de táctica o, como dice nuestro programa: buscaremos llegar a la meta con todos los medios convenientes que correspondan a la conciencia jurídica natural del pueblo.

¿Cómo nos comportamos, pues, con el derecho de la nación a su suelo, que está fundado en las leyes vigentes o ha de fundarse mediante una modificación de las leyes? En sí y por sí, no conocemos tal derecho. Depende de su contenido concreto el que lo aprobemos o lo desechemos. Lo defenderemos si lo demanda el interés proletario; si no, lo combatiremos. Con ello volvemos a arribar a la pregunta: ¿qué significa el derecho de la nación a su suelo?

Como ya se dijo, puede significar algo muy diferente. Supongamos que una nación hace el intento de someter a otro pueblo o bien expulsarlo de su territorio. ¿Cómo se ha de comportar el proletariado de la nación atacada? Acudirá a las armas, pero no porque los atacantes vulneren un derecho nacional o estatal, sino porque vulneran un derecho proletario. Como también la burguesía del pueblo agredido se pone a la defensa, ¿puede hablarse de una comunidad de intereses entre burguesía y proletariado? No; esa comunidad sólo existe por casualidad, sólo en apariencia: la burguesía lucha por intereses burgueses, el proletariado por intereses proletarios. Nada tiene que ver la guerra con el derecho de la nación a su suelo, por más significados que ello posea. Si aún tenemos presentes otros dos casos, esto se nos vuelve muy nítido: una nación hace que su ejército irrumpa en territorio extranjero para sofocar una insurrección de las clases oprimidas de ese territorio. O la invasión tiene por fin llevar la libertad a los oprimidos. ¿Qué pasa en ambos casos con el derecho de la nación a su suelo? Los dos nos muestran que ese derecho no es más que una frase de demagogos.

Pero aquí las posibilidades aducidas sólo tienen interés académico

para nosotros. Por cierto que los nacionalalemanes se desviven por echar a palos de este territorio a gimnastas y cantantes checos que han emprendido en el país alemán una "expedición conquistadora", pero ni siquiera en sus sueños chovinistas más locos se les ocurrió todavía que los checos les pudieran hacer guerra. Cuando se lamentan de que los checos vulneran el derecho de la nación alemana a su suelo, no aluden a una expedición bélica, sino a la pacífica inmigración de checos al país alemán. Los señores hacen como si esa inmigración fuese el más horroroso de los horrores para el pueblo alemán, y durante los años de crisis que tenemos por detrás, a fin de captarse a los obreros alemanes abordaron a los fabricantes con el reclamo de echar a la calle, ante todo allí donde fuesen necesarios despidos, a los obreros checos. Los fabricantes comprendieron cabalmente el valor demagógico de esa exigencia y la cumplieron en la medida en que lo permitían sus intereses comerciales. En esa época los periódicos nacionales podían anunciar muy a menudo y con satisfacción que en fábricas que debieron restringir su producción habían sido licenciados por lo pronto obreros checos. ¿Acaso esta "limpieza" del suelo alemán no estaban presente en el interés de los obreros alemanes?

No. El proletariado debe exigir libertad de desplazamiento. No por ninguna nebulosa representación de la libertad. En rigor, la libertad de desplazamiento es una libertad muy deshinchada. Sólo en apariencia le da al obrero la posibilidad de elegir a su albedrío el lugar de residencia. En realidad, significa que el movimiento del proletario sólo puede ser determinado por la necesidad de valorización del capital, y que él debe subordinarse a éste si no quiere morir de hambre o degenerar. Pero justamente por eso, dentro de una sociedad donde en la producción impera la más completa anarquía; la más completa libertad de desplazamiento es una necesidad económica. No obstante, si uno quiere la libertad de desplazamiento, también debe querer sus consecuencias, o sea, por ejemplo, la venida a territorio alemán de obreros checos. Un derecho de la nación a su suelo entendido como derecho a excluir a los extranjeros de la oportunidad de trabajar en ese suelo debe manifestarse como un dislate en la sociedad capitalista, y la enconada protesta de los nacionales contra la "marejada" eslava será una quijotada o una descarada impostura, en tanto no conozcan remedio alguno contra la inmigración de proletarios checos. Y si conocieran uno, los obreros alemanes deberían protestar contra su aplicación, y eso en su más propio interés, pues ¿cuál sería la consecuencia si ningún pie checo pudiese ya violar con su paso profano la santa tierra alemana? Si la montaña no va al profeta, el profeta va a la montaña: si los obreros checos ya no pudiesen inmigrar a territorio alemán, el capital alemán debería emigrar a territorio checo. Ya ocu-

rieron tales cosas. Ciertamente que desde su punto de vista, los obreros alemanes no podrían objetar nada contra tal placer ambulatorio del capital, pero en cambio deberían protestar porque se lo despertó artificialmente. El obrero alemán no tiene ningún interés en luchar contra la inmigración checa.

— Pero ¿cómo es el asunto con las demás clases, y ante todo con la burguesía industrial?

— Si el obrero alemán no tiene razón alguna para declarar la guerra al obrero checo (como con gusto lo verían los nacionales) cuando éste busca trabajo en tierra alemana, el fabricante de la región alemana hasta tiene todas las razones para fomentar la inmigración checa, y ésta, en rigor, incluso fue provocada ante todo por la necesidad de fuerzas de trabajo del capital. ¿Y la pequeña burguesía alemana? El tendero, el artesano y el hostelero, por buenos alemanes que sean, nada tienen que objetar contra la venida de checos mientras estos checos sean obreros, vale decir, consumidores, compradores, clientes de los pequeños burgueses alemanes. Ellos recién gritan cuando también aparecen en territorio alemán el tendero checo, el maestro sastre checo, o sea cuando los checos ya no son meros objetos de explotación para ellos, sino que también se les enfrentan como competidores y a lo mejor todavía les ocasionan molestias en la comuna. Para el artesano alemán, lo mejor es hacer del checo su aprendiz, y prefiere el ayudante checo al alemán; su conciencia nacional recién se despierta cuando el ayudante checo se autonomiza y rivaliza con él. Y la cosa no es distinta con los funcionarios, abogados y médicos alemanes, con toda la nueva clase media. El intelectual alemán hace muy gustosamente sus compras en los negocios de comerciantes checos si éstos venden más barato que sus competidores alemanes; habitualmente tiene una sirvienta checa, porque ésta es menos pretenciosa y más dócil que una alemana, y también se vuelve nacional recién cuando el checo compete con él. El conjunto de la burguesía alemana nada tiene contra la inmigración checa mientras ésta sea una inmigración obrera. Su sentimiento nacional recién se aviva cuando al obrero checo lo siguen el comerciante, el funcionario, el médico y el abogado checos. Y como a los pequeños burgueses alemanes les resultan antipáticos sus competidores checos, el obrero alemán ha de protestar contra la inmigración checa, y se lo inculpa de traicionar a la nación por no ser lo bastante estúpido para defender el derecho de la nación a su suelo —que es indiferente para la burguesía mientras sólo sea “vulnerado” por proletarios checos—, vale decir para dejarse azuzar contra sus compañeros de clase checos.

Todavía podría hablarse en otro sentido de un derecho de la nación a su suelo. ¿Acaso una nación no ha de poder reclamar la *asimilación*

de los extranjeros inmigrados a su territorio? Nuestros nacionales, en realidad, son de este punto de vista... lo que naturalmente no les impide hacerlo todo por dificultar y tornar asqueante la asimilación de los checos del territorio alemán. Pero ¿cómo ha de fundarse desde el punto de vista socialdemócrata el deber de asimilarse? ¿Qué se puede objetar desde el punto de vista socialdemócrata contra la plena chequización de una ciudad alemana o la plena germanización de una ciudad checa, presuponiendo naturalmente que semejante desnacionalización se consume sin compulsión ni empleo de la violencia?

En un artículo sobre la cuestión de las escuelas para las minorías nacionales (*Der Kampf*, III, 2), Ludo Hartmann acometió el muy interesante intento de fundar, desde el punto de vista socialista, el deber de asimilarse. Opina que, sin turbarse por ninguna ideología nacional, uno puede considerar la lengua sólo como medio de comunicación y de entendimiento; si hace esto, la asimilación, desde el punto de vista del conjunto se manifiesta como lo conveniente y por ende lo digno de esfuerzo. Por eso Hartmann desecha la escuela para minorías propuesta por Bauer (en la que también ha de ser enseñada la lengua de la mayoría), pues encuentra que dicha propuesta no parte del punto de vista colectivista, sino del individualista, y que su escuela para minorías apenas si puede ser apropiada para lograr su fin: facilitar la asimilación sin forzar a ello. Hartmann recomienda una escuela donde los niños no alemanes (debido a su deficiente conocimiento del alemán) sean tratados como alumnos menos capacitados.

O sea que Bauer trata la nacionalidad como cosa privada, y Hartmann no. ¿Quién tiene razón?

A primera vista, uno podría ser tentado de adherir a Hartmann, pues él parte de presupuestos cuya justeza resulta palmaria. Por principio, así como para el liberalismo todo es cosa privada, para el socialismo nada lo es. Éste considera todo desde el punto de vista del conjunto. O sea que debe buscar someter a la dirección de la sociedad lo que actúa sobre la sociedad. Y dado que la lengua no es socialmente indiferente, sino más bien sumamente importante, se sobreentiende que en la sociedad socialista las relaciones lingüísticas serán tratadas como un asunto del conjunto. Sin duda que este tratamiento también será el que desea Hartmann. El parlamento socialista universal declarará: La lengua es un medio de comunicación y entendimiento, pero las lenguas son un obstáculo para la comunicación, el poliglotismo contradice la función de la lengua, y esta contradicción se torna tanto más sensible cuanto más lenguas evolucionan a lenguas de cultura. O sea que debería tornarse insoportable la sociedad socialista donde cada lengua se convirtiese en lengua de cultura. Por eso, pongamos fin al poliglotismo, elevemos una lengua a lengua gene-

ral de comunicación, hagamos que la enseñen en todas las escuelas del mundo, y muy pronto se convertirá en la lengua única, o sea que cumplirá de la manera más perfecta el fin de la lengua: ser un medio de comunicación y de entendimiento.⁹

Así podría hablar el parlamento socialista universal. Pero hoy, dentro de la sociedad burguesa desgarrada en dos grandes clases y disgregada en innumerables estados, ¿quién puede usar semejante lenguaje? Ni siquiera nosotros, los socialistas, pues lo que pasa por alto Hartmann es que el socialismo en el poder y el socialismo en la oposición no son lo mismo y, por ende, deben servirse de diferentes métodos. Claro que también hoy el interés global del futuro determina nuestra acción: en eso Hartmann tiene razón. Pero sólo tenemos una posibilidad de representar el interés global del futuro, y es persiguiendo el interés presente del proletariado en cuanto clase a la cual pertenece el futuro. O sea que Hartmann se equivoca cuando dice: "Para hacerse un juicio sobre la cuestión germano-checa, los obreros no pueden partir del hecho de que en los territorios alemanes de Bohemia y de Viena las minorías consisten en su mayor parte de proletarios a quienes afectan en primer término los achaques que provoca la asimilación." Más bien debemos tratar esta cuestión, y sobre todo cada cuestión nacional, exactamente igual que todas las demás cuestiones: exclusivamente desde el punto de vista del proletariado. Para reconocerlo, sólo hace falta que uno piense hasta el fin la idea de Hartmann. Pongamos por caso que quisiésemos resolver la cuestión lingüística según su receta, o sea tratar la lengua sólo como un medio de comunicación y entendimiento. En una sociedad socialista, como se dijo, lo podríamos hacer: ni bien se hayan terminado la explotación y la opresión, la lengua entra realmente en consideración tan sólo como un medio de comunicación y entendimiento. Pero hoy no es así. Hoy no es indiferente para las clases poseedoras de la nación lo grande que sea la nación. Cuanto más checos haya, tanto más autoconsciente puede aparecer la burguesía checa y tanto más se hará respetar en el seno de la burguesía alemana y en el gobierno. O sea que hoy la lengua no tiene meramente la significación de un medio de comunicación y entendimiento, sino que

⁹ Cuando hablo de una lengua universal, naturalmente que no pienso en el volápiuk ni en el esperanto. Pero la mofa con que se agobia a los campeones de esas "lenguas universales" me parece que tira por encima del blanco. Su idea fundamental, según la cual debe ser posible una evolución lingüística consciente, es correcta. Al menos no resulta inteligible por qué nosotros no habríamos de poder dirigir conscientemente, al igual que otros procesos sociales y naturales, la evolución de la lengua. Por supuesto que para poder hacerlo, primero deberíamos dar con la ley evolutiva de la lengua, y el error esencial de los esperantistas, etc., consiste en que no comprenden esto. Ellos están "sobrecitados", pero no más que como lo estaban también los socialistas utópicos.

es una fuente de poder político. Por eso cada burguesía, donde puede, sale a hacer conquistas nacionales. En ningún caso se inclinará a resignar las minorías de su nación, pero sí se exaltará con la asimilación de los extranjeros de su territorio. En estas circunstancias, el camino que nos indica Hartmann es intransitable, pues no conduce a la meta: el deber de asimilarse no tendría por efecto la asimilación, sino que sólo conduciría a que la minoría fuese manipulada por la mayoría y la mayoría por la minoría. Ante todo, sería el proletariado quien lo padecería. Los obreros —tal como desea la burguesía— se excitarían nacionalmente, y esa excitación debería enturbiar su conciencia de clase y disminuir su idoneidad para la lucha de clases.

O sea que no podemos echar a andar por el camino que muestra Hartmann. Pero ahora, mientras resulte impracticable un arreglo de las relaciones lingüísticas que tenga en cuenta el interés global, sólo hay dos posibilidades: o bien entregamos las minorías nacionales a las naciones mayoritarias, vale decir a sus clases poseedoras, o buscamos forzar el tratamiento de la nacionalidad como cosa privada. Naturalmente que sólo podemos hacer lo último. La propuesta de Bauer, cuya realización daría a los checos de la región germanoparlante la posibilidad de asimilarse sin la obligación de asimilarse, es por ende la más correcta, pues trata la nacionalidad como cosa privada.

Pero ¿no dijimos que para el socialismo, por principio, nada es cosa privada? Muy bien. Pero también dijimos que el socialismo en la oposición es algo distinto al socialismo en el poder. Si hoy dirigimos al estado la exigencia de que, al igual que muchas otras cosas, trate la nacionalidad como cosa privada, eso no significa que hayamos renunciado a nuestros principios. Tampoco significa que consideramos socialmente indiferente la nacionalidad. Más bien significa que somos de la opinión de que aún no llegó el tiempo en que el conjunto pueda arreglar las relaciones nacionales en interés del conjunto, pero sí que pasó el tiempo en que las clases poseedoras las podían reglamentar de modo que correspondiese a sus intereses de dominación.

O sea que el socialdemócrata tampoco puede reconocer un derecho de la nación a su suelo, al que haya de corresponder el deber de asimilarse de los extraños a la nación, si no quiere estatuir, a despecho de todos sus principios, un derecho a la violación de las minorías nacionales.

El más crudo espectáculo de vulneración del derecho nacional al suelo lo dan los nacionales cuando pasa a manos checas una casa o un solar "alemanes". Ellos opinan que la propiedad privada de bienes raíces debería ser, en país alemán, privilegio de los alemanes. Tales privilegios se han dado: clases, naciones, razas, etc., fueron excluidas de la propiedad de la tierra. Pero el igualador capitalismo

arrasó con estos privilegios. Sólo conoce *un* privilegio: el de la billetera. Quien pueda pagar un solar, una casa o cualquier otra cosa, también puede adquirirla. Quien quiera restringir este privilegio, quien combata la igualdad de todo lo que tiene capacidad de pago, quiere retornar de la sociedad capitalista a situaciones precapitalistas, es un reaccionario; y los obreros que quieren pasar por encima del capitalismo no pueden tener comunión alguna con él. Pero incluso prescindiendo de ello, para el obrero resulta indiferente en qué manos se encuentra la propiedad inmueble, pues sólo está interesado como inquilino por la casa que habita, y le importa muy poco a qué nación pertenece el dueño de casa que lo explota. Por lo demás, si pueden hacerlo ventajosamente, los mejores alemanes también venderán sus casas a checos con la mayor tranquilidad. Incluso aquí vemos que los intereses económicos son más fuertes que los nacionales. El entusiasmo por el suelo patrio se enfría ni bien éste puede ser liquidado con beneficio. En rigor, ese entusiasmo es tan débil entre los dueños de casa, que el entusiasmo de los demás abrió a la especulación inmobiliaria un rendidor campo de actividad. Y las asociaciones protectoras alemanas, entre cuyas más enjundiosas tareas figura la conservación del suelo alemán en manos alemanas, hoy no sólo maldicen a aquellos alemanes que venden sus casas a los checos en vez de a ellos, sino también a aquellos que haciéndoles notar la existencia de generosos compradores checos, les exprimen los precios más altos por sus covachas. Tal es la dialéctica del nacionalismo. Éste siempre se lleva a sí mismo *ad absurdum*.

Por muchas cosas que uno se represente con el derecho de la nación a su suelo; el terruño patrio no instaura una comunidad de intereses entre la burguesía y el proletariado.

V. EL CARÁCTER NACIONAL

Naturalmente que entre los bienes supremos de la nación los nacionales cuentan también en cuanto "éticos" e "idealistas", el carácter nacional, y hasta lo declaran *el* bien nacional: en rigor, todo lo demás —dicen— recién cobra sentido y valor como medio de conservación del "noble tipo" alemán. Pero su mala suerte quiere que precisamente el carácter nacional sea el más cuestionable de todos los bienes nacionales. Es decir, que no exista en absoluto.

¿Qué hay que entender, pues, por carácter nacional? Habitualmente se lo define como la suma de aquellas cualidades físicas, espirituales y morales que son comunes a todos o por lo menos a la mayo-

ría de los miembros de la nación. Suponiendo que haya un carácter nacional en ese significado de la palabra, ¿qué vamos a hacer con él en la política, a la que, si los nacionales tuviesen razón, debería darle metas y contenidos? Pongamos por caso que todos los alemanes sean rubios, o sea que la rubiez pertenezca al carácter nacional alemán. ¿Qué nos hace? Para la política, la rubiez es y sigue siendo totalmente indiferente. O bien: en el carácter nacional alemán también se cuenta una cualidad que los alemanes mismos denominan escrupulosidad y los demás pueblos pesadez o detallismo. ¿Qué ha de hacer el político con ella? ¿Se oyó jamás algo acerca de una acción para conservar la tan célebre escrupulosidad alemana?

Pero sólo lo digo al pasar, pues nadie ignora que no existe en absoluto un carácter nacional en el sentido con que habitualmente se emplea la palabra. Naturalmente, no cabe duda de que siempre existe la tendencia a desarrollar tal carácter nacional. De las influencias a que está expuesta una nación, por lo menos algunas son iguales o si no similares para todos los miembros de la nación, y lo igual engendra lo igual, lo similar, lo similar. Pero también es cierto que la tendencia a la formación de un carácter nacional sólo se puede imponer muy imperfectamente en la sociedad burguesa, porque ahí la contrarrestan otras tendencias, y con tanta mayor fuerza cuanto más avanza el desarrollo del capitalismo. La escisión de la nación en clases, cada una de las cuales vive de distinta manera, siente de distinta manera, valora de distinta manera y elabora de distinta manera los mismos acontecimientos, impide el desarrollo de un nuevo carácter nacional y destruye el antiguo. A ello se agrega que el capitalismo impregna a cada nación de elementos extraños, y a cada parte de la nación de otros elementos: los alsacianos tienen otras peculiaridades que los bohemios alemanes. No hay que olvidar que tampoco todos los miembros de una nación viven en las mismas condiciones naturales; que la diferencia del clima, de constitución del suelo, etc., también tiene efecto diferenciador dentro de la nación: el alemán de la costa y el alemán de los montes tiroleses son seres humanos diferentes. En tales circunstancias, ¿qué resta del carácter nacional? Inténtese alguna vez aquellas cualidades comunes al literato vienés de café, al báltico, al financista de Berlín Oeste, al tejedor de Reichenberg (la serie se puede alargar a discreción). La molestia será en balde.

Pero aunque en el sentido usual de la palabra no haya un carácter nacional en absoluto o sólo existan comienzos o restos de él, se puede hablar sin embargo de un carácter de la totalidad de la nación, de un *carácter de la nación*. Por ejemplo, se pone de relieve como connotación distintiva de la nación francesa su ingenio. Pero ello no significa, aunque a menudo se lo conciba así, que todos o la mayoría de los

franceses sean ingeniosos, sino solamente que en el pueblo francés encontramos más hombres de ingenio que en otros países, no obstante lo cual éstos pueden seguir constituyendo una pequeña minoría del pueblo francés. Si en Alemania sólo uno de cada mil hombres posee *esprit*, mientras en Francia ya lo posee uno de cada cien, diremos de los franceses —aunque el noventa por ciento de ellos, o sea la aplastante mayoría, no sean ingeniosos— que son un pueblo ingenioso. Por obra de una lógica negligente, de ese carácter de la nación salió el carácter típico de los miembros de la nación. El parecer según el cual en el pueblo francés hay más hombres ingeniosos que entre otros pueblos se expresa desaliñadamente así: los franceses son ingeniosos. Naturalmente que también se puede decir: el francés es ingenioso. En un santiamén, salió del carácter de la nación, del carácter de la totalidad de la nación, el carácter nacional, el carácter común de los miembros de la nación.

El carácter de la nación es alterable. Su estructura corresponde a la estructura social de la nación, su desarrollo depende del desarrollo económico. O sea que exigir su conservación es una utopía, y una utopía reaccionaria. Nuestros nacionales declaman con mucho gusto acerca del tipo alemán... claro está que con ello no aluden al tipo alemán de hoy, sino a uno que ya pertenece al pasado y tan sólo despunta al presente en lastimosos restos. Por alemán ideal se representan al pequeñoburgués clásico, al pequeñoburgués cuya artesanía aún tenía un suelo dorado y que, con toda su estrechez de miras y limitación, era una persona cabal en su mundo. A ese pequeñoburgués lo disfrazan a *la* Sigfrido, le meten la Balmung* en el puño, lo sientan bajo luces de Bengala y ya está listo el alemán tal cual debe ser. Pero el pequeñoburgués —no sólo el que aderezaron para sí nuestros nacionales, sino también el que realmente existió una vez— no existe en nuestro mundo. Con la degeneración de la artesanía también degeneró naturalmente el tipo artesano. Conservarlo o, mejor dicho, querer despertarlo a nueva vida, equivale a querer restaurar sus presupuestos económicos. En la práctica eso desemboca en la exigencia de trabar el desarrollo económico con artilugios gremialistas, y en la teoría en la exigencia de retornar a un modo de producción precapitalista. Esto es pequeñoburgués, reaccionario, y de manera alguna socialista, revolucionario. ¿Cómo, pues, se han de entusiasmar proletarios y socialdemócratas con la conservación del carácter nacional?

Más aún: nosotros los socialdemócratas no sólo no queremos conservar los actuales caracteres de las naciones sino que trabajamos directamente por su destrucción. Y ello no sólo porque queramos eliminar

* Uno de los tres nombres de la espada de Sigfrido, Notung. [E.]

sus presupuestos sociales: el capitalismo y los restos de modos de producción precapitalistas. De ninguna manera aceptamos a cuenta la destrucción del actual carácter de la nación cual si fuese una consecuencia no querida pero inevitable de nuestra acción revolucionaria. Trabajamos por ella de modo consciente e intencional. ¿Qué significa entonces la frase: la socialdemocracia quiere educar al proletariado? Nada más que el hecho de que la socialdemocracia de cada país combate las insuficiencias y vicios específicos de su proletariado. Y puesto que las debilidades y errores de los proletariados alemán, checo e italiano pertenecen al carácter de las naciones alemana, checa e italiana, luchar contra ellos significa trabajar conscientemente por la remodelación del carácter de las naciones alemana, checa e italiana.

Pero además trabajamos en otro sentido por la modificación de los caracteres de las naciones. No sólo educando al proletariado alemán altera la socialdemocracia el carácter de la nación alemana, sino que también actúa sobre las demás clases de la nación alemana. Por supuesto que no didácticamente, como sobre la clase obrera, sino de modo totalmente distinto. Claro que hace veinte años todavía se oía frecuentemente en nuestras asambleas esta frase hecha: Debemos educar a nuestros adversarios en la razón y la decencia. Esta frase era una repercusión de la concepción utopista según la cual la sociedad socialista sería obra de seres nobles e inteligentes. A la sazón, muchos compañeros seguían creyendo poder imponer más rápidamente el socialismo si conseguían "esclarecer" y "mejorar" a los adversarios. Pero estamos totalmente apartados de esta concepción. Hoy cualquier socialdemócrata sabe que ninguna clase se suicida y que resulta imposible educar para la "razón" y la "decencia" a las clases interesadas en conservar la sociedad de la propiedad privada,⁷ porque para ellas justamente, razonable y decente son algo distinto que para nosotros. Hemos reconocido que debemos tener una influencia totalmente distinta a la pedagógica sobre los adversarios. Sabemos que en la lucha de clases, como en la guerra, importa mucho más desmoralizar al enemigo, y nosotros, día tras día, también hacemos un efecto desmoralizador sobre los enemigos de la clase obrera. Naturalmente que no en el sentido en que los queramos volver malos, cobardes, brutales. Nosotros

⁷ Se puede hablar en un sentido muy modesto de una educación de la clase de los capitalistas por los obreros. Los obreros pueden llegar a que los empresarios consientan ciertas exigencias sin arriesgarse a una lucha: si por ejemplo el obrero no aguanta que lo traten indecentemente porque tiene detrás una organización fuerte, el fabricante se dará cuenta de que también el obrero es un ser humano. Pero esta noción no es noción de las necesidades, sino del poder del proletariado, y los obreros no se la han aportado a los capitalistas desvariando ante ellos sobre la belleza de la idea socialista, sino mediante la lucha de clases; no con la fuerza de sus argumentos, sino con el argumento de su fuerza.

probamos que los argumentos con que ellos defienden el orden social burgués no son concluyentes. Ellos deben callar o responder a esto con mentiras; en cualquier caso, pierden su buena conciencia. Nosotros mostramos la contradicción entre sus teorías y su práctica, y ellos deben volver a callar o volver a mentir. Cada derrota en la lucha económica los humilla, cada batalla electoral que pierden debilita su autoconciencia. El incontenible ascenso del proletariado los vuelve inseguros. Se acoquinan, degeneran. Los señores orgullosos de su derecho y su poder se convierten en cobardes brutales. También de este modo el proletariado en lucha modifica los caracteres de las naciones.

Para prevenir malentendidos: si educando al proletariado alemán y desmoralizando a sus explotadores y opresores trabajamos conscientemente por la modificación del carácter de la nación alemana, se sobrentiende que no lo hacemos por ninguna razón nacional, sino solamente por una razón proletario-socialista. La educación del proletariado alemán por la socialdemocracia tampoco tiene una significación meramente nacional, sino internacional. No sólo porque entre los obreros alemanes vivan tantos y tantos proletarios no alemanes. Aunque en la región germanoparlante no hubiese un solo obrero no alemán, cada acto de elevación de la conciencia de los proletarios alemanes sería un acto de elevación de la conciencia de los proletarios en general. Y, naturalmente, cada victoria de los proletariados ruso, francés o inglés también modifica el carácter de la nación alemana, puesto que reanima al proletario alemán y deprime al pequeñoburgués alemán.

Detrás de la exigencia de los nacionales de conservar el carácter nacional sólo se oculta —exactamente igual que detrás de la exigencia de los clericales de conservar la moral cristiana— el deseo de las clases dominantes de poder efectivizar ahora como siempre sus “virtudes señoriales” y conservarle al proletariado los vicios del esclavo, la falta de pretensiones, la sumisión (que los nacionales denominan virtudes alemanas y los clericales cristianas), vale decir mantener la presente situación económica y política, la propiedad capitalista y el estado burgués.

El carácter de la nación tampoco instaure ninguna comunidad de intereses entre burguesía y proletariado; con respecto a él, ambas clases también tienen intereses contrapuestos; él también es objeto de la lucha de clases.

VI. EL SENTIMIENTO NACIONAL

Cuando a los nacionales no se les ocurre absolutamente nada más,

invocan el sentimiento nacional. Pruébeseles que los antagonismos que desgarran a la nación en diferentes clases son más fuertes que todas las comunidades nacionales, y se atrincherarán detrás del sentimiento nacional. Claro que por ellos no se puede averiguar nada más preciso acerca del contenido y la función de ese sentimiento. A juzgar por sus discursos, es una fuerza misteriosa, incomprensible para el burdo intelecto, que junta compulsivamente a los miembros de una nación a pesar de todo lo que los mueve a apartarse y enfrentarse recíprocamente.

Claro que el argumento del sentimiento nacional ya está refutado en el instante en que se torna necesario. Si frente a un compatriota a quien quiero ganar para el nacionalismo debo invocar el sentimiento nacional, ya incluso queda probado que o bien él no tiene ningún sentimiento nacional o bien que éste es demasiado débil para influir sobre su actitud política. En este caso me va como al cura que, frente al ateo a quien no se le impone absolutamente ninguna prueba de la existencia de Dios, invoca por último el "hecho innegable" de que a cada ser humano una voz interior le dice: Hay un Dios. Francamente no se puede ver lo que haya de hacer la referencia al sentimiento nacional frente a un ser humano justamente tan perverso como para no sentir lo nacional. Pero supongamos que se puedan provocar y regular sentimientos a voluntad; supongamos que la referencia a la fuerza del sentimiento nacional esté en condiciones de generar esa fuerza. Luego quedaría por probar que el sentimiento nacional es capaz de instaurar una comunidad política.

Examinemos acto seguido a nuestros nacionalalemanes. Si fuese verdad que el sentimiento nacional puede franquear la ancha grieta que separa a la burguesía de los obreros de una nación, debería poder ligar y cohesionar con mayor razón los diferentes estratos de la burguesía de una nación entre los cuales, sin embargo, no existen tan grandes antagonismos. Pero, como sabemos, no es éste el caso. Su sentimiento nacional no impide a los fabricantes alemanes hacer venir a país alemán a obreros checos. Por amor al vil Mammón, los mejores alemanes venden sus casas a checos. ¿Cuántos buenos alemanes hay que hagan sus compras en negocios alemanes si los checos venden más barato? El artesano alemán que no quiere aprendices checos y la ama de casa alemana que prefiere una sirvienta alemana a una "libusha", se pueden hacer exhibir como rarezas, etc., etc. El interés económico más débil puede más sobre los burgueses que el sentimiento nacional con toda su irresistible pujanza.

Pasemos del terreno económico al político y se nos mostrará el mismo cuadro. Los mejores varones alemanes pueden irritarse tanto por las bagatelas más ridículas y mezquinas que, guardándose su todo-

El poderoso sentimiento nacional en el velludo pecho, se muelan mutuamente a palos como si tuviesen delante al enemigo hereditario eslavo. Por ejemplo en Reichenberg, la "metrópoli de los bohemios alemanes", quedó libre un mandato en la dieta provincial. Dos nacionales se presentan como candidatos. Políticamente, se parecen como un huevo podrido al otro; ambos son notoriamente buenos alemanes. O sea que no se puede disputar acerca de principios en la lucha electoral. Por desgracia, ninguno de los candidatos electorales robó tampoco cucharas de plata; ambos son irreprochables hombres de honor, de manera que ninguno puede tampoco ganarse a los electores impugnando la integridad personal del otro. No obstante ello, se desarrolla una acalorada campaña electoral, pues uno de los candidatos... no habita en Reichenberg sino en Ruppertsdorf, un arrabal de Reichenberg. Inaudito; semejante persona quiere representar a Reichenberg en la dieta provincial! En rigor, ¿puede ponerse acaso en la cosmovisión de un reichenberguense? él, que aunque proveniente de una antigua familia reichenberguense, se rebajó a ruppertsdorfense, ¿es capaz de comprender todavía lo que ocurre en el alma de su reichenberguense? ¿No es una desvergüenza su candidatura? ¿A los reichenberguenses no les hace falta ningún ruppertsdorfense! Por todo Reichenberg retumba este grito de batalla, y el ruppertsdorfense, como es debido, fracasa oprobiosamente. No meramente una, sino cien veces, hemos presenciado tales historias, que siempre se vuelven a repetir. Todos los alemanes pertenecen al mismo género, "el suelo patrio debe ser más grande", pero si en cualquier parte se enfrenta durante una elección un "extranjero" a un candidato local (y para el nacido en Krähwinkel Norte el extranjero, la selva, ya empieza en Krähwinkel Sur), entonces su alemanidad importará un bledo, aunque se le reconozca su excelente calidad. Entonces se dirá: ¿Reichenberg para los reichenberguenses! Entonces el suelo patrio no podrá ser más pequeño. No sólo los intereses de clase, sino también los mezquinos intereses de camarilla pueden más sobre nuestros nacionales que su sentimiento nacional. ¿O finalmente esto no es en absoluto sentimiento nacional? ¿Al final la gente que se denomina buenos alemanes sólo son "buenos" reichenberguenses, linzenses, grazenses y kemmelbachenses? ¿No confundirán quizás sentimiento nacional con regionalismo de campanario y con localpatriotismo? ¿Qué es entonces el sentimiento nacional en general?

Si uno pregunta a un nacional en qué nota propiamente que siente lo nacional, recibirá esta respuesta: "Entre alemanes me siento mejor que entre no alemanes." En esta aseveración se mezclan verdad y error. El hombre debiera decir: "En un entorno al que estoy habituado y adaptado me siento mejor que en uno extraño." Él confunde lo habitual con el alemán; pasa por alto que no todo aquello a lo que está habi-

tuado es alemán, y que no está habituado a muchísimas cosas alemanas. Un azar cualquiera arroja a un lugarejo de la Suiza alemana, dejado de la mano de Dios, a un nacionalalemán criado en un pueblito bohemio alemán y que odia ferozmente a la minoría checa allí asentada. ¿Cómo resistirá esta prueba su sentimiento nacional? Es muy probable que, a pesar de vivir ahora entre puros alemanes y sin que ya ningún checo despierte su ferocidad, bien pronto se ponga nostálgico; que los compatriotas suizos sean para él mucho más extraños y molestos que los "Venceslaos" del pago; que el "Schwyzer Düttsch" [dialectal: el alemán hablado en Suiza] suene mucho más duro a sus oídos que el "Böhmakeln" [despectivo: "bohémique", el alemán bohemizado] del que a menudo se mofó en su casa. Si el buen hombre piensa; si se toma la molestia de dar cuenta de lo que vive, podrá hacer el descubrimiento de que lo que considerara sentimiento nacional es amor al pago, o sea algo totalmente distinto. Caerá en que el sentimiento nacional es un vínculo muy débil, y en que sólo nos podemos abandonar al engaño de que podría ligar a todos los compatriotas unos con otros si, debido a cualesquiera circunstancias, lo confundimos con sentimientos más fuertes, es decir: si le da pábulo cualquier interés económico o político fuerte.

De todos modos: hay un sentimiento nacional y aunque no sea lo mismo que el placer de lo habitual, como muchos, como la mayoría de los nacionales creen, es sin embargo el placer por determinado tipo de cosas habituales. O sea que es determinado tipo de pereza mental, de pesadez espiritual. . . *a propósito para apoyar una política conservadora y, en rigor, reaccionaria.*

Tal política no puede ser la política de la clase obrera. Por supuesto que el agrado por lo habitual tampoco es extraño al proletario; a él tampoco le falta del todo el sentimiento nacional. Pero en virtud de las circunstancias en que vive se preocupa porque no se fortalezca en demasía, porque su conservatismo no adquiera la primacía sobre su revolucionarismo. Por supuesto que se presentan excepciones, incluso como manifestación masiva, pero, tal cual lo veremos en el separatismo, no pueden ser de larga duración; deben volver a desaparecer con las circunstancias extraordinarias en que únicamente pueden surgir. Las condiciones de existencia del proletariado son menos estables que las de cualquier otra clase. Hoy el obrero está aquí, y mañana allá; en invierno trabaja en el telar, en verano de albañil; su existencia no está asegurada, cada día puede aportar una modificación radical de sus circunstancias. Está compelido a revisar continuamente su aprendizaje, a elaborar continuamente nuevas impresiones. A ello se agrega que lo habitual para él —de modo distinto que para el burgués— es muy a menudo lo insatisfactorio, o sea lo que no se manifiesta

apropiado para invitarlo precisamente a una permanencia confortable. Abreviando, todo se junta para hacer que su espíritu se vuelva más movedido que el de otros seres humanos, y no dejar que en él sobrevengan la alegría por lo habitual, la contemplatividad. Todo cultiva en él el placer de la modificación. Naturalmente que no el placer de la modificación a secas, el placer de la aventura y el vagabundo o (en el que incurre solamente el proletario descarriado), sino el placer de la modificación racional correspondiente a las necesidades del proletariado, el placer de la actuación revolucionaria. Por más radicalmente progresista que sea el accionar de los nacionales, por más grandes palabras que usen, la política del sentimiento nacional ya se le manifiesta mezquina y reaccionaria al obrero ingenuo. Éste se ríe del nacionalismo como en la época de los movimientos por la unidad nacional se rieron del particularismo estatal y del espíritu cantonal. Para el obrero, el mundo del nacionalismo es demasiado estrecho, demasiado mísero de nacimiento. Él es un internacional nato, y quien haga jugar el sentimiento nacional contra su internacionalismo le resulta tan cómico como un cultor de los buenos tiempos idos que hoy, en la era del más veloz desarrollo técnico, quisiese volver a prestigiar el telar manual.

Tal cual se dijo: el sentimiento nacional, como tantos otros sentimientos que la burguesía quiso cultivar en los obreros, no es completamente extraño al obrero. Pero está atrofiado. Así como el burgués sabe poner freno a sus sentimientos; como, por ejemplo, sólo se exalta por el progreso en la medida en que éste sea conducente al lucro, también el obrero aprendió a reprimir aquellos sentimientos que contradicen a sus intereses de clase. Podrá tener una aversión hereditaria contra los judíos, pero no obstante ello el antisemitismo se le manifiesta como una majadería. Podrá hallar cómico el alemán del checo; el temperamento y los hábitos de vida de éste podrán sonarle extraños, pero es internacional. Sabe que prejuicios que hace rato superó nuestro intelecto aún pueden estar vivos en nuestros sentimientos, y por eso enfrenta críticamente su vida afectiva. El hecho de que algo sea extraño para su sentimiento, no significa todavía que sea malo para su juicio. El intento de los nacionales de aprovechar demagógicamente el sentimiento nacional del obrero debe naufragar al igual que sus restantes intentos de hacer creíble y simpático al obrero el cuento de la armonía de los intereses capitalistas y proletarios bajo un disfraz nacional.

VII. LA AUTONOMÍA NACIONAL

En opinión de muchos compañeros, la autonomía nacional está llamada a poner fin a la disputa entre las nacionalidades y a deparar la paz de los pueblos. Pero esta concepción es tan falsa como la creencia en la omnipotencia del parlamentarismo, en la posibilidad de que impongamos nuestras últimas exigencias en los parlamentos burgueses. ¿Por qué reclamamos entonces la autonomía nacional?

Una pregunta previa: ¿qué es la autonomía nacional? Cuando los separatistas usan esta palabra, aluden a la plena soberanía de la "socialdemocracia" checo-éslava. Pero eso es un doble malentendido, pues fuera de los separatistas también hay algunos otros checos, y soberanía no es lo mismo que autonomía. La soberanía, la autoridad por sí y ante sí que reclaman los separatistas para ellos, es absolutamente incompatible con el socialismo. El socialista sólo conoce *una* soberanía: la del conjunto. No tenemos razón alguna para suponer que la sociedad socialista se disgregará en grupos nacionales soberanos; en cambio tenemos las más sólidas razones para apoyar la hipótesis según la cual en la sociedad socialista, incluso mientras conste de pueblos diferentes, la instancia suprema no será la nación, sino la liga de las naciones: no todas las partes de la tierra poseen la misma hechura; no tenemos por doquier los mismos animales, las mismas plantas, los mismos yacimientos carboníferos y minerales, etc., y eso ya impulsa a la creación de una sola gran área económica. Pero convendremos en que ahí se trata de una cuestión en la que todavía podemos reflexionar a fondo. Sin embargo, nadie ignora que hoy, dentro del Partido Socialdemócrata, no podemos otorgar ninguna autonomía al gusto de los separatistas, vale decir la plena autonomía, si no queremos cometer suicidio. Frente al capitalismo, todos los obreros tienen el mismo interés, y por eso todas las fuerzas proletarias deben sintetizarse en una acción unitaria. Pero eso sólo es posible en un partido unitario, y por ende la autonomía nacional a que alude el separatismo constituye un dislate. Naturalmente que con ello no se dice que desechemos toda autonomía dentro del partido. Así como toda organización y todo hombre de confianza precisa por separado cierta autonomía, también puede ser necesaria cierta autonomía para los grupos nacionales del partido, vale decir una autoadministración dentro de los límites trazados por el conjunto del partido en interés del conjunto del partido. Más tarde veremos hasta dónde puede llegar tal autonomía. Previamente diremos un par de palabras sobre la autonomía nacional en el estado. ¿Por qué la reclamamos no obs-

tante no ser nada específicamente socialista e incluso, como dijimos, no significar en modo alguno la solución de la cuestión nacional?

221 Debemos repetir: el socialismo en el poder es algo distinto al socialismo en la oposición; la sociedad colectivista que se autogobierna es algo distinto al proletariado que brega por el poder en la sociedad burguesa. Si exigimos la autonomía nacional a esa sociedad burguesa, ello no significa todavía que en la sociedad socialista otorgaremos autonomía a las naciones. Nosotros reclamamos del estado actual muchísimas cosas que rehusaríamos con mucha energía tras la socialización de los medios de producción. Por ejemplo, hoy reclamamos la introducción del matrimonio civil obligatorio, pero con ello aún no se dice absolutamente nada sobre la cuestión de si en la sociedad socialista nos casaremos en el registro civil. También reclamamos que el empresario vaya al calabozo cuando ha vulnerado groseramente una ley de protección al obrero. ¿Puede inferirse de ahí que en la sociedad socialista habrá penitenciarías? Y tales ejemplos se pueden aducir por centenares y centenares. Las exigencias que dirigimos a la sociedad actual no son socialistas en el sentido en que su cumplimentación ya nos conduzca a la meta, sino solamente en el sentido en que esa cumplimentación propulsa al desarrollo social por el camino a nuestra meta. Y tan sólo en este sentido es socialista la exigencia de autonomía nacional. ¿Pero cómo es eso? Aun sin ser para nosotros mismos una meta, ¿puede la autonomía nacional acercarnos a nuestras metas?

222 Aquí debo permitirme una pequeña digresión de nuestro tema. ¿Cómo nos ubicamos frente a la religión y la Iglesia? Así como nuestros adversarios nos acusan de traicionar a nuestra nación, también nos hacen el reproche de que queremos "abolir" la religión. Naturalmente que esto es un sinsentido. Pero no porque sea absolutamente falso, sino porque quiere hacer entrar un proceso histórico que lleva fuera del mundo burgués y por ende excede el horizonte burgués en la estrechez de la cosmovisión burguesa. Si Marx tiene razón, en una sociedad socialista no hay lugar alguno para la religión y la Iglesia; allí faltan los presupuestos para conservar las viejas religiones e iglesias y para que surjan otras nuevas. Pero precisamente porque sabemos que religión e Iglesia tienen causas sociales, es imposible que podamos querer abolir la religión mientras sigan actuando esas causas. No obstante, nosotros preparamos su desaparición porque —se sobrentiende que no en cuanto ateos laboriosos, sino en cuanto socialistas— socavamos (y debemos socavar) el suelo en el que únicamente puede prosperar. De nada sirve a la religión que no pensemos en abolirla: su desaparición también se produciría como consecuencia no querida e imprevista de la socialización de los medios de producción y de la anulación, con ella ligada, de toda explotación y opresión de los hombres por los hombres.

Por otro lado, no la perjudicaría que nosotros quisiésemos abolirla junto con los librepensadores (quienes tienen con la religión una relación racionalista, o sea irracional, como Hartmann con la nación), pues sólo podrá desaparecer el día en que desaparezcan sus presupuestos sociales. La inteligencia de este estado de cosas tiene clara expresión en nuestro programa. Nosotros exigimos que el estado declare cosa privada a la religión, vale decir: el proletariado, llamado a consumir una convulsión social que debe quitarle el suelo nutricional a la religión, exige la más completa libertad de religión, la autonomía religiosa. ¿No es esto una estridente contradicción? Deberá suponer que la hay cualquiera que esté prisionero de la mentalidad burguesa; incluso el socialista que no piense dialécticamente malentenderá nuestra posición ante la religión. Prueba de ello son las peregrinas exégesis a que ya ha debido ajustarse la frase: declarar cosa privada a la religión. La apariencia de la contradicción debe surgir para cualquiera que piense racionalmente, o sea que considere que los seres humanos son autómatas lógicos, y por ende no sepa que falta mucho para que una cosa esté perimida aunque él pueda o crea poder probar que es "irracional", vale decir aunque aquélla excite su soberano disgusto; que nosotros no podemos hacer arbitrariamente las cosas porque cada cosa es el resultado de un proceso, y no se puede obtener el resultado sin el proceso, el efecto sin las causas.

Nuestra relación con la nación, en cierto aspecto, es análoga a la relación con la religión y la Iglesia. Por de pronto, resulta indiferente si amamos la nación a causa de sus méritos o si quizás nos es antipática a causa de sus limitaciones. No es menester imponer una censura a la nación a fin de que mejore; debemos buscar su ley evolutiva. Cuando la hayamos encontrado, sabremos que las naciones, como las religiones y las iglesias, son manifestaciones sociales; que en la sociedad burguesa sufrieron diferentes mutaciones y no sobrevivirán al capitalismo en su figura actual. La nación debe seguir desarrollándose. Ahora bien, uno puede representarse ese desarrollo como Otto Bauer, quien cree que las naciones se diferenciarán más que nunca en la sociedad socialista, o suponer con otros socialistas que el colectivismo nos aportará la lengua unitaria: en cualquier caso, suponemos que el modo de producción socialista modificará las naciones; que la humanidad futura también se diferenciará nacionalmente de la actual del mismo modo que el colectivismo del capitalismo. Y, como se dijo, nosotros trabajamos de modo consciente e intencional por la modificación de la nación. Queremos hacer del alemán algo no alemán o, por mí, más que alemán. Aquel a quien sean capaces de divertirlo los juegos de palabras, que diga con Nietzsche: "Ser buen alemán equivale a desalemanizarse." Pero para quien no se halle en esta situación, la expresión

“somos buenos alemanes” perdió todo sentido. Quizás alguno querrá objetar: justito porque exigimos la autonomía nacional somos buenos alemanes, buenos checos, etc.; pues ¿puede uno en cuanto socialista reclamar para la nación otra cosa que la autonomía? A ello habría que replicar: también reclamamos la autonomía religiosa; ¿somos por eso buenos católicos, buenos luteranos y buenos judíos? La exigencia de autonomía religiosa no significa concesión alguna a los religiosos: ni siquiera la tolerancia con quienes piensan distinto o con el indiferentismo religioso. Naturalmente que significa aún menos que queramos conservar las religiones o consolidar su poder. La autonomía religiosa sólo da a la religión lo que ésta puede reivindicar en virtud de su facticidad; sólo es el reconocimiento de esta facticidad. Da a las iglesias la posibilidad de la autodeterminación, pero al mismo tiempo les quita la posibilidad de imperar en cuanto iglesias. Exactamente lo mismo ocurre con la autonomía nacional. Ésta no sólo significa el derecho a la autodeterminación nacional, sino también, y ante todo, la anulación de toda dominación que se apoye en un título nacional. La autonomía sólo deja a las iglesias y las naciones el lugar que se les debe conceder conforme a su realidad, siempre que en la vida social no provoquen perturbaciones gravísimas y sobre todo no tengan efectos inhibidores y confusionistas entre el proletariado metido en la lucha de clases: el lugar que les hace falta no para conservarse sino para dejar de vivir.

Si los precedentes argumentos son correctos, resulta claro sin más que el intento de tildar la “articulación” nacional de nuestras organizaciones como consecuencia obvia del principio de la autonomía nacional descansa en un grotesco malentendido. Tampoco en los sindicatos, prescindiendo de los separatistas, hay quien impugne esto. En cambio, en la organización política, incluso compañeros que no son para nada sospechosos de separatismo defienden la autonomía nacional. Ellos declaran: “Debemos otorgar autonomía nacional dentro del partido porque la reclamamos en el estado.” Pero también reclamamos al estado la autonomía religiosa, y sin embargo jamás se nos ocurrió por eso todavía separarnos en confesiones religiosas en el partido. O sea que tampoco nuestra exigencia de autonomía nacional en el estado es razón para realizar la autonomía nacional en el partido.

En su libro sobre la cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia, el compañero Otto Bauer intentó probar con algunos otros argumentos la necesidad de articular nacionalmente nuestras organizaciones políticas. Ante todo, se remite a las necesidades agitativas: el partido “debe hablar a los obreros de cada nación con su lengua en la asamblea, la prensa y la organización. De este modo precisará para los obreros de cada pueblo oradores especiales, agitadores espe-

ciales, escritores especiales. Así el cuerpo del partido se articulará naturalmente en grupos lingüísticos, o sea nacionalmente diferenciados." Pero también se podría sostener lo mismo de los sindicatos, palabra por palabra. Es decir que, o bien la organización sindical debería también desgarrarse en grupos nacionales, o la diversidad lingüística, incluso en el partido, no es razón alguna para hacer "diferenciaciones" nacionales, para demoler la organización unitaria.

El compañero Bauer prosigue: "Aunque el conjunto de la clase obrera se afane por igual meta con iguales medios, los obreros de las diferentes naciones se enfrentan a diferentes partidos. De este modo a los obreros de las diferentes naciones también se les plantean diferentes tareas de lucha." Si eso es una razón para destruir la organización política internacional unitaria, tampoco los obreros de una nación pueden juntarse en un partido. Los obreros alemanes tienen que combatir en la región de los Sudetes a otros adversarios que en las provincias alpinas. ¿Acaso alguna vez influyó desventajosamente en las luchas que tuvieron que librar el que perteneciesen al mismo partido?

Pero al compañero Bauer le resulta de lo más importante la siguiente razón para articular nacionalmente el partido: "En cada nación que lo haya asimilado, el socialismo entra en antítesis con las ideologías tradicionales de la nación y precisamente al luchar con ellas se pone en relación con toda la historia de la nación. Por eso el ideario socialista de los alemanes, con todas sus coincidencias, es diferente en el detalle del ideario de los compañeros polacos o italianos." Esto es correcto, pero también el ideario del leñador alemán y del mozo de campo alemán es totalmente distinto al del obrero fabril alemán, y en rigor acaso se pueda sostener que, en muchos aspectos, la vida espiritual del proletario industrial alemán difiere mucho más de la del peón rural alemán que de la del proletario industrial checo. Más aún, "por sus ideas, por sus predisposiciones, por su temperamento", los herreros alemanes son menos parecidos a los tejedores alemanes, y los albañiles alemanes menos parecidos a los mecánicos alemanes que sus colegas checos. No obstante ello, si todos los obreros alemanes tienen lugar en un partido, ¿por qué han de poder las diferencias nacionales desgarrar el partido obrero en varios partidos?

En uno de esos puntos los separatistas tienen razón: si el desgarramiento de la socialdemocracia austríaca en varios partidos nacionales fue un progreso, no se puede entender por qué junto a la comisión sindical vienesa no ha de poder ubicarse la comisión praguense como una corporación perfectamente *condigna*. El separatismo sindical, lógica o históricamente, no es más que una consecuencia del político, pues no es cierto que el separatismo haya restringido originariamente su celo reformador a los sindicatos y recién después insertado la organi-

zación política en el ámbito de su benéfica actividad. Las cosas son exactamente a la inversa. El separatismo festejó su primer triunfo en el congreso partidario de Wimberg, y la articulación de la socialdemocracia austriaca en grupos nacionales fue su primera hazaña.

Por supuesto que eso a la sazón no fue reconocido. Incluso compañeros que están por encima de la sospecha de tener inclinaciones nacionalistas consideraron que era un progreso la articulación nacional del partido. ¿Cómo fue posible que el separatismo sindical fuese reconocido y combatido de inmediato como tal, pero el político no? Esta diferencia se explica por el hecho de que las tareas de la organización política son mucho más complicadas que las del sindicato. Que determinada táctica, determinada forma organizativa, sea o no conveniente se debe poner mucho más pronto en evidencia en el sindicato que en la organización política, pues en el sindicato se trata de relaciones mucho más simples y claras. El paso de los checo-eslavos de la organización sindical centralista a la separatista debe tener por consecuencia que no podrán imponer ni el más mínimo aumento salarial ni la más insignificante abreviación del tiempo de trabajo y que, debido a ello, los obreros no se afiliarán a sus "sindicatos". Éste es un claro fracaso, y resulta imposible que los separatistas lo puedan refundir en éxito ante gente a quien el nacionalismo no le devastó completamente el cerebro. Las cosas no son tan simples en política. Allí la posibilidad de pseudoéxitos es mucho mayor que en el terreno económico. Por ejemplo, los separatistas pueden sostener que sin la libertad de movimiento que le deben a la articulación nacional del partido no habrían podido conquistar la gran victoria electoral de 1907. Por cierto que este argumento en favor de la necesidad de autonomía nacional causa gran impresión a muchos compañeros. Naturalmente, y ante todo, a quienes son de la opinión de que el poder de nuestro partido depende de la cantidad de sus mandatos y que resulta indiferente cómo se obtengan los mandatos, pero también a otros: en rigor, una gran victoria electoral puede tener que explicarse por el fortalecimiento de la organización. Por supuesto que también puede haber otras causas: es posible que muchos votos socialdemócratas provengan de allegados a quienes el partido les resulta simpático no porque ellos se aproximen al socialismo en sus concepciones, sino porque el partido se aleja del socialismo, por ejemplo haciendo concesiones al nacionalismo. Las cifras electorales siempre admiten diferentes interpretaciones, y ni siquiera el conocedor más escrupuloso de todas las circunstancias que entran en consideración encuentra inmediatamente en cada caso la correcta. Él también puede tomar por serio éxito lo que transcurridos algunos años se revele como pseudovictoria. En política también hay éxitos de arsenicofagos. Un partido puede aparentar que se desarrolla vigoroso-

samente mientras que es en realidad empujado a la ruina. Nos lo mostró el separatismo. Naturalmente que en tal caso siempre pasa un ratito hasta que se reconoce el verdadero estado de cosas. En política tenemos que vernos justamente con relaciones mucho más enmarañadas que en el sindicato.

Y así, acaso el separatismo aún pueda hacer de las suyas durante bastante tiempo en la organización sindical y más que nada en la política. Pero por último deberemos retornar a la concepción según la cual la autonomía nacional en la organización partidaria, tal cual la tenemos desde el congreso de Wimberg, es un dislate.

Con ello no queremos decir en modo alguno que las circunstancias a que se refiere Bauer para justificar la articulación nacional del partido sean indiferentes. El partido debe tomarlas perfectamente en cuenta; debe otorgar a los compañeros de cada nación la necesaria libertad de movimiento para la propaganda. *Pero esto también es posible dentro de un partido unitario, cerrado.* El desgarramiento del partido en grupos nacionales autónomos le infligió gravísimos perjuicios, y nos perjudicará mucho más aún si no echamos a andar por el camino que conduce a la unidad de la organización. Sólo en una organización rigidamente centralizada es posible [practicar] a la larga una política internacionalista.

VIII. EL INTERNACIONALISMO.

Hemos partido de la comprobación de que cada ser humano tiene intereses antagónicos y de que quien no quiere atrofiarse o bien perecer en el conflicto de sus intereses debe llevar a cabo una nivelación entre ellos. Por ejemplo, Pedro es fabricante, deportista, nacionalalemán y otras muchas, muchas cosas más. Según cada atributo, tiene determinados intereses, y éstos entran en inmutua contradicción. Como buen alemán no puede ver a ningún checo, pero como fabricante no puede privarse de los obreros checos. El deporte requiere mucho tiempo y aun más dinero, pero el negocio reclama un hombre que posea la seriedad moral requerida para la apropiación y acumulación de plusvalor, o sea que no trate el tiempo y el dinero como un caballero, sino como un tendero. ¿Cómo ha de resolver Pedro esta —y mil otras— contradicciones? ¿Acaso ha de reprimir su checofobia, al menos en la medida en que lo demande la consideración de su beneficio; o sólo ha de ocupar obreros alemanes, y por ende arriesgarse a una mengua de sus ingresos? ¿Acaso ha de desatender como automovilista su fábrica o, si no desistir de, al menos poner freno como sólido hombre de negocios

a sus inclinaciones deportivas? Y, como se dijo, tales alternativas son innumerables. Cada día pone a los seres humanos ante una disyuntiva; a diario y en toda hora caemos en contradicciones.

Aquí sólo nos interesa una de esas contradicciones: la que se da entre el interés de clase y el interés nacional.

Pero ¿existe tal contradicción? ¿Qué es interés de clase? ¿Hay sobre todo un interés particular de clase? Esta pregunta no quiere significar que las diferentes clases de la sociedad tengan diferentes intereses, o sea que haya intereses capitalistas, proletarios y pequeñoburgueses particulares, sino: ¿tiene una clase otros intereses más junto a sus intereses de clase? ¿Tiene el proletariado intereses nacionales, artísticos, deportivos y otros, junto a sus intereses proletarios? El interés de clase, ¿es sólo uno de muchos intereses? ¿O es la suma de todos los intereses que tiene la clase?

Hay que responder afirmativamente la última pregunta. Un ser humano no sólo pertenece a una clase por facetas aisladas de su ser, sino en su totalidad. No sólo es proletario o burgués, terrateniente o cultivador parcelario, o, para abreviar, miembro de alguna clase, en el terreno económico y político, sino también en cualquier otro. No tiene ningún interés que no deje de afectar su situación de clase; el antagonismo de clase pasa por la vida social entera, y no solamente por esferas aisladas de la misma. El planteamiento de cómo se comportan intereses de clase e intereses nacionales entre sí es falso, entonces. Presupone probado lo que recién habría que probar: que los intereses nacionales no figuran entre los intereses de clase, o sea que diferentes clases tienen los mismos intereses nacionales y que por eso la clase obrera de una nación, en la disputa entre las nacionalidades, debe hacer causa común con las demás clases de esa nación y no con las clases obreras de las demás naciones.

Debemos formular la pregunta de otro modo: ¿cómo se comportan los intereses nacionales de un ser humano respecto de sus restantes intereses?, vale decir ¿cómo se comporta éste, en el conflicto en que entran sus intereses nacionales con los restantes?

Yo soy alemán. En cuanto tal tengo interés en que la lengua alemana, la cultura alemana y las costumbres alemanas se difundan lo más ampliamente posible, pues cuanto más se germanice el mundo, cuanto más se agrande el ámbito de la germanidad, tanto más fácil y cómoda se me volverá la vida. Tanto más fácilmente podré adelantar en un país extranjero cuanto mejor se entienda allí mi lengua, y tanto más rápidamente me aclimataré allí cuanto más influidos estén los habitantes de ese país por el carácter germano. O sea que en cuanto alemán, yo tendría propiamente interés en germanizar el mundo entero.

Pero no puedo hacer de ese interés mi única pauta, pues todavía

tengo otros intereses, más fuertes. De qué especie sean éstos depende de mi situación económica. Como fabricante, y a despecho de mis intereses alemanes, haré venir obreros checos a país alemán. Como comerciante me serviré de la lengua checa en la comunicación con checos. Si soy dueño de una casa, preferiré como inquilino a un buen y no a un mal pagador, por más que éste sea alemán y aquél checo. Si debo tomar una hipoteca, iré a un banco checo en caso de que éste preste más y saque menos interés que la caja de ahorro alemana. Si quiero vender mi casa, el comprador que más ofrezca será el favorito para mí, aunque fuese un checo y, en rigor, si la cosa anda, sacaré partido del miedo de los buenos alemanes a la marejada eslava a pesar de mi germanidad, o sea que intentaré enchufarle mi casa a cualquier organización protectora o defensiva nacionalalemana por un precio no obtenible de otra manera. Como artesano ocuparé con predilección a aprendices y ayudantes checos. Como funcionario le pondré a mi mujer una sirvienta checa, a pesar de mi entusiasmo por la lengua alemana. Si la cosa renta, haré mis compras en negocios de comerciantes checos.

Vale decir que si los intereses nacionales y económicos de un ser humano entran en mutua contradicción, los intereses económicos revelan ser los más fuertes. Pueden aparecer excepciones esporádicas. Individuos aislados se pueden desprender de su clase; la masa no. Y la clase pone sus intereses económicos por encima de los intereses nacionales; cada clase sólo tiene sentimientos nacionales en la medida en que lo permitan sus intereses económicos. ¿Por qué precisamente el proletariado ha de anteponer los intereses nacionales a los económicos? ¿Acaso le resultaría mejor, cuando sus intereses económicos entran en contradicción con los nacionales, poner éstos por encima de aquéllos? Al considerar los diversos bienes nacionales vimos que ése no es el caso. Vimos que lo que la burguesía denomina interés nacional sólo es interés burgués. El obrero puede luchar tan poco por éste como por recortes salariales y prolongaciones del tiempo de trabajo. Claro que nacionalidad y lengua no son indiferentes ni siquiera para el obrero. Pero éste, como vimos, se mete por un camino errado cuando adjudica a las cosas nacionales una significación superior a la que requiere la lucha de clases. Para el proletario con conciencia de clase, el proletario es la medida de las cosas, y no el alemán, el católico, etc. Juzga todo desde el punto de vista proletario, y nada desde el punto de vista nacional, religioso o cualquier otro que sea. Allí donde surgen disputas nacionales, toma partido como proletario, no como miembro de tal o cual nación. *Eso significa internacionalismo proletario.* Ni más, ni menos: no indiferencia para con las cosas nacionales, pero tampoco sobrestimación no proletaria de las mismas.

Como todo lo proletario, tampoco se entiende nuestro internacionalismo en el mundo burgués. Y por cierto que no sólo lo malinterpretan nuestros adversarios burgueses, sino también nuestros amigos burgueses, los revisionistas. Aquéllos opinan que el internacionalismo socialista es consecuencia de nuestra "burda tendencia a la igualdad"; según su parecer, así como en general toda diferenciación es un espanto para nosotros, también lo son las diferencias nacionales, y por eso queremos, naturalmente, "abolirlas". Sobre esta exégesis del internacionalismo no hace falta gastar palabras; no se puede hablar con quien no es capaz de comprender que la exigencia socialdemócrata de igualdad significa nada más que la exigencia de anulación de las diferencias de clase. Tanto más hay que decir sobre la malinterpretación del internacionalismo por los revisionistas. En ellos la ideología proletaria conmocionó a la burguesa, y se lo agradecen al proletariado esmerándose por conmocionar su ideología con la burguesa. O sea que su internacionalismo es algo totalmente distinto al del proletariado, pero tampoco corresponde a las representaciones auténticamente burguesas del internacionalismo. Exactamente al contrario: si los burgueses no afectados por el socialismo ven en el internacionalismo al más feroz contrincante del nacionalismo, los socialdemócratas revisionistas son amigos de todo nacionalismo... entiéndase: sólo de todo "verdadero", de todo "genuino" nacionalismo. Ellos son nacionales "en el más noble sentido de la palabra". Para ellos el internacionalismo es la suma de todos los nacionalismos. Opinan que toda nación puede desarrollarse libremente y sin trabas, que ninguna de ellas precisa perturbar el desarrollo de las demás ni dejarse perturbar por ellas. Según esta concepción, el internacionalismo es un nacionalismo moralmente depurado, suprema perfección y superlativo del nacionalismo. En opinión de nuestros nacionales del partido, el nacionalismo no sólo no contradice al internacionalismo sino que para ellos más bien es su presupuesto lógico. Ambos pertenecen al mismo género, se complementan mutuamente, uno es la corrección del otro.

Este internacionalismo sería muy lindo, pero estriba en un presupuesto falso. No es para nada cierto que las naciones puedan vivir en cualquier circunstancia unas junto a otras sin invadirse sus respectivos cotos. En la sociedad burguesa cada nación tiene tendencia a expandirse y, por ende, a atacar allí donde se pongan obstáculos a esa tendencia, y cada lucha nacional debe llevar *ad absurdum* al internacionalismo revisionista, pues ¿qué ha de hacer con él el proletariado allí donde se llega a la disputa entre nacionalidades? Si dos naciones vienen a las manos, ¿ha de dar la razón a ambas? Según la lógica del socialismo nacionalizante, eso sería propiamente lo único posible, pero según la lógica común es lo más imposible. ¿Entonces los obreros han

de negar la razón a ambos bandos? Es imaginable que ambos carezcan de razón, pero sostener que en la disputa entre nacionalidades ambas partes no deben tener razón sería un poquito demasiado osado. No obstante, los obreros tendrían otras posibilidades más: en la disputa germano-checa el proletariado alemán podría decidirse en favor de la burguesía alemana, y el checo de la checa. Pero en este caso los socialistas con sentimientos nacionales no sólo se pondrían en contradicción con su propia teoría, sino que también deberían llevar la disputa nacional al proletariado, o sea destruir la unidad y concordia del proletariado. Queda tan sólo una cosa: ellos deberían procurar allanar la disputa entre las nacionalidades de acuerdo con los postulados de la "justicia" nacional. Pero ¿qué es nacionalmente justo? Nadie sabe que quiere decir que cada nacional considera que sus prejuicios nacionales personales son la más pura justicia nacional. O sea que incluso en este caso el internacionalismo nacional o el nacionalismo internacional debería conducir a la prolongación de la disputa nacional. Por cierto que se diferenciaría del nacionalismo burgués debido a su mansedumbre, pero esto tan sólo en un comienzo, pues más tarde, como nos lo muestra el ejemplo del separatismo, sobrepujaría aun en salvajismo y falta de escrúpulos a la competencia burguesa. En cualquier caso, el resultado de tal internacionalismo sería la riña nacional en el proletariado.

Naturalmente que para la burguesía es una meta a desear con toda el alma. Justamente por eso el proletariado no puede aspirar a esa meta ni rechazar con más rotundez un internacionalismo que conduce a la disputa entre los pueblos, vale decir a una disputa en que los burgueses de cada nación se hacen sacar las castañas del fuego por sus compatriotas proletarios. El proletariado sólo puede profesar un internacionalismo que signifique la superación de los antagonismos nacionales en el proletariado, así como el socialismo en general significa el reconocimiento de que los antagonismos entre proletarios aislados o entre diferentes grupos proletarios carecen de entidad frente al antagonismo entre burguesía y proletariado.

IX. LA LUCHA CONTRA EL NACIONALISMO

En su época revolucionaria, la burguesía desterró la idea de Dios de la explicación de la naturaleza, pero la concepción burguesa de la historia jamás prescindió del buen Dios. Por supuesto que no considera los acontecimientos históricos como providencias celestes, sino como obra

de hombres eminentes...⁸ pero el hombre eminente, el gran pensador, es una especie de dios chico para ella, y su obra algo "que no se puede explicar exhaustivamente", creación de la nada, efecto sin causa, milagro; abreviando, algo divino.

Nosotros tenemos otra concepción del papel del genio en la historia. Suponemos con Marx que no es nuestra conciencia la que determina nuestro ser sino, a la inversa, nuestro ser el que determina nuestra conciencia, y que la "idea" arraiga en la economía. Para nosotros toda historia es historia de masas, no sólo determinante de la masa sino también determinada por ella, hecha por ella. No es obra de héroes; el gran hombre no es el encantador que hace algo a partir de la nada; sólo aventaja en una cosa a los seres humanos corrientes, al "rebaño": en que puede elevar automáticamente a la conciencia lo que también yace preparado en el subconsciente de los demás pero no puede ser autónomamente concientizado por ellos. Claro que el hombre genial aporta algo nuevo; pero su significación consiste en que esa novedad no resulta extraña a los demás, en que les suena como algo viejo, en que ya la tenían en sí, sólo que no la pudieron expresar de ese modo, vale decir exprimirla del subconsciente como él.

O sea que el logro de Marx y Engels no consiste, como creen los burgueses, en que le hayan impuesto sus ideas al proletariado, sino en que sacaron sus ideas del proletariado. Ambos enunciaron lo que quería volverse consciente en millones de cerebros, ayudaron a que el proletariado tuviese conciencia de sí mismo. El socialismo no es nada más que la conciencia que de sí mismo tiene el proletariado.

Pero no por eso el obrero es socialdemócrata de nacimiento; primero debe desarrollarse su autoconciencia. El pensamiento proletario debe ser aprendido. Éste es un trabajo largo e ímprobo, no sólo para el intelectual⁹ a quien sus circunstancias empujan hacia concepciones no proletarias, sino también para el obrero, a quien todo dispone al socialismo. Pero puesto que como socialdemócrata uno puede actuar tanto mejor cuanto más socialdemócrata sea, la primera y más importante tarea del partido es la agitación, el esclarecimiento de las masas.

⁸ "Caín tendría que haber matado a palos a Bebel en vez de a Abel." En esta respuesta a la conocida pregunta burlesca "¿Cómo habría podido impedirse que surgiera la socialdemocracia?" halló su clásica expresión la concepción burguesa de la historia.

⁹ Los intelectuales se duelen del encopetamiento o la demagogia de quien les diga que el "simple" obrero posee más comprensión del socialismo que el más graduado de los académicos. Esta buena gente es exactamente tan ingeniosa como aquél vienés que no terminaba de maravillarse de que en París "cualquier portero" hablase francés.

Pero ¿cómo dirigiremos el proceso de su concientización, cómo agitaremos?

Según lo dicho, no es tarea del agitador introducir en la masa algo extraño a ella. Así agita el demagogo. Éste quiere injertar concepciones burguesas en el cerebro proletario y sofocar en el germen las ideas proletarias que aquél está inclinado a pensar. Quiere persuadir al obrero de algo y disuadirlo de algo, enajenarlo de sí mismo. Pero el agitador socialdemócrata quiere llevar al obrero hacia sí mismo. No quiere imponerle algo extraño a su esencia, sino sacar lo que tiene de más propio. Pero ¿cómo lo hace?

Naturalmente que no puede obrar como aquel estudiante guesdista que quiso ganar para el partido a una asamblea campesina con una conferencia sobre el método dialéctico y fue echado por los campesinos, quienes debieron pensar que les estaban tomando el pelo. Si quiero discutir con alguien, debo remitirme a representaciones que le sean familiares. Pero aquí surge un gran peligro. ¿Cómo se presenta la cosa en el alma del indiferente? El contenido de su conciencia es casi totalmente burgués. En él lo proletario es inconsciente, semiconsciente, sentimiento poco claro y vigoroso, ansia insegura. ¡Qué grande es para el agitador la tentación de combatir los prejuicios burgueses dándoles una interpretación proletaria, y propagar las concepciones proletarias interpretándolas burguesamente, o sea educar al indiferente no para que entienda, sino para que malentienda el socialismo!, pues parece ser difícil, y, en rigor, imposible llegar a la meta por otro camino.

Pero hay otro camino. Pongamos por caso que queramos esclarezcer a un estrato obrero totalmente indiferente, ortodoxo y, en general, prisionero de todos los prejuicios de la gente pobre. ¿Hemos de plantearle —cosa que por ejemplo nuestros librepensadores consideran lo más conveniente— las refutaciones a las pruebas de la existencia de Dios? Nos iría como al mencionado esclarecedor de campesinos; sólo podríamos cosechar desconfianza y golpes. ¿O hemos de agarrar la cosa por la otra punta y contarle a la gente que Cristo fue “propia-mente” socialista y que el “verdadero” cristianismo está estrechamente emparentado con el socialismo? Eso equivaldría a malinterpretar el socialismo. ¿Qué hemos de hacer entonces? Confrontaremos la teoría y la práctica de los explotadores. Mostraremos que los actos de estos cristianos contradicen las concepciones cristianas, que para ellos el cristianismo entero sólo es un medio de dominio. Luego mostraremos con hechos al proletario ingenuo que su creencia en la eternidad de la sociedad burguesa (pues no otra cosa es su creencia de que la tierra es un valle de lágrimas) descansa en presupuestos falsos. Sin lesionarlo inútilmente en sus sentimientos, pero tampoco sin hacer concesión alguna a sus prejuicios, lo pondremos de este modo en un estado de ánimo

que lo vuelva receptivo a nuestra doctrina económica y lo empuje a nuestra organización. A partir del conflicto en que entra ese estado de ánimo proletario con su ideología de gente pobre, debe desarrollarse por último su autoconciencia proletaria.

Debemos tratar al nacionalismo exactamente igual que cualquier otra ideología no proletaria. Debemos mostrar que los actos de los nacionales están en contradicción con sus discursos. Debemos mostrar que el obrero que tiene un ideal nacional no sólo no puede alcanzar jamás ese ideal sino tampoco las metas que le indica su situación de clase. Especialmente los socialdemócratas alemanes, aunque la táctica oportunista fuese correcta en general, no tendríamos razón alguna para hacer ni siquiera la más mínima concesión al nacionalismo, pues frente a él nos hallamos en una situación sobremanera favorable: gracias a las particulares condiciones históricas en que vive, el proletario alemán ha permanecido casi inmune al nacionalismo; por así decir, es un internacional innato. No obstante, desde hace algún tiempo somos "buenos alemanes". Desde hace algún tiempo. Antes jamás se había oído esta frase hecha en nuestras filas, pues éramos meramente socialdemócratas internacionales; el progreso hacia la alemanidad es una conquista de los últimos años. ¿Cómo llegamos a ella? La debemos a una enorme y grotesca sobrestimación de la fuerza propagandística de la "idea" nacional. La reforma electoral asustó tanto a la burguesía nacional que ésta, con el coraje de la desesperación, reanudó sus ya casi abandonados intentos de por lo menos "organizar" nacionalmente a una parte de los obreros. A ello se agrega que el separatismo empeoró la posición de la socialdemocracia internacional frente a los partidos nacionales. ¿Cómo se ha de cortar la furiosa embestida del nacionalismo? Entre nuestros conspicuos compañeros, más de uno parece ser de la opinión de que el internacionalismo intransigente no es capaz de resistir al nacionalismo; de que sólo el nacionalismo puede batir al nacionalismo. Así, formalmente y en un periquete, nos hemos vuelto buenos alemanes por respeto a los nacionales. Ellos lograron arrancarnos una concesión. Claro que esta concesión —y eso es lo que tiene de comprador— parece una repulsa. "¿Ustedes nos inculpan de traicionar a la nación? Ridículo. Nosotros somos buenos alemanes y, en rigor, mirándolo bien, hasta mejores alemanes que ustedes." Así, una vez más, se vuelve a expulsar al diablo con Belcebú.

Buenos alemanes. Contra la aplicación de esta frase hecha, prescindiendo de todo lo demás, ya habla la circunstancia de que se tomó prestada del léxico del nacionalismo. Tales préstamos de una terminología extraña tienen algo feo en cualquier circunstancia. Poseen el efecto de confundir, y no a nuestros adversarios —quienes, en rigor, sólo se ríen de nosotros cuando hacemos de buenos alemanes— sino a

nuestros compañeros. El término buenos alemanes se les ha vuelto sospechoso como el grito de batalla de un enemigo, casi lo toman por una mala palabra, y ahora ha de ser de golpe nuestra consigna. El obrero "llano", a quien le son extrañas las ponderaciones "políticas", lo comprende tanto menos cuanto que ni siquiera puede ligar un sentido claro con el desgraciado término. Y hasta ahora, como ya mencionamos, nuestros buenos alemanes evitaron aprensivamente definirse a sí mismos. Somos buenos alemanes, pero no sabemos qué es eso.

Y difícilmente lo averigüemos nunca, pues parece que el ominoso término puede asumir todos los significados posibles, sólo que no uno socialista, precisamente. Si ha de designar a los poseedores de aquellos méritos que, según los nacionales, aventajan al pueblo alemán sobre todos los demás pueblos de la tierra, entonces los obreros alemanes no son buenos alemanes, pues el capitalismo los ha hundido físicamente, los ha excluido del goce de la cultura alemana, ni siquiera les ha hecho aprender en debida forma la lengua materna. ¿Cómo se les puede llamar buenos alemanes? Pero quizás ese término signifique algo distinto, quizás quiera decir: tenemos simpatías por los alemanes. Mas esto, ¿a qué equivale? ¿Quién tiene simpatías por los alemanes? ¿Quién habla bien del pueblo alemán? Nosotros no hablamos bien en absoluto de clases enteras del pueblo alemán, de todos los explotadores y opresores. Y aunque sólo hubiese que considerar como pueblo alemán a los alemanes explotados y oprimidos, faltaría mucho para que nos pudiésemos llamar buenos alemanes meramente porque representamos sus intereses, pues no sólo combatimos la explotación y la opresión porque y en la medida en que las padecen alemanes: también luchamos contra la explotación y la opresión de checos, rutenos e italianos, o sea que según la lógica de nuestros buenos alemanes los socialdemócratas alemanes no sólo seríamos buenos alemanes sino también buenos checos, buenos rutenos y buenos italianos. ¿Por qué, pues, habríamos de recalcar precisamente nuestra germanidad? ¿Acaso porque tenemos que ver más que nada con alemanes? El zapatero organizado trabaja naturalmente en la organización de zapateros: ¿se llamará por eso buen zapatero, zapatero convencido?

Aunque nos retorizamos como queramos no conseguiremos ligar ningún sentido razonable a la frase "somos buenos alemanes". No obstante lo cual, más de un compañero en lucha contra el nacionalismo parece aguardar maravillas de ella. El compañero Renner, en su folleto *Der deutsche Arbeiter und der Nationalismus* [El obrero alemán y el nacionalismo], consiguió en setenta páginas, si no explicarla, al menos fundamentarla. Ese escrito contiene muchísimo de valioso. Renner muestra cuán en contradicción está la práctica de los nacionales con su ideología; muestra que detrás de las frases

nacionales se esconden intereses burgueses. Pero piensa: cuanto más, mejor, y así, junto a una refutación absolutamente socialista del nacionalismo, hace correr una absolutamente no socialista. Opina, por supuesto, que sólo se sirve de una "terminología inhabitual", que sólo se ha "adaptado algo" al "tono" de la ideología del adversario a quien se dirige. Pero se ha hecho más. Ha querido equiparar la ideología nacionalista y la socialista. Ha vertido vino en la letrina, pero no por eso ennobleció la letrina, tal cual sería, sino que sólo echó a perder el vino. Por ejemplo, ¿habla del "peligro" que amenaza a la alemana Viena por parte de la inmigración checa! O dice: "Toda organización sindical tiene como primera tarea proteger de sanciones a cada obrero en su puesto de trabajo, o sea conservar le su posición en su lugar de vivienda para que cada uno pueda quedarse en su país y allí alimentarse honradamente él y su familia." ¿Qué tiene que hacer la cantilena pequeñoburguesa "Quédate en el país y aliméntate honradamente" en boca de un socialdemócrata? ¿Acaso no se le impide directamente al obrero que capte la esencia del sindicato cuando se le cuenta que el sindicato tiene ideales pequeñoburgueses? Si podemos decir que los sindicatos han de posibilitar ante todo que el obrero se quede en el país y se alimente honradamente, también podemos sostener que somos monarquistas porque no predicamos el regicidio; que tenemos mucho apego al capitalismo porque combatimos toda traba que se le ponga al capitalismo mediante artilugios gremialistas; que somos religiosos porque reclamamos que la religión sea declarada cosa privada, etc. Pero ¿a dónde vamos entonces? Si echamos a andar por este camino, ¿lograremos siquiera hacer de un solo obrero un verdadero socialdemócrata?

Una vez más: ¿qué tiene que hacer la frase que dice que somos buenos alemanes? A quien piense con criterio nacional, vale decir burgués, tampoco lo convenceremos con las apasionadas protestas de nuestra germanidad; ése sólo se divertirá con nosotros. O sea que nada tenemos que ganar como buenos alemanes. Pero sí que perder. Confundimos al obrero cuando de golpe le descubrimos que es "un fiel hijo de su pueblo", pero no hay por dónde agarrar al adversario con nuestra germanidad. Así como a ellos les sirve de poco hacerse los socialistas, también a nosotros nos sirve de poco hacernos los nacionalistas. No podemos dejar fuera de combate a los nacionales buscando emparejarnos con ellos o bien sobrepujarlos. Sólo podemos hacer una cosa: *contraponer a la ideología nacionalista la ideología del internacionalismo intransigente.*

APÉNDICE

EL CENTRO MARXISTA CONTRA LA EXTREMA IZQUIERDA

En *Der Kampf* (v, 9), Otto Bauer publicó un comentario a mi folleto donde por lo pronto me explica históricamente:

El desarrollo del reformismo en el ala derecha de la socialdemocracia tiene por consecuencia en todas partes la formación de una extrema izquierda dentro del movimiento obrero. En Francia el sindicalismo siguió al millerandismo. En Italia, e incluso en Inglaterra, observamos manifestaciones similares. También el desarrollo de la socialdemocracia alemana en el Imperio puja en esa dirección. Después de que el revisionismo intentó impulsar al partido hacia la derecha, hoy parece formarse dentro de él una extrema izquierda, que acusa de oportunismo a Bebel y a Kautsky, a la dirección partidaria y al *Vorwärts* berlinés. El desaire de Rosa Luxemburg a la *Neue Zeit*, la crítica de la *Leipziger Volkszeitung* a la conducta de la dirección partidaria durante la crisis marroquí, la escisión de los radicales en el último congreso del partido, la oposición al convenio sobre la segunda vuelta en la última elección para la dieta imperial, y por último el reciente conflicto de Mehring con Bebel y Kautsky, son indicios de esa evolución. Si hasta ahora dos orientaciones, el radicalismo y el revisionismo, bregaron por el poder en el partido, actualmente la evolución parece pujar hacia la tripartición: izquierda radical, centro marxista y derecha revisionista.

Esta evolución del movimiento obrero internacional tampoco se nos ha de ahorrar. Aquí también parecen formarse actualmente una extrema izquierda cercana a la orientación Mehring-Luxemburg-*Leipziger Volkszeitung*. Sólo que aquí el objeto de la disputa no es nuestra relación con el estado sino nuestra relación con la nación. El órgano de esta orientación es el *Vorwärts* de Reichenberg. Su manifiesto es el folleto *El obrero y la nación* de Josef Strasser, de reciente aparición.

O sea que el compañero Bauer opina que soy una triste secuela del compañero Pernerstorfer: como éste se va demasiado para la derecha, yo me excedo hacia la izquierda. ¡Por mí! Pero explícame, Orindura, esta discrepancia de Natur: Kautsky, cabeza del "centro" marxista en Alemania, ya hace varios años criticó a Bauer, portavoz del centro "marxista" en Austria, de manera muy similar a como yo lo hago en el "Manifiesto" de los radicales austriacos,¹⁰ reprochándole

¹⁰ Karl Kautsky, *Nationalität und Internationalität*. Primer cuaderno de *Die Neue Zeit*, Stuttgart, Sucesores de J. H. W. Dietz, 1908. Esta apretada pero profunda crítica de las teorías de Renner y, en especial, de Bauer, no debería faltar en ninguna biblioteca obrera de Austria. [Incorporado al presente volumen.]

su "formidable sobrestimación del elemento nacional" y su "completo descuido del elemento internacional", y en lo que sigue todavía lo podré citar reiteradamente contra Bauer. ¿Cómo es posible? ¿Acaso el centro marxista estaría más a la derecha en Austria que en Alemania? ¿Y yo, quizás por razones distintas a las que Bauer supone, no le fui ahorrado al partido austriaco?

Bauer ejercita su más aguda crítica contra mi método. Dice:

El materialismo histórico, que comprende cada gran movimiento de masas, no puede ser confundido con un utilitarismo de tendero.

Sabiduría de tendero, que sólo opera con pesos y centavos...

Preguntar como tenderos si el nacionalismo reporta al individuo andrajoso un par de centavos más de salario...

Diciendo como el tendero "¿Qué saco de ahí?", nadie se libra del poderoso efecto de esa gran ideología de masas (el nacionalismo).

¡El interés nacional (así me hace decir Bauer) no nos aporta ni diez centavos de aumento salarial! Pero este crasamente materialista "¿Qué me calienta?" (así me responde) no convencerá a los idealistas nacionales.

Conozco el estilo. Ya lo oí hace un par de años, claro que no de compañeros del partido; sino de adversarios. El hoy finado conductor de jóvenes, doctor Riehl, y el ético nacional reichenberguense, doctor Rösler, fueron quienes a la sazón no podían repetirme con más frecuencia: "Los obreros no pueden dirigir exclusivamente su atención a la cuestión del pan; ésta debe quedar en el trasfondo, y los obreros deben pensar más en los ideales populares." Ahora vuelvo a oír semejantes palabras alemanas, pero provenientes del socialdemócrata Bauer, y sólo le puedo responder lo que respondí a sus dos precursores: en la cuestión del pan están metidas todas las cuestiones culturales. Cada cuestión cultural es en última instancia una cuestión económica. La realización de cada ideal tiene presupuestos económicos: los ideales no tienen precio de mercado, pero cuentan dinero. Sin dinero no se pueden alcanzar, y la pregunta "¿Qué me calienta?" es, por ende, la pregunta propia del idealista, pues precisamente el idealista puede formularla con más frecuencia, ya que la conexión de los ideales con la economía no aflora tan claramente como por ejemplo la conexión entre el nivel de nuestros ingresos y la calidad de nuestro almuerzo. Quien persigue un ideal, si no es un fantasioso, debe buscar tener en claro las condiciones económicas del mismo. Si en esta investigación llega a la noción de que los presupuestos económicos de su ideal no se pueden poner en consonancia con sus intereses de clase, deberá volverse infiel o a su clase o a su ideal, a no ser que sea un cabeza hueca. En mi folleto investigué la base económica de los ideales populares, y al hacerlo llegué a la conclusión de que el proletariado no puede

prosperar sobre esa base, o sea que los ideales del nacionalismo, ni bien aquél los entiende, no pueden seguir siendo los suyos; que a su situación de clase corresponden otros ideales.¹¹ Quizás alguno me pruebe todavía que este resultado es falso. Pero para mí es un enigma el que un marxista pueda confundir el método mediante el cual lo obtuve con la más indigente de todas las mentalidades, con un utilitarismo de tendero.

Bauer me propone otro más. Dice: "Strasser quiere combatir el nacionalismo apelando desde el cálido sentimiento al intelecto fríamente calculador." Quisiera saber qué habría de hacer si no. Hasta sostengo que ni siquiera el más sentimental de los marxistas puede renunciar totalmente a la apelación al intelecto. ¿Cómo es entonces la cosa? ¿Acaso el nacional es todo sentimiento y el internacional sólo intelecto? No: también el internacional tiene sentimientos, por así decir. La ideología nacional le resulta fastidiosa a causa de su miseria y de su limitación, y la representación de una sociedad ya no más descompuesta en naciones y nacioncitas tiene algo de fascinador para él. O sea que están sentimiento contra sentimiento. Ahora bien, ¿cómo se ha de arreglar el internacional con el nacional? Si ambos dejan que hable meramente el sentimiento, sólo podrán dirigirse declamaciones o insultos, según su grado de formación y su humor. Pero con eso no adelantamos ni un paso. Si quieren convencerse uno al otro, deberán descender de la luminosa altura donde los remontó el sentimiento a aquellas depresiones en que el intelecto pasa calculando fríamente su miserable existencia. Deberán abordarse con argumentos. Deberán examinar muy ordinarias cuestiones económicas, y hasta quizás (con perdón de la palabra) cuestiones salariales. Al hacerlo posiblemente pongan de manifiesto que un cálido corazón y una cabeza fría pueden pertenecer a la misma persona, y que esa persona hasta puede ser un marxista. En rigor, puede evidenciarse que uno se pelee de modo muy groseramente materialista por diez centavos de aumento salarial porque quiere sacrificarse de modo sumamente idealista en la lucha por el ascenso de la clase obrera.

Éstas son viejas, rancias verdades. Sólo tienen de nuevo y chocante el hecho de que uno se las deba recitar a un marxista como si éste aún no hubiese oído nunca nada de ellas. Pero quizás el compañero

¹¹ Bauer lo expresa así: "El folleto de Strasser no sirve a la lucha contra el nacionalismo." En otro pasaje dice de mí: "Por lo pronto, opina que la articulación que el congreso partidario de 1897 dio a la socialdemocracia austriaca es errónea; que constituye la raíz del separatismo." ¿Qué "opino" realmente yo? "El separatismo festejó su primer triunfo en el Congreso partidario de Wimberg; la articulación de la socialdemocracia austriaca en grupos nacionales fue su primer hazaña." O sea que Bauer me hace decir exactamente lo contrario de lo que digo clara y nítidamente.

Bauer me crea a pesar de tal coyuntura: no sólo la derecha revisionista, no sólo el centro marxista, sino también la izquierda radical tiene sus ideales. Y para nosotros éstos no pierden nada de su brillo aunque no olvidemos un instante que crecen a partir del "sucio" mundo de lo económico.

Y ahora nos vamos a enfrascar en el ideal. Bauer dice:

Sólo la eliminación final de la explotación capitalista, sólo el socialismo *unificará a todos los compatriotas en la plena comunidad cultural nacional*. Pero la lucha de clases contra la clase de los capitalistas sólo puede ser librada en comunidad internacional, pues los obreros alemanes no pueden afanarse por ascender mientras los obreros de las demás naciones perseveren en la miseria y la incultura. El capitalismo sólo puede ser superado en la lucha internacional de clases.

O sea que la meta, el ideal del proletariado es, según Bauer, la unificación de todos los compatriotas en la plena comunidad cultural nacional, y el medio para llegar a esa unificación es la lucha internacional de clases. Debo confesar que semejante ideal en una época en que, como todas las otras cosas, también la cultura se internacionaliza cada vez más, me resulta endeble y descolorido, y que el internacionalismo baueriano es demasiado utilitario para mí. La internacional proletaria no constituye meramente una asociación de seguros mutuos. Cuando Bauer dice: "Por eso nos aliamos con los obreros de las demás naciones para no dejarnos estrujar ningún botín más por el capital", eso es ciertamente verdad, pero no toda la verdad. El internacionalismo es mucho más de lo que admite Bauer. Es la alborozada ciencia de la necesidad de que desaparezcan las barreras nacionales que hoy separan unos de otros a los seres humanos. *Una lengua, una nación, una humanidad*: tal es el ideal del internacionalismo.

Nuestro centro marxista dirá: son las exageraciones usuales de la extrema izquierda. Ahora bien, oigamos al "centrista" alemán imperial Kautsky. En el escrito ya mencionado, dice, entre muchas otras cosas que podrían citarse aquí:

Impresiona muy peculiarmente que Otto Bauer siempre hable solamente de la cultura *nacional*, caracterizando como una meta del socialismo el poner a la masa del pueblo en posesión de la cultura *nacional* (p. 15).

Pero si ya hemos llegado al punto en que la masa de la población de nuestros estados civilizados, junto a sus lenguas nacionales, domine otra o varias lenguas universales, también está dada por lo pronto la base para el paulatino receso y la completa desaparición de las lenguas de naciones más pequeñas; para la *síntesis final del conjunto de la humanidad civilizada en una lengua y una nacionalidad*...

Pero hoy mismo debemos ser conscientes de que nuestra internacionalidad

no representa un tipo especial de nacionalismo que se diferencie meramente del burgués por el hecho de que no actúe agresivamente como éste, sino que deja a cada nación el mismo derecho que reivindica para la propia nación y, además, reconoce a cada una su plena soberanía. Esta concepción, que transfiere el punto de vista anarquista de los individuos a las naciones, no corresponde a la estrecha comunidad cultural que existe entre las naciones de cultura moderna (p. 17).

¿Y qué dice Marx, de quien toma nombre nuestro centro? En el *Manifiesto comunista* leemos que la lucha del proletariado contra la burguesía acaso en la forma (pues "es natural que el proletariado de cada país deba acabar primero con su burguesía"); pero *no en contenido*, sea nacional. Y más adelante dice: "Las segregaciones y antagonismos nacionales de los pueblos desaparecen más y más con el desarrollo de la burguesía", y: "*La dominación del proletariado los hará desaparecer aún más.*"

Por último, invoco contra Bauer a otro hombre a quien espero que una falsa modestia no le impida admitirlo como testigo abonado: él mismo. Ludo Hartmann dijo en el Congreso partidario de Innsbruck: "La internacionalidad condiciona naturalmente la nacionalidad como, por desgracia, la intercondicionalidad de la escuela elemental condiciona la confesión." En eso interrumpió Bauer exclamando: "¡Ésa es justamente la *falsa interpretación* de ambos conceptos!" Y en el discurso que pronunció después arguyó:

Frente a ello (frente a la concepción separatista del internacionalismo) la más importante de todas nuestras tareas [...] consiste en mostrar una y otra vez la diferencia entre el verdadero y genuino internacionalismo y aquel que es falso y presunto; la diferencia entre la idea de la unidad internacional y aquella idea que caracteriza a la Internacional como unión de los nacionalistas de todas las naciones; la diferencia entre internacionalismo y lo que con mucho más derecho se puede denominar *pannacionalismo*, la síntesis de los nacionalismos de las diferentes naciones.

Y ahora quisiera saber: ¿qué diferencia todavía al pannacionalismo, para el cual la nacionalidad es una condición de la internacionalidad, de aquel internacionalismo cuya meta es la unificación de todos los compatriotas en la comunidad cultural nacional y que, como Bauer arguye contra mí, alza la exigencia de que "cada nación trabaje por su propio desarrollo siempre y cuando no transgreda los límites que el interés de la humanidad pone a todo egoísmo nacional y que hoy se condensa en el interés de clase del pueblo obrero"? ¿Pueden los revisionistas nacionales tener reparos en suscribir esta definición del internacionalismo?

Y quisiera desentrañar otra cosa. Bauer dice: "Sólo podemos armar

al obrero contra las seducciones de esa ideología (el nacionalismo): si en él despertamos y fortalecemos una ideología que sea aún más fuerte, que sea aun capaz de despertar mayor entusiasmo que la ideología del nacionalismo." De acuerdo. Pero ¿qué quiere contraponerle Bauer al nacionalismo? El nacionalismo. Y un nacionalismo cuya unidad y homogeneidad estallan por obra de la referencia a la necesidad de la lucha internacional de clases, o sea un nacionalismo que le quita demasiado a quien tiene predisposiciones nacionales y le da demasiado poco a quien tiene predisposiciones internacionales como para poder entusiasmarse. El nacionalismo burgués, que no adolece de ningún desmayo mental y al que no importunan ni escrúpulos ni dudas, ha de ser combatido y vencido por un nacionalismo que perdió la fe en sí y, con ésta, toda fuerza propagandística y, en general, toda fuerza. ¿Cómo va a hacer este Hamlet?

En *Die Gewerkschaft* (14 de junio de 1912), el compañero Grünwald publicó un comentario a mi folleto donde en diez líneas daba la quintaesencia de mis argumentos. Pero por el artículo del compañero Bauer uno averigua muy poco sobre las ideas fundamentales de mi escrito. Contrariamente a una orgullosa frase de Hegel, que invocó una vez en mi contra, Bauer me combate *allí donde no estoy*. De todos mis argumentos detallados él sólo comenta con mayor prolijidad los que versan sobre la grandeza y poder de la nación. Pero tampoco me atañe lo que dice al respecto. Él se defiende victoriosamente de reproches que en absoluto le hice. Por otra parte, las objeciones que levanta contra mis concepciones tan en nada contradicen a éstas, que puedo y debo suscribirlas (me echa en cara, por ejemplo, que "Marx y Engels, Liebknecht y Bebel estaban en la primera línea de los luchadores por la gran república alemana". En su lugar yo me hubiera portado exactamente igual que ellos, pero en base a las consideraciones que desarrollé en mi folleto, y no en contradicción con ellas). Finalmente, Bauer hace incluso aseveraciones cuya justeza impugno en mi folleto, pero no entra en las razones por las cuales las impugno. Naturalmente que así no es posible discutir. Pero quizás Bauer todavía me busque allí donde estoy. Quizás responda, por ejemplo, a la pregunta que formulé en mi opúsculo: "¿Qué se puede objetar desde el punto de vista socialdemócrata contra la plena chequización de una ciudad alemana o la plena germanización de una ciudad checa, presuponiendo naturalmente que semejante desnacionalización se consume sin compulsión ni empleo de la violencia?" Quien quiera comprobar la significación de la grandeza y el poder de la nación para el proletariado debe tener una respuesta a esta pregunta.

En mi folleto sostengo que nuestros diputados le dieron rancho aparte a los obreros del idioma; que el punto de vista "jueces alemanes

para los distritos alemanes, y checos para los checos” no es socialdemócrata. Ahora bien, Bauer quiere dar vuelta el estofado. Sostiene que me ubico en el punto de vista de los obreros del idioma. Dice:

Ahora bien, es cierto que cada pueblo de Austria desea que sus reparticiones públicas se reserven a sus compatriotas. Lo deploramos o no, la conciencia estatal es muy débil en Austria; la conciencia nacional, tanto más fuerte. Los alemanes miran como extranjeros a los checos. Así como cada estado sólo admite en sus reparticiones públicas a sus ciudadanos estatales, también en Austria cada nación desea que en sus reparticiones públicas sólo se admita a sus ciudadanos nacionales, a sus compatriotas. Disparatado o no, ése es el deseo de todas las naciones.

A este interés de los pueblos se oponen los “obrerros del idioma”, que quieren ampliar su mercado de trabajo y mejorar sus perspectivas de promoción. Los funcionarios checos también quieren ser admitidos en las reparticiones públicas alemanas, y los funcionarios alemanes también quieren ser admitidos en los puestos administrativos de las ciudades eslavas.

O sea que para Bauer la política socialdemócrata está determinada por el “deseo de todas las naciones” y por los “deseos de la masa del pueblo”... aunque esos deseos sean disparatados. Que yo sepa, la socialdemocracia no representa a las “naciones” ni tampoco a la “masa del pueblo”, sino al proletariado, y expresa no deseos, sino intereses. O sea que el socialdemócrata no tiene que preguntar: ¿Qué desea la nación, qué desea la masa del pueblo?, sino: ¿Qué demanda el interés del proletariado? Bauer me tendría que probar no que la nación alemana y la masa del pueblo alemán desean jueces alemanes, sino que los obreros alemanes precisan jueces alemanes, y los checos, checos.

La aseveración de que considero la cuestión de la ocupación de cargos desde el punto de vista de los funcionarios carece de toda base fáctica. Por supuesto que los funcionarios checos —y con razón— también quieren ser admitidos en las reparticiones públicas alemanas, y los alemanes también en las checas. Pero los funcionarios alemanes también quieren que las reparticiones públicas alemanas queden reservadas para ellos y, asimismo, los funcionarios checos consideran que las reparticiones públicas checas son su posesión... y en eso no les doy la razón.

Sólo menciono como curiosidad que Bauer incluso defienda la fracción socialdemócrata con una referencia a... la Constitución del Imperio alemán: “Del mismo modo que en el imperio cada estado reserva sus puestos administrativos a sus ciudadanos estatales, acaso aquí también (con la conversión de Austria en estado federal multinacional) cada nación organizada reserve sus puestos administrativos a sus ciudadanos nacionales.” Puede ser. Hasta es probable que la nación organizada, vale decir la mayoría burguesa de la nación organizada, tome como modelo la constitución alemana. Pero eso, ¿qué nos im-

porta? ¿Acaso alguna vez hicimos algo porque los partidos burgueses lo hiciesen? Debido a una confusión incomprensible, Bauer toma a Prusia-Alemania por modelo del estado futuro y me recuerda: "¡No habría que confundir el internacionalismo proletario con el centralismo absolutista burocrático de la vieja Austria!"

Y ahora, la cuestión práctica más importante, la de la autonomía nacional en el partido. Bauer despacha lo que digo al respecto de manera algo bizarra: "Por cierto que también queremos *un* partido internacional, pero dentro de ese partido la autonomía nacional resulta indispensable." Razones: acerca de la política de nuestros compañeros polacos sólo puede decidir quien conozca con exactitud la articulación social de Galitzia, la historia del pueblo polaco, las tradiciones de las masas populares polacas, el desarrollo de los partidos burgueses polacos, y lea cotidianamente durante años diarios polacos, periódicos burgueses y obreros.

Según esta concepción, tampoco la aplastante mayoría de nuestros compañeros polacos podría codecidir acerca de la política de nuestros compañeros polacos, pues ¿cuántos socialdemócratas polacos hay que satisfagan las condiciones de Bauer? Pero prescindamos de esto. Si digo que precisamos un partido unitario y cerrado, ello no significa que la dirección de este partido pueda decretar cuándo tienen que intervenir los compañeros de Galitzia o de Bohemia en la lucha por una reforma electoral de la dieta provincial. Pero resulta insoportable que en semejante lucha puedan proceder independientemente un partido alemán y otro checo en Bohemia, y uno polaco y otro ruteno en Galitzia. Resulta insoportable que acerca de asuntos imperiales —por ejemplo, acerca de la reforma militar— no puedan decidir *una* representación partidaria y *una* fracción parlamentaria, sino varias representaciones partidarias y varios clubes socialdemócratas. *Esta* autonomía nacional es una desgracia para el proletariado austriaco, que precisa *un* partido. En éste, como ya argüí en mi folleto, pueden y deben tenerse perfectamente en cuenta las circunstancias que Bauer señala. Y ahora aún quiero traer a la memoria de Bauer lo que dice Kautsky, reclamado por él para el centro marxista:

Así como la autonomía de las naciones es importante y necesaria para las tareas de la propaganda escrita y oral, política y sindical, así *también puede tornarse peligrosa en el terreno de la acción* [Nationalität und Internationalität, p. 35].

En Austria aún abunda la opinión según la cual el centralismo es bueno para los sindicatos pero no para el partido, y se puede lograr la síntesis entre autonomía y centralismo de manera que se endose el centralismo al sindicato y la autonomía al partido. En realidad deben operarse ambas síntesis para que una y otra lleguen al apogeo de su eficiencia. Sólo están en situación de

decidir si esta meta es alcanzable en las circunstancias dadas por los compañeros que sesionan y actúan en el lugar mismo y conocen por una experiencia de años todos los factores que entran en consideración. Aquí sólo podemos debatir teóricamente qué formas organizativas son las más adecuadas para un moderno estado multinacional, y llegamos a la conclusión teórica de que la meta de la organización del partido debe ser un *partido único rigurosamente centralizado y con un vigoroso ejecutivo plenario*; que la autonomía de cada subdivisión nacional y territorial del partido no puede ser *incondicional* ni llegar al extremo de resultar capaz de impedir una rápida y enérgica acción del partido único, y finalmente, que, cualquiera fuere la índole de esa autonomía, también habría que velar, junto a la autoadministración de las naciones organizadas según el principio de la personalidad, por la autoadministración del conjunto de los compañeros en cada territorio, sin distinción de nación. [“Die Parteiorganisation in Österreich”, *Die Neue Zeit*, 9 de febrero de 1912, p. 679.]

Como se ve, el punto de vista de Kautsky está mucho más cerca del mío que del de Bauer. Se hará bien en utilizar con precauciones la tripartición baueriana cuando se considere la evolución del partido en Austria y en Alemania.

De sus consideraciones, Bauer extrae las siguientes conclusiones:

Precisamente ahora la lucha contra el separatismo nacional es una de nuestras tareas más importantes. Resulta poco inteligente fragmentar nuestra fuerza en esta lucha, cuando se nos compele a luchar al mismo tiempo en dos frentes. Más de un obrero se confundirá si al mismo tiempo debemos librar la guerra contra la sobrestimación y contra la subestimación de lo nacional, contra la esfumación y contra la exageración del internacionalismo. Hoy el revisionismo nacional dentro del partido alemán carece de peligrosidad; el ataque del separatismo demostró a ojos vistas a todos los compañeros alemanes la necesidad de persistir firmemente en la base internacional de nuestro partido. Hoy el enemigo es el separatismo nacional. Hoy se deben unir todas las fuerzas para luchar contra él.

¡Así que Bauer me dice que el enemigo es el separatismo! ¡A mí! ¡Como si no supiera que fui el primero en el partido que respaldó la exigencia de los sindicatos de combatir sin miramientos el separatismo! ¡Como si hubiese olvidado que el centro marxista creyó poder llevar por el camino recto a la alimaña separatista, mediante ruegos tiernamente persuasivos, cuando ya había estallado en todos los rincones y recovecos de nuestro partido la lucha contra el separatismo! Si Bauer opina que ahora debemos luchar al mismo tiempo en dos frentes, eso no es totalmente cierto. En dos frentes sólo lucha el centro marxista, que es internacional contra el separatismo y nacional contra el internacionalismo y ello, naturalmente, puede suscitar confusiones. Pero el

internacionalismo intransigente sólo libra la lucha en un frente: contra el nacionalismo, sea mesurado o desmedido. ¿Va a confundir esto a los obreros? El enemigo es el separatismo. Por eso debemos combatir ante todo a sus aliados dentro de nuestro propio partido. Muy pronto lo comprenderán los *obrer*os.

EL OBRERO Y LA NACIÓN

El desarrollo del reformismo en el ala derecha de la socialdemocracia tiene por consecuencia donde quiera la formación de una extrema izquierda dentro del movimiento obrero. En Francia el sindicalismo siguió al millerandismo. En Italia, e incluso en Inglaterra, observamos manifestaciones similares. También el desarrollo de la socialdemocracia alemana en el imperio puja en esa dirección. Después que el revisionismo intentó impulsar al partido hacia la derecha, hoy parece formarse dentro de él una extrema izquierda, que acusa de oportunismo a Bebel y a Kautsky, a la dirección partidaria y al *Vorwärts* berlinés. El desaire de Rosa Luxemburg a la *Neue Zeit*, la crítica de la *Leipziger Volkszeitung* a la conducta de la dirección partidaria durante la crisis marroquí, la escisión de los radicales en el último congreso del partido, la oposición al acuerdo sobre la segunda vuelta en la última elección para la dieta imperial, y por último el reciente conflicto de Mehring con Bebel y Kautsky, son indicios de esa evolución. Si hasta ahora dos orientaciones, el radicalismo y el revisionismo, bregaron por el poder en el partido, actualmente la evolución parece tender hacia la tripartición: izquierda radical, centro marxista y derecha revisionista.

Esta evolución del movimiento obrero internacional tampoco se nos ha de ahorrar. Aquí también parece formarse actualmente una extrema izquierda cercana a la orientación Mehring-Luxemburg-*Leipziger Volkszeitung*. Sólo que aquí el objeto de la disputa no es nuestra relación con el *estado* sino nuestra relación con la *nación*. El órgano de esta orientación es el *Vorwärts* de Reichenberg. Su manifiesto es el folleto *Der Arbeiter und die Nation* [El obrero y la nación] de Josef Strasser, de reciente aparición.

El folleto de Strasser no sirve a la lucha contra el nacionalismo burgués ni a la lucha contra el separatismo de la socialdemocracia checo-eslava, sino a la controversia en torno a los problemas nacionales dentro del partido alemán. No sólo dirige su ataque contra aquellos compañeros que dentro de nuestro partido defienden una coloración nacional del socialismo, no sólo contra Pernerstorfer, Hartmann, Leuthner, sino que más bien se vuelve incluso contra la política de nuestra fracción en el Consejo imperial y de nuestro órgano central, contra las teorías que defendimos Renner y yo. Es la crítica de una extrema

izquierda no sólo contra el revisionismo nacional, sino también contra el centro marxista.

El nacionalismo burgués alardea como si fuese el abogado de la nación entera. Querría conquistarle poder y grandeza a la nación.

Nosotros le hemos respondido: ¿De qué dependen el poder y la grandeza de la nación? De que el cuerpo del pueblo sea sano y de que el pueblo entero esté lleno de cultura nacional. La explotación capitalista destruye la fuerza de la nación al rapiñarle la salud a la clase que constituye la mayoría de la nación y vedarle el acceso al tesoro de la cultura nacional. A pesar de ello ustedes, los nacionalistas, defienden la explotación capitalista. Con ello prueban que no son los abogados de la nación, sino solamente los abogados de las clases poseedoras de la nación. Sólo en la lucha de clase contra capitalistas y terratenientes puede la clase obrera conquistarse una existencia que a ella, que es la mayoría de la nación, la haga fuerte y sana; que a ella, que es la mayoría de nuestro pueblo, le dé en propiedad la gran herencia de la nación. Sólo la eliminación final de la explotación capitalista, sólo el socialismo unificará a todos los compatriotas en la plena comunidad cultural nacional. Pero la lucha de clases contra la clase de los capitalistas sólo puede ser librada en comunidad internacional, pues los obreros alemanes no pueden afirmarse por ascender mientras los obreros de las demás naciones perseveren en la miseria y la incultura. El capitalismo sólo puede ser superado en la lucha internacional de clases.

Así le hemos tomado la palabra a los nacionalistas burgueses. Hemos probado que su política no sirve al grande y duradero interés de la nación sino solamente a los intereses de clase de las clases poseedoras. Hemos mostrado que la verdadera grandeza del pueblo alemán —vale decir la prosperidad de la masa del pueblo que constituye el núcleo de la nación alemana y la compenetración de las masas del pueblo alemán con los grandes tesoros de la ciencia y el arte alemanes— no puede ser conquistada en la lucha nacional contra otros pueblos sino solamente en la lucha internacional de clase de los obreros de todas las naciones contra el capital internacional.

Strasser se vuelve contra este razonamiento. Dice: somos socialdemócratas porque libramos la lucha de clase del proletariado. No precisamos invocar el poder y la grandeza de la nación. ¿Qué interés tiene la clase obrera alemana en que la nación alemana se torne grande y poderosa?

El recelo de Strasser contra las frases hechas sobre el poder y la grandeza de la nación es fácil de comprender. Con demasiada frecuencia, esas locuciones debieron encubrir intereses de clase hostiles al proletariado. Pero por eso mismo sería interpretar falsa y peligrosamente

el internacionalismo proletario si nosotros quisiéramos exponer su sentido diciendo que está indiferentemente en contra del poder y la grandeza de la nación. Quien quiera entender correctamente qué significan para la clase obrera poder y grandeza de la nación debe reconocer que las palabras poder y grandeza de la nación, en diferentes épocas históricas y en boca de diferentes clases, significan algo diferente.

En las décadas que van de 1815 a 1870, la meta del nacionalismo alemán fue la formación de un gran imperio alemán. Un gran imperio alemán: tal era a la sazón la meta de quienes hablaban del poder y la grandeza del pueblo alemán. También la clase obrera tenía el más vivo interés en esa meta, pues el particularismo estatal alemán inhibía el desarrollo de las fuerzas productivas. La fragmentación de Alemania hizo del zarismo ruso el dueño de Europa. A la sazón, Marx y Engels, Liebknecht y Bebel, estaban en la primera línea de los luchadores por la gran república alemana. También ellos hablaban a la sazón del poder y la grandeza de la nación.

Tras la formación del nuevo imperio alemán, las frases hechas sobre el poder y la grandeza de la nación cobraron otro sentido. De ellas se sirven en el imperio los imperialistas. La apertura de nuevos mercados y de nuevas áreas de inversión para el capital alemán, el sometimiento de pueblos y países extranjeros al imperio alemán: éstos son hoy para ellos la fianza del poder y de la grandeza de la nación. En este afán la clase obrera no tiene parte alguna. Está en lucha contra el imperialismo alemán. No se deja extraviar por el palabrerío acerca del poder y la grandeza de la nación.

A su vez, las palabras "poder y grandeza de la nación" tenían otro sentido en Austria. Aquí las clases poseedoras de ocho naciones luchan por su participación en el poder. Cada una de ellas quiere poner a su servicio las masas populares haciendo pasar por interés de la nación entera lo que sólo es interés de la burguesía nacional. Por eso les respondemos: lo que ustedes denominan poder y grandeza de la nación sólo son los de ustedes, sólo son el poder y la grandeza de la burguesía. Nosotros no buscamos el poder y la grandeza de nuestro pueblo en el poder del capital alemán, sino en el bienestar y la cultura de la masa que forma el pueblo alemán. Por eso no tenemos parte alguna en las luchas de ustedes por la participación en el botín que el capital estruja al trabajo; por eso nos aliamos con los obreros de las demás naciones para no dejarnos estrujar ningún botín más por el capital.

De este modo, las palabras "poder y grandeza de la nación" se han convertido en herramientas de la lucha de clases; jamás las hemos usado de otro modo que para mostrar que el proletariado debería valorar el poder y la grandeza de la nación por otras connotaciones, medirlos con otras medidas y conquistarlos con otros medios que la

burguesía. Nos sirvieron como medio de mostrar cuán *omnívoro* es el antagonismo de clases: de probar que también en las cosas que la burguesía exhibe como interés nacional, como interés común de todas las clases de la nación, la política del proletariado se contrapone a la política de la burguesía. Nosotros hablamos de poder y grandeza de la nación no para mostrar la *unidad de los intereses nacionales*, sino el carácter antagonístico de los intereses de clase. En mi folleto *Deutschtum und Sozialdemokratie* [Germanicidad y socialdemocracia] (Viena, 1906), que expuso por primera vez este razonamiento, ya los subtítulos dicen qué opinamos. Rezan: "La lucha de clases por la grandeza de la nación" y "La lucha de clases por la cultura de la nación". ¡Nuestra disquisición acerca del poder y la grandeza de la nación es propaganda de la lucha internacional de clases!

A Strasser no le gusta nuestra propaganda de la lucha internacional de clases. ¿Por qué otra cosa quiere sustituirla? Dice: Fabricantes alemanes atraen al país a obreros checos. Propietarios alemanes de inmuebles venden sus casas a checos. Campesinos alemanes prefieren criados checos. O sea que para las clases poseedoras su interés económico es más importante que su ideal nacional. ¿Por qué precisamente la clase obrera habría de poner los intereses nacionales por encima de sus intereses económicos de clase?

Temo que tal aportación de pruebas no convierta a ningún obrero alemán nacional. El nacionalalemán honrado responderá a ella: ¡Vamos, luchan conmigo contra la traición nacional de la burguesía, para quien su Mammón es más caro que el bien del pueblo alemán! ¡La traición nacional de la burguesía no los puede disculpar, aunque para ustedes la preocupación por el dinero y por el valor del dinero esté más alto que el gran ideal nacional, aunque ustedes sacrifiquen la nación a sus intereses económicos particulares, aunque ustedes quieran vender el futuro de su pueblo por treinta dineros!

Strasser responderá a los nacional alemanes: ¿A mí qué me importa la nación? ¡El interés nacional no nos aporta ni diez centavos de aumento salarial! Pero este crasamente materialista "¿Qué me calienta?" no convencerá a los idealistas nacionales.

Las naciones son producto de un desarrollo de milenios. Desde hace un siglo las luchas nacionales despiertan las más fuertes pasiones. Para decenas de miles fueron y son un contenido vital; miles marcharon alegremente a la muerte por ellas. Fueron ya la fuente de vida, ya la causa de muerte de las revoluciones más pujantes. Diciendo como el tendero: "¿Qué saco de ahí?", nadie se libra del poderoso efecto de esa gran ideología de masas.

Sólo podemos armar al obrero contra las seducciones de esa ideo-

logía si en él despertamos y fortalecemos una ideología que sea aun más fuerte, que sea aun capaz de despertar mayor entusiasmo que la ideología del nacionalismo.

Tal ideología fue alguna vez la ideología del *género humano*, de la *humanidad*. Ella no excluía el amor por la propia nación, pero la subordinaba al entusiasmo por los grandes temas del género humano. Su idea era: más alto que el interés del *individuo* está el interés de la *nación*; más alto que el interés de la nación, la causa del *género humano*. Cada individuo tiene derecho a luchar por sus intereses, pero su *egoísmo* ha de encontrar un límite en el interés de la nación. A ella debe sacrificar su interés personal particular. Asimismo, cada nación tiene derecho a cuidar de su prosperidad, pero el *nacionalismo* ha de encontrar un límite en el gran interés común del género humano. A él debe subordinarse cada nación, y encuadrar en el interés global del mismo su interés particular. El nacionalismo no veda al individuo cuidar de su prosperidad personal: sólo pone un límite a ese derecho en interés de la nación. Asimismo, el ideal del género humano no veda a la nación singular de trabajar por su prosperidad: sólo limita ese derecho al imponer que cada pueblo subordine sus intereses nacionales especiales a las necesidades del desarrollo del género humano. El egoísmo sólo se torna vituperable cuando pone la propia ganancia por encima de la causa de la nación; el nacionalismo sólo se torna vituperable cuando eleva la ventaja de la nación singular por encima de la causa del género humano, por encima de los mandamientos de la humanidad.

El internacionalismo proletario se ha desarrollado a partir del antiguo ideal humanista burgués. El socialismo nos ha enseñado que la lucha de clases es la palanca del desarrollo del género humano. Hemos reconocido que la victoria del proletariado es el presupuesto para la elevación del género humano a un grado superior del desarrollo. Por eso ahora *el interés concreto de clase del proletariado remplace al ideal de la humanidad*. Por eso el interés de clase del proletariado internacional está, para nosotros, por encima del interés particular de la nación singular, así como el interés de la nación está por encima del interés particular del individuo. El interés de la nación singular no nos es indiferente; no afrontamos su desarrollo sin participar. Pero más alto que el interés de la nación singular está, para nosotros, el interés de clase del conjunto del proletariado, porque sólo la victoria del proletariado es el camino hacia una existencia superior del género humano entero, y con ello también hacia una existencia superior de las naciones en que se articula el género humano.

Strasser no puede presentarnos como ejemplo esclarecedor al capitalista que pone a merced de su beneficio los intereses de la nación. Nosotros combatimos al hombre cuyo interés individual está más alto

que el interés de la nación. Pero exactamente igual combatimos también a la nación cuyo interés nacional particular está más alto que el interés del desarrollo de toda la clase obrera, cuya victoria es la única que conduce a la liberación de todo el doliente género humano.

Este internacionalismo no es indiferencia por el destino de la nación. Así como cada individuo tiene el derecho de cuidar de su propia prosperidad en tanto permanezca dentro de los límites que le impone la causa común de la nación entera, también cada nación ha de trabajar por su propio desarrollo con tal que no transgreda los límites que impone a todo egoísmo nacional el interés del género humano, que hoy se condensa en el interés de clase del pueblo obrero.

No extraemos nuestra convicción internacional de preguntar como tenderos si el nacionalismo reporta al individuo andrajoso un par de centavos más de salario; la sacamos del entusiasmo por la gran liga mundial de la clase obrera, que hoy conduce la causa del género humano y, por ende, la causa de todas las naciones.

Strasser quiere combatir el nacionalismo apelando desde el cálido sentimiento al intelecto fríamente calculador. Pero el poder de los sentimientos heredados, que son el precipitado de un siglo de embates histórico-universales, no está a la altura de la sabiduría del tendero, que sólo opera con pesos y centavos. La fuerza victoriosa del internacionalismo brota de raíces más fuertes. Puja a partir de la sagrada creencia de la clase obrera en que su liberación es la liberación del género humano, y su interés particular el verdadero interés común de todos los individuos y de todos los pueblos.

La crítica de Strasser se vuelve contra nuestra concepción teórica. Sólo en dos pasajes ataca la efectivización práctica de nuestros pareceres.

Por lo pronto, opina que la articulación que el congreso partidario de 1897 dio a la socialdemocracia austriaca es errónea; que constituye la raíz del separatismo. Si la autonomía nacional era necesaria en el partido, también lo era en los sindicatos. Conclusión que los separatistas suscribirán con gusto.

Tomemos por ejemplo a nuestros compañeros polacos. Quien quiera decidir acerca de su política debe conocer con exactitud la articulación social de Galitzia, la historia del pueblo polaco, las tradiciones de las masas populares polacas, el desarrollo de los partidos burgueses polacos. Durante años debe leer cotidianamente diarios polacos, periódicos burgueses y obreros. Quien no haya adquirido un conocimiento tan exacto, no puede dirigir la política de la socialdemocracia polaca. En rigor, no puede hacerse un juicio del alcance de ninguna solución, del efecto de ningún artículo periodístico ni de ningún volante si no conoce con exactitud el terreno de lucha. ¿Cuántos compañeros alemanes y checos

hay que puedan controlar nuestros periódicos obreros polacos y observar la influencia de nuestra política sobre los obreros polacos? ¿Cuántos que tan sólo dominen la lengua polaca? ¿Cómo sería posible entonces que de la dirección de la política obrera polaca cuide en Viena una representación partidaria cuya mayoría está formada por hombres de confianza alemanes y checos? Por eso fue necesario otorgar autonomía a los polacos dentro del partido.

En los sindicatos es totalmente distinto. Ellos no tienen que luchar contra partidos, ideologías o tradiciones. La lucha por un salario más alto y por un tiempo más corto de trabajo es la misma en Galitzia que en Tirol. Aquí no es necesaria la autonomía nacional; aquí perjudica, sin que sea posible aprovecharla. El hecho y el porqué de que aquí perjudique mucho más que allá se mostró con bastante frecuencia.

Por cierto que también queremos *un* partido internacional. Pero dentro de ese partido, la autonomía nacional resulta indispensable.

Igualmente falsa es la crítica de Strasser a la declaración de nuestra fracción en el Consejo imperial, donde se exigía que se nombraran funcionarios alemanes para la región alemana y funcionarios checos para la región checa. Strasser dice: no podemos reservar a los obreros manuales alemanes los puestos de trabajo en la región germanoparlante; ¿por qué hemos de exigir para los obreros alemanes del idioma lo que es imposible exigir para los obreros manuales?

Pero no se puede hacer un juicio acerca de la cuestión de la ocupación de cargos desde el punto de vista de los funcionarios, sino desde el punto de vista de los pueblos cuyos asuntos administran las autoridades.

Ahora bien, es cierto que cada pueblo de Austria desea que sus reparticiones públicas se reserven a sus compatriotas. Lo deploremos o no, la conciencia estatal es muy débil en Austria; la conciencia nacional, tanto más fuerte. Los alemanes miran como extranjeros a los checos. Así como cada estado sólo admite en sus reparticiones públicas a sus ciudadanos estatales, también en Austria cada nación desea que en sus reparticiones públicas sólo se admita a sus ciudadanos nacionales, a sus compatriotas. Disparatado o no, ése es el deseo de todas las naciones.

A este interés de los pueblos se oponen los "obrerros del idioma", que quieren ampliar su mercado de trabajo y mejorar sus perspectivas de promoción. Los funcionarios checos también quieren ser admitidos en las reparticiones públicas alemanas, y los funcionarios alemanes también quieren ser admitidos en los puestos administrativos de las ciudades eslavas.

O sea que nuestra fracción en el consejo imperial tuvo que decidir entre los deseos de la masa del pueblo de contar con funcionarios con-

nacionales y los deseos particulares de los funcionarios de obtener la expansión de su mercado de trabajo. ¿Podía decidir otra cosa que la que decidió?

Nosotros exigimos la conversión de Austria en un estado federal multinacional. Dentro del estado federal, cada nación ha de dirigir su existencia estatal especial, del mismo modo que dentro del imperio alemán Prusia, Baviera y Sajonia son estados especiales. Si esto se realiza, junto a la ciudadanía estatal se ubicará la ciudadanía nacional, del mismo modo que en el imperio, junto a la ciudadanía imperial alemana existe la ciudadanía estatal prusiana, bávara y sajona. Y del mismo modo que en el imperio cada estado reserva sus puestos administrativos a sus ciudadanos estatales, acaso aquí también cada nación organizada reserve sus puestos administrativos a sus ciudadanos nacionales, lo cual, naturalmente, no excluye que, por excepción, destine a miembros de otro pueblo para una repartición pública, así como a veces también los estados destinan a ciudadanos de otros estados para transferirles oficinas.

Strasser dice: ¿Qué importa de qué nacionalidad es un funcionario? De modo similar hablaban también los Bach y los Schwarzenberg. Con esa fundamentación enviaron los húsares alemanes de Bach a Hungría y Galitzia. ¡No habría que confundir el internacionalismo proletario con el centralismo absolutista-burocrático de la vieja Austria!

El folleto de Strasser está escrito con ingenio y para que lo entiendan todos. Desafía a la contradicción, pero precisamente por eso incita a pensar. Así también contribuirá al desarrollo y profundización de nuestros pareceres sobre las cuestiones nacionales. Y el hecho de que al luchar contra el nacionalismo tire muy a menudo por encima del blanco siempre nos será aun más preferible que la cobarde condescendencia con los halagos nacionalistas.

A pesar de ello, consideramos que la tendencia que se proclama en ese folleto no carece de peligrosidad. La exageración repele: impele a lo contrario. El internacionalismo no puede volverse culpable de la incomprensión del significado histórico de las naciones y de las luchas nacionales si no quiere empujar a más de uno en brazos del nacionalismo. El materialismo histórico, que comprende históricamente cada gran movimiento de masas, no puede ser confundido con un utilitarismo de tendero.

Precisamente ahora la lucha contra el separatismo nacional es una de nuestras tareas más importantes. Resulta poco inteligente fragmentar nuestra fuerza en esta lucha, cuando se nos compele a luchar al mismo tiempo en dos frentes. Más de un obrero se confundirá si al mismo tiempo debemos librar la guerra contra la sobrestimación y contra

la subestimación de lo nacional, contra la esfumación y contra la exageración del internacionalismo. Hoy el revisionismo nacional dentro del partido alemán carece de peligrosidad; el ataque del separatismo demostró a ojos vistas a todos los compañeros alemanes la necesidad de persistir firmemente en la base internacional de nuestro partido. Hoy el enemigo es el separatismo nacional. Hoy se deben unir todas las fuerzas para luchar contra él.

ANTON PANNEKOEK (1873-1960)

Astrónomo, doctor de la universidad de Leyde, Pannekoek se ubica en el ala izquierda del partido socialdemócrata holandés (SDAP) y es en 1907 uno de los fundadores de la revista Tribune, órgano de la izquierda marxista holandesa.

En 1909 se establece en Brema, donde en torno a la redacción de la Bremer Zeitung se conformará un grupo de extrema izquierda cuyos más eminentes teóricos serán Pannekoek y Rádek. Con Rosa Luxemburg, es de los primeros en criticar a Kautsky y la ortodoxia marxista que representa. Las divergencias, de índole teórica y estratégica, son primeramente acerca de la acción de masas. En el contexto de esta discusión de conjunto, Pannekoek interviene a principios de 1912 en los debates sobre la cuestión nacional. Su estudio, Lucha de clases y nación, que proyectaba hacia tiempo, es una respuesta a las teorías que Bauer ha expuesto en su obra en 1907, una "crítica del oportunismo nacional austriaco". La destina a la revista teórica del partido austriaco, Der Kampf. Bauer se niega a publicarla porque considera, teniendo en cuenta las dificultades a que se enfrenta la socialdemocracia austriaca en sus filas y en el exterior, que reiniciar una discusión teórica es inoportuno y no contribuiría de ninguna manera a clarificar y definir las tareas inmediatas. Ante la acometida nacionalista, semejante debate, abstracto y académico, desviaría la atención de los marxistas austriacos, que no debían dividirse sino estrechar las filas para luchar contra las tendencias nacionalistas dentro del partido.

No convencido por esta argumentación, Pannekoek accede a principios de mayo, por solicitud de Strasser, a que su estudio salga, en versión probablemente aumentada, en Reichenberg, en forma de librito, paralelamente al de Strasser. En su prefacio destaca Pannekoek la perfecta concordancia de sus opiniones. Sólo difiere el ángulo desde el cual abordan el problema. Pannekoek pone más el acento en el aspecto teórico del problema nacional y cuestiona cada uno de los conceptos bauerianos: comunidad de destino, de cultura, en los dos primeros capítulos, intitulados respectivamente "La nación y sus mutaciones" y "La nación y el proletariado", mientras que en un tercero y último capítulo, "La táctica socialista", insiste en el valor táctico de la consigna de la autonomía personal cultural.

Internacionalista durante la guerra, forma parte de la izquierda de Zimmerwald y es corredactor de su efímera revista, Vorbote; pero

apenas interviene en el debate sobre el derecho a la autodeterminación nacional suscitado por los bolcheviques en 1915. Partidario de éstos en 1917 y fundador del Partido Comunista Holandés, irá distanciándose, y, después de romper con la III Internacional, se convertirá en uno de los teóricos del comunismo de los consejos y se consagrará, por lo demás, a su actividad científica.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

Anton Pannekoek y los consejos obreros, *textos escogidos y presentados por Serge Bricianer, Barcelona, Editorial Anagrama, 1976, 392 páginas.*

Klassenkampf und Nation, *Reichenberg, Runge, 1912, 54 páginas.*

LUCHA DE CLASES Y NACIÓN

PREFACIO

Quizás haya que disculpar que alguien que no es austriaco proceda a tomar la palabra en la cuestión de las nacionalidades. Si fuese una cuestión puramente austriaca, seguro que tampoco se inmiscuiría nadie que no conociese con exactitud las circunstancias prácticas y que, en virtud de la práctica, no estuviese obligado a dedicarse a ella. Pero esa cuestión cobra cada vez más significación incluso para otros países, y a través de los escritos de los teóricos austriacos —ante todo de la valiosa obra de Otto Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*— se ha convertido, de cuestión de la práctica austriaca, en cuestión de la teoría socialista general. Actualmente, esta cuestión, su tratamiento y su resultado, debe despertar el supremo interés de cada socialista que considere que la teoría es el hilo conductor de nuestra práctica; actualmente, también son posibles una apreciación y una crítica que prescindan de la práctica austriaca específica. Como aquí debemos combatir algunas de las conclusiones de Bauer, queremos notar de antemano que, al hacerlo, no se ha de menguar en lo más mínimo el valor de su obra; la significación de ésta no reside en que verifique sobre este terreno resultados definitivos e incontrovertibles, sino en que establezca por primera vez la base para una disquisición y discusión racionales.

En la actualidad, tal discusión se manifiesta especialmente oportuna. La crisis separatista vuelve a poner en el orden del día del partido la cuestión de las nacionalidades, compeliendo a una nueva orientación, a un acuerdo de fondo en estas cuestiones. En tal caso, no puede carecer de valor una disquisición acerca de las bases teóricas, para desarrollar la cual esperamos brindar con este escrito una contribución a los compañeros austriacos. Fue esencialmente codeterminante de su publicación el hecho de que en su escrito *El obrero y la nación* el compañero Strasser, por un camino totalmente distinto —si bien lo guió idéntica concepción marxista de base—, llegase a las mismas conclusiones que nosotros a partir de la práctica austriaca. Ahora nuestros trabajos pueden servir de mutuo complemento para fundamentar este punto de vista común.

I. LA NACIÓN Y SUS TRANSFORMACIONES

VISIONES BURGUESA Y SOCIALISTA

El socialismo es una nueva concepción científica del mundo humano que se diferencia en lo más hondo de todas las concepciones burguesas. El modo de ver burgués considera las diferentes formaciones e instituciones del mundo humano, o bien como productos de la naturaleza —alabándolas o condenándolas según se le manifiesten coincidentes o contradictorias con la “eterna naturaleza humana”—, o bien las toma por productos de la casualidad o de la arbitrariedad humana, para modificarlas a su gusto con medidas de violencia artificiales. En cambio la socialdemocracia las considera productos de la evolución de la sociedad humana, surgidos naturalmente. Mientras la naturaleza es prácticamente inalterable —el surgimiento de las especies animales unas a partir de otras recién se consumó en enormes espacios de tiempo—, la sociedad humana muestra una evolución incesante y veloz, pues su base, el trabajo para adquirir el sustento vital, siempre debió adoptar nuevas formas mediante el permanente perfeccionamiento de los utensilios; la vida económica se trastocó: de ahí nacieron nuevas visiones e ideas, un nuevo derecho y nuevas instituciones políticas. O sea que en eso reside la antítesis de la concepción burguesa y de la socialista: allí, inalterabilidad debida a la naturaleza, y al mismo tiempo arbitrariedad; aquí, un eterno devenir y transformarse, según sólidas leyes, sobre la base del trabajo, del modo de la economía.

Esto también vale para la nación. En la diversidad de las naciones, la concepción burguesa ve diferencias naturales de los seres humanos; las naciones son grupos que están en competencia por obra de la comunidad de raza, de ascendencia y de lengua. Pero al mismo tiempo cree que aquí puede oprimir naciones con medidas políticas compulsivas, y allí engrosar su ámbito a costa de otras naciones. En las naciones, la socialdemocracia ve grupos humanos que se han convertido en una unidad por obra de una historia común. La evolución histórica engendró las naciones en su delimitación y su peculiaridad; también hizo que la significación y el carácter de la nación en general cambiaran con el tiempo y con las circunstancias económicas. Sólo a partir de las circunstancias económicas se puede entender la historia y la evolución de la nación y del principio nacional.

Desde el punto de vista socialista, esta investigación fue llevada a cabo del modo más escrupuloso por Otto Bauer en su obra *La cuestión*

de las nacionalidades y la socialdemocracia; sus exposiciones constituyen el necesario punto de partida para todo tratamiento y discusión ulteriores de las cuestiones nacionales. En esa obra se consigna el punto de vista socialista con las siguientes palabras: "De este modo, la nación ya no es una cosa congelada para nosotros, sino un proceso del devenir, determinada en su esencia por las condiciones en que los seres humanos luchan por su sustento vital y por la conservación de la especie" (p. 120). Y algo más adelante: "La concepción materialista de la historia puede comprender a la nación como el producto jamás terminado de un proceso que se opera permanentemente, y cuya última fuerza motriz son las condiciones de la lucha del ser humano con la naturaleza, las transformaciones de las fuerzas productivas humanas, las modificaciones de las relaciones de trabajo humanas. Esta concepción hace de la nación *lo histórico en nosotros*" (p. 122). El carácter nacional es "historia congelada".

LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE DESTINO

Bauer designa con mucho acierto a la nación como "*el conjunto de los seres humanos vinculados por comunidad de destino en una comunidad de carácter*". Esta aseveración fue atacada a menudo, pero sin razón, pues es completamente correcta. El malentendido reside siempre en que se confunden homogeneidad y comunidad. Comunidad de destino no significa sometimiento a un destino igual, sino vivencia común del mismo destino en una comunicación permanente, en una continua interacción recíproca. Los campesinos de China, de la India y de Egipto concuerdan considerablemente por obra de la igualdad de sus modos económicos y tienen el mismo carácter de clase; pero a pesar de ello les falta toda huella de comunidad. En cambio, por muchas diversidades de carácter que muestren los pequeñoburgueses, los grandes comerciantes, los obreros, los propietarios rurales nobles y los campesinos de Inglaterra debido a su diferente situación de clase, constituyen una comunidad a pesar de ello; la historia vivida en común, la permanente interacción que ejercieron unos con otros aunque sea en forma de luchas recíprocas, todo mediatizado por la lengua común, hace de su conjunto una comunidad de carácter, una nación. Al mismo tiempo, el contenido espiritual de esta comunidad, la cultura común, es transmitido hereditariamente, mediante la lengua literaria, de las generaciones pasadas a las futuras.

O sea que esto no quiere decir en absoluto que dentro de la nación

domine la igualdad de carácter. Al contrario, pueden existir muy grandes diferencias de carácter de acuerdo a la clase o al lugar de residencia. El campesino alemán y el gran capitalista alemán, el bávaro y el oldenburgense, exhiben chocantes diversidades de carácter, y sin embargo todos ellos pertenecen a la nación alemana. Tampoco quiere decir que no haya tales comunidades de carácter aparte de las naciones. Naturalmente que aquí no se alude a formaciones asociativas temporarias con fines especiales, como por ejemplo las sociedades por acciones o los sindicatos. Pero *cada organización de seres humanos que se trasmite hereditariamente de generación en generación como asociación estable constituye una comunidad de carácter surgida de la comunidad de destino.*

Las comunidades religiosas ofrecen otro ejemplo. También son “historia congelada”. No constituyen simplemente un grupo de personas que profesen la misma fe y que se hayan juntado con fines religiosos, pues uno, como quien dice, es parido dentro de su Iglesia, y pasarse de una a la otra resulta relativamente raro. Pero en su origen, la comunidad religiosa abarcaba a todos los que de una u otra manera tenían una copertenencia social —en cuanto miembros de una tribu, vecinos de la aldea o compañeros de clase—; la comunidad de situación vital y de intereses creó al mismo tiempo una comunidad de visiones fundamentales que tenían forma religiosa. También creó el vínculo de los deberes recíprocos, de la fidelidad y de la protección entre organización y miembros. La comunidad religiosa fue expresión de una copertenencia social, tanto en las comunidades tribales primigenias como asimismo en la Iglesia medieval. Las comunidades religiosas surgidas en la época de la Reforma —las iglesias y sectas protestantes— fueron organizaciones de la lucha de clases contra la Iglesia dominante y entre sí, o sea que en alguna medida coincidían con los partidos políticos de hoy. A la sazón, pues, las diferentes confesiones religiosas expresaban algo vivo, intereses reales y profundamente sentidos; se podía ser ganado para otra del mismo modo que actualmente uno se pasa de un partido a otro. Desde entonces esas organizaciones se petrificaron como comunidades de fe donde sólo el estrato dirigente, el clero, está en mutua comunicación por sobre la Iglesia entera. La comunidad de intereses se acabó; dentro de cada Iglesia, por obra de la evolución social, se formaron nuevas y numerosas clases y antagonismos de clase. La organización religiosa se convirtió cada vez más en una envoltura muerta, y la profesión de fe en una fórmula abstracta, sin contenido social. Otras organizaciones la remplazaron como asociaciones vivas de intereses. Así, la comunidad religiosa constituye un grupo cuya comunidad de destino quedó muy atrás y hoy se disuelve

cada vez más. *También la religión es un precipitado de lo histórico en nosotros.*

O sea que la nación *no es la única* comunidad de carácter surgida de una comunidad de destino, sino solamente una de sus formas, y jamás se la puede diferenciar inequívocamente de otras. Incluso es cuestión ociosa averiguar a qué unidades organizativas de los seres humanos, sobre todo antiguas, hay que otorgar el nombre de nación. Las unidades tribales originarias, pequeñas o grandes, de los seres humanos fueron parte de esas comunidades de destino y carácter, y dentro de ellas se transmitían hereditariamente propiedades, costumbres, cultura y dialecto. Ocurría de modo similar con las comunas aldeanas o los cantones [*Gaue*] del campesinado medieval. Otto Bauer encuentra que en la Edad Media, en la época de los Hohenstaufen, la "nación alemana" existía en la comunidad política y cultural de la nobleza alemana. Por otro lado, también la Iglesia medieval tenía muchos rasgos que hacían de ella una especie de nación: era la comunidad de pueblos europeos, con una historia común y visiones comunes, y hasta con una lengua común, el latín eclesiástico, que mediatizaba la acción recíproca entre los cultos, el intelecto dominante de toda Europa, uniéndolos en una comunidad cultural. Recién en la última parte de la Edad Media van emergiendo paulatinamente de ella las naciones en el sentido moderno, con una lengua nacional propia y una unidad y cultura nacionales.

La lengua común, en cuanto aglutinante vivo de los seres humanos, es la connotación *más importante* de la nación; *pero no por eso las naciones son simplemente lo mismo que los grupos humanos de igual lengua*. A pesar de su igual lengua, ingleses y norteamericanos son dos naciones con historias separadas, dos diferentes comunidades de destino que exhiben una apreciable diferencia de carácter nacional. Asimismo, resulta dudoso que haya que contar a los suizos alemanes en una nación alemana común que abarque a todas las personas germanoparlantes. Por más que gracias a la igualdad de la lengua literaria muchos elementos culturales vuelen más allá y más acá de las fronteras, el destino ya separó hace varios siglos a suizos y alemanes. El hecho de que unos sean ciudadanos libres de una república democrática y los otros viviesen sucesivamente bajo la tiranía de pequeños dictadorzuelos, bajo la dominación extranjera y bajo la presión del estado policial neoalemán, debió darles necesariamente un carácter muy diferente a pesar de que leyeran a los mismos poetas, y apenas si puede hablarse ya de una comunidad de destino y carácter. El elemento político se destaca más patentemente aún entre los holandeses; el veloz auge económico de las provincias marinas, que por el lado de tierra se rodearon de una muralla de provincias continentales dependientes, las convir-

tió en un poderoso estado comercial, en una unidad política, haciendo del bajo alemán la propia lengua literaria moderna, pero sólo para una pequeña parte segregada de la masa de personas que hablaban bajo alemán; todos los demás quedaron excluidos de ello por obra de la separación política y, en cuanto partes de Alemania, adoptaron la lengua literaria alto alemana y la cultura alto alemana en virtud de la historia política común. Si los austroalemanes, a pesar de la larga autonomía de su propia historia, y no obstante no participar de los recientes e importantísimos destinos de los alemanes imperiales, recalcan enérgicamente su alemanidad común, la razón de ello reside esencialmente en su posición combativa frente a las demás naciones de Austria.

LA NACIÓN CAMPESINA Y LA MODERNA

A menudo se califica a los campesinos de fieles e incommovibles preservadores de la nacionalidad. Pero al mismo tiempo Otto Bauer los califica de tributarios de la nación que no tienen participación alguna en la cultura nacional. Esta contradicción ya indica que lo "nacional" del campesinado es algo totalmente distinto a lo que constituye las naciones modernas. Por cierto que la nacionalidad moderna salió de la campesina, pero a pesar de ello ambas son en esencia completamente diferentes.

En la anterior economía natural de los campesinos, la unidad económica estaba reducida a la mínima dimensión; el interés no iba más allá de la aldea o del valle. Cada distrito constituía una comunidad que apenas estaba en comunicación con las demás, una comunidad con historia propia, costumbres propias, dialecto propio y carácter propio. Todas éstas podían estar emparentadas a los distritos vecinos, pero ya no se hallaban en interacción con ellos. El campesino se aferra tenazmente a esta especial peculiaridad de su comunidad. Como su economía nada tiene que ver con el mundo exterior, como su siembra y su siega sólo son afectadas excepcionalmente por el cambio de los acontecimientos políticos, todas las influencias externas le pasan por encima, sin dejar una sola huella, pues su conducta al respecto es totalmente prescindente y pasiva; no penetran en lo más íntimo de él. Sólo lo que el ser humano toma activamente, lo que a él mismo lo impulsa a variar y aquello en lo que colabora por propio interés con su propia participación es capaz de modificar su naturaleza. Por eso el campesino preserva su peculiaridad contra todas las influencias del resto del mundo y permanece "ahistórico" mientras permanece intacta su economía individual para el uso propio. Pero ni bien es insertado en el engranaje

del capitalismo y puesto en nuevas relaciones —sea que se convierta en ciudadano u obrero, o que se vuelva dependiente, en cuanto campesino, del mercado mundial y entre en comunicación con el resto del mundo—, ni bien adquiere nuevos intereses, también se pierde la indestructibilidad de la antigua peculiaridad. Entonces hace su entrada en la nación moderna; se convierte en miembro de una mayor comunidad de destino de una nación en el sentido moderno.

A menudo se habla de este campesinado en el sentido de que incluso las anteriores generaciones ya habrían pertenecido a la misma nación a que pertenecen sus descendientes bajo el capitalismo. En la expresión “naciones ahistóricas” está contenida la concepción de que ya de antiguo los checos, los eslovenos, los polacos, los rutenos y los rusos constituían otras tantas determinadas y diferentes naciones, pero como quien dice durmieron largo tiempo en cuanto naciones. En realidad, sólo se podía hablar por ejemplo de los eslovenos como de una cantidad de grupos o cantones con dialectos emparentados, sin que esos grupos hubiesen constituido una real unidad o comunidad. Lo que tiene de correcto el nombre es que, por norma, el dialecto decide a qué nación se incorporarán los descendientes. No obstante, la evolución efectiva debe decidir si eslovenos y servios o rusos y rutenos se convierten en *una* comunidad nacional con lengua literaria y cultura comunes, o en dos naciones. No decide la lengua, sino la marcha de la evolución político-económica. Ni el campesino bajo sajón es el fiel preservador de la nacionalidad alemana o —según de qué lado de la frontera habite— la holandesa (sólo preserva su propia peculiaridad aldeana o provincial), ni el campesino ardenés custodia tenazmente una nacionalidad belga, valona o francesa cuando se aferra al dialecto y las costumbres de su valle, ni tampoco se puede decir de un campesino carintio de la época precapitalista que pertenezca a la nación eslovena. La nación eslovena *recién surge* con las modernas clases burguesas que se constituyen como nación especial, y el campesino recién hace su entrada en ella cuando se vincula con esta comunidad por obra de intereses efectivos.

Las naciones modernas son plenamente producto de la sociedad burguesa; sobrevinieron con la producción mercantil, sobre todo con el capitalismo, y sus portadores son las clases burguesas. La producción burguesa y su tráfico mercantil precisan grandes unidades económicas, grandes territorios a cuyos habitantes unen en una comunidad que posee una administración estatal unitaria. El capitalismo desarrollado refuerza cada vez más el poder central estatal; coliga más sólidamente el estado, aislándolo de los demás estados. El estado es la organización de combate de la burguesía. Como la economía de la burguesía descansa en la competencia, en la lucha contra sus semejantes, también

las asociaciones en que se organiza deben luchar unas con otras; cuanto más poderoso sea el poder estatal, tanto mayores ventajas prometerá aportarle a su burguesía. Ahora bien, la delimitación de estos estados fue preponderantemente determinada por la lengua; aquí las comarcas con dialectos emparentados, en la medida en que no intervinieron otras fuerzas, se vieron obligadas a coligarse políticamente porque la unidad política, la nueva comunidad de destino, requiere como medio de comunicación una lengua unitaria. La lengua literaria y de comunicación fue creada a partir de cualquiera de los dialectos, o sea que en cierto sentido es una formación *artificial*, pues como dice correctamente Otto Bauer: "con los seres humanos con quienes estoy en la más estrecha comunicación es con quienes fabrico una lengua común" (p. 113). Así surgieron los estados nacionales, que al mismo tiempo son estado y nación.¹ No se convirtieron simplemente en unidades políticas porque ya constituyesen una comunidad nacional; la base de la sólida coalición de los seres humanos en tan grandes formaciones es el nuevo interés económico, la necesidad económica, pero el hecho de que surgieran precisamente esos estados y no otros, el hecho de que por ejemplo Alemania meridional y Francia septentrional no hayan constituido en su conjunto una unidad política, pero sí Alemania meridional y septentrional, reside principalmente en el parentesco originario de los dialectos.

Debido al desarrollo capitalista y a la expansión, existe dentro de un estado nacional una abigarrada variedad de clases y tipos populares: por eso uno a veces duda de poder llamarlo realmente comunidad de destino y de carácter, ya que no todos influyen unos sobre otros de modo directo. Pero la comunidad de destino de los campesinos y grandes capitalistas alemanes, de los bávaros y los oldenburgueses, consiste en que todos ellos son miembros del Imperio alemán, en que dentro de este marco libran sus luchas económicas y políticas, padecen la misma política, deben tomar posición frente a las mismas leyes y así influyen unos sobre otros; de este modo, a pesar de toda su diversidad, constituyen una comunidad efectiva dentro de esa comunidad.

Ocurre distinto allí donde los estados surgieron como unidades dinásticas bajo el absolutismo, sin cooperación directa de las clases burguesas, y por ende abarcaron por conquista tribus del más diferente dialecto. Si el capitalismo penetra allí cada vez más, surgen varias naciones dentro de uno de esos estados, y éste se convierte en estado multinacional, como Austria. La causa del surgimiento de nuevas naciones junto a las antiguas vuelve a residir *en que la competencia es la*

¹ Por eso en Europa occidental estado y nación se usan como sinónimos. La deuda estatal se llama deuda nacional y los intereses de la comunidad estatal siempre se llaman intereses nacionales.

base de la existencia de las clases burguesas. Si de un grupo popular, puramente campesino en un principio, surgen clases modernas; si masas más grandes marchan a la ciudad como obreros industriales, y pronto las siguen comerciantes minoristas, intelectuales y empresarios, estos últimos deben intentar automáticamente asegurarse la clientela de las masas de igual lengua haciendo hincapié en su nacionalidad. En cuanto solidaria, la nación constituye para sus miembros un círculo de clientes, un mercado de salida, un área de explotación donde le llevan la delantera a los competidores de otras naciones. En cuanto comunidad de clases modernas, deben conformar una lengua literaria común que resulte necesaria como medio de comunicación y se convierta en lengua de cultura y de literatura. El continuo contacto de las clases de una sociedad burguesa con el poder estatal, que hasta ahora sólo conocía el alemán como lengua de comunicación oficial, obliga a luchar por el reconocimiento de la lengua, por la escuela y la oficina pública, cosa en la cual la intelectualidad nacional tiene, como clase, un interés material directo. Ya que el estado ha de representar el interés de la burguesía y puede respaldarla materialmente, cada burguesía nacional debe asegurarse la mayor influencia posible sobre el estado. Debe luchar por esa influencia con las burguesías de las demás naciones; cuanto más consiga agrupar compactamente a su alrededor a la nación entera en esta lucha, tanto más poder podrá ejercer. Mientras el papel dirigente de la burguesía esté fundado en el carácter de la economía y se lo reconozca como obvio, también podrá contar con las demás clases que en este punto se sientan ligadas a ella por una igualdad de intereses.

Aquí también la nación es plenamente producto del desarrollo capitalista, y producto necesario; allí donde hace su entrada el capitalismo, aquélla *debe* surgir como comunidad de destino de las clases burguesas. La lucha de las nacionalidades en semejante estado no es consecuencia de cualquier opresión o legislación atrasada, sino una exteriorización natural de la competencia como condición fundamental de la economía burguesa; la lucha recíproca es el sentido y la meta de la brusca segregación mutua de las diferentes naciones.

ESPÍRITU HUMANO Y TRADICIÓN

Lo nacional del ser humano es un pedazo de su naturaleza, pero ante todo un pedazo de naturaleza espiritual. Las cualidades físicas transmitidas hereditariamente por descendencia pueden diferenciar a los pueblos, pero no los separan ni, menos aún, los ponen en antítesis unos

con otros. Los pueblos están separados como comunidades culturales diferentes. Ante todo, la nación es una comunidad cultural mediatizada por la lengua común; en la cultura de una nación, que se puede llamar su naturaleza espiritual, está precipitada toda la historia de su vida. El carácter nacional no consiste en connotaciones físicas, sino en el conjunto de sus costumbres, concepciones y formas de pensar gestadas históricamente. Si uno quiere aprehender la esencia de la nación, primero es necesario ver claro cómo se va conformando lo espiritual del ser humano a partir de la influencia de las circunstancias vitales.

Todo lo que pone en movimiento al ser humano debe atravesar su cabeza. La inmediata fuerza motriz de todo su accionar está en su espíritu. Puede consistir en hábitos, en pulsiones e instintos inconscientes que son un precipitado de las siempre homogéneas repeticiones de idénticas necesidades vitales bajo las mismas circunstancias vitales externas. También puede volvérselo consciente al ser humano como pensamiento, idea, móvil, principio. ¿De dónde vienen estas cosas? La concepción burguesa ve en ellas influencias de un mundo superior, sobrenatural, que nos las graba, exteriorizaciones de un eterno principio moral en nosotros, o bien hace que el espíritu las genere por sí mismo, sin causa. En cambio la doctrina marxista, el materialismo histórico, explica que *todo lo espiritual del ser humano es producto del mundo material que lo circunda*. Todo este mundo real penetra desde todos lados en el espíritu por intermedio de los órganos sensoriales y se graba en él: nuestras necesidades vitales, nuestra experiencia, todo lo que vemos y oímos, lo que los demás nos transmiten como sus ideas, del mismo modo que lo que nosotros mismos observamos.² O sea que se elimina toda influencia de un mundo irreal, meramente imaginado, sobrenatural. Todo lo que está en el espíritu vino del mundo exterior, que aquí designamos mundo material, a cuyo efecto "material" no significa, pues, constituido de materia física ponderable, sino todo lo que es real, incluso las mismas ideas. Pero aquí el espíritu no actúa —tal cual lo expuso a veces una restringida concepción mecánica— como un espejo pasivo que refleje el mundo exterior o como un tonel muerto que admita y preserve todo lo que le echan adentro. *El espíritu es activo y dinámico, transforma en algo nuevo todo lo que lo penetra desde afuera*. Y Dietzgen aclaró mejor que nadie cómo lo transforma. El mundo exterior fluye como un río infinito y eternamente cambiante por el espíritu; el espíritu retiene sus influencias, las junta, las añade a sus posesiones adquiridas y las liga unas con otras.

² Esta relación entre espíritu y materia está clarísimamente analizada en los escritos de Josef Dietzgen, que debido a su exposición de las bases filosóficas del marxismo merece con derecho el nombre con que una vez lo designara Marx: el de filósofo del proletariado.

A partir del río de manifestaciones infinitamente variadas forma conceptos persistentes y sólidos en los que la fluyente realidad queda como cuajada y congelada, y anulada su transitoriedad. En el concepto "pez" hay una pluralidad de observaciones sobre animales que nadan; en el concepto "bueno" un sinnúmero de tomas de posición frente a diferentes acciones; en el concepto "capitalismo" una vida entera de experiencias, a menudo acongojantes. Cada pensamiento, cada convicción, cada idea, cada conclusión —como por ejemplo: los árboles no tienen hojas en invierno; el trabajo es pesado y desagradable; mi empleador es mi benefactor; el capitalista es mi enemigo; la organización da poder; es bueno luchar por la nación de uno— son la síntesis de un pedazo del mundo vivo, de una proteica experiencia, en una fórmula breve, escueta y podría decirse que rígida y sin vida. Cuanto mayor y más completa la experiencia integrada en ella, tanto más fundada y sólida, tanto más veraz la idea, la convicción. Pero toda experiencia es restringida, el mundo siempre se convierte en otra cosa, siempre se acumulan nuevas experiencias a las viejas, articulándose con las viejas ideas o entrando en contradicción con ellas. Después, el ser humano debe reformar sus ideas, desistir de algunas por incorrectas —como la del capitalista en cuanto benefactor—, otorgar a determinados conceptos un nuevo sentido —como al concepto pez, separando de él a la ballena—, formular para nuevas manifestaciones nuevos conceptos —como el del imperialismo—, hallar nuevas conexiones causales entre ellas —la insoportabilidad del trabajo proviene del capitalismo—, valorarlas de distinta manera que hasta ahora —la lucha nacional perjudica a los obreros—, y, abreviando, siempre debe reorientar su aprendizaje. Toda la actividad y la evolución espirituales de los seres humanos consisten en que éstos siempre reconfiguran los conceptos, ideas, juicios y principios para mantenerlos lo más adaptados posible a la experiencia cada vez más rica de la realidad. Esto acontece conscientemente en la evolución de la ciencia.

Con ello también se destaca mejor la significación de la caracterización de Bauer, según la cual la nación es lo histórico en nosotros y el carácter nacional historia congelada. La realidad material común genera en las cabezas de los miembros de una sociedad un pensar común. La especial naturaleza de la unidad económica que conforman determina sus pensamientos, costumbres y concepciones; ella genera en ellos un sistema coherente de ideas, *una ideología*, que les es común y pertenece a la situación de su vida material. Las vivencias comunes se han grabado en su espíritu: luchas comunes por la libertad contra enemigos externos, luchas comunes de clase en el interior. Éstas están escritas en los libros de historia y son transmitidas como recuerdos nacionales a la juventud. Lo que la burguesía ascendente añoró, esperó

y quiso en común fue enaltecido por poetas y pensadores y expresado claramente, y esas ideas de nación, precipitado espiritual de su experiencia vital material, quedaron reservadas como literatura para las generaciones venideras. La permanente y recíproca influencia espiritual consolida y fortalece todo eso, y al apartar del pensamiento de cada connacional lo común, lo esencial, lo característico para el conjunto, vale decir lo nacional, constituye la posesión cultural de la nación. Lo que vive en el espíritu de una nación, su cultura nacional, es la síntesis abstracta de su experiencia vital común, de su ser material como unidad económica.

O sea que todo lo espiritual del ser humano es producto de la realidad, pero no meramente de la realidad *de hoy*; todo el pasado sobrevive allí con mayor o menor fuerza. El espíritu es pesado frente a la materia; siempre asimila desde afuera las influencias, mientras su vieja existencia se hunde lentamente en el Leteo del olvido. *O sea que el contenido del espíritu sólo se adapta paulatinamente a la siempre nueva realidad.* Ambos, presente y pasado, determinan su contenido, pero de diferente manera. Lo que continuamente influye de la misma manera sobre el espíritu como realidad viviente se estampa en él cada vez con mayor solidez y fuerza. Pero, lo que en la realidad de hoy ya no encuentra pábulo sólo vive del pasado; ante todo se lo puede seguir conservando un tiempo más merced a la influencia recíproca de los seres humanos o por obra de una instrucción y una propaganda artificiales, pero como perdió el suelo material sobre el cual crecía debe atrofiarse cada vez más. Luego adquiere un carácter tradicional. *Una tradición* también es un pedazo de realidad que vive en las cabezas de los seres humanos; actúa sobre otros y por eso posee a menudo un grande y pujante poder. *Pero es una realidad de naturaleza espiritual cuyas raíces materiales están en el pasado.* Así, la religión se convirtió para un moderno proletario en ideología de naturaleza puramente tradicional; ella puede seguir determinando poderosamente su accionar, pero ese poder sólo arraiga en el pasado, en la anterior significación que tenía para su vida la comunidad religiosa; ella ya no saca provecho alguno de su realidad actual, de su explotación por el capital, de su lucha contra el capital. Por eso se extinguirá cada vez más en él. En cambio la conciencia de clase es cultivada mucho más vigorosamente por la realidad actual, y por ende ocupa en su espíritu un espacio cada vez más amplio, determinando cada vez más su accionar.

NUESTRA TAREA

Con ello también queda planteada la tarea de nuestra investigación. La historia generó las naciones en su delimitación y peculiaridad. Pero éstas no son todavía algo terminado, con lo que uno pueda contar simplemente como con un hecho definitivo, pues la historia sigue corriendo. Cada día sigue construyendo y reconstruye lo que días anteriores construyeron. O sea que no basta con que verifiquemos que la nación es lo histórico en nosotros, historia cuajada. *Si no es más que historia congelada*, constituye una naturaleza puramente tradicional, similar a la religión. Pero para nuestra práctica, para nuestra táctica, la cuestión de saber si es aún más que eso reviste la máxima importancia. Naturalmente que en cualquier caso se debe contar con ella como con todo poder espiritual del ser humano, pero no hace gran diferencia que la ideología nacional aparezca meramente como un poder del pasado o se fije con sus raíces en el mundo de hoy. Para nosotros, la cuestión más importante y determinante es ésta: ¿cómo influye *la realidad presente* sobre la nación y lo nacional? ¿En qué sentido se modifican éstos actualmente? Y esa realidad de que aquí se trata es *el capitalismo altamente desarrollado*, con su *lucha proletaria de clases*.

De aquí resulta, pues, la siguiente posición frente a la investigación de Bauer: anteriormente, la nación no desempeñó papel alguno en la teoría y en la práctica de la socialdemocracia. Incluso faltó cualquier ocasión para ello; en la mayoría de los países no es preciso prestar ninguna atención a lo nacional para desarrollar la lucha de clases. Bauer, obligado por la práctica austriaca, corrigió esa carencia. Demostró que la nación no es la fantasía de algunos literatos ni un producto artificial de la propaganda nacional; con la herramienta del marxismo demostró sus raíces materiales en la historia, explicando la necesidad y el poder de las ideas nacionales a partir del capitalismo ascendente. Así, la nación se nos planta delante como una realidad poderosa, que también tenemos que considerar en nuestra lucha; ella es quien recién nos ofrece la clave para entender la historia moderna de Austria, y por eso también debe responderse la pregunta: ¿cómo influye la nación, lo nacional, sobre la lucha de clases? ¿Cómo se la debe tomar en cuenta en la lucha de clases? Ésta es la base y el hilo conductor del trabajo de Bauer y de los demás marxistas austriacos. Pero así sólo se cumplimentó la mitad de la tarea, pues la nación no es simplemente una manifestación terminada cuyo efecto sobre la lucha de clases haya que investigar: a su vez está sometida a la influencia de las fuerzas

actuales, y, entre ellas, la lucha liberadora revolucionaria del proletariado ocupa cada vez más el primer puesto. *Ahora bien, y en sentido inverso, ¿cómo influye la lucha de clases, el ascenso del proletariado, sobre la nación?* Bauer no investigó esta cuestión, o sólo lo hizo de modo insuficiente; la disquisición de la misma conduce en muchos casos a juicios y conclusiones que divergen de los suyos.

II. LA NACIÓN Y EL PROLETARIADO

EL ANTAGONISMO DE CLASES

La realidad de hoy, que determina del modo más poderoso el espíritu y el carácter de los seres humanos, es *el capitalismo*, pero éste no actúa unitariamente sobre los hombres que viven en comunidad: para el capitalista es algo totalmente distinto que para el proletario. Para el miembro de la clase burguesa, el capitalismo es el mundo de la producción de riquezas y de la competencia; del proceso de producción afluyen a él un ascendente bienestar y crecientes masas de capital, de los que busca ganar lo más posible en competición individualista con sus iguales, y que le abren el camino al lujo y al goce cultural refinado. Para los obreros es el mundo del duro e infinito trabajo de esclavos, de la constante inseguridad vital, de la eterna pobreza, sin esperanza de ganar algo más que un mísero sustento vital. Por eso el capitalismo influye sobre el espíritu de la burguesía de modo totalmente distinto que sobre el de la clase explotada. La nación es una unidad económica, una comunidad laboral, incluso de obreros y capitalistas, pues capital y trabajo son necesarios y deben concurrir para que pueda tener lugar la producción capitalista. Pero es una comunidad de trabajo de naturaleza peculiar; en esta comunidad, capital y trabajo aparecen como polos antagónicos; constituyen una comunidad laboral en sentido similar a como las fieras y sus presas constituyen una comunidad vital.

La nación es una comunidad de carácter surgida de una comunidad de destino. Pero con el desarrollo del capitalismo, entre burguesía y proletariado del mismo pueblo reina en creciente medida una *diversidad de destino*. Aquí apenas si se puede hablar de la vivencia común del mismo destino. Bauer, para explicar la comunidad de destino, se refiere (p. 113) a "las relaciones que vinculan al obrero inglés con el burgués inglés debido a que ambos viven en la misma ciudad, leen los mismos carteles murales y los mismos diarios y participan en los mismos acontecimientos políticos o deportivos, y a que ellos mismos

hablan ocasionalmente uno con otro o los dos con las mismas personas; los diferentes intermediarios entre capitalistas y obreros". Pero el "destino" de los seres humanos no consiste en leer los mismos carteles murales, sino *en las grandes e importantes experiencias vitales*, que son completamente diferentes para ambas clases. Cualquiera conoce el enunciado del ministro inglés Disraeli acerca de las dos naciones que en nuestra sociedad moderna viven una junto a la otra en el mismo país sin entenderse mutuamente. ¿Qué otra cosa significa sino el hecho de que ninguna comunidad de destino liga ya a ambas clases?

Naturalmente que no hay que tomar ese enunciado al pie de la letra en el sentido moderno, pues la anterior comunidad de destino aún sigue actuando en la comunidad de carácter de hoy. Mientras al proletario no se le vuelva claramente consciente su experiencia vital particular; mientras su conciencia de clases no esté o esté apenas despierta, permanecerá prisionero del pensar tradicional, vivirá espiritualmente de los desechos de la burguesía y seguirá formando una especie de comunidad cultural con ella, claro que de manera similar a como los sirvientes forman en la cocina una comunidad de mesa con sus patrones. Esta comunidad espiritual todavía es muy fuerte en Inglaterra en virtud de su historia particular, mientras que en Alemania resulta extremadamente débil. Doquiera el capitalismo se encumbra en naciones jóvenes, el espíritu de la clase obrera está dominado por la tradición de la época pequeñoburguesa y campesina anterior. Sólo paulatinamente, con el despertar de la conciencia de clase y de la lucha de clases, se va perdiendo cada vez más la comunidad de carácter de ambas clases bajo el nuevo contenido antagónico de la vida.

Por cierto que sigue existiendo una comunicación entre ellas. Pero se restringe cada vez más al comando del orden fabril y del cometido laboral, para lo cual —como lo prueba el empleo de obreros de lengua extranjera— ya no es necesaria una comunidad lingüística. Cuanto más conscientes se vuelven los obreros de su situación y de su explotación y luchan reiteradamente con los empresarios por mejorar las condiciones de trabajo, tanto más se llena de enemistad y lucha la comunicación de ambas clases. Así como dos pueblos que están en permanente lucha fronteriza no se concretan en una comunidad, tampoco existe entre aquéllas una comunidad. Y cuanto más conocen los obreros el desarrollo social y el socialismo refulge como meta necesaria de su lucha ante sus ojos, tanto más sienten la dominación de la clase de los capitalistas como *una dominación extraña*: en esta expresión uno ve cómo se apaga completamente la comunidad de carácter.

Bauer califica al carácter nacional como "*la diversidad de orientación volitiva*", el hecho de que el mismo estímulo desencadena un movimiento diferente, y la misma situación exterior provoca una resolución

diferente" (p. 111). ¿Puede pensarse algo más antagónico que las orientaciones volitivas de la burguesía y el proletariado? Los nombres de Bismarck y Lassalle, 1848, no sólo desencadenan diferentes sensaciones en los obreros alemanes y en la burguesía alemana, sino hasta sensaciones contrapuestas. Los obreros imperial alemanes que pertenecen a la nación alemana valoran casi todo lo que tiene el Imperio alemán de modo distinto y contrapuesto a la burguesía. Todas las demás clases se exaltan en común con la grandeza y el poder externos de su estado nacional; el proletariado combate todas las medidas que sirven a ese fin. Las clases burguesas hablan de la guerra contra otros estados para ensanchar el propio poder; el proletariado piensa cómo puede impedir la guerra o, a partir de la derrota del propio gobierno, hallar ocasión para su propia liberación.

De ello resulta, pues, que sólo se puede hablar de una nación como unidad antes del despliegue más vigoroso de la lucha de clases, cuando la clase obrera todavía está fascinada por la burguesía. *El antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado hace que desaparezca cada vez más su comunidad nacional de destino y de carácter.* Por eso las fuerzas que forman la nación deben ser investigadas por separado en el caso de ambas clases.

LA VOLUNTAD DE NACIÓN

Es perfectamente correcto que Bauer aduzca la diversidad de orientación volitiva como el elemento esencial del diferente carácter nacional. Allí donde todas las voluntades tienen la misma orientación, se permanece unido como una masa; allí donde los acontecimientos y efectos del mundo exterior provocan resoluciones diferentes y contrapuestas, donde la voluntad tiene diferente orientación, ello conduce a la separación y la segregación. La diversidad volitiva segregó unas de otras a las naciones, pero aquí, ¿de la voluntad de quién se está hablando? De la voluntad de la burguesía ascendente. Su voluntad de nación —tal cual resulta de la anterior exposición del surgimiento de las naciones modernas— es la fuerza más importante que constituyó la nación.

¿Qué es lo que forma propiamente la nación checa en cuanto comunidad especial por oposición a la alemana? El acopio de vivencias comunes, el contenido de la comunidad de destino —que sigue actuando prácticamente en el carácter nacional— es extremadamente indigente. El contenido de su cultura está sacado casi por completo de las más antiguas naciones modernas, o sea, ante todo, de los alemanes; por

eso Bauer también dice (p. 118): "Seguro que no resulta totalmente incorrecto decir que los checos son alemanes que hablan checo." A ello se agregan algunas tradiciones campesinas, que complementan reminiscencias de Hus, Zizka y la batalla de Weisser Berg exhumadas de la historia y además carentes de influencia práctica sobre el presente. Ahora bien, ¿cómo pudo salir de ahí, sobre la base de la lengua particular, una "cultura nacional" propia? Porque la burguesía *precisa* una separación, porque *quiere* una tajante frontera, porque frente a los alemanes se *quiere* constituir como nación. Lo quiere porque debe hacerlo, porque la competencia capitalista la compele a monopolizar en lo posible un área de salida y de explotación. El antagonismo de intereses con los demás capitalistas crea la nación, donde está presente un elemento necesario suyo: la lengua particular. Ante todo, se torna claro a partir de la excelente exposición de Bauer y Renner acerca del surgimiento de las naciones modernas que fue la voluntad de las ascendentes clases burguesas la que creó las naciones. Naturalmente que no en el sentido de voluntad consciente o de arbitrariedad, sino de un querer que al mismo tiempo es un deber hacer, un efecto necesario de factores económicos. *Las "naciones" de que se habla en la lucha política, que luchan unas con otras por la influencia sobre el estado, por el poder en el estado (Bauer, § 19) son nada más que organizaciones de las clases burguesas, de la pequeña burguesía, de la burguesía, de la intelectualidad —clases cuya existencia descansa en la competencia—, para las cuales proletarios y campesinos desempeñan el papel de tributarios.*

El proletariado nada tiene en común con esa necesidad de competencia de las clases burguesas, con su voluntad de nación. La nación no puede significar para él un privilegio en clientes, puestos u oportunidad de trabajo. Ya desde un comienzo, los capitalistas se lo han aclarado, importando obreros de lengua extranjera. La referencia a esta práctica capitalista no es, en primer término, un desenmascaramiento de la hipocresía nacional, sino que ante todo ha de hacer ver a los obreros que bajo la dominación del capitalismo la nación jamás puede significar para ellos un monopolio laboral. Y sólo excepcionalmente se oye entre obreros atrasados —como entre los viejos sindicalistas norteamericanos— de un afán por querer restringir la inmigración. Claro que temporariamente lo nacional también puede tener significación propia para el proletariado. Cuando el capitalismo penetra por primera vez en una comarca campesina, los fabricantes pertenecen a la nación capitalistamente más avanzada, y los obreros provenientes del campesinado a otra. Luego, el sentir nacional puede ser para los obreros un primer medio de volverse conscientes de su comunidad de intereses contra los capitalistas de lengua extranjera.

Ahí el antagonismo nacional es la forma primitiva del antagonismo de clases, de modo similar a como en Renania-Westfalia, por la época de la lucha cultural, el antagonismo religioso entre obreros católicos y fabricantes liberales era la forma primitiva del antagonismo de clases. Pero ni bien una nación se ha desarrollado hasta el punto de que en ella surja una burguesía nacional que practique la explotación, ese nacionalismo proletario pierde sus raíces. En la lucha por mejores condiciones de vida, por un desarrollo espiritual, por la cultura, por una existencia humanamente digna, las demás clases de su nación son las enconadas enemigas de los obreros, y sus compañeros de clase que hablan otras lenguas sus amigos y socorredores. La lucha de clases crea una comunidad internacional de intereses en el proletariado. *O sea que en el proletariado no se puede hablar de una voluntad, fundada en los intereses económicos o en la situación material de la vida, de constituirse como nación frente a otras naciones.*

LA COMUNIDAD CULTURAL

Con todo, Bauer encuentra en la lucha de clases otra fuerza formadora de naciones para el proletariado. No en el contenido económico de la lucha de clases, sino en sus efectos culturales. Califica a la política de la moderna clase obrera (p. 160 hasta 161) como *la política evolucionista-nacional* que del conjunto del pueblo quiere hacer la nación. Eso ha de ser más que una manera primitivo-popular de expresar nuestras metas en la lengua del nacionalismo y acomodarlas al gusto de obreros que, prisioneros de la ideología nacional, todavía no aprenden el socialismo en su grande y omnisubvirtiente significación, pues Bauer añade:

Como el proletariado lucha necesariamente por la posesión de los bienes culturales que crea y hace posible su trabajo, el efecto que tiene necesariamente esta política es el de convocar al conjunto del pueblo a participar de la comunidad cultural nacional y así hacer recién la nación del conjunto del pueblo.

A primera vista, eso parece totalmente cierto. Mientras los obreros, hondamente oprimidos por la explotación capitalista, degeneren en la miseria física y allí vegeten sin esperanza ni realización espiritual, no tendrán participación alguna en la cultura de las clases burguesas, cuya base crean con su trabajo. Pertenecen tan poco a la nación como el ganado del corral; sólo forman una posesión, sólo son tributarios de la nación. La lucha de clases los despierta a la vida; se con-

quistan tiempo libre y un salario más alto, y con ello la posibilidad de desarrollarse espiritualmente. Su energía es despertada y su espíritu es agujoneado por el socialismo; empiezan a leer, primero folletos socialistas y diarios políticos, pero el ansia y la necesidad de seguir formando su espíritu pronto los impulsa a recurrir a obras de literatura, de historia, de ciencias naturales: los comités de formación del partido hasta se afanan especialmente por acomodar a su gusto la literatura clásica. Así entran en la comunidad cultural de las clases burguesas de su nación. Y recién cuando el obrero ya no obtenga a duras penas, como hoy, un trocito de ello en escasas horas libres, tras derrengante trabajo, sino que bajo el socialismo, liberado del infinito tormento laboral, se pueda entregar libremente y sin trabas a ese desarrollo espiritual, asimilará la cultura nacional entera y se convertirá en miembro de la nación en el sentido más genuino.

Pero en esta consideración se pasa por alto algo importante: una comunidad cultural entre obreros y burguesía sólo puede existir superficialmente, en la forma exterior y de modo temporario. En parte, los obreros podrán leer los mismos libros que la burguesía, los mismos clásicos y los mismos libros de historia natural, pero a pesar de ello de ahí no surge ninguna comunidad cultural; en esas obras, los obreros leen *algo totalmente distinto* que la burguesía, porque el fundamento de su pensar, su cosmovisión, es básicamente diferente. La cultura nacional, como ya se expuso más arriba, no cuelga del aire; es la expresión de la historia de la vida material de las clases cuyo ascenso creó la nación. En Schiller y Goethe no se expresan abstractas fantasías estéticas, sino las sensaciones e ideales de la joven burguesía, su ansia de libertad y derecho humano, su modo y manera especiales de considerar el mundo y sus problemas. El obrero de hoy con conciencia de clase tiene otros sentimientos, otros ideales y otra cosmovisión; si lee acerca del individualismo de Tell o de los eternos e inenajenables derechos humanos que cuelgan del cielo, el espíritu que allí se expresa no es *su espíritu*, madurado por una intelección social más honda y sabedor de que sólo una organización de las masas puede conquistarse derechos humanos. No es insensible ante la belleza de la antigua literatura; precisamente por su intelección histórica, puede entender los ideales de anteriores generaciones a partir de su economía, sentir su fuerza y entender la belleza de las obras en que alcanzaron su más perfecta expresión, pues bello es lo que aprehende y presenta perfectamente lo general, lo esencial, el núcleo más hondo de una realidad. Agréguese que mucho de los sentimientos de la burguesía revolucionaria desprende en él un fuerte eco; pero lo que halla eco en él no lo halla precisamente en la burguesía moderna. Esto vale aun más para la literatura radical y proletaria; la burguesía no quiere saber nada de lo

que entusiasmo al proletario en Heine y en Freiligrath. Ambas clases leen algo completamente diferente en la literatura que está a disposición de ambas; sus ideales sociales y políticos se contraponen completamente, su cosmovisión nada tiene de común. En cuanto a la historia, esto rige en medida aun muy superior: lo que para la burguesía son los más hermosos y sublimes recuerdos de la nación, topa en el proletariado con conciencia de clase con el odio, la aversión o la indiferencia; aquí falta toda huella de comunidad en la posesión cultural. Claro que la ciencia natural encuentra admiración y reverencia en ambas clases; su contenido es igual para ambas. ¡ Pero con qué distintos sentimientos que las clases burguesas la considera el obrero, que la reconoció como base de su pleno dominio sobre la naturaleza y sobre su destino en la sociedad socialista venidera! *Esa visión de la naturaleza, esa consideración de la historia, ese sentimiento de la literatura no son para el obrero componentes de una cultura nacional en la que él tenga parte, sino componentes de su cultura socialista.*

El contenido más esencial, las ideas determinantes, la cultura real de los socialdemócratas, no arraigan en Schiller ni en Goethe, sino en Marx y Engels. Y esta cultura, compuesta de una clara intelección socialista de la historia y del futuro de la sociedad, del ideal socialista de un género humano libre y sin clases y de la moral comunitaria proletaria, o sea contrapuesta en todos sus rasgos esenciales a la cultura burguesa, es internacional. Aunque en pueblos diferentes muestre una coloración diferente —como, en rigor, también el modo de ver de los proletarios muestra un carácter diferente según la situación vital y la forma económica—; aunque ante todo en una lucha de clases menos desarrollada, todavía tenga fuerte influencia de la prehistoria nacional particular, su contenido esencial es por doquier el mismo. La forma, la lengua en que se expresa, difieren, pero el desarrollo de la lucha de clases, el crecimiento del socialismo, hacen retroceder cada vez más todas las restantes diferencias, incluso las nacionales. En cambio la separación entre la cultura de la burguesía y la cultura del proletariado se torna cada vez más grande.

O sea que no es cierto que el proletariado luche por la posesión de los bienes culturales nacionales que creó con su trabajo. No lucha por los bienes culturales de la burguesía, sino que lucha por el dominio sobre la producción, para construir sobre esta base su propia cultura socialista. Lo que nosotros denominamos efectos culturales de la lucha de clases, el ascenso de los obreros a la autoconciencia, al saber y al impulso de saber, a reivindicaciones espirituales superiores, nada tiene que ver con una cultura burguesa nacional, sino que es el crecer de la cultura socialista. Ésta es producto de la lucha que es lucha contra el mundo burgués por entero. Así como ahora mismo crece en

el proletariado el nuevo género humano, orgulloso, consciente de la victoria, sin los vicios de esclavo del pasado, porfiados luchadores que escudriñan inteligentemente el movimiento del mundo sin supersticiones, ligados en una firme unidad por la más firme solidaridad con sus compañeros, también florece ahora en ese proletariado el espíritu del nuevo género humano, la cultura socialista, primero débil, enturbada y mezclada con tradiciones burguesas, pero luego cada vez más clara, más pura, más hermosa y más rica.

Naturalmente que esto no quiere decir que la cultura burguesa no se poseione con frecuencia del espíritu de los obreros, y lo siga haciendo poderosamente durante mucho tiempo. Demasiadas influencias de ese mundo, intencionales y no intencionales, actúan sobre el proletariado; no sólo la escuela, la Iglesia y la prensa burguesa, sino todas las bellas letras y toda la literatura científica, embebidas por el pensamiento burgués. Pero cada vez más, y en medida invariablemente progresiva, la cosmovisión burguesa es superada por la vida misma, por la propia experiencia, en las cabezas de los obreros. Y esto también debe ser, pues en la medida en que aquélla capta a los obreros, éstos se tornan incapaces de luchar; bajo su influencia se llenan de temor reverencial ante los poderes dominantes, son educados en un pensamiento ideológico, les enturbian su clara conciencia de clase, los azuzan nacionalmente unos contra otros, los fragmentan, o sea *los debilitan en la lucha despojándolos de su confianza en sí*. Pero nuestra meta requiere una generación orgullosa y autoconsciente, osada en el pensamiento como en el accionar. Por eso los requisitos de la lucha misma expulsan cada vez más de los obreros aquellas paralizantes influencias culturales burguesas.

O sea que no es cierto que los obreros se eleven mediante su lucha a una "comunidad cultural nacional". La política del proletariado, la política de la lucha internacional de clases, genera en él una nueva cultura socialista internacional.

LA COMUNIDAD DE LA LUCHA DE CLASES

Bauer confronta con la nación como *comunidad* de destino a la clase, donde la *homogeneidad* de destino desarrolló rasgos de carácter homogéneos. Pero la clase obrera no es simplemente un grupo humano de igual destino y, por ende, de igual carácter. *La lucha de clases suelda al proletariado en una comunidad de destino*. El destino vivido en común es la lucha librada *en común* contra el mismo enemigo.

En la lucha sindical, obreros de diferente nacionalidad enfrentan

al mismo empresario, y deben librar la lucha como una unidad cerrada, viviendo todas sus peripecias y efectos en estrechísima comunidad de destino. De su diferente patria han traído consigo, junto al individualismo connatural del campesino o del pequeñoburgués, sus diversidades nacionales, y, junto a otras tradiciones burguesas, quizás algo de conciencia nacional también. Pero toda su diversidad es tradición del pasado que va contra la necesidad de agruparse ahora como una única masa cerrada, contra la *vital* comunidad de lucha de hoy. Aquí sólo tiene significación práctica una diversidad: la de la *lengua*; todo esclarecimiento, toda propuesta y comunicación, deben serle transmitidas a cada uno en su propia lengua. Durante los últimos grandes movimientos huelguísticos de Norteamérica (como en las acerías de McKees Rocks, o en la industria textil de Lawrence) los huelguistas, que formaban una abigarrada mezcla de diferentes nacionalidades —franceses, italianos, polacos, turcos, sirios, etc.—, se unieron en secciones lingüísticamente separadas, cuyos comités siempre actuaron en conjunto, comunicando simultáneamente a cada sección las propuestas en su lengua y preservando de esta manera la unidad del todo: prueba de que a pesar de la dificultad que plantea la diversidad lingüística se puede realizar una estrecha comunidad proletaria de lucha. Querer practicar aquí una separación organizativa entre lo que conjuga vida y lucha, el interés real, tal cual lo quiere el separatismo, contraviene de tal modo la realidad que sólo puede tener un éxito temporario.

Pero esto no sólo vale para los obreros de la misma fábrica. A fin de poder efectuar exitosamente su lucha, los obreros del país entero deben unirse en un sindicato, y ahí todos los miembros consideran el avance de un grupo local como su propia lucha. Esto se torna más necesario aun cuando en el curso de su desarrollo la lucha sindical asume formas más poderosas. Los empresarios se coligan en cárteles y asociaciones empresariales; éstas no son diferentes para los empresarios checos y alemanes, sino que abarcan a todos los empresarios del estado entero... y hasta traspasan ya las fronteras del estado. Todos los obreros de la misma profesión, que habitan en el mismo estado, hacen huelgas y padecen los *lock-outs* en común, o sea que forman una comunidad del más poderoso destino vital, que pasa por encima de todas las diversidades nacionales. Y en el último movimiento salarial de los marítimos (verano de 1911), que enfrentaban a una unión internacional de armadores, ya vemos emerger ante nuestros ojos una comunidad internacional de destino como realidad concreta.

Lo mismo vale también para la lucha política. El *Manifiesto comunista* de Marx y Engels arguye al respecto: "Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de

cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía." Resulta claro que en esta frase la palabra "nacional" no está empleada en el sentido austriaco, sino que proviene de las circunstancias de Europa occidental, donde nación y estado valen como palabras sinónimas. Ese enunciado significa simplemente que el obrero inglés no puede librar la lucha de clases contra la burguesía francesa, ni el obrero francés la lucha de clases contra la inglesa, sino que la burguesía inglesa y el poder estatal inglés sólo pueden ser atacados y vencidos por el proletariado inglés. Para Austria, estado y nación son formaciones diferentes. La nación es una comunidad de intereses de las clases burguesas que creció naturalmente. Pero *el estado es la propia y sólida organización de la burguesía para la protección de sus intereses*. El estado protege la propiedad, atiende la administración, organiza el ejército y la flota, recauda impuestos y contiene a las masas populares. Las "naciones" o, mejor aún, las organizaciones activas que actúan en su nombre, los partidos burgueses nacionales, sólo sirven para conquistarse una influencia correspondiente sobre el estado, una participación en el poder estatal. Para la gran burguesía, cuya área de intereses económicos abarca el estado entero y va aun más allá, y que precisa favorecimientos directos, aranceles aduaneros, pedidos de suministro y protección en el extranjero, no es desde el vamos la nación, sino el estado; más aun, la comunidad natural de intereses. La aparente independencia que el poder estatal supo guardar largo tiempo gracias a la disputa entre las naciones no puede encubrir el hecho de que aquí también sea un instrumento al servicio del gran capital.

Por eso el énfasis de la lucha política de la clase obrera también se desplaza cada vez más hacia el estado. Mientras la lucha por el poder político siga estando en el trasfondo y queden en primer plano el esclarecimiento, la instrucción y la lucha ideológica, que naturalmente deben tener lugar en cada lengua por separado, los ejércitos proletarios que luchan políticamente seguirán nacionalmente separados. En este primer estadio del movimiento socialista es menester liberar a los proletarios del poder de la ideología pequeñoburguesa, arrancarlos de los partidos burgueses y llenarlos de conciencia de clase. Luego serán los partidos burgueses, nacionalmente deslindados, los propios adversarios a combatir. El estado se manifiesta como el poder legislador del cual se reclaman leyes para proteger al proletariado; ganar influencia sobre el estado en favor de los intereses proletarios se manifiesta a los proletarios aún inmaduros como la próxima meta de la acción política. Y esta meta final, la lucha por el socialismo, se manifiesta como una lucha *por* el poder estatal y *contra* los partidos burgueses.

Pero si el Partido Socialista crece hasta convertirse en un importante factor dentro del parlamento, la cosa se torna distinta. En el

parlamento, donde se decide acerca de todas las cuestiones políticas esenciales, el proletariado enfrenta a representantes de las clases burguesas del estado entero. La lucha política esencial a que se articula y subordina cada vez más el trabajo de esclarecimiento transcurre en el terreno estatal, es común a todos los obreros de ese estado, de la nación que fueren, y amplía la comunidad de lucha al conjunto del proletariado del estado, para el cual la lucha común contra el mismo enemigo, contra el conjunto de los partidos burgueses de todas las naciones y su gobierno se convierte en destino común. *No es la nación, sino el estado el que delimita para el proletariado la comunidad de destino de la lucha político-parlamentaria.* Mientras el esclarecimiento socialista sea la efectivización más importante para los rutenos de Austria y los rutenos de Rusia, éstos permanecerán estrechamente ligados. Pero ni bien la evolución llegue al punto en que se libre la real lucha política contra el poder estatal —mayoría y gobierno burgueses—, deberán separarse y luchar en diferentes lugares y con métodos a menudo completamente diferentes. Uno actuará en el Consejo imperial de Viena junto con obreros tiroleses y checos; el otro luchará ilegalmente en la clandestinidad o bien en las calles de Kiev contra el gobierno zarista y sus cosacos. Su comunidad de destino quedará rota.

Esto se destaca con tanto más vigor cuanto más pujantemente se alza el proletariado, cuanto más llena su lucha la historia entera. El poder estatal con todos sus poderosos recursos, es la ciudadela de la clase poseedora; el proletariado sólo puede liberarse y eliminar el capitalismo si vence primero a esta imponente organización. La conquista del dominio político no es simplemente una lucha por el poder estatal, sino una lucha contra el poder estatal. La revolución social que aportará el socialismo consiste, en lo esencial, en la superación del poder estatal por el poder de la organización proletaria. Por eso la debe hacer conjuntamente el proletariado del estado entero. *Esta lucha de liberación común contra el mismo enemigo es la vivencia más importante y, como quien dice, la historia de la vida entera del proletariado, desde su primer despertar hasta su victoria. Establece una comunidad de destino con la clase obrera, no de la misma nación, sino del mismo estado.* Sólo en Europa occidental, donde nación y estado coinciden bastante, la lucha librada en terreno estatal-nacional por el dominio político conduce, en el proletariado, a comunidades de destino que encajan con las naciones.

Pero aquí también se desarrolla cada vez más el carácter internacional del proletariado. Los obreros de diferentes países toman unos de otros teoría y táctica, métodos de lucha y concepciones, tratándolos como un asunto común. Claro que éste también fue el caso con la burguesía ascendente; en sus concepciones económicas y filosóficas gene-

rales, ingleses, franceses y alemanes se influyeron mutuamente del modo más hondo por obra del intercambio de ideas. Pero a pesar de ello no creció a partir de ahí ninguna comunidad, pues su antagonismo económico los organizó en naciones recíprocamente hostiles; precisamente cuando la burguesía francesa conquistó la libertad burguesa que hacía tiempo poseía la inglesa, surgieron las enconadas guerras napoleónicas. Tal antagonismo de intereses falta completamente en el proletariado, y por eso la recíproca influencia espiritual de la clase obrera de diferentes países puede desplegar sin trabas su efecto para formar una comunidad cultural internacional. Pero la comunidad no se restringe a eso. Las luchas, las victorias y las derrotas en un país ejercen una fuerte reacción en la lucha de clases de los demás países. Las luchas que libran nuestros compañeros de clase del extranjero contra su burguesía, no sólo ideal, sino también *materialmente, son nuestro propio asunto*; constituyen partes de nuestra propia lucha, y como tales las sentimos. Precisamente los obreros austriacos, para quienes la revolución rusa fue un episodio decisivo de su propia lucha por el sufragio, lo saben mejor que nadie. El proletariado de todos los países se siente como *un solo ejército*, una gran asociación que sólo con fines prácticos —dado que la burguesía está organizada estatalmente y por ende hay que tomar muchas plazas fuertes— debe dividirse en varios destacamentos que se batan separadamente contra los enemigos. También nuestra prensa nos trasmite de esa forma las luchas en el extranjero: las huelgas portuarias inglesas, las elecciones belgas, las manifestaciones callejeras de Budapest, son todas asuntos de nuestra propia y grande organización de clase. De este modo la lucha internacional de clases se convierte en *una vivencia común* de los obreros de todos los países.

LA NACIÓN EN EL ESTADO DEL FUTURO

En esta concepción del proletariado ya se reflejan las relaciones del orden social venidero, donde los seres humanos dejarán de conocer antagonismos estatales. Con la desaparición de las sólidas organizaciones estatales de la burguesía por obra del poder organizativo de las masas proletarias, desaparece el estado como poder compulsivo y área de dominación que se delimita tajantemente hacia afuera. Las organizaciones políticas adquieren una nueva función; “en lugar del gobierno sobre personas aparece la administración de cosas”, como expresó Engels en el *Anti-Dühring*. La regulación consciente de la producción requiere organización, órganos ejecutivos y actividad administrativa,

pero para ello no es necesaria ni posible una centralización tal cual la lleva a cabo el estado actual del modo más brutal posible. La remplazará una vasta descentralización y autoadministración. Según la envergadura de cada rama de la producción, las organizaciones abarcarán áreas más grandes o más pequeñas; mientras que por ejemplo la producción de pan acaso se efectúe localmente, la producción de hierro y la comunicación ferroviaria ya requerirán unidades económicas del tamaño de un estado. Aparecerán unidades productivas de la más variada envergadura, desde el taller y la comuna hasta el estado o incluso, para algunas ramas fabriles, la humanidad entera. Ahora bien, ¿acaso los grupos del género humano surgidos naturalmente, las naciones, no se impondrán aquí como unidades organizativas en remplazo de los estados desaparecidos? Sin duda que tal será el caso, por la simple razón práctica —pero tan sólo por esta razón— de que son *comunidades de igual lengua*, y todas las relaciones entre los seres humanos están mediatizadas por la lengua.

No obstante, Bauer sigue adjudicando a las naciones de la sociedad futura una significación totalmente distinta:

El hecho de que el socialismo autonomice a la nación, haciendo de su sino el producto de su voluntad consciente, originará sin embargo una creciente diferenciación de las naciones en la sociedad socialista, un resaltar más tajante de su peculiaridad, una separación más tajante de sus caracteres (p. 105).

Por cierto que muchas veces las naciones toman unas de otras el contenido de su cultura y sus ideas, pero éstas recién se asimilan junto con la cultura nacional.

Por eso y necesariamente, pese a la nivelación de los contenidos culturales materiales, la autonomía de la comunidad cultural en el socialismo significará una creciente diferenciación de la cultura espiritual de las naciones (p. 108).

De este modo,

la nación que descansa en la comunidad de educación comportará la tendencia a la unidad; someterá a todos sus niños a una educación común, todos sus miembros trabajarán juntos en los talleres de la nación, cooperarán unos con otros en la formación de la voluntad global de la nación, gozarán unos con otros de los bienes culturales de la nación. De este modo, el socialismo también comportará la garantía de la *unidad de la nación* (p. 109).

Ahora mismo existe en el capitalismo la tendencia a segregar más

tajantemente a las masas según criterios nacionales, y hacer interiormente más unitaria a la nación.

Pero recién la sociedad socialista ayudará a que triunfe [esa tendencia]. Ella delimitará tan tajantemente entre sí al conjunto de los pueblos por obra de la diversidad de educación y de civilización nacionales, como hoy sólo están delimitados entre sí los cultos de las diferentes naciones. Acaso también se den dentro de la nación socialista comunidades de carácter más estrechas, pero en medio de ellas no se podrá dar ninguna comunidad cultural autónoma, pues a su vez cada comunidad local estará bajo la influencia de la cultura de la nación global, en comunicación cultural y en intercambio de ideas con la nación global (p. 135).

La concepción que se enuncia en estas frases no es más que una transferencia ideológica del presente austríaco al futuro socialista. Confiere a las naciones bajo el socialismo el mismo papel, que hoy le toca a los estados, de segregarse unas de otras hacia afuera de modo cada vez más tajante, y de borrar hacia adentro todas las diferencias; da a las naciones bajo sus diversas fases de unidades económicas y administrativas una preeminencia especial, similar a la que le cabe al estado en la representación de nuestros adversarios, que se desgañitan denunciando la "omnipotencia estatal" bajo el socialismo... y hasta se habla aquí de los "talleres de la nación". Mientras que en los escritos socialistas siempre se habla de talleres y medios de producción de la "comunidad", en antítesis con la posesión privada, sin que se pueda precisar con más detalle qué envergadura exhibe a la comunidad, aquí se considera que la nación es la única comunidad de seres humanos, autónoma hacia afuera e indiferenciada hacia adentro.

Tal concepción sólo resulta posible porque se deja completamente al margen el suelo material sobre el que crecen las interrelaciones y las ideas de los seres humanos, y únicamente se atiende a las fuerzas espirituales en cuanto potencias determinantes, pues las diferencias nacionales perdieron completamente las raíces económicas que hoy dan a aquéllas una fuerza tan poderosa. El modo de producción socialista no desarrollará ningún antagonismo de intereses entre las naciones, como lo hace el modo de producción burgués. La unidad económica no será el estado o la nación, sino el mundo. Este modo de producción será más que un enlace de unidades productivas nacionales mediatizadas por una inteligente política comercial y pactos internacionales, tal cual Bauer lo presenta en la p. 519; será *la organización de la producción mundial en una unidad*, un asunto común a todo el género humano. En esa comunidad mundial, cuyo comienzo constituye ahora mismo la internacionalidad del proletariado, se podrá hablar tan poco de la autonomía de la nación alemana, por ejemplo,

como de la autonomía de Baviera, de la ciudad de Praga o de la cabaña de Leopoldito. Todas arreglarán parcialmente sus propios asuntos, y todas dependerán del todo en cuanto partes del todo. El concepto global de autonomía proviene de la era capitalista, donde las relaciones de dominación también comportan su antítesis, el estar libre de determinada dominación.

Esta base material de la comunidad —*la producción mundial organizada*—, *hará de la humanidad futura una única comunidad de destino*. Para las grandes tareas que le aguardan (la conquista científica y técnica de la tierra entera, su disposición como magnífica residencia de una generación de dominadores felices y orgullosos de su victoria, que dominen la naturaleza y sus fuerzas en calidad de dueños), tareas que justamente hoy podemos barruntar, las fronteras de estados y pueblos resultarán demasiado estrechas y restringidas. *La comunidad de destino también unirá a todo el género humano en una comunidad intelectual y cultural*. La diversidad de las lenguas no puede ser un obstáculo, pues cada comunidad de seres humanos que esté en comunicación recíproca efectiva deberá fabricarse una lengua común. Sin querer tocar aquí la cuestión de una lengua universal, sólo remitimos al hecho de que hoy mismo, para todos los que pasan por la enseñanza elemental, es cosa fácil dominar algunas lenguas extranjeras. Así, la cuestión de en qué medida son de naturaleza permanente las actuales delimitaciones y diversidades lingüísticas puede no ser discutida. Para todo el género humano vale, entonces, lo que Bauer dice en la última de las frases citadas sobre la nación: acaso también se den dentro de la humanidad socialista comunidades de carácter más estrechas, pero en medio de ella no se podrá dar ninguna comunidad cultural autónoma, pues a su vez cada comunidad local (y nacional) estará bajo la influencia de la cultura de la humanidad global, en comunicación cultural y en intercambio de ideas con la humanidad global.

LAS TRANSFORMACIONES DE LA NACIÓN

Nuestra investigación dio por resultado que bajo la dominación del capitalismo desarrollado, con su lucha de clases, el proletariado no puede hallar ni una sola fuerza formadora de naciones. Él no forma con las clases burguesas ninguna comunidad de destino, ni una comunidad de intereses materiales ni una de cultura espiritual; la lucha de clases desarrollada volvería a hacer desaparecer lo que de ahí surge en los primeros comienzos del capitalismo. Mientras que en las

clases burguesas poderosas fuerzas económicas generan la segregación nacional, un antagonismo nacional y toda la ideología nacional, aquellas faltan en el proletariado; en éste la lucha de clases, el contenido más importante de su vida, genera una comunidad internacional de destino y carácter, donde las naciones sólo tienen significación práctica en cuanto grupos de igual lengua. Y como el proletariado es la humanidad naciente, esa comunidad constituye el albor matinal de la comunidad económica y cultural de todo el género humano bajo el socialismo.

O sea que se debe responder afirmativamente la pregunta que formulamos al principio: *para el proletariado, lo nacional sólo tiene el significado de una tradición; sus raíces materiales están en el pasado, y no encuentra pábulo alguno en las circunstancias vitales del proletariado.* O sea que para el proletariado, con la nación pasa algo similar que con la religión. Naturalmente que junto a este parentesco acaso haya que atender también a la diferencia. Las raíces materiales de los antagonismos religiosos se pierden en el pasado, y apenas si todavía las conocen los hombres de hoy; por eso esos mismos antagonismos están completamente desvinculados de todo interés material y se manifiestan como diferencias puramente abstractas acerca de cuestiones sobrenaturales. En cambio las raíces materiales de los antagonismos nacionales están inmediatamente detrás de nosotros, en el moderno mundo burgués, con el que mantenemos continuo contacto; por eso todavía tienen la frescura y el vigor de la juventud y causan un arrebató más poderoso, ya que podemos compartir inmediatamente los intereses que expresan, pero como arraigan menos hondo les falta la dureza difícilmente atacable de la ideología petrificada por una edad secular.

Nuestra investigación, pues, nos conduce a una concepción totalmente distinta a la baueriana. Bauer, por oposición al nacionalismo burgués, supone una permanente transformación de la nación en nuevas formas y caracteres; así, por ejemplo, la nación alemana se manifiesta en la historia bajo figuras siempre nuevas, partiendo de los primitivos germanos hasta el futuro miembro de la sociedad socialista. Pero bajo esas formas cambiantes queda la nación misma; aunque determinadas naciones perezcan o surjan, la nación en general sigue siendo la formación básica del género humano. En cambio, según nuestro resultado, la nación sólo es una formación temporaria y pasajera dentro de la historia evolutiva del género humano, una entre las muchas formas organizativas que se relevan unas a otras o aparecen unas junto a otras: tribus, pueblos, imperios universales, iglesias, comunas aldeanas, estados. Entre ellas, y en cuanto a su peculiaridad, la nación es esencialmente un producto de la sociedad burguesa, y desaparecerá con la sociedad burguesa. Querer reencontrar siempre

la nación en todas las comunidades anteriores y posteriores resulta tan artificial como —tal cual hacen los economistas burgueses— concebir todas las formas económicas pasadas y futuras como diferentes formas del capitalismo, y considerar que la evolución mundial es una evolución del capitalismo, desde el “capital” del salvaje —su arco—, hasta el “capital” de la sociedad socialista.

Aquí se destaca ahora la falla de la idea básica de la obra de Bauer que citamos al principio. Si él dice que la nación no es una cosa congelada sino un proceso del devenir, con ello ya se presupone que la nación misma es permanente y eterna. Para Bauer la nación es “el producto jamás finiquitado de un proceso que se opera permanentemente”; *para nosotros es un episodio en el proceso infinitamente progresivo de la evolución humana*. Para Bauer la nación es el elemento básico permanente del género humano; su teoría es *una consideración de toda la historia humana desde el ángulo visual de lo nacional*. Las formas económicas se transforman, las clases surgen y se van a pique, pero todo esto son transformaciones de la nación, dentro de la nación. La nación sigue siendo lo primario, aquello a lo que las clases y sus transformaciones sólo dan un contenido cambiante. Por eso él también expresa las ideas y metas del socialismo con el lenguaje del nacionalismo, y habla de nación donde otros se refieren al pueblo y al género humano: la “nación” dejó de la mano su destino por obra de la propiedad particular de los medios de trabajo; la “nación” no supo resolver conscientemente acerca de ello; los capitalistas determinan el destino de la “nación”; la “nación” del futuro se labrará ella misma su destino; más arriba ya citamos los talleres de la nación. De este modo, él incluso llega al punto de designar con los nombres de política evolucionista-nacional y conservadora-nacional las dos orientaciones contrapuestas de la política: la socialista, dirigida hacia adelante, y la capitalista, que quiere mantener el actual orden económico. De manera similar, y conforme a la comparación arriba citada, se podría designar al socialismo como política evolucionista-capitalista.

El tratamiento baueriano de la cuestión de las nacionalidades es una teoría específicamente austriaca, y constituye una doctrina de la evolución del género humano que sólo pudo surgir en Austria, donde las cuestiones nacionales dominan toda la vida pública. Por cierto que no es oprobio alguno constatar que un investigador que manipula con tanto éxito el método de la concepción marxista de la historia se convierta a su vez en documento de esa doctrina cuando se somete a la influencia de su medio, pues sólo merced a esa diferencia estuvo capacitado para fomentar significativamente nuestra intelección científica. No somos justamente máquinas lógicas de pensar, sino seres vivos que luchan dentro de un mundo donde, por medio

de la experiencia y la meditación, debemos dominar los problemas que nos presenta la práctica de la lucha.

Pero nos parece que en la diversidad de los resultados juega además una diversidad de la concepción filosófica fundamental. ¿En qué vino a parar siempre nuestra crítica a las concepciones de Bauer? En una valoración diferente de las fuerzas espirituales y materiales. Mientras él construía sobre el poder indestructible de lo espiritual, de la ideología como fuerza autónoma, nosotros siempre recalcábamos su dependencia de las circunstancias económicas. Resulta obvio poner en conexión con esta desviación del materialismo marxista el hecho de que Bauer actuó repetidamente como campeón de la filosofía de Kant y se lo cuenta entre los kantianos. De este modo se revela en su obra la excelencia y el carácter indispensable del marxismo como método científico bajo un doble aspecto. Sólo mediante su ayuda pudo arribar a los muchos y excelentes resultados con que enriqueció nuestra inteligencia; precisamente allí donde aparecen fallas que necesitan corrección es donde su método se aleja de la concepción materialista fundamental del marxismo.

III. LA TÁCTICA SOCIALISTA

LAS EXIGENCIAS NACIONALES

La táctica socialista descansa en la ciencia de la evolución social. El modo y manera como una clase obrera percibe sus intereses está determinado por su concepción de la evolución futura de las circunstancias. No todos los deseos y metas que sobrevienen en el proletariado, ni todas las ideas que dominan su espíritu, pueden influir en su táctica; si están en contradicción con la evolución efectiva, no son realizables; y toda la fuerza y molestia empleadas en ello se derrochan inútilmente o hasta llegan a perjudicar. Así pasó con todos los intentos y empeños por trabar la marcha triunfal de la gran industria y restaurar los antiguos órdenes gremiales. El proletariado en lucha desechó todo esto; guiado por su noción de la inevitabilidad del desarrollo capitalista, planteó su meta socialista. Lo que *haya de* resultar y lo que *deba* resultar efectivamente constituye la línea orientadora de nuestra táctica. Por eso fue de primordial importancia verificar no qué papel desempeña ahora lo nacional en cualquier proletariado, sino qué papel desempeñará a la larga en el proletariado bajo la influencia de la ascendente lucha de clases. Nuestras concepciones sobre la significación futura de lo nacional para la clase obrera deben determinar nues-

tras concepciones sobre la táctica a seguir en las cuestiones nacionales.

Las concepciones de Bauer sobre el futuro de la nación constituyen la base teórica de la *táctica del oportunismo nacional*. La táctica oportunista se desprende automáticamente de la idea fundamental de su obra: comprender la nacionalidad como un potente y permanente resultado de toda la evolución histórica. Si la nación —no sólo hoy, sino cada vez más con el auge del movimiento obrero, y finalmente bajo el socialismo— es el principio unitario y divisorio natural del género humano, entonces resulta vano querer combatir el poder de la idea nacional en el proletariado, y más bien hay que ver incluso al socialismo a la luz del nacionalismo y expresar su meta con el lenguaje del nacionalismo. Entonces debemos anteponer las exigencias nacionales y buscar de ganar a los obreros cabalmente nacionales para que el socialismo sea el mejor y más auténtico de los nacionalismos.

La táctica debe ser totalmente distinta si uno adquiere la noción de que lo nacional sólo es una ideología burguesa que no encuentra raíces materiales en el proletariado y por ende desaparece cada vez más con el desarrollo de la lucha de clases. Entonces lo nacional en el proletariado no sólo es una manifestación transitoria, sino que, como toda ideología burguesa, constituye *una traba a la lucha de clases, cuyo poder perjudicial debe ser eliminado en lo posible*, y su superación también está en la línea evolutiva de los hechos. Las consignas y metas nacionales desvían a los obreros de sus propias metas proletarias. Separan unos de otros a los obreros de nación diferente, los enfrentan unos con otros como enemigos, y así rompen la necesaria unidad del proletariado. Yuxtaponen a obreros y burguesía en un frente de lucha, oscurecen así su conciencia de clase y hacen del proletariado un peón de la política burguesa. Las luchas nacionales impiden que se hagan valer las cuestiones sociales y los intereses proletarios en la política, y esterilizan esos importantísimos métodos de lucha del proletariado. Todo esto se fomenta si la propaganda socialista, junto con su propia meta de lucha, exhibe las consignas nacionales a los obreros como algo valioso y adopta el lenguaje del nacionalismo para presentar nuestras metas socialistas. Precisamente a la inversa, resulta necesario que el sentimiento de clase y la lucha de clases se fijen profundamente en las mentes de los obreros, y entonces, de modo paulatino y claro, se les hará consciente la irrealdad y la carencia de valor de las consignas nacionales para su clase.

Por ende, nada tienen que buscar en la propaganda socialista metas estatal-nacionales como por ejemplo la restauración de un estado nacional polaco independiente. No en razón de que un estado nacional propio carezca por completo de significación para el proletariado, pues resultaría dañoso a la formación de una clara conciencia

de clase que, debido al dominio foráneo ruso que protege a los capitalistas polacos, el odio contra la explotación y la opresión asumiese fácilmente la forma de un odio nacional contra los opresores foráneos, sino en razón en que la restauración de Polonia como estado independiente en la era del capitalismo es utópica. Lo mismo vale también para la solución que Bauer da a la cuestión polaca: la autonomía nacional de los polacos en el marco del Imperio ruso. Por más deseada o necesaria que sea esta meta para el proletariado polaco, la evolución real, mientras reine el capitalismo, no estará determinada por lo que el proletariado crea necesario para sí, sino por lo que quiera la clase dominante. Pero si el proletariado es lo bastante poderoso para imponer su voluntad, entonces el valor de tal autonomía sería infinitamente pequeño en comparación con el valor de sus exigencias de clase que conduzcan al socialismo. La lucha del proletariado polaco contra el poder político efectivo, cuya presión padece —según se trate del gobierno ruso, prusiano o austriaco—, queda esterilizada en cuanto lucha nacional, y sólo conduce a la meta en cuanto lucha de clases. La única meta asequible y, por ende, necesaria es vencer juntamente con los demás obreros de esos estados al poder estatal capitalista y conquistar el socialismo. Pero bajo el socialismo, la meta de la autonomía de Polonia ya no tiene sentido alguno, puesto que entonces nada se interpondrá en el camino de la libertad de todos los que hablan polaco para coligarse en una unidad administrativa.

O sea que en la posición ante los dos partidos socialistas polacos³ se destaca claramente la diferencia de apreciación. Bauer pone énfasis en que ambos tienen su legitimación, pues cada uno encarna una faceta del carácter del obrero polaco: el PPS el sentir nacional, y la SD de Polonia y Lituania la lucha internacional de clases. Esto es cierto, pero incompleto. Con el método histórico harto objetivo, que prueba que cada manifestación u orientación es comprensible y se origina en causas naturales, no nos arreglamos. Debemos añadir que una de las facetas de ese carácter crece por obra de la evolución de fuerzas, y la otra resulta menguada. El principio de uno de esos partidos arraiga en el futuro, el del otro en el pasado; uno es la gran fuerza del progreso, el otro una tradición inhibidora. Por eso no nos resultan iguales ambos partidos; en cuanto marxistas que hallan su principio en la ciencia de la evolución real, y en cuanto socialdemócratas revolucionarios que hallan su principio en la lucha de clases, debemos dar la razón a uno de esos partidos y respaldar su punto de vista contra el otro.

³ A partir de entonces se produjeron en esos partidos remodelaciones y transformaciones que aquí no abordamos, pues sólo se trata de un ejemplo para clasificar las posiciones teóricas adoptadas.

Más arriba hablábamos de la carencia de valor de las consignas nacionales para el proletariado. Pero entre las exigencias nacionales, ¿acaso no hay muchas que también tienen una importancia para los obreros, y por las cuales ellos deben luchar juntos contra la burguesía? ¿Acaso no son algo valioso, por ejemplo, las escuelas nacionales, donde los hijos de obreros puedan aprender en su propia lengua? *Para nosotros, esas no son exigencias nacionales, sino proletarias.* Las exigencias nacionales de los checos están orientadas contra los alemanes, y los alemanes las combaten. Pero si las escuelas checas, la lengua forense checa, etc., están en el interés de los obreros checos porque incrementan su oportunidad de formarse y su independencia frente a empresarios y autoridades, entonces son al mismo tiempo un interés de los obreros alemanes, pues éstos tienen todo el interés de que sus compañeros de clase checos se fortalezcan lo más posible en la lucha de clases. Por ende, no sólo los socialdemócratas checos, sino al mismo tiempo los alemanes, exigirán escuelas para las minorías checas, y a los representantes del proletariado les podrá resultar completamente indiferente si con ello se fortifica o debilita el poder de la "nación" alemana o checa, vale decir el poder de la burguesía alemana o checa en el estado. El interés proletario siempre es normativo. Si, por motivos nacionales, la burguesía plantea una exigencia equisitante, con ello alude la mayoría de las veces, en la realización práctica, a algo totalmente distinto, pues tiene justamente otras metas. Los obreros fomentarán al mismo tiempo el conocimiento de la lengua alemana en las escuelas de la minoría checa, pues eso ayuda a los niños en la lucha por la existencia; la burguesía checa mantendrá el alemán lo más alejado posible de ellos. Los obreros exigen la más amplia pluralidad de lenguas en las oficinas públicas, los nacionales quieren eliminar las lenguas extranjeras. *O sea que sólo en apariencia coinciden las exigencias lingüísticas y culturales de los obreros con las exigencias nacionales; aquéllas son exigencias proletarias que levanta en común el conjunto del proletariado de todas las naciones.*

IDEOLOGÍA Y LUCHA DE CLASES

La táctica marxista de la socialdemocracia descansa en el reconocimiento de los reales intereses de clase de los obreros. No se deja deslumbrar por ideologías, aunque éstas parezcan estar muy sólidamente fijadas en las mentes de los seres humanos. Gracias a su modo marxista de ver, sabe que ideas e ideologías que aparentemente no tienen ninguna base material no son nada sobrenatural, con una existencia espí-

ritual completamente desglosada de lo corporal, sino la cuajada expresión tradicional de anteriores intereses de clase. Por eso estamos seguros de que *ninguna ideología con raíces en el pasado, por más poderosa que sea, resistirá a la larga frente a la omnipotencia de los reales intereses de clase y necesidades de hoy*, una vez reconocidos. Esta concepción fundamental también determina el modo y manera de combatir su poder.

Quien considere las ideas como poderes autónomos que surgen dentro de las mentes humanas por sí mismos o debido a una influencia espiritual extraña, tiene dos posibilidades de ganar a los seres humanos para sus nuevas metas. O bien debe combatir directamente las viejas ideologías, probar su inexactitud mediante disquisiciones abstractamente teóricas y buscar quitarles de este modo su poder sobre los seres humanos, o si no también puede intentar poner la ideología a su servicio, presentando su nueva meta como consecuencia y realización de las viejas ideas. Tomemos por ejemplo la religión.

La religión es la ideología más poderosa del pasado, que domina al proletariado y busca retraerlo de la lucha unitaria de clases. Los socialdemócratas sin claridad, que veían ante sí esta pujante traba al socialismo, podían o bien intentar combatir directamente la religión y probar la inexactitud de las doctrinas religiosas —de manera similar a como lo hiciera anteriormente la ilustración burguesa— para quebrar su influencia, o, a la inversa, hacer pasar al socialismo por el mejor cristianismo, por la verdadera cumplimentación de las doctrinas religiosas, y así ganar a los cristianos creyentes para el socialismo. Pero ambos métodos resultaron un fracaso dondequiera se los ensayó; los ataques teóricos a la religión no tenían por dónde agarrarla, y fortalecían el prejuicio contra el socialismo. Tampoco se ganó a ninguna persona al abrigo del manto cristiano, porque la tradición a que las personas se fijaban sólidamente no es cualquier cristianismo en general, sino determinada doctrina cristiana. Y también resulta claro que *debían* fracasar, pues con las disquisiciones y discusiones teológicas que comportaban tales intentos el espíritu se vuelve precisamente hacia las cuestiones religiosas abstractas, apartándose de la realidad de la vida, y el pensamiento ideológico se fortalece. En general, la fe es inatacable para las pruebas teóricas; recién cuando desaparece su base, la antigua situación vital, y crece en los hombres una nueva cosmovisión, se llega también a dudar de las viejas doctrinas y dogmas. Sólo la nueva realidad, que se graba cada vez con mayor nitidez en el espíritu, puede tumbar una fe tradicional; naturalmente que para hacerlo, primero debe llegar con claridad a la conciencia de la persona. *Sólo a través del constante contacto con la realidad se libera el espíritu del poder de las ideas consagradas.*

Por eso la socialdemocracia marxista no piensa en combatir la religión con argumentos teóricos, ni ponerla a su servicio. Así, las abstractas ideas tradicionales se mantendrían artificialmente despiertas en vez de ir desvaneciéndose de modo paulatino. *Nuestra táctica consiste en esclarecer siempre a los obreros acerca de sus verdaderos intereses de clase y hacerles ver siempre la realidad de la sociedad y de su vida, a fin de que su espíritu se oriente cada vez más hacia las realidades del mundo actual. Entonces se irán extinguiendo por sí solas las viejas ideas que ya no han de encontrar pábulo alguno en la realidad de la vida proletaria.* Nos da lo mismo lo que los hombres piensen acerca de las cuestiones teológicas, con tal que luchen juntos por el nuevo orden económico del socialismo. Por eso la socialdemocracia jamás habla o discute sobre la existencia de Dios ni sobre cuestiones religiosas conflictivas, y siempre habla solamente de capitalismo, de explotación, de intereses de clase y de la necesidad de que los obreros libren juntos la lucha de clases. De este modo encauza al espíritu, llevándolo de las ideas inesenciales del pasado a la realidad de hoy; de este modo le quita a esas ideas el poder de distraer a los obreros de la lucha de clases y de la persecución de sus intereses de clase.

Naturalmente que no de golpe. Lo que está sólida y petrificadamente fijado en el espíritu recién se puede descomponer y disolver paulatinamente a través de la larga influencia de la nueva fuerza. ¡Cuánto tardó hasta que los obreros cristianos de Renania-Westfalia abandonaron en grandes tropesles la bandera del Zentrum pasándose a la socialdemocracia! Pero la socialdemocracia no se dejó turbar por ello; no intentó ganar más rápido a los obreros cristianos con concesiones a sus prejuicios religiosos; no se dejó inducir, impacientada por la futilidad de sus éxitos, a una propaganda antirreligiosa; no perdió la fe en la victoria de la realidad sobre la tradición, sino que se aferró al principio, sin meterse por errados caminos tácticos que prometen éxitos más rápidos; siempre contrapuso la lucha de clases a la ideología, y ahora ve madurar cada vez más los frutos de su táctica.

Ocurre algo similar con el nacionalismo, sólo con la diferencia de que aquí, por ser una ideología más joven y menos petrificada, apenas hay que estar prevenido contra el error del combate teórico abstracto, y sí mayormente contra el error de transigir. *Aquí también tenemos que insistir solamente en la lucha de clases y despertar el sentimiento de clase, para desviar la atención de las cuestiones nacionales.* Aquí también parecerá a menudo que toda nuestra propaganda contra el poder de la ideología nacional⁴ es vana; ante todo, el nacionalismo

⁴ Así, Otto Bauer dudaba recientemente, en su comentario al folleto de Strasser *El obrero y la nación (Der Kampf, v, 9)*, de que el realce de los inte-

de los obreros de las jóvenes naciones parece henchirse con más impotencia. Así, también los sindicatos cristianos de Renania se fortalecieron al mismo tiempo que la socialdemocracia; con ellos hay que comparar el separatismo nacional, que representa igualmente una porción del movimiento obrero para el que vale más una ideología burguesa que el principio de la lucha de clases. Debido a que en la práctica tales movimientos no pueden ser otra cosa que pajes de cola de la burguesía, y de este modo suscitar en su contra el sentimiento de clase de los obreros, perderán cada vez más su poder.

O sea que sería una táctica absolutamente falsa querer ganar masas obreras para el socialismo transigiendo con su sentir nacional. Con semejante *oportunismo nacional* pueden ser ganados para el partido exteriormente, en apariencia, pero *no serán ganados para nuestra causa, para la noción socialista*: concepciones burguesas, hoy como ayer, dominarán su espíritu. Y cuando llegue la hora de la decisión, en que haya que elegir entre intereses nacionales y proletarios, se evidenciará de una vez *la debilidad interna de ese movimiento obrero*, como sucede actualmente con la crisis separatista. ¿Cómo podremos siquiera juntar a las masas bajo nuestra bandera si arriamos ésta ante la bandera del nacionalismo? Nuestro principio de la lucha de clases sólo puede dominar si los demás principios que ordenan y separan de otro modo a los hombres se tornan ineficaces; pero si con nuestra propaganda elevamos el prestigio de los demás principios, socavaremos nuestra propia causa.

Naturalmente, tal cual resulta de la exposición precedente, sería asimismo falso querer combatir de modo directo los sentimientos y consignas nacionales. Allí donde se fijan en las cabezas, no pueden ser eliminados con argumentos teóricos, sino con una realidad más fuerte que obre sobre las mentes. Si uno empieza a hablar de ello, el espíritu del auditor se dirige en seguida a lo nacional, y sólo piensa con el lenguaje del nacionalismo. Por eso en general no se hablará de esas cosas, no se las abordará. A todas las consignas y argumentos nacionales se responderá con: explotación, plusvalor, burguesía, dominio de clase y lucha de clases. Si ellos hablan de la exigencia de escuelas nacionales, nosotros señalaremos la deficiente instrucción de los hijos de obreros, que no aprenden sino lo que necesitan para poder más tarde deslorsarse al servicio del capital. Si ellos hablan de letreros callejeros y de oficinas públicas, nosotros hablaremos de la penuria que mueve a emigrar a los proletarios. Si ellos hablan de la unidad de la nación, nosotros hablaremos de explotación y opresión de clase. Si ellos hablan de la grandeza de la nación, nosotros hablaremos de la solidaridad del reses de clase del proletariado pudiese ejercer algún efecto contra el brillo arrebatador de los ideales nacionales.

proletariado del mundo entero. Recién cuando la gran realidad del mundo actual, el desarrollo capitalista, la explotación y la lucha de clases, con su meta final de socialismo, llene cada vez más el espíritu entero del obrero, se desvanecerán y desaparecerán en él los ideales pequeñoburgueses del nacionalismo. *La propaganda del socialismo y de la lucha de clases constituye el único, pero también seguro y exitoso medio de quebrar el poder del nacionalismo.*

EL SEPARATISMO Y LA ORGANIZACIÓN PARTIDARIA

En Austria, desde el Congreso de Wimberg, el Partido Socialdemócrata se escindió por naciones, y cada partido obrero nacional es autónomo y colabora federativamente con los de las demás naciones. Esta escisión nacional del proletariado no ofreció grandes inconvenientes, y en muchas partes fue considerada como el principio organizativo natural del movimiento obrero en un país nacionalmente resquebrajado. Pero cuando esa escisión ya no se restringió a la organización política, sino que trascendió a los sindicatos bajo el nombre de separatismo, el peligro se tornó palpable súbitamente. El contrasentido del proceder según el cual obreros del mismo taller se organizan en diferentes asociaciones, dificultando con ello la lucha común contra los empresarios, salta a la vista. Tales obreros constituyen una comunidad de intereses, sólo pueden luchar y vencer en cuanto masa cerrada, y por ende se hermanan en una única organización. Los separatistas, que introducen en el sindicato la escisión de los obreros por naciones, quiebran la fuerza de los obreros, exactamente igual que los fragmentadores de sindicatos cristianos, y traban en gran medida el ascenso del proletariado.

Los separatistas lo saben y lo ven exactamente como nosotros. ¿Qué los mueve entonces a adoptar ese procedimiento hostil a los obreros, a pesar de que esta actitud fue reprobada por abrumadora univocidad por el Congreso internacional de Copenhague? En primer término, el hecho de que consideran el principio nacional como algo muy superior al interés material de los obreros y al principio socialista. Pero al hacerlo invocan el dictamen de otro congreso internacional, el Congreso de Stuttgart (1907), *según el cual partido y sindicato de un país están hermanados del modo más estrecho en una permanente comunidad laboral y de lucha.* Pero ¿cómo es posible eso si el partido se articula por naciones y al mismo tiempo el movimiento sindical está internacionalmente centralizado sobre el estado entero? ¿Dónde va a encontrar la socialdemocracia checa el movimiento sindical con el que

pueda articularse estrechamente si no crea un movimiento sindical checo particular?

El hecho de que muchos socialdemócratas austroalemanes, en su lucha teórica contra el separatismo, aduzcan siempre como el argumento más importante la completa diversidad de la lucha política y de la sindical equivale directamente a optar por la más débil de todas las posiciones. Claro que no les resta otra cosa si al mismo tiempo quieren pugnar por la unidad internacional en los sindicatos y por la separación nacional en el partido. Pero con este argumento no se pueden lograr éxitos.

Eso se origina en las circunstancias iniciales del movimiento obrero, cuando unos y otro deben luchar lentamente al principio contra los prejuicios de las masas obreras y cada uno busca su propia vía: entonces parece que los sindicatos sólo estuviesen en pro de la mejora inmediata de la situación material, mientras el partido libra la lucha por una sociedad futura, por ideales generales e ideas sublimes. En realidad, ambos luchan por mejoras inmediatas, y ambos trabajan al mismo tiempo por construir el poder del proletariado, que deparará el socialismo. Sólo que como la lucha política es la lucha general contra la burguesía entera, aquí hay que ponerse en claro acerca de las vastísimas consecuencias y las profundísimas bases de la cosmovisión, mientras que en la lucha sindical, donde los argumentos y los intereses inmediatos están palpablemente a la vista, ese aporte de principios generales no es necesario, y hasta puede resultar perjudicial a veces para la unidad instantánea. Pero, en realidad, son los mismos intereses obreros los que determinan ambas formas de lucha; en el movimiento partidario están meramente algo más ocultos, en forma de ideas y principios. Pero cuanto más se desarrolla el movimiento, tanto más estrechamente se conjugan y tanto más deben luchar en común. Las grandes luchas sindicales se convierten en movimientos masivos de poderoso efecto político, que conmocionan toda la vida social. Las luchas políticas, a la inversa, crecen hasta resultar acciones masivas que requieren el concurso activo de los sindicatos. La Resolución de Stuttgart encarna esa necesidad, que se destaca cada vez con mayor fuerza. Por ende, todos los intentos de batir al separatismo con el argumento de la completa diversidad entre el movimiento sindical y partidario deben rebotar contra la realidad.

○ sea que el error del separatismo no reside en que quiera la misma organización para el sindicato y el partido, sino en que con esa finalidad, destroza el sindicato, *pues la raíz de la contradicción no está en la unidad del movimiento sindical, sino en la escisión del partido político*. El separatismo en el movimiento sindical sólo es la consecuencia inevitable de la autonomía nacional de la organización partidaria;

en rigor, al subordinar la lucha de clases al principio nacional, constituye la consecuencia extrema de la teoría que considera las naciones como las formaciones naturales del género humano y ve en el socialismo, a la luz del principio nacional, la realización de la nación. *Por eso, sólo es posible una superación real del separatismo si en la táctica, la agitación y la conciencia de todos los compañeros, la lucha de clases reina ubicuamente como el único principio proletario* frente al cual todas las diversidades nacionales carecen de significación. La unión de los partidos socialistas es el único expediente para resolver la contradicción de donde surgió la crisis separatista y el perjuicio que le ocasiona al movimiento obrero.

En el capítulo "La comunidad de la lucha de clases" ya se expuso que la lucha política tiene lugar en el suelo del estado y liga en una unidad a los obreros de todas las naciones del estado entero. Al mismo tiempo, se desprendía de allí que en los comienzos del partido socialista el peso fuerte sigue cayendo en las naciones. Por eso se explica la evolución histórica según la cual el partido, ni bien empezó a abarcar a las masas en su agitación, se disgregó en unidades nacionalmente separadas, cada una de las cuales debió adaptarse a su medio y a las especiales circunstancias y mentalidades de su nación; naturalmente que, al mismo tiempo, quedó más o menos inficionado por ideas nacionales, pues cada movimiento obrero ascendente está lleno de ideas burguesas que recién son superadas paulatinamente con la misma evolución, con la práctica de la lucha y la creciente intelección teórica. Esta influencia burguesa sobre el movimiento obrero, que en otros países aparece como revisionismo y anarquismo, debió asumir necesariamente en Austria la forma del nacionalismo, porque el nacionalismo no sólo es la más poderosa ideología burguesa sino que aquí también está en oposición con el estado y la burocracia. La autonomía nacional no es simplemente una resolución errónea de cualquier congreso partidario, que se hubiese podido evitar, sino una forma evolutiva natural que se fue desarrollando gradualmente por obra de las circunstancias mismas.

Pero cuando merced a la conquista del sufragio universal se creó el terreno de lucha parlamentaria de un moderno estado capitalista y el proletariado se convirtió en una importante fuerza política, esa situación no pudo seguir manteniéndose. Entonces debía mostrarse si los partidos autónomos aún constituían un auténtico partido único. Entonces ya nadie se arreglaba con declaraciones platónicas de hermandad; entonces resultaba necesaria una unidad más sólida, de manera que las fracciones socialistas de los diferentes partidos nacionales se subordinaran práctica y efectivamente a una voluntad común. El movimiento político no resistió esta prueba; en cada una de sus partes el naciona-

lismo ya había echado raíces tan profundas, que éstas no sólo se sentían emparentadas con las demás fracciones socialistas sino tanto o más aun con los partidos burgueses de su nación. Así se explica la aparente contradicción de que el partido único se fuera precisamente a pique en el instante en que las nuevas condiciones de la lucha política requerían un auténtico partido único, una sólida unidad del conjunto del proletariado austriaco: la laxa conexión de los grupos nacionales se rompió cuando se les demandó que se uniesen en una sólida unidad. Pero al mismo tiempo se tornó claro que esa carencia de un partido único sólo puede ser una situación transicional. *De la crisis separatista debe salir necesariamente el nuevo partido único como la organización política cerrada de toda la clase obrera austriaca.*

Los partidos nacionales autónomos son formaciones del pasado, que ya no corresponden a las nuevas condiciones de lucha. Todas las naciones juntas libran la lucha política en un único parlamento en Viena; allí no luchan socialdemócratas checos contra la burguesía checa, sino contra toda la burguesía austriaca junto a todos los demás representantes obreros. Frente a ello, se dijo que la lucha electoral se libra dentro de la nación, y que los adversarios no son el estado ni la burocracia, sino los partidos burgueses de la propia nación. Eso es cierto, pero la lucha electoral sólo es, como quien dice, una prolongación de la lucha parlamentaria. *No las palabras sino los actos de nuestros adversarios constituyen el material de la lucha electoral*, y esos actos se perpetran en el Consejo imperial, pertenecen a la actividad del parlamento *austriaco*. Por eso también la lucha electoral saca a los obreros del pequeño mundo nacional, señalándoles a la poderosa organización compulsiva de la clase de los capitalistas como la mayor formación que domina su vida.

Tanto más cuanto que el estado, que antes se manifestaba débil e impotente contra las naciones, se manifiesta cada vez más poderoso debido al gran desarrollo capitalista. El desarrollo del *imperialismo*, que también arrastra a la monarquía danubiana, pone recursos cada vez más poderosos en manos del estado a los fines de la política mundial, carga sobre las masas una presión militar e impositiva cada vez mayor, embreta a la oposición de los partidos nacionales burgueses y pasa simplemente por encima de las exigencias político-sociales de los obreros. El imperialismo debe agujonear poderosamente la lucha común de clase de los obreros, y frente a sus luchas que mueven el mundo, poniendo en el más áspero antagonismo mutuo al capital y el trabajo, los objetos de la reyerta nacional se hunden en una completa insignificancia. Y no está para nada excluido que los peligros comunes con que la política mundial amenaza a los obreros, y ante todo

el peligro de guerra, reúnan más rápido de lo que se piensa en la lucha común a las masas obreras, actualmente separadas.

Naturalmente que la propaganda y el esclarecimiento deben ser practicados de modo particular en cada nación, atendiendo a la lengua particular. La práctica de la lucha obrera tiene que contar con las naciones como grupos de diferente lengua; esto vale tanto para el partido como para el movimiento sindical. *En cuanto organizaciones de lucha, partido y sindicato deben estar organizados unitariamente a nivel estatal e internacional. A los fines de la propaganda, el esclarecimiento y los empeños de formación que les atañen de igual manera y en común, es necesaria una suborganización y articulación nacionales de esas unidades.*

LA AUTONOMÍA NACIONAL

Que no admitamos los eslóganes y consignas del nacionalismo y respondamos siempre con las consignas de la lucha de clases y el socialismo no significa que frente a las cuestiones nacionales sigamos una especie de política del avestruz, pues éstas son cuestiones reales que ocupan las cabezas de los hombres y aguardan su solución. Nosotros hacemos que los obreros tomen conciencia de que para ellos las cuestiones de vital importancia, que todo lo dominan, no son esas cuestiones, sino la explotación y la lucha de clases, pero con ello no desaparecen del mapa las demás cuestiones, y nosotros debemos mostrar que podemos resolverlas, pues la socialdemocracia no promete simplemente a los hombres el estado del futuro, sino que en su programa de exigencias inmediatas muestra cómo quiere resolver cada cuestión particular por la que hoy se lucha. No sólo buscamos unir en la lucha común de clase a los obreros cristianos con todos los demás sin consideración de la religión, sino que en nuestra proposición programática, "*Declarar cosa privada a la religión*", también les mostramos el camino para salvaguardar su interés religioso de mejor manera que con luchas y disputas religiosas. Frente a las luchas de las iglesias por el poder, que responden a su carácter de organizaciones de dominación, nosotros planteamos el principio de la autodeterminación y de la libertad de todos los hombres de efectivizar su convicción religiosa sin menoscabo foráneo. Esta proposición programática no da la solución de cada cuestión particular, sino que contiene su solución general, pues crea el terreno en el que aquéllos pueden arreglar las cuestiones particulares a su libre arbitrio. Al anularse toda compulsión estatal, cesa toda necesidad de defensa y disputa; las cuestiones religiosas se desconectan

de la política y quedan confiadas a las organizaciones que los hombres se forman por propia voluntad.

También encaramos de manera similar las cuestiones nacionales. *Aquí el programa socialdemócrata de autonomía nacional brinda la solución práctica que quitará su razón de ser a las luchas de las naciones.* Mediante la aplicación del principio personal en lugar del principio territorial, las naciones serán reconocidas como organizaciones en las que recaerá, dentro del marco del estado, el cuidado de todos los intereses culturales de la comunidad nacional. Cada nación adquirirá con ello el poder jurídico, incluso donde es minoría, de arreglar autónomamente sus asuntos; ninguna nación se verá forzada a conquistar y mantener una y otra vez ese poder en la lucha por la influencia sobre el estado. Con ello se pondría fin completamente a la lucha de las naciones por el poder, que paraliza con su interminable obstrucción toda la vida parlamentaria e impide cualquier posibilidad de ocuparse de cuestiones sociales. Cuando los partidos burgueses se enfurecían ciegamente unos con otros, sin adelantar, y estaban perplejos frente a la cuestión de cómo salir del caos, la socialdemocracia mostró el camino práctico de cumplir con los legítimos deseos nacionales sin que hiciese falta perjudicarse recíprocamente.

Pero con ello no está dicho que ese programa tenga también perspectivas de realizarse. Todos estamos convencidos de que nuestra exigencia de declarar cosa privada a la religión, al igual que la mayoría de nuestras exigencias inmediatas, tampoco será realizada por el estado capitalista. Bajo el capitalismo, la religión no es una libre convicción personal como se quiere hacer creer a la gente —si lo fuera, los portavoces de la religión deberían adoptar y ejecutar nuestra proposición programática—, sino un medio de dominación en manos de la clase poseedora, y ésta no renunciará a tal medio. Algo similar ocurre también con nuestro programa nacional, que busca realizar las naciones como aquello por lo que son tomadas. Las naciones no son simplemente grupos de seres humanos que tienen los mismos intereses culturales y por ende quieren entenderse pacíficamente con otras naciones, sino organizaciones de lucha de la burguesía, dirigidas a la adquisición de poder en el estado. Cada burguesía nacional espera ampliar su área de poder a costa del adversario; por ende, que esas fuerzas desgastantes cesen por propia iniciativa resulta cuestionable, de la misma manera que queda excluido que las grandes potencias capitalistas aporten la eterna paz mundial mediante un arreglo razonable de sus litigios. Claro que aquí la cosa es distinta, por cuanto en Austria se da una instancia superior que podría intervenir: el estado, la burocracia gobernante. Por norma, también se cuenta con que el poder estatal central proceda por instinto de conservación a solucionar las disputas nacio-

nales, porque éstas amenazan con desgarrar al estado e impedir la marcha regular de la máquina estatal. Pero el estado ya aprendió a arreglarse con las luchas nacionales, y hasta las aprovecha para fortalecer el poder gubernativo frente al parlamento, de modo que no existe una necesidad absoluta de allanarlas. Y lo que es más importante: la cumplimentación de la autonomía nacional, tal cual la exige la socialdemocracia, tiene por base la autoadministración democrática. Pero los círculos feudal-clerical-gran capitalista-militares que gobiernan Austria sienten un espanto harto fundado y sano ante ello.

Pero ¿acaso la burguesía tiene realmente interés en hacer cesar las luchas nacionales? Precisamente es a la inversa: tiene el máximo interés en *no* hacer cesar esas luchas, y tanto más cuanto más vigorosamente asciende la lucha de clases, pues de modo similar a los antagonismos religiosos, *los antagonismos nacionales constituyen un excelente medio de escindir al proletariado, distraer con eslóganes ideológicos su atención de la lucha de clases e impedir su unidad de clase.* El afán instintivo de las clases burguesas de no dejar que el proletariado llegue a la unidad, la claridad y el poder, se convierte cada vez más en un elemento capital de la política burguesa. En países como Inglaterra, Holanda, Norteamérica y hasta Alemania (donde el partido agrario conservador ocupa una posición excepcional como partido declarado de clase), vemos que las luchas entre los dos grandes partidos burgueses —por norma un partido “liberal” y otro “conservador” o “clerical”— se tornan tanto más agudas y sus gritos de batalla tanto más resonantes cuanto más desaparece entre ellos el antagonismo real de intereses y cuanto más consta su antagonismo de eslóganes ideológicos, provenientes del pasado. Quien concibe esquemáticamente el marxismo, y por ende ve en los partidos políticos puras representaciones de intereses de grupos burgueses, se encuentra ante un enigma: donde habría que esperar que, frente al proletariado amenazante, aquéllos se soulden en una masa reaccionaria, la grieta, muy por el contrario, parece profundizarse y ensancharse. Esta manifestación se explica simplemente por el sentimiento instintivo de que nada se puede hacer contra el proletariado con la sola violencia, y de que resulta infinitamente más importante confundir y escindir al proletariado con consignas ideológicas. Por eso las luchas nacionales de las diferentes burguesías de Austria *se inflamarán con tanta mayor violencia cuanto menos razón de ser tengan.* Cuanto más se juntan entre bastidores los señores para repartirse el poder estatal, tanto más rabiosamente se aporrean en los debates públicos por causa de bagatelas nacionales. Antes cada burguesía buscaba agrupar compactamente tras de sí al proletariado de su nación para poder combatir con mayor pujanza al adversario nacional; hoy, a la inversa, la lucha contra el adversario nacional debe servir cada

vez más para agrupar al proletariado detrás de los partidos burgueses, a fin de impedir su unidad internacional. El mismo papel de distraer la atención de los obreros de las cuestiones sociales, en las que se destacarían su comunidad de clase y su antagonismo de clase con la burguesía, y que en otros países deben cumplir los gritos de batalla “¡aquí el cristianismo!” “¡aquí la libertad de conciencia!”, el mismo papel desempeñarán cada vez más en Austria los gritos de batalla nacionales.

O sea que apenas debemos contar con que la solución práctica de las disputas nacionales que proponemos se realice alguna vez, precisamente porque esa solución quitaría a las luchas su razón de ser. Si Bauer dice que

la política nacional de poder y la política proletaria de clase son, por lógica, difícilmente conciliables; desde el punto de vista psicológico, se excluyen mutuamente; el ejército proletario estalla a cada instante por obra de los antagonismos nacionales, la disputa nacional imposibilita la lucha de clases. Por eso la constitución centralista-atomista que torna inevitable la lucha nacional por el poder resulta insoportable para el proletariado (pp. 313-314).

eso puede ser parcialmente correcto en la medida en que sirva para fundamentar nuestra exigencia programática. Pero si significa que *primero* debe terminar la lucha nacional *para* que después se pueda desplegar la lucha de clases, es incorrecto, pues que esté en nuestro interés eliminar las luchas nacionales constituye precisamente una razón para que la burguesía las mantenga como pueda. Pero con eso no nos podrá detener. *El ejército proletario sólo estalla por obra de los antagonismos nacionales mientras es débil la conciencia socialista de clase.* Al final, la lucha de clases pasará simplemente por encima de la disputa nacional. *El funesto poder del nacionalismo será realmente quebrado no por nuestra propuesta de autonomía nacional, cuya realización no está en nuestras manos, sino solamente por el fortalecimiento de la conciencia de clase.*

Por eso sería falso querer aplicar toda nuestra fuerza a una “política nacional positiva” y apostar todo a esta sola carta: la realización de nuestro programa para las nacionalidades como condición previa del despliegue de la lucha de clases. Como la mayor parte de nuestras exigencias prácticas inmediatas, esta exigencia programática sólo sirve para mostrar qué fácilmente resolveríamos estas cuestiones si tuviésemos el poder, y para hacer que en la razón de nuestras soluciones se destaque con tanta mayor rudeza la irracionalidad de las consignas burguesas. Pero mientras domine la burguesía, nuestra solución racional acaso quede en el papel. Nuestra política y nuestra agitación sólo

pueden estar dirigidas a librar siempre y únicamente la lucha de clases y a despertar el sentimiento de clase para que los obreros, con clara noción de la realidad, se tornen insensibles a las consignas del nacionalismo.

[De Anton Pannekoek, *Klassenkampf und Nation*, Reichenberg, Verlag von Runge, 1912. Traducción de Conrado Ceretti.]



impreso en talleres gráficos victoria, s. a.
jesús terán 9-a - méxico 1, d. f.
21 de agosto de 1978
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición

